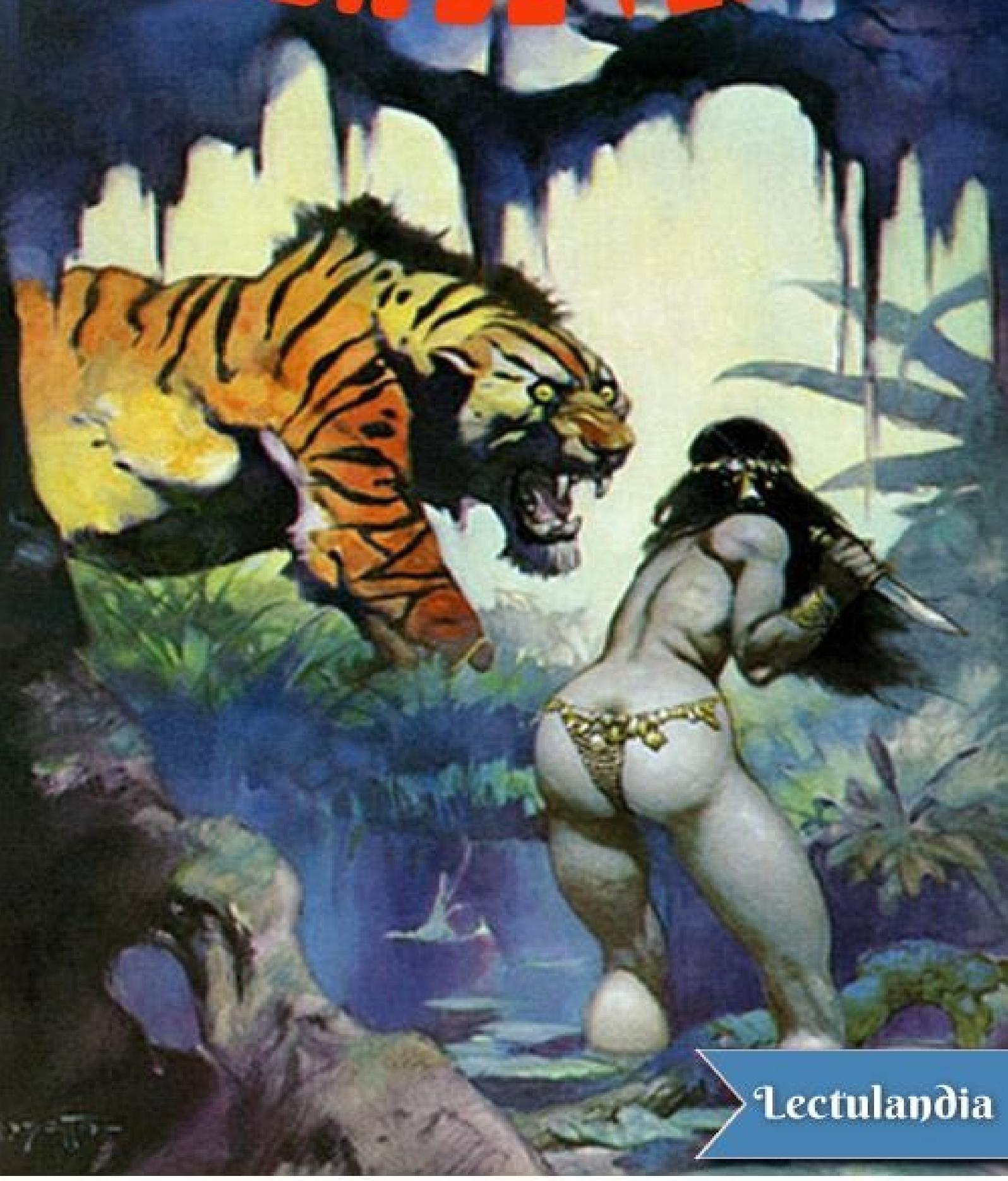


EDGAR RICE BURROUGHS

HUIDA DE VENUS



Lectulandia

Carson había perdido ya toda esperanza cuando Venus hizo su aparición a la derecha. La influencia de Venus se manifestó pronto y la nave cohete se hundió a velocidad aterradora en las oscilantes masas de nubes que la envolvían.

Aterrizó entre las ramas de árboles gigantescos que elevaban sus copas a cinco mil pies sobre la superficie del planeta y se enfrentó casi inmediatamente con la primera de una larga serie de aventuras que absorbieron su vida, casi sin cesar, desde su llegada a Amtor, que es el nombre que dan sus habitantes a Venus.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

Huída de Venus

Ciclo de Venus - 4

ePUB v1.0

RufusFire 09.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Escape on Venus*
Edgar Rice Burroughs, 1946
Traducción: J. Calvo Alfaro, 1961

Editor original: RufusFire (v1.0)
Corrección de erratas: arant
ePub base v2.0

Prefacio

Venus, en su punto más cercano a la Tierra, se halla a unos veintiséis millones de millas; en realidad, un pequeño brinco en los ámbitos del infinito espacio. A nuestra mirada la oculta la capa de nubes que la envuelve y sólo un habitante de la Tierra, Carson de Venus, consiguió ver su superficie.

Éste es el cuarto relato de las aventuras de Carson de Venus, en la estrella del Pastor, según la narró él mismo telepáticamente a Edgar Rice Burroughs, de Lanikai, en la isla de Oahu. Constituye un relato completo y ni siquiera es necesario leer este prefacio, salvo si se siente curiosidad de saber cómo recorrió Carson el espacio interplanetario o se desea averiguar algo de los extraños países que visitó, los desiertos océanos por los que navegara, las bestias salvajes que halló a su paso, los amigos y enemigos que encontró y la joven cuyo amor alcanzara, al fin, después de obstáculos aparentemente insuperables. Cuando Carson de Venus partió de la isla de Guadalupe y de la costa de Méjico, en su gigantesca nave cohete, proyectaba dirigirse a Marte. Durante más de un año fueron rebatidos sus cálculos mil veces por algunos de los más destacados hombres de ciencia y astrónomos de América, y, al fin, se determinó el momento exacto de su partida, así como la posición y la inclinación de la ruta de una milla a lo largo de la cual la nave cohete tenía que iniciar su trayecto. Se calculó, finalmente, la resistencia de la atmósfera terráquea, así como la atracción de la Tierra y la de otros planetas, incluyendo el Sol. La velocidad de la nave cohete, al atravesar nuestra atmósfera y sobrepasarla, se determinó de un modo tan exacto como fue científicamente posible; pero se olvidó un detalle. Aunque parezca inverosímil, nadie pensó en la atracción de la Luna.

Apenas partió, Carson se dio cuenta de que ya estaba fuera de la ruta, y durante algún tiempo todo parecía indicar que iba a estrellarse contra nuestro satélite. Solamente la aterradora velocidad de la nave cohete y la atracción de la gran estrella le salvó de que ocurriera así, y cruzó sobre la Luna con el mínimo espacio de separación, escasamente cinco mil pies, sobre las montañas más elevadas.

Más tarde, durante un largo mes, comprobó que se hallaba bajo la influencia de la atracción del Sol, y, por lo tanto, fatalmente condenado. Había perdido ya toda esperanza cuando Venus hizo su aparición a la derecha. Presintió que iba a cruzar su órbita y que, por tanto, cabía muy bien que sufriera su influencia en vez de la del Sol. No obstante, su suerte seguía siendo incierta, ya que, ¿acaso no había determinado la ciencia que Venus carecía de oxígeno y por ello era incapaz de alentar formas vitales como la Tierra? La influencia de Venus se manifestó pronto y la nave cohete se hundió a velocidad aterradora en las oscilantes masas de nubes que la envolvían. Siguiendo el mismo procedimiento que había adoptado al aterrizar en Marte, fue soltando series de paracaídas, lo que parcialmente aminoró la velocidad. Luego,

ajustándose su recipiente de oxígeno y la mascarilla, se dispuso a aterrizar.

Lo hizo entre las ramas de árboles gigantescos que elevaban sus copas a cinco mil pies sobre la superficie del planeta y se enfrentó casi inmediatamente con la primera de una larga serie de aventuras que absorbieron su vida, casi sin cesar, desde su llegada a Amtor, que es el nombre que dan sus habitantes a Venus. Fue atacado y perseguido por terribles carnívoros arbóreos hasta que consiguió llegar a la ciudad forestal de Kooaad y se convirtió en huésped a la vez que prisionero del rey Mintep.

Fue allí donde vio y amó a Duare, la hija del rey, cuya persona era sagrada y cuyo rostro no podía contemplar, sin perecer, persona que no fuera de sangre real.

Fue capturado por los thoristas, pero consiguió escapar de la Estancia de las Siete Puertas, en el puerto de Kapdor. Peleó contra los tharbans y los melenudos salvajes. Buscó a Duare en Kormor, la ciudad de los muertos, donde cadáveres reanimados vivían su existencia triste y horripilante. Consiguió fama en Havatoo, la ciudad perfecta, y allí construyó el primer aeroplano que había cruzado los amtorianos cielos. Consiguió escapar en avión, acompañado de Duare, luego de un proceso judicial que había condenado a muerte a la joven.

Llegaron juntos al país conocido con el nombre de Korva, donde Mephis, el dictador loco, gobernaba. Allí se hallaba prisionero el padre de Duare que había sido condenado a muerte. Después que fue destronado Mephis, Duare, que creía muerto a Carson, volvió a su patria, llevándose a su padre, y allí se vio, a su vez, condenada a muerte, por haberse casado con un mortal de inferior condición.

Carson de Venus se embarcó en una pequeña nave y fue capturado por piratas; pero, finalmente, llegó a Kooaad, la ciudad de los bosques, que es la capital del reino de Mintep. Gracias a un rasgo de astucia, consiguió libertar a Duare y huir con ella en el único avión que existía en Venus.

Las posteriores aventuras que tuvieron nos las contará Carson de Venus con sus propias palabras, a través de Edgar Rice Burroughs, que se halla en Lanikai, en la isla de Oahu.

1

Observando algún buen mapa de Venus, se ve que el territorio denominado Anlap se halla al Noroeste de la isla de Vepaja, de donde Duare y yo acabábamos de escapar. En Anlap se halla Korva, el amistoso país hacia el que dirigí yo mi aeroplano.

Desde luego, cabe afirmar que no existe ningún buen mapa de Venus, al menos que yo lo haya visto, ya que los hombres de ciencia del hemisferio meridional del planeta, al que la casualidad condujo a mi nave cohete, tienen una concepción errónea del mundo en que habitan. Creen que Amtor, como ellos la llaman, tiene la forma de una especie de plato que flota en un mar de materias ígneas. Les parece evidente tal concepción, porque, ¿cómo iban a explicarse, sino, las erupciones de lava que salen de los volcanes? Creen, asimismo, que Karbol (Tierra Fría) se halla en la periferia de este gran plato, constituyendo, en consecuencia, la región antártica que rodea el Polo Sur de Venus. Es fácil comprender cuan dislocada es la concepción que tienen de su mundo y que se refleja en mapas que cabe juzgar de fantásticos. Los paralelos de longitud que convergen realmente hacia el Polo, según ellos convergen hacia el Ecuador o al centro del gran plato, y se hallan alejados de su periferia.

Todo esto resulta muy confuso para quien desee orientarse en la superficie de Amtor, sujetándose a los mapas amtorianos. Tal concepción resulta infantil; pero no debe olvidarse que estas gentes no han contemplado nunca el cielo, a causa de las nubes que envuelven al planeta; no han visto nunca el Sol, ni los planetas, ni los infinitos soles que brillan de noche en el firmamento. ¿Cómo iban a saber nada de astronomía y comprobar que vivían en un globo en vez del gran disco? El que los juzgue estúpidos debe recordar que durante infinitas edades de la historia de nuestra Tierra, a nadie se le ocurrió el pensamiento de que fuera una esfera, y hace relativamente poco hubo hombres que sufrieron persecuciones por sostener lo que entonces semejaba insidiosa teoría. Hasta en nuestros tiempos existe una secta religiosa, en Illinois, que sostiene que la Tierra es plana. Y todo esto teniendo en cuenta que hemos podido contemplar el cielo todas las noches claras, desde que nuestros más lejanos antecesores se colgaron de la cola en las ramas de los primitivos bosques. ¿Qué teorías astronómicas podíamos sostener nosotros si nunca hubiéramos visto la Luna, el Sol, ni ninguno de los innumerables planetas y estrellas, y no pudiéramos ni adivinar su existencia?

A pesar de los errores que habían cometido los cartógrafos al realizar sus mapas, los míos no fueron totalmente inútiles, aunque requirieron considerable esfuerzo mental y matemático para hacerlos utilizables como elemento de información, sin olvidar la ayuda que significaba la teoría de la relatividad de la distancia, desarrollada por Klufar, el gran hombre de ciencia amtoriano, hace unos tres mil años, y en las que

demostraba que la medición real y aparente de la distancia puede reconciliarse multiplicando cada una por la raíz de menos uno. Como yo poseía una brújula, conduje mi avión un poco hacia el Noroeste, con la razonable esperanza de que acaso pudiera llegar a Anlap y Korva. Pero, ¿cómo iba a prever yo que estaba a punto de producirse un catastrófico fenómeno meteorológico, precipitándonos en una serie de situaciones tan horribles como aquellas de las que habíamos escapado en Vepaja?

Duare había permanecido muy callada desde que partimos. Yo comprendía la razón y me sentía solidario de ella. Sus compatriotas, a quienes amaba, y su padre, a quien adoraba, no sólo como a padre, sino como a jong, la habían condenado a muerte, por haberse unido al hombre a quien amaba. Todos deploraron la severidad de las leyes de su dinastía; pero constituían un imperativo tan inexorable que ni el propio jong podía evadirlo.

Yo sabía en qué estaba pensando y apoyé mi mano sobre la suya, con un gesto de cariño.

—Se sentirán aliviados cuando descubran por la mañana que escapaste; aliviados y felices.

—Lo sé —dijo ella.

—Entonces, no estés triste, amada mía.

—Adoro a mi pueblo, amo a mi patria; mas nunca volveré allí. Por eso estoy triste, pero no lo estaré mucho tiempo, porque te tengo a ti y te amo más que a mi propia familia y a mi patria. Y que mis antepasados me perdonen.

Yo le apreté la mano amorosamente. De nuevo volvimos a guardar silencio algún tiempo. Por el Este, el horizonte comenzaba a iluminarse débilmente. Un nuevo día amanecía en Venus. Pensé en mis amigos de la Tierra y me pregunté qué estarían haciendo y si pensarían en mí. Treinta millones de millas es una gran distancia: pero el pensamiento viaja instantáneamente. Me agrada pensar que, en la otra vida, la visión y el pensamiento marcharán mano a mano.

—¿En qué piensas? —preguntó Duare.

Yo se lo dije.

—A veces te sentirás solitario, tan lejos de tu mundo y de tus amigos —repuso ella.

—Al contrario; te tengo a ti, cuento con muchos y buenos amigos en Korva y mi posición social allí es excelente.

—En el cielo de que me hablas es donde tendrás posición, si Mephis se apodera de ti.

—Se me había olvidado. No sabes lo ocurrido en Korva.

—No me contaste nada. La verdad es que hacía mucho tiempo que estábamos juntos.

—Y con estarlo ahora ya tienes bastante, ¿verdad? —interrumpí yo.

—Sí, pero cuéntamelo.

—Pues verás; Mephis murió y Taman es ahora el nuevo jong de Korva.

Le conté entonces al detalle toda la historia, y cómo Taman, que no tenía hijos, me adoptó por gratitud, habiéndole salvado la vida a su única hija, la princesa Nna.

—Entonces eres tan jong de Korva —observó ella—, y si muere Taman, tú serás jong. Prosperaste, hombre de la Tierra.

—Pues aún prosperaré más.

—¿Sí? ¿Cómo?

La atraje hacia mí y la besé.

—Así —le dije—. He besado a la sagrada hija de un jong de Amtor.

—Pero eso lo has hecho ya mil veces. ¿Son todos los hombres de la Tierra tan ingenuos?

—Si pudieran, sí.

Duare ya no se sentía melancólica, y bromeamos y reímos mientras volábamos sobre el vasto mar amtoriano, hacia Korva. A veces, Duare se ponía ante los mandos del avión, ya que por entonces se había convertido en un excelente piloto; otras, era yo el que lo guiaba. A menudo volábamos bajo, para observar la extraña y salvaje vida marina que ocasionalmente se asomaba a la superficie del mar: monstruos enormes que salían de lo más profundo del océano, alcanzando algunos las dimensiones de un trasatlántico; observamos millones de criaturas inferiores, huyendo aterradas de sus carnívoros enemigos; presenciábamos batallas titánicas entre monstruosos leviatanes; la eterna lucha por la supervivencia que debe existir en todos los planetas del universo donde alienta la vida, y que constituye, acaso, la razón del porqué ha de haber guerras eternamente entre las naciones.

Era mediodía, y el acontecimiento que iba a cambiar nuestras existencias estaba a punto de producirse. El primer síntoma fue un relámpago repentino en el lejano horizonte. Lo observamos los dos a la vez.

—¿Qué es eso? —preguntó Duare.

—Parece como si el Sol tratara de rasgar la masa de nubes que envuelve a Amtor —repuse—. ¡Dios quiera que no ocurra!

—Ya aconteció en otros tiempos —replicó Duare—. Desde luego, nosotros no sabemos nada de ese Sol del que tú hablas. Mis compatriotas creyeron que era el fuego que bullía de la masa ígnea sobre la que se supone que flota Amtor. Cuando se produjo una ruptura en las masas de nubes que nos protegen, las llamas se infiltraron, destruyendo todo elemento de vida en la hendidura de las nubes.

Yo estaba ante los mandos del avión y lo desvié rápidamente, orientándolo hacia el Norte.

—¡Huyamos de aquí! —dije—. El Sol ha irrumpido por entre una de las envolturas de nubes y puede ocurrir lo mismo con la segunda capa.

2

Observábamos cómo crecía la luz a nuestra izquierda. Iluminaba todo el firmamento y el océano, pero era más intensa en un punto determinado. Aunque se parecía sólo al principio a la luz solar, a la que estamos tan acostumbrados en la Tierra, de pronto estalló como una llama cegadora. Habían coincidido las fracturas en ambas masas de nubes.

Casi instantáneamente el océano comenzó a hervir. Podíamos observarlo, aunque estábamos muy altos. Vastas masas de vapor se iban levantando. El calor crecía y rápidamente hacía intolerable.

—Esto es el final —dijo Duare con sencillez.

—Aún no —repliqué, mientras volábamos velozmente hacia el Norte.

Había escogido tal dirección, porque la hendidura se hallaba un poco al Suroeste y el viento venía del Oeste. De haber vuelto yo hacia el Este, el viento abrasador nos habría seguido. Era en el Norte donde cabía esperar nuestra salvación.

—Aún vivimos —dijo Duare—. La vida no puede producirnos nada mejor de lo que hemos gozado. No temo la muerte. ¿Y tú, Carson?

—Eso es algo que no sabré nunca hasta que sea demasiado tarde —repuse sonriendo—, ya que mientras viva no admitiré la posibilidad de morir. De todos modos, no creo que esto ocurra pronto, especialmente desde que Danus me inyectó en las venas el suero de la longevidad y me dijo que podría vivir mil años. Ya puedes comprender que me siento curioso de saber si dijo la verdad.

—Eres muy ingenuo —sonrió ella—, pero sabes tranquilizar.

En el Suroeste bullían por todas partes enormes masas de vapor de agua. Ascendían hacia las nubes, haciendo palidecer la luz del sol. Me imaginé la devastación que se había producido en el mar, las miríadas de seres vivientes que quedarían destruidos. Los efectos de la catástrofe comenzaban a ponerse ya de manifiesto debajo de nosotros. Los más veloces reptiles y peces huían hacia el Norte. Bien fuera por el instinto o la inteligencia, sentí renovarse mi optimismo.

También en la superficie del océano se manifestaban tales esperanzas. Mortales enemigos huían juntos. Los más fuertes apartaba a los más débiles; los más escurridizos resbalaban sobre los lomos de los más lentos. Constituía un enigma quién les habría avisado, pero el éxodo seguía nuestra misma ruta, aunque nuestra velocidad era mayor que la de las más veloces criaturas que huían de la muerte.

El aire se hizo menos caliente y comencé a confiar en que habíamos escapado a no ser que se ensanchara la hendidura y el sol castigara una zona más amplia de la superficie de Amtor. De pronto, el viento cambió. Ahora zumbaba furiosamente procedente del Sur, trayendo olas de calor que eran casi sofocantes. Nubes de vapor condensado volteaban una y mil veces a nuestro alrededor empapándonos de

humedad y reduciendo la visibilidad a cero.

Procuré ascender más, intentando sobrepasar aquella zona; pero en todas partes ocurría lo mismo y el viento se había convertido en huracán. Nos arrojaba hacia el Norte, alejándonos del hirviente mar y del calcinador aliento del Sol. Si la hendidura de las nubes no se ensanchaba podíamos tener esperanzas de sobrevivir.

Volví la cabeza hacia Duare. Conservaba la firmeza en la línea de sus labios; mantenía la mirada sombría fija en lo lejano, aunque sólo podía divisar las crecientes nubes de vapor. Ni un sollozo se había escapado de ella. Respondía a su estirpe; por algo era la descendiente de un millar de jongs. Debió presentir que la estaba mirando, ya que volvió la cabeza y sonrió.

—Ya nos ocurren más cosas —se limitó a decir.

—Si aspirabas a una vida tranquila, Duare, escogiste el hombre menos adecuado. Yo estoy siempre envuelto en aventuras. No es que haya motivo para enorgullecerse. Uno de los grandes antropólogos de mi mundo, que realizó expediciones a rincones remotos de la Tierra, sin enfrentarse nunca con aventuras, afirma que el tenerlas es un síntoma de falta de eficacia y sobra de estupidez.

—Me parece que no tiene razón —dijo Duare—. La inteligencia y la eficiencia más perfecta del mundo no podría prever ni evitar una fractura en las nubes.

—Desde luego que un poco más de inteligencia me habría evitado probablemente intentar llegar a Marte, aunque entonces no te habría conocido; en conjunto, estoy satisfecho de no haber sido más inteligente de lo que soy.

—Y yo también estoy contenta.

No acrecía el calor, pero arreciaba el viento que golpeaba con huracanada fuerza. En medio de tal tormenta, los aparatos de mando resultaban inútiles y lo único que cabía esperar era que alcanzáramos una altitud suficiente para no estrellarnos contra alguna montaña; además existía siempre el peligro de los gigantescos bosques de Amtor, que elevaban sus copas a miles de pies de altura recogiendo la humedad de las nubes. Yo sólo podía ver un extremo del altímetro, pero comprendía que habíamos cubierto una gran distancia, impelidos por aquel empuje del viento que nos dirigía furiosamente hacia el Norte. Debíamos haber abandonado el mar y probablemente volábamos sobre tierra firme. Acaso se irguieran ante nosotros altas montañas que nos anunciaban la muerte o las terribles masas de los gigantescos bosques. Mi situación no era muy agradable, y estaba deseando poder recobrar la visibilidad. Viendo las cosas, siempre supe enfrentarme con todo.

—¿Qué decías? —preguntó Duare.

—No creo haber dicho nada. Probablemente pensaba en voz alta y estaría murmurando que sería capaz de dar cualquier cosa con tal de poder ver.

Y entonces, como si fuera réplica de mi deseo, se abrió una brecha en la agitada masa de vapor que gravitaba sobre nosotros. Casi di un brinco sobre los mandos del

avión a causa de lo que vi... Frente a nosotros se erguía una escarpada masa rocosa, con mortal amenaza. Hice un esfuerzo inaudito para frenar y efectuar un viraje, pero el inexorable viento nos arrastraba hacia nuestro fatal destino. De los labios de Duare no se escapó grito alguno ni dejó traslucir el temor que debía haber sentido. Sí que debía; porque al fin era mujer y joven.

Lo que más me acongojó en el terrible segundo que acosaba mi pensamiento fue la idea de que aquella hermosa criatura pudiera estrellarse contra la enorme masa de piedra. Imploré a Dios para que me arrebatara la vida antes de presenciarlo. Allá, al pie de la escarpada muralla, yaceríamos juntos en el seno de la eternidad, y persona alguna del universo conocería el lugar de nuestro eterno reposo.

Estábamos a punto de estrellarnos, cuando el aparato se izó verticalmente, apenas a diez yardas del pétreo muro. Así como el huracán había estado jugando con nosotros, lo hizo también en aquella ocasión.

Desde luego, debió producirse un terrible choque de viento que nos echó hacia atrás en el lugar en que azotaba la escarpada muralla. Aquello nos salvó. Al darme yo cuenta de que no podía maniobrar para eludir el choque, paré el motor.

Nos elevamos hasta volar sobre una vasta meseta. El condensado vapor se había fragmentado y flotaba formando nubéculas rizadas, y de nuevo tornamos a ver el mundo a nuestros pies, y de nuevo volvimos a respirar.

Pero aún estábamos lejos de sentirnos a salvo. El huracán no se había apaciguado. Dirigí la mirada hacia la siniestra hendidura de las nubes, pero ya no se divisaba el resplandor. Se había cerrado la erosión y el calcinador peligro había pasado.

Abrí un poco la válvula en un fútil esfuerzo para abatir los elementos y mantener el anotar en apropiada posición; pero nuestra salvación dependía más bien de nuestros cinturones de seguridad que del motor, ya que estábamos tan zarandeados que a menudo nos veíamos boca abajo y teníamos que agarrarnos desesperadamente a los cinturones de seguridad.

Sufríamos una dura prueba. Una ventolera vertical nos precipitaba hacia el suelo con la velocidad del rayo, y cuando la colisión parecía inevitable, la mano gigantesca de la tormenta jugaba con nosotros para elevarnos de nuevo.

Difícil me sería decir cuánto tiempo fuimos juguete del dios de las tormentas; pero hasta el alba no decreció un poco el viento, y entonces pudimos volver a colegir ligeramente cuál era el rumbo de nuestro destino, aunque teníamos que seguir todavía la ruta que se le antojara al viento, ya que no podíamos volar en contra suya.

Hacía muchas horas que no habíamos hablado palabra alguna. Lo intentamos ocasionalmente, pero el ulular del viento ahogó nuestras voces. Pude darme cuenta de que Duare estaba casi agotada por los golpes de viento y el desgaste nervioso, pero yo no podía remediarlo. Sólo el descanso podría revivirla, y no habría descanso hasta que consiguiéramos aterrizar.

Al apuntar el nuevo día, se presentó ante nuestros ojos un mundo nuevo. Estábamos bordeando un gran océano y pude ver vastas llanuras con bosques y ríos y, más lejos, montañas con las cumbres nevadas. Supuse que debíamos habernos visto arrastrados miles de millas hacia el Norte, ya que durante mucho tiempo la válvula había permanecido completamente abierta y aquel terrible viento nos empujó por detrás.

¿Dónde estaríamos? Confiaba en que debíamos haber cruzado el Ecuador, hallándonos ahora en una zona más templada del Norte; pero no tenía la menor idea de dónde podía encontrarse Korva ni acaso lo sabría jamás.

3

El huracán se extinguió con sus últimas ráfagas espasmódicas. La atmósfera se calmó de pronto. Era como la paz del Cielo.

—Debes de sentirte cansado —dijo Duare—. Déjame conducir ahora. Has estado luchando contra la tormenta durante dieciséis o diecisiete horas y hace dos días que no duermes.

—Cierto, pero a ti te ha ocurrido lo mismo. ¿Te das cuenta de que no hemos comido ni bebido nada desde que partimos de Vepaja?

—Allá abajo veo un río y caza —dijo Duare—. La verdad es que no me había dado cuenta de lo sedienta y hambrienta que me siento. ¡Y luego este sueño tan terrible! No sé qué es lo que me acosa más.

—Beberemos, comeremos y luego nos echaremos a dormir —le dije.

Comencé a planear con el avión en busca de alguna señal humana, ya que son a los hombres a los que cabe temer más. Donde no hay hombres, uno se siente relativamente a salvo, incluso en un mundo poblado de bestias feroces.

Me pareció descubrir, a lo lejos, una gran isla situada en medio de un lago o un brazo de mar. Se divisaban pequeñas manchas forestales, y en la llanura que se extendía bajo nosotros distinguíanse masas de arbolado. Vi ganado que estaba paciendo; hice descender el avión para escoger mi presa, corriendo tras ella y disparando desde el aparato. No era muy deportivo, pero lo que me interesaba en aquellos momentos era comer, y no hacer deporte.

Mi plan era excelente, pero fracasó. Los animales nos descubrieron mucho antes de que estuvieran a nuestro alcance y huyeron como murciélagos al salir del infierno.

—Se nos va el almuerzo —dije.

—Y la comida y la cena —añadió Duare con triste sonrisa.

—Aún nos queda el agua. Al menos podremos beber.

En consecuencia, continué planeando sobre un pequeño terreno situado cerca de un riachuelo.

El césped, bastante castigado por el pastoreo, se extendía hasta el borde del riachuelo, y así que hubimos bebido, Duare se tendió para descansar un momento. Yo me dediqué a la busca de caza, esperando que algún animal pudiera salir del bosque contiguo, al que habían huido en masa, y perseguirle utilizando el anotar.

Apenas habían transcurrido unos minutos en mi fútil búsqueda, cuando contemplé a Duare y vi que se había dormido. No tuve valor para despertarla, pues comprendí que necesitaba el sueño aún más que el propio alimento; en consecuencia, me senté a su lado para velar su reposo.

Era un lugar encantador, silencioso y tranquilo. Sólo el susurro del manantial rompía el silencio. Parecía lugar bastante seguro, ya que desde allí mi vista dominaba

considerable distancia por todas partes. El canto del agua tranquilizó mis cansinos nervios. Me acomodé apoyándome sobre un codo para continuar mi vigilancia con comodidad.

Haría unos cinco minutos que me hallaba así, cuando aconteció algo maravilloso. Del río salió un gran pez y se sentó a mi lado. Me miró fijamente un momento. No sé qué pasó por mi mente, ya que todos sabemos lo que es un pez. Me recordó alguna de las estrellas de cine que había visto, y no pude reprimir la risa.

—¿De qué te ríes? —me preguntó el pez—. ¿De mí?

—¡Oh, no! —repuse, sin que realmente me asombrara demasiado que un pez pudiera hablar. Hasta me pareció naturalísimo.

—Tú eres Carson de Venus —dijo. Era una afirmación, no una pregunta.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Taman me lo dijo. Me envió para que te llevara a Korva. Tendrá allí efecto una gran procesión, cuando tú y la princesa seáis transportados en un espléndido gantor a lo largo de los bulevares de Sanara, en dirección al palacio del jong.

—Será un espectáculo muy bonito —repuse—; pero, mientras tanto, ¿quieres decirme quién me está hurgando en la espalda y por qué?

Entonces el pez desapareció de pronto. Miré a mi alrededor y descubrí a media docena de hombres armados que nos rodeaban. Uno de ellos me había estado molestando en la espalda con un horca de tres púas. Duare estaba ya sentada y en su rostro se reflejaba la consternación. Yo me levanté de un brinco. Una docena de horcas me acorralaron. Dos guerreros se habían puesto al lado de Duare, amenazando con sus armas el corazón de mi compañera. Podía haber sacado yo mi pistola, pero no me atrevía a utilizarla. Antes de que les hubiera podido matar a todos, por lo menos uno de nosotros habría perecido. No quería correr tal riesgo, poniendo en peligro la vida de Duare. Me fijé entonces en los guerreros y pronto comprobé que eran unos seres muy peculiares y poco humanos. Tenían agallas que no ocultaban del todo sus largas barbas, y tanto los dedos de las manos como los de los pies disponían de membranas interdigitales. Recordé el pez que había salido del agua poniéndose a hablar conmigo. No cabía duda que debí dormirme y aún seguía soñando. Tal idea me hizo sonreír.

—¿Por qué sonríes? —me preguntó uno de los guerreros—. ¿Te ríes de mí?

Entonces sí que me puse a reír, ya que casi era exactamente la misma pregunta que me había formulado el pez.

—Me río de mí mismo —repuse—. Estoy pasando un sueño divertidísimo.

Duare me miraba con ojos muy abiertos.

—¿Qué te pasa, Carson? —me preguntó—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Nada, excepto que fui un estúpido al quedarme dormido de esta manera. Me agradecería despertar.

—¡Pero si estás despierto, Carson! Mírame; asegúrame que te sientes bien.

—¿Pretendes decir que tú también ves lo que estoy viendo? —pregunté señalando a los guerreros.

—Los dos dormíamos, Carson; pero ahora estamos despiertos y prisioneros.

—Sí; estáis prisioneros —dijo el guerrero que había hablado antes—. Vente ahora con nosotros.

Duare se levantó y se me acercó. No intentaron impedirselo.

—¿Por qué nos quieres hacer prisioneros? —le preguntó al guerrero—. No hemos hecho nada. Nos perdimos en medio de una gran tempestad y hemos aterrizado aquí en busca de alimentos y agua. Déjanos proseguir nuestro camino. Nada tienes que temer de nosotros.

—Tenemos que llevarte a Mypos —replicó el guerrero—. Tyros decidirá lo que haya que hacer con vosotros. Yo soy sólo un guerrero. Y no me incumbe a mí decidir.

—¿Quiénes son Mypos y Tyros? —preguntó Duare.

—Mypos es la ciudad del jong y Tyros es el jong.

—¿Crees que Tyros nos dejará en libertad?

—No —dijo el guerrero—. Tyros el Sanguinario no libera a los cautivos. Seréis esclavos.

Los hombres iban armados de tridentes, espadas y puñales, pero no tenían armas de fuego. Creí entrever una posibilidad para el escape de Duare.

—Puedo tenerlos a raya con mi pistola —susurré— mientras tú echas a correr hacia el anotar.

—¿Y luego, qué? —preguntó ella.

—Tal vez puedas encontrar Korva. Vuela hacia el sur durante veinticuatro horas. Te encontrarás encima de un gran océano al cabo de este tiempo; entonces tuerce el rumbo hacia el oeste.

—¿Y quieres que te deje aquí?

—Probablemente podré matarlos a todos; entonces te será fácil aterrizar y recogerme.

Duare denegó con la cabeza.

—Me quedaré contigo.

—¿Qué estáis cuchicheando? —preguntó el guerrero.

—Estábamos diciendo si podríamos llevarnos con nosotros el aparato —observó Duare.

—¿Y qué íbamos a hacer con este objeto en Mypos?

—Acaso a Tyros le gustaría verlo, Ulirus —intervino otro guerrero. Ulirus negó con la cabeza.

—No podríamos atravesar con él el bosque —objetó. Y volviéndose hacia mí, me preguntó de pronto: —¿Cómo conseguiste traerlo hasta aquí?

—Acompáñame, entra en el aparato, y te lo diré —le dije.

Pensé que si conseguía meterlo en el avión y que subiera Duare también, tardaría mucho tiempo Ulirus en volver a ver Mypos y, desde luego, nosotros no veríamos nunca tal ciudad. Pero Ulirus se mostró receloso.

—Podrías explicármelo sin entrar —repuso.

—Vinimos volando desde un país que se halla a miles de millas de aquí —le expliqué.

—¿Volando? —preguntó—. ¿Qué quieres decir?

—Lo que acabo de expresarte. Nos metemos dentro y vuela por el aire, y nos lleva a donde deseamos.

—Te estás burlando de mí.

—Permíteme que te lo demuestre. Mi compañera y yo te remontaremos en el aire y podrás cerciorarte con tus propios ojos.

—No; si me dices la verdad, no volverías nunca.

Por último, me permitieron cobijar el avión bajo una arboleda, sujetándolo bien. Les advertí que a su jefe le agradaría verlo, y si lo estropeaban, se pondría furioso. Aquello les impresionó porque, evidentemente, tenían mucho miedo de aquel Tyros el Sanguinario. Partimos por el bosque, llevando guerreros delante y detrás de nosotros. Ulirus caminaba a nuestro lado. No era una mala persona y me susurró al oído que le agradaría dejarnos escapar, pero tenía miedo, ya que Tyros se informaría ciertamente y aquello sería el final de su vida. Se interesó mucho por mi cabello rubio y por mis ojos azules, y me hizo muchas preguntas respecto al país de donde procedía.

Yo también me mostré interesado por él y sus compañeros. Todos ellos tenían físicamente un cuerpo bello y estaban dotados de músculos ágiles y sin una onza de grasa innecesaria; pero su rostro era muy peculiar. Destacaban sus largas barbas negras, y las agallas de las que ya hice mención: aquello, con sus prominentes labios y ojos saltones, daba a sus rostros una expresión poco humana.

—Parecen peces —susurró Duare.

Pronto habíamos de saber hasta qué punto eran acuáticos tales myposianos.

Seguimos una ruta bien marcada a través del bosque; éste era un típico bosque amtoriano, un bosque de exquisita belleza. La corteza de los árboles parecía estar formada de lacas de mil colores y el follaje lucía deliciosos matices: heliotropo, malva, violeta... las plantas parásitas coadyuvaban a aquella lujuria de color, flores hermosas, a cuyo lado las más lúcidas orquídeas terrestres hubieran palidecido como el musgo de un cementerio junto a un jardín tropical.

En Venus existen muchos tipos de bosques, igual que ocurre en la Tierra; pero aquel que estábamos cruzando era del tipo corriente. Los más sugerentes y maravillosos son los que se encuentran en Vepaja, las copas de cuyos árboles llegan a alcanzar cinco mil pies de altura, y cuyo tronco es tan enorme que, como ocurre en Kooaad, se ha erigido el palacio de un rey dentro de uno que alcanza mil pies desde su base.

Soy un inveterado adorador de las cosas bellas; por eso, aunque Duare y yo caminábamos hacia un destino incierto, me estremecía la contemplación de lo que veían mis ojos. Me maravillaban las galas de los plumajes de los pájaros, el colorido de los insectos y el suave reptar de los pequeños lagartos que fluctuaban de flor en flor en su eterna peregrinación. Pero todo aquello no me impedía pensar con asombro cómo no me habría arrebatado la pistola Ulirus.

Acaso haya pocas personas tan dotadas como yo de facultades telepáticas, aunque no siempre he sabido aprovecharlas. De haber sido más cauto, no se me habría ocurrido pensar en mi pistola, ya que mientras cavilaba sobre la razón que le había impulsado a Ulirus a no arrebatármela, éste señaló mi arma y me preguntó qué era. Desde luego, muy bien podía haber sido mera coincidencia.

—Es un amuleto —le dije— que me protege del mal.

—Déjame verlo —solicitó, tendiendo la mano. Yo hice un gesto negativo.

—No, Ulirus —repuse—, te has portado muy bien con mi esposa y conmigo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, mientras varios guerreros demostraban manifiesto interés.

—Este amuleto es para mi uso particular —le expliqué—; cualquiera que lo toque, morirá—. Después de todo no mentía—. No obstante, si deseas correr el riesgo, haz lo que quieras.

Cogí el arma por el mango y se la ofrecí. Él dudó un momento. Los otros guerreros le observaban.

—En otra ocasión, ahora debemos llegar a Mypos—, decidió.

Dirigí una mirada a Duare. Se mostraba impasible, aunque esbozando una ligera sonrisa. En consecuencia, conservé el arma, al menos por un momento, y aunque los guerreros no mostraron ulterior deseo de manejarla, continuaba interesándoles. No le

quitaban el ojo, pero observé que se mostraban cautos en no rozarla cuando se me acercaban.

Habríamos caminado cosa de una milla por el bosque, cuando llegamos a un sitio despejado y vi entonces el agua que había divisado desde mi avión antes de ejecutar mi fatal aterrizaje. En la costa, y a distancia de una milla, se levantaba una ciudad amurallada.

—Es Mypos —observó Ulirus—, la ciudad más grande del mundo.

Desde el lugar en que nos hallábamos, ligeramente elevado, obtenía yo una excelente perspectiva de Mypos. La población ocupaba aproximadamente una extensión de unos cien acres, pero no puse en tela de juicio la afirmación de Ulirus. Si deseaba que yo creyera que era la ciudad más grande del mundo, a mí poco me importaba.

Nos acercamos a una gran puerta bien guardada y cuyas hojas se abrieron así que Ulirus fue reconocido. El oficial y los miembros que constituían la guardia nos rodearon, formulando muchas preguntas a Ulirus, y a mí no me desagradó que entre las primeras cosas a las que hizo éste referencia, fue al mágico amuleto que yo llevaba y que implicaba la muerte a quien lo tocara.

—Se retuercen como gusanos para morir en medio de terribles convulsiones —explicó Ulirus, mostrándose así un excelente, aunque involuntario propagandista. Nadie osó tocar el arma.

—Ahora —le dije—, me gustaría que nos llevases en seguida a presencia de Tyros.

Ulirus y el oficial parecieron atónitos.

—¿Está loco este hombre? —preguntó el último.

—Es extranjero y no conoce a Tyros.

—Mi esposa y yo pertenecemos a la familia real de Korva. Cuando muera el jong, yo seré jong. El jong de cualquier país debe recibirnos como se merece nuestro rango.

—Tyros no obrará así —repuso el oficial—. Tú no le conoces; Tyros es el único verdadero jong del mundo. Todos los demás son impostores. Lo mejor que puedes hacer es ocultar tu parentesco con un jong, porque te mandaría ejecutar inmediatamente.

—Entonces, ¿qué pensáis hacer con nosotros? —pregunté. Ulirus miró al oficial como si solicitara instrucciones.

—Llévalos al recinto de los esclavos; me parece que podrán ser útiles al jong —ordenó.

Ulirus nos hizo poner en marcha de nuevo. Cruzamos calles estrechas y tortuosas, flanqueadas por casas de un solo piso, hechas de madera o piedra caliza. Las primeras consistían en bastas planchas de madera unidas y enmarcadas; las últimas estaban construidas descuidadamente con gruesos bloques de piedra. Las casas eran tan

tortuosas como las calles. Evidentemente, los que las edificaron desconocían la utilidad de la plomada. Las ventanas y las puertas eran de los tamaños más variados y de formas muy diversas y enrevesadas. Muy bien podían haber sido pergeñadas por un modernista de mi mundo o por un niño de cinco años.

Como ya dije antes, la ciudad se halla situada en la orilla de un gran lago de agua fresca y ya cuando nos fuimos aproximando divisamos edificios de dos pisos, algunos con torres. El más amplio de éstos era el palacio de Tyros.

El recinto donde nos llevaron estaba enclavado en los terrenos del palacio. Varios centenares de pequeñas celdas circundaban un patio descubierto, en el centro del cual había un estanque. Momentos antes de entrar, Ulirus se inclinó hacia mí.

—No digas a nadie que eres hijo de un jong —susurró.

—Pero ya te lo dije a ti y al oficial de la puerta —le recordé.

—Nosotros no lo descubriremos —aseguró—, pero los esclavos podrían hacerlo con el fin de captarse las simpatías.

—Y vosotros, ¿por qué no lo descubriréis? —le pregunté asombrado.

—En primer lugar, porque me eres simpático, y, luego, porque odio a Tyros. Todo el mundo odia a Tyros.

—Bueno, te agradezco el aviso, Ulirus; pero me parece que no tendré ocasión de devolverte el favor.

Luego, el guarda abrió la puerta y fuimos conducidos a nuestra prisión. Habría en el recinto unos trescientos esclavos, la mayor parte personas como nosotros; pero también algunos nativos de Mypos. Estos últimos eran vulgares delincuentes o individuos que merecieron las iras de Tyros el Sanguinario. Los hombres no estaban separados de las mujeres, y por eso Duare y yo permanecemos juntos.

Algunos de los otros esclavos nos rodearon atraídos por la curiosidad que, en parte, despertaba la gran belleza de Duare, y también a causa de mi cabello rubio y mis ojos azules. Habían comenzado a formularnos preguntas, cuando el oficial que nos había conducido hasta allí penetró en el recinto.

—¡Atención! —susurró uno de los esclavos—. ¡Aquí viene Vomer!—. Y entonces se separaron prestamente de nosotros.

Vomer avanzó hacia mí y me miró de pies a cabeza, haciendo luego lo mismo con Duare. Tenía un aspecto manifiestamente insultante.

—He oído hablar de un objeto que vuela por el aire como un pájaro. ¿Es verdad lo que me contaron? —preguntó.

—¿Cómo voy a saber yo lo que te han contado? —repuse.

Es imposible observar las reacciones mentales de los myposianos, guiándose por su expresión facial, ya que, como si fueran verdaderos peces, no cambia lo más mínimo. Las agallas de Vomer se abrieron y cerraron rápidamente. Acaso era ello un signo de ira o excitación. Yo no lo sabía ni me importaba, pero me producía una

impresión desagradable. Se parecía de un modo sorprendente a algunos peces que había visto pescar en las costas de La Florida.

—No me hables en ese tono de voz, esclavo —gritó Vomer—; ¿no sabes quién soy?

—No; ni me importa.

Duare estaba junto a mí.

—No te enemistes con él —murmuró—; sólo servirá para empeorar nuestra situación.

Comprendí que tenía razón, y aunque poco me preocupaba por mí, no debía comprometer la seguridad de ella.

—¿Qué es exactamente lo que quieres averiguar? —le pregunté en tono más conciliatorio, aunque me costó trabajo hacerlo.

—Quiero saber si Ulirus decía la verdad —repuso—. Me dijo que ibais en una gran máquina que volaba en el aire como un pájaro y los otros guerreros que estaban con él afirman lo mismo.

—Es cierto.

—No puede ser verdad —objetó Vomer. Yo me encogí de hombros.

—Si estás seguro de que no puede ser, ¿por qué me lo preguntas?

Vomer me miró fijamente un momento; luego dio media vuelta y se marchó.

—Acabas de captarte un enemigo —dijo Duare.

—Todos ellos son nuestros enemigos —repuse—. Me hubiera gustado darle una bofetada.

Un esclavo que estaba cerca de nosotros sonrió.

—Todos nosotros haríamos lo mismo —intervino.

Era un joven de aspecto agradable y bien plantado; un verdadero ser humano y no un fraude de la naturaleza como los myposianos. Ya me había fijado antes en él y observé que me miraba disimuladamente. Era evidente que mi aspecto había despertado su curiosidad.

—Me llamo Kandar —dijo como preámbulo para iniciar la conversación—. Soy de Japal.

—Y yo soy Carson de Venus —le dije—. Soy ciudadano de Korva.

—Nunca oí hablar de ese país ni vi a un hombre con el cabello y los ojos del color de los tuyos. ¿Son iguales que tú todos los hombres de Korva?

Traté de dar una explicación; pero, naturalmente, él no podía comprender que existiera otro mundo distinto a Amtor, ni quedó muy convencido sobre mi afirmación de que Korva se hallaba a unas diez mil millas hacia el Sur.

—En esa dirección se encuentra el borde final de Amtor —objetó—, a una distancia no mayor de unos cuatrocientos o quinientos kobs; más allá no puede existir país alguno, ya que no hay más que fuego y rocas fundidas.

Comprendí que él también creía que su mundo era plano. Le hice preguntas sobre nuestros captores y el trato que nos esperaba.

—En tierra nuestro trabajo no es demasiado pesado y no se nos trata muy mal; pero en el mar... la cosa es diferente —explicó—. Ruega que no te manden al mar.

Aparte de los esclavos myposianos, los otros procedían de diversos países, tierras misteriosas con nombres extraños; pero ninguna del Sur. El Sur constituía la terra incógnita, el país del terror en el que nadie osaba aventurarse.

Casi todos los esclavos habían sido capturados a causa de haber naufragado sus barcos en las costas del gran lago, en cuya orilla se levantaba la ciudad de Mypos, o en las costas de un océano, que, según decían, se hallaba a diez millas de la ciudad.

Kandar me dijo que el lago tenía unas quinientas millas de largo y que Mypos se hallaba enclavada en la parte más baja, mientras Japal en el extremo más elevado.

—Los de Japal —dijo— comercian con varios países amigos que se encuentran a lo largo de la costa del gran mar, y cuando organizamos nuestros viajes, tenemos que cruzar ante Mypos. A veces, echan a pique nuestros barcos y, otras, los myposianos atacan a algún barco de Japal, capturándolo. La mayoría de los naufragios ocurren en la zona en que el lago se vierte en el océano a través de un estrecho canal. Sólo en los períodos de marea alta pueden atravesar los barcos el canal, desde el mar al lago, ya que durante la marea baja las aguas del lago se precipitan violentamente en el océano y no hay barco capaz de abrirse camino contra la corriente. Cuando la marea es alta, las aguas del mar penetran en el lago y entonces puede realizarse la travesía.

Duare y yo estábamos en el mismo cuarto, que era muy pequeño, y lo único que deseábamos era que nos dejaran estar juntos hasta que yo pudiera preparar algún plan de huida. A los esclavos se nos daba de comer, dos veces al día, un alimento que parecía estar hecho con una especie de quisquillas, condimentadas con rodajas de ciertos tubérculos y harina procedente de una semilla que crece con escasa o ninguna faena agrícola.

Kandar dijo que acaso no fuera agradable al paladar, pero que era nutritivo y daba fortaleza. Alguna vez añadían carne a tal condimento.

—Quieren que nos mantengamos fuertes —explicó Kandar— para que podamos trabajar mejor. Somos los que construimos sus barcos y sus casas, además de conducir sus galeras. Ningún myposiano trabaja si tiene bastantes esclavos.

Al siguiente día de nuestra captura, Vomer se presentó en nuestros cobijos acompañado de algunos guerreros y escogió unos cuantos esclavos masculinos, ordenándoles que le siguieran. Kandar y yo estábamos entre ellos. Se nos condujo a la orilla del agua desde donde yo había obtenido el primer atisbo de los barcos de Mypos. Algunos eran bastante grandes, con una largura de un centenar de pies y estaban provistos de velas y remos. Los más amplios, que estaban anclados y protegidos por fuertes diques, parecían barcos de guerra. Eran unas naves con lisa cubierta que se levantaba sobre hileras de remos y capaces de acoger a centenares de guerreros. A popa y proa se levantaban pequeñas casetas sobre las que aparecían

ciertas máquinas cuya finalidad no pude colegir, pero que, más tarde, hube de averiguar para mi desdicha y penalidades.

Pregunté a Kandar si los myposianos tenían algún barco movido a vapor, pero no sabía a qué me estaba refiriendo. Aquello despertó mi curiosidad, y posteriores preguntas me confirmaron en mis sospechas de que nos habíamos desviado hacia el Norte del Ecuador, hacia el país que para los habitantes del hemisferio Sur era la terra incógnita de Venus, y donde prevalecía una cultura totalmente distinta. Allí todo era muy diferente y nada podía compararse a la avanzada etapa civilizadora de Vepaja, Korva y Havatoo, los países con los que estaba yo más familiarizado.

Entre los myposianos y sus prisioneros se observaban signos de vejez y enfermedades, lo cual indicaba que desconocían el suero de la longevidad que poseían en el Sur. Tanto sus armas como sus costumbres diferían en mucho. No obstante, su idioma era similar, aunque no exactamente igual, al de los países del Sur.

Vomer nos hizo comenzar a trabajar en la conducción de una gran barcaza cargada de piedra para reforzar el rompiente de las aguas. Caminaba entre nosotros provisto de un látigo, castigando a unos y a otros en las piernas y en el resto del cuerpo, y su actitud era sádica, ya que lo mismo daba latigazos a los mejores trabajadores que a los endebles. Me di cuenta de que me estaba observando y, por último, avanzó lentamente hacia mí.

¿Osaría castigarme también? Cuando estuvo cerca se detuvo.

—¡A trabajar, esclavo! —rugió, blandiendo el látigo hacia atrás para darme un terrible golpe.

Dejé caer la piedra que estaba levantando y le hice cara, llevándome la mano a la empuñadura de la pistola. Vomer dudó. Sus agallas temblaron, lo que era signo de ira o excitación en tan extrañas criaturas, carentes de músculos faciales que revelaran sus emociones.

Los guerreros que estaban con nosotros y varios esclavos adoptaron una actitud expectante. Vomer se hallaba en un callejón sin salida y preguntábame yo cuál sería su reacción. Fue ésta la típica de un sórdido tiranuelo.

—¡A trabajar! —gruñó, volviéndose hacia otro esclavo y dándole un latigazo.

Los guerreros le miraron fijamente y no era difícil adivinar lo que estaban pensando. El lugarteniente de Vomer no tardó en aclarar mis dudas.

—Dame el látigo —dijo a Vomer—. Si tienes miedo de castigar a ese esclavo, lo haré yo.

Aquel individuo tenía un aspecto repulsivo y realmente recordaba mucho a un pez con patillas. Le temblaban las branquias, lo que comprendí que era síntoma de excitación.

—¿Quién se atreve a decir que tengo miedo? —preguntó Vomer.

—Yo —repuso el guerrero.

—Yo soy quien manda aquí —saltó Vomer—. Puedo castigar o no a un esclavo, según me parezca; pero si tantas ganas sientes de hacerlo tú, toma; aquí tienes el látigo.

Lo cogió el individuo y vino hacia mí.

—¿No sería mejor que le advirtieras de esto? —pregunté a Vomer, señalando a mi pistola.

—¿Qué es? —preguntó el guerrero.

—Una cosa que mata —dije—. Puede matarte antes de que levantes el látigo contra mí.

Sus prominentes labios formaron una O, comenzando a aspirar aire ruidosamente a través de la dentadura. Aquélla era la forma de reír de los myposianos. Cuando se enfurecen, suelen hacer lo contrario y expelen el aire produciendo una especie de silbido. Siguió avanzando hacia mí.

—No quiero matarte —le advertí—; pero lo haré si intentas golpearme con el látigo.

En realidad, lo que desviaba mi intención de matarle era la certeza de las represalias que comprometerían la seguridad de Duare. De no ser por eso, grande habría sido mi placer en matarle a él y a todos los de su calaña.

—Mejor será que utilices con él el tridente —le aconsejó otro guerrero.

—He matado a más de un esclavo a latigazos —se jactó mi agresor—, y puedo hacer lo mismo con éste.

Se precipitó hacia mí con el látigo en el aire. Entonces yo saqué la pistola del rayo-R, capaz de destruir la carne y los huesos, y la hice funcionar. No se produjo humo ni nada visible. Simplemente un chasquido sordo y apareció en medio del rostro de aquel individuo un gran orificio redondo, desplomándose en tierra, muerto.

Los esclavos estaban a mi alrededor y me miraron con ojos desmesuradamente abiertos en los que se reflejaba el terror. Las agallas de los hombres-peces se abrían y cerraban con rapidez. El guerrero que había aconsejado el empleo del tridente, levantó esta arma para atacarme; pero se desplomó a su vez con un orificio en el corazón.

Me revolví entonces contra todos. Los guerreros miraban a Vomer, como si esperaran órdenes. Éste dudaba y, entonces, yo dirigí el cañón de mi pistola hacia él.

—¡A trabajar, esclavo! —dijo—, ya hemos perdido bastante tiempo.

Al hablar le temblaba la voz al igual que sus rodillas. Kandar estaba trabajando a mi lado.

—No tenemos que apartar la vista de ese hombre —murmuró—; en cuanto te vuelvas de espaldas, te atacará. Te ayudaré en la vigilancia.

Le di las gracias y comprendí que en él tenía un amigo.

6

Cuando volvimos al recinto de los esclavos, Kandar contó a Duare lo ocurrido. De haberlo podido impedir yo, lo hubiera hecho, ya que la pobre muchacha tenía bastantes motivos de preocupación.

—Estaba segura de que te habías captado la enemistad de Vomer desde la primera vez que te habló —dijo—. Lo ocurrido era previsible, y es mejor aún que haya pasado, porque así sabemos qué terreno pisamos.

—Si pudiera tener una audiencia con Tyros, es posible que nos trataran mejor —observé—; incluso podríamos obtener la libertad.

—¿Y qué es lo que te hace creerlo así? —inquirió Kandar.

—También él es jong y parece lógico pensar que conceda a personas de nuestra condición social las distinciones corrientes entre hombres civilizados. Mi compañera es hija de un jong y yo soy hijo de otro —expliqué refiriéndome al hecho de que Taman, jong de Korva, me había adoptado como hijo.

Kandar sonrió e hizo un gesto negativo.

—No conoces a Tyros ni la psicología de los myposianos —objetó—. Se consideran una raza superior y juzgan al resto de los mortales como si fueran bestias. Les he oído hasta maravillarse de que tuviéramos el don de la palabra, Tyros abriga la ambición de conquistar el mundo y llevar la cultura myposiana a todas las razas inferiores, esclavizándolas o destruyéndolas. Sabe perfectamente que soy el hijo mayor del jong de Japal; pero por eso no recibo mejor trato que el más miserable de sus esclavos. No, amigo mío; nada bueno conseguirías hablando con Tyros, supuesto que pudieras obtener la audiencia, cosa además imposible. Lo mejor que podemos hacer es esperar lo inverosímil.

—¿Qué? —preguntó Duare.

—Escapar.

—¿Y crees que es imposible? —inquirí.

—Bueno, dejémoslo en improbable, ya que nada es imposible para la inteligencia y la iniciativa humanas —repuso Kandar.

—¿Y podemos contar con tu cooperación? —le pregunté.

—Por completo. No me resigno a quedarme aquí como esclavo indefinidamente. La muerte sería preferible.

—Tú hace más tiempo que estás aquí que nosotros —observé—; habrás tenido ocasión de pensar sobre el modo de huir, y acaso tengas ya un plan.

—¡Ojalá fuera así! —replicó—. Pero resulta difícil hacer plan alguno cuando no se es dueño de nuestros más leves movimientos y se siente uno bajo la constante vigilancia de guerreros armados y traidores espías.

—¿Espías? —preguntó Duare—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que entre los esclavos hay siempre aquellos que están dispuestos a dar informaciones contra sus compañeros, con tal de conseguir los favores de sus amos. Nunca te mostrarás lo suficientemente cauto cuando hables con otros sobre tus esperanzas. Ni siquiera puedes estar seguro de que yo mismo no sea un espía —añadió sonriendo.

—En eso no tengo inconveniente en correr mi riesgo —dije—. Me creo con la suficiente intuición para saber distinguir a un hombre de honor, aún conociéndole hace poco.

—Gracias, pero no estés tan seguro —repuso, riendo. Su actitud me dio aún más confianza. Kandar me era simpático, y a Duare le pasaba lo mismo. Era un tipo muy parecido a los que podían encontrarse en los clubs militares de Schofield o San Diego. De no haber sido capturado por los myposianos, habría llegado algún día a ser jong de Japal y probablemente su árbol genealógico arrancaría de tiempos muy remotos, como ocurría con la mayor parte de las familias de Amtor que yo conocí.

A diferencia de los habitantes de Polinesia, cuyas genealogías se transmiten, de palabra, a través de centurias, mezclándose en ellas el mito y la leyenda, estas gentes poseían el lenguaje escrito y sus informaciones eran exactas y verídicas en el curso de los siglos. Por parte de mi madre, yo puedo rastrear mis ascendientes hasta el diácono Edmund Rice, que llegó a Sudbury, Massachussets, hacia 1639, y desde él a Colé Codoveg, que fue un rey bretón del siglo III; pero en comparación con Duare o Kandar yo soy un parvenu.

Estas gentes son extraordinariamente orgullosas de su ascendencia, aunque admiten en otros los mismos prestigios de familia.

A media mañana del siguiente día de mi choque con Vomer, irrumpió éste en nuestro recinto, acompañado de un buen número de guerreros, su guardia personal como yo les llamaba, ya que estaba seguro de que se sentía odiado y no osaba presentarse solo ante los esclavos.

Llamó a Duare con voz estentórea haciéndole dar un paso adelante. Yo me puse en seguida en guardia y en actitud agresiva. No sabía lo que pretendía de ella; pero fuera lo que fuera, me puse alerta, así es que di un paso adelante, a su lado.

—No cité tu nombre, esclavo —protestó Vomer con el tono más insultante de que fue capaz—. Métete en tu guarida, esclavo —gritó.

—No lo haré hasta que sepa qué pretendes de mi compañera —le dije.

Temblaron sus branquias y se contrajeron sus labios en un círculo, arrojando aire como pudiera hacerlo una ballena. El aleteo de las branquias, peculiar de los myposianos, produce una sensación casi obscena, y no menos desagradable es el sonido que ocasiona el aire al expelerlo cuando están enfadados. Pero, desagradable o no, no cabía duda de que Vomer se hallaba enfurecido y yo llegaba a consolarme de tales manifestaciones de ira sólo por el placer de haber sido el causante. No cabía

duda de que Vomer me resultaba totalmente antipático.

Avanzó un paso hacia mí y, luego, dudó, volviéndose a sus guerreros; pero éstos habían desviado su mirada hacia otro lado. Evidentemente tenían noticias o habían presenciado los efectos del rayo-R.

A Vomer le resultaba difícil controlar su voz, en medio de aquel ajetreo de sus agallas y el subido de su aliento, pero consiguió gritar al fin:

—¡Carson de Venus, da un paso adelante!

—Ya estoy aquí —repuse sin que él pareciera darse por enterado.

—Kandar de Japal, da un paso adelante —insistió.

Le hubiera gustado haberlo dicho con voz estentórea; pero sus agallas seguían temblando y continuaban los silbidos espasmódicos de su aliento. Yo no pude contenerme y me eché a reír.

—¿De qué te ríes, esclavo? —balbuceó.

Duare me apretó el brazo antes de que pudiera responder. Indudablemente tenía más cordura que yo. Tuve un impulso terrible de contestarle que en las aguas de La Florida había visto pescar peces parecidos; pero nunca con patillas, y me divertía mucho verlo ahora.

Vomer dictó unos cuantos nombres. Los esclavos dieron un paso adelante y se colocaron a nuestro lado. Entonces nos ordenó ponernos en marcha y le seguimos. Los guerreros formaron delante y detrás de nosotros, y abandonamos el recinto para avanzar a través de las estrechas calles de la población. ¿Dónde iríamos? ¿Ante qué nuevas escenas, en medio de qué aventuras y peligros íbamos a encontrarnos?

Las calles de Mypos son estrechas y tortuosas. Como los myposianos no tienen ni vehículos de ruedas ni animales de carga, las calles no necesitan ser anchas, y el hecho de ser estrechas y tortuosas facilita la defensa en caso de invasión. Un fornido guerrero podría defender una de las calles contra fuerzas muy superiores.

En muchos lugares nuestro grupo de esclavos y guerreros veíase obligado a avanzar en fila india, y los transeúntes que se cruzaban en el camino con nosotros se pegaban a las paredes de los edificios para dejarnos pasar. Así llegamos hasta una plaza cercana a las aguas de la parte de delante de la ciudad. Había allí unos cuantos myposianos. Inmediatamente algunos de los myposianos allí congregados se acercaron a nosotros y comenzaron a examinarnos, y uno de ellos, que llevaba espesa barba, subió a la plataforma. Otro de los que se habían acercado se fijó en Duare y la tocó en el hombro.

Las miradas del barbudo y de Vomer se cruzaron.

—Trae a la mujer a la plataforma —ordenó.

Yo me mantuve en una actitud expectativa, mientras Vomer conducía a Duare haciéndola subir los tres o cuatro peldaños hasta llegar a donde se hallaba el otro individuo. ¿Qué iba a ocurrir? No lo sabía; pero tenía ciertas sospechas.

—¿Qué sabes de esta mujer? —preguntó a Vomer el de la espesa barba.

—La capturaron más allá de los bosques, en compañía de un hombre que dice ser hijo del jong de cierto país cuyo nombre nos es desconocido —repuso Vomer—. Salvo esto no sé nada más de ella. Su comportamiento ha sido bueno, pero el hombre que la acompaña es insubordinado y peligroso. Me refiero a ése.

Al hablar así me señaló. El individuo barbudo fijó sus ojos en mí, mientras Vomer le susurraba algo al oído. Hablaron breves instantes y luego Vomer abandonó la plataforma. El que estaba en la plataforma dirigió la mirada hacia el grupo formado frente a él.

—¿Quién quiere comprar esta hermosa esclava? —preguntó.

¡Era lo que yo esperaba! ¿Qué iba a ocurrir luego?

—¡Yo la compro! —dijo el individuo que había tocado a Duare en el hombro. Comprendí que no me sería difícil aniquilar a muchos de ellos con mi pistola; pero evidentemente conseguirían dominarme y la situación de Duare empeoraría aún más.

—¿Cuánto pagas? —preguntó el que subastaba.

—Cien kloovol —replicó el mismo individuo.

El poder adquisitivo de un vol es alrededor de unos cincuenta y cinco céntimos de dólar. Kloov es el prefijo con lo que se forma el plural. De modo que aquel sujeto pretendía adueñarse de Duare, la descendiente de mil jongs, por cincuenta y nueve dólares. Apreté la culata de mi pistola.

—¿No hay nadie que dé más? —preguntó el que subastaba.

—¡Cualquiera lo hace! —murmuró un myposiano que estaba cerca de mí—. ¿Quién se atreve a pujar contra Kod, que realiza sus compras por cuenta de Tyros?

Al hablar, lo hizo en voz baja, dirigiéndose a uno que estaba junto a mí. No hubo más pujas y, en consecuencia, se otorgó Duare a Kod. Yo estaba furioso. Me iban a arrebatarse a Duare, y, lo que era aún peor, iba a convertirse en un objeto de propiedad del más cruel tirano. Toda mi moderación se vino abajo y determiné luchar matando a cuantos pudiera, para apoderarme de Duare y abrirme paso hacia las puertas de la ciudad. Acaso pudiera conseguirlo, ya que la sorpresa coadyuvaría en mi favor.

Vomer y los guerreros habían estrechado el cerco a mi alrededor, sin que me hubiera dado cuenta hasta entonces, y, antes de que pudiera llevar a la práctica mi plan, saltaron sobre mí, y con el peso del número me abatieron a tierra. Evidentemente, aquella agresión era consecuencia de la conversación que había sostenido Vomer en voz baja con el que subastaba.

Antes de que pudiera utilizar la pistola, me ataron las manos a la espalda y me vi indefenso. No me arrebataron la pistola y yo sabía bien por qué no lo hicieron. Había procurado hacer ostensible que cualquiera que tocara el arma perecería, y ellos no lo dudaban.

Mientras me hallaba en tierra, Vomer se puso a darme puntapiés en las costillas, y así que me obligaron a levantar, me golpeó en el rostro. No sé cuánto hubiera durado aquel martirio de no haberle hecho desistir el subastador.

—¿Es que pretendes aniquilar una pieza tan valiosa? —gritó.

—Yo no daría por él ni un solo vol —burlóse Vomer.

Las indignidades de que me había hecho objeto Vomer me enfurecían, pero lo que más me preocupaba era el porvenir de Duare. Kod se la llevaba y mientras caminaban volvió ella la cabeza, dedicándome una sonrisa valerosa.

—¡Iré a salvarte Duare! —grité—. ¡De una manera u otra te he de libentar!

—¡Silencio, esclavo! —saltó Vomer.

—Duare ha tenido suerte —dijo Kandar, que se hallaba junto a mí.

—¿Por qué? —le pregunté.

—La compraron para Tyros —repuso.

—¿Y qué hay de bueno en ello? —inquirí—. Me parece el augurio de algo peor que la muerte para una mujer como Duare.

—Estás en un error. Entrará al servicio de las mujeres de la familia real.

—No ocurrirá eso antes de que Tyros la vea —objeté yo.

—Skabra será la primera que la vea y se encargará de que Tyros no se apodere de ella.

—¿Quién es Skabra? —pregunté.

—La esposa de Tyros, la vadjong de Mypos; es una mujer muy celosa. No tienes

que temer que Duare caiga en manos de Tyros mientras viva Skabra. Duare es demasiado hermosa. Si fuese menos agraciada, acaso se la entregase Skabra a Tyros.

Bueno, al menos había un rayo de esperanza y tenía que alegrarme por aquel ligero optimismo.

En aquel momento se acercó un hombre y tocó a Kandar en el hombro, y entonces Kandar dio un paso adelante. Unos cuantos myposianos comenzaron a dar vueltas a su alrededor probando su musculatura y examinándole los dientes.

La subasta de Kandar fue más animada y alcanzó la cifra de trescientos cincuenta kloovol, tres veces y media más que Duare; pero se trataba de un hombre, y como en la subasta no intervenía ningún agente de Tyros, la puja se desarrolló libremente.

Después de haber acabado la venta de Kandar, el mismo individuo que lo compró me tocó en el hombro y entonces fui yo el que tuvo que avanzar hacia el sitio en que se colocaban los esclavos que habían de ser objeto de subasta, y lo hice con las manos fuertemente atadas a la espalda.

—¿Quién quiere comprar este excelente esclavo? —canturreó.

No contestó nadie. Nadie pujaba. El subastador esperó un momento, dirigiendo la mirada a los compradores más importantes.

—Es un hombre muy fuerte —dijo— y tiene una dentadura magnífica. Yo mismo se la he examinado. Podrá trabajar muy bien durante muchos años y estoy seguro de que es tan inteligente como cualquier ciudadano de la clase baja. ¿Quién quiere comprarlo?

Continuó el silencio.

—Es muy desagradable tener que destruir a un esclavo tan excelente —apremió el que subastaba, casi con lágrimas en los ojos, probablemente porque percibía comisión sobre todos los esclavos vendidos y los fallos en las ventas constituían un verdadero baldón profesional.

De pronto se encolerizó.

—¿Por qué le tocaste? —casi gritó al individuo que me había rozado el hombro con la mano.

—No le toqué para comprarlo —balbuceó el aludido—. Sólo quería cerciorarme de si tenía la carne firme, por pura curiosidad.

—Bien. Pero tú ya sabes la ley que rige el mercado de esclavos.

—Sí, sí —replicó el otro—. Y aunque no me hace ninguna falta, pagaré diez kloovol por él.

—¿Nadie da más por este hermoso esclavo? —inquirió el subastador.

No contestaron.

—Muy bien —dijo—; este hermoso esclavo se le adjudica al agente de Yron por diez kloovol. ¡Llévatelo!

¡Así es que fui vendido por cinco dólares y noventa centavos! No estaba mal del

todo. Es una cosa estupenda que yo tenga tan metido en mí el sentido del ridículo.

Bueno, al menos no me separaban de Kandar, y esto ya era algo, ya que él había estado en Mypos el tiempo suficiente para familiarizarse relativamente con la población y los modales y costumbres de sus habitantes. Si se presentaba alguna ocasión para escapar, su cooperación me sería preciosa.

El agente de Yron nos compelió a seguirle y Kandar se dispuso a obedecer, aunque yo permanecí inmóvil.

—¡Vamos, esclavo! —ordenó el agente—. ¿Qué haces ahí parado? ¡Sígueme! —y al hablar así, levantó el látigo que llevaba para golpearme.

—Llevo las muñecas atadas —le dije.

—¿Y qué? —preguntó—. ¡Vamos, vamos!

—No me moveré hasta que desates mis manos —repuse. Entonces me golpeó con el látigo.

—¡En marcha, esclavo! —gritó.

—Repito que no me moveré hasta que me desates —insistí tercamente.

Me volvió a golpear y yo me arrojé al suelo. Se puso furioso y me pegó una y cien veces sin que consiguiera que me moviese.

—Si quieres conservar la vida de tu esclavo —le advirtió Kandar—, mejor será que le desates las manos. No te seguirá hasta que lo hagas.

Comprendí que para un esclavo que sólo valía cinco dólares y noventa centavos, mi actitud podía conducirme a un infierno; pero a la vez creía que comenzando así, acaso mejorara mi situación.

El agente me propinó un par de golpes más y, por último, se detuvo y me desató las manos.

—¡Levántate! —me ordenó; y mientras yo lo hacía observé que temblaba de furor y jadeaba ruidosamente—. Soy un gran guarda de esclavos y todos me obedecen —dijo finalmente.

Quedé satisfecho al ver que se había resignado y guiñé el ojo a Kandar, que me devolvió el gesto; pero no sin advertirme:

—Ten cuidado; a veces hacen pequeñas matanzas de esclavos rebeldes y no olvides que Yron no pagó mucho por ti, y fácilmente prescindiría de tu persona.

Vomer se había quedado cerca de nosotros evidentemente para disfrutar el espectáculo de los latigazos que yo había recibido.

—No debiste soltarle las manos —advirtió al agente de Yron.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Porque ahora puede matarte con eso —le explicó señalando a mi pistola.

—Dámelo —ordenó el agente.

Saqué la pistola de la funda y se la ofrecí por la parte del cañón.

—¡No lo toques! —gritó Vomer—. Morirás apenas lo toques.

El agente se echó atrás manifiestamente indeciso.

—No tienes que temer nada —le advertí—. Con tal de que no lo toques nunca y nos trates bien a Kandar y a mí, no te mataré.

Volví a meter el arma en la funda.

—¡Vaya una adquisición que has hecho para Yron! —se burló Vomer—. Cuando se dé cuenta va a mandar que te decapiten.

Supuse que aquel individuo estaba inquieto, ya que comenzaron a agitarse sus agallas, aunque todo eran conjeturas, pues la expresión de su rostro nada revelaba y se mantenía siempre inmutable. Al igual que los demás de su raza no tenía músculos faciales que reflejaran sus emociones.

—¡En marcha, esclavos! —ordenó, obligándonos a caminar a Kandar y a mí.

La distancia que mediaba entre el mercado de esclavos y la casa de Yron no era mucha y pronto nos hallamos en un amplio patio descubierto, en el centro del cual había un estanque de unos cincuenta pies, de ancho por cien de largo. Crecían árboles, arbustos y flores, a más de un extenso prado, todo con el colorido mate peculiar de la flora amtoriana. Varios esclavos estaban podando y dedicándose a diversos trabajos de cultivo. Cerca del estanque había tres de ellos armados de tridentes, en actitud de centinelas. Observé que estos últimos miraban a menudo hacia el horizonte. Naturalmente yo hice lo mismo, pero no vi nada. Observé entonces el estanque y sólo vi a unos cuantos peces que nadaban en él, que no despertaron en mí interés alguno... entonces.

Alguien debió notificar a Yron que habían llegado dos nuevos esclavos, ya que se presentó para inspeccionarnos con la misma actitud con que un granjero de la Tierra pudiera inspeccionar una nueva pareja de vacas o caballos.

El aspecto de Yron no ofrecía ninguna nota distintiva, excepto que su atavío y sus armas tenían más ornamentación que los de los guerreros corrientes.

Nos examinó con atención, probó nuestra musculatura y observó nuestros dientes.

—Un buen ejemplar —dijo, señalándome—. ¿Qué hubiste de pagar por él?

—Diez kloovol.

—Entonces deberían haberte dado dinero encima para traerte a este otro —observó, señalando a Kandar.

El agente no parecía muy tranquilo. Por último, luego de titubear, repuso:

—Tuve mucha suerte. Conseguí los dos por trescientos sesenta kloovol.

—¿Pretendes hacerme creer que pagaste trescientos cincuenta por ése? —protestó, señalando a Kandar—. Resulta absurdo si podías adquirir ejemplares como éste sólo por diez.

—A éste nadie quería comprarlo —repuso el agente—. Por eso lo compré tan barato. Nadie pujaba.

—¿Por qué? —preguntó Yron.

—Porque es un poco díscolo y peligroso. Tuvieron que atarle las manos a la espalda para que no matase a nadie.

Las branquias de Yron se estremecieron y se puso a soplar una y otra vez, recordándome al lobo de los Tres Cerditos.

—¡Vamos! —gritó, al fin—, ¡vamos! ¿De modo que compraste un esclavo peligroso que nadie quería adquirir y me lo traes a casa?

—El encargado de la subasta me obligó a comprarlo —gimió el agente—; pero si no lo quieres lo mataré y te devolveré los diez kloovol.

Me llevé la mano a la culata de mi pistola, y el agente observó mi movimiento.

—Bueno —dijo Yron—; puedes matarle.

Extraje la pistola de la funda y el agente cambió de pensamiento.

—Creo que sería preferible que te lo comprara para volverlo a vender. Acaso me produzca alguna utilidad.

—Escúchame —le dije a Yron—; lo que estáis hablando me parece una tontería. Si se nos trata bien a mi amigo y a mí, no mataré a nadie.

—¿Y trabajarás a mis órdenes, haciendo lo que se te mande? —preguntó Yron.

—Con tal que se nos trate bien, sí —repuse.

—¿Cómo te llamas?

—Carson.

—¿Y tú?

—Kandar.

Yron llamó entonces a un hombrecito que tenía una cara muy original y que con la boca casi bajo su barbilla, parecía un pequeño tiburón. Era una especie de mayordomo.

—Carson y Kandar —dijo Yron— irán al barco la próxima vez que zarpemos; mientras tanto, que se queden alrededor del estanque para que cuiden de los niños. Y en cuanto a ti —gritó al agente—, como este Carson nos dé algún disgusto irás también a parar al barco—. Luego se me acercó para examinarme detenidamente—. ¿De dónde eres? —preguntó—. Nunca vi ningún hombre que se te pareciera ni nadie que tuviera el cabello amarillo y los ojos del color que tú los tienes.

Como hubiera sido inútil tratar de explicarle lo que era incapaz de comprender, me limité a decirle que procedía de un país del Sur.

—Al Sur no hay país alguno —objetó—; sólo rocas fundidas y fuego—. Y sin añadir más, el opulento Yron dirigióse hacia su casa.

El mayordomo se nos acercó. Semejaba avanzar con un movimiento ondulante y llegué a pensar que, en un momento dado, se retorciera hacia atrás para morder a alguien; tanto se parecía a un pequeño cetáceo. Nos entregó sendos tridentes y nos dijo:

—Debéis quedaros junto al estanque hasta que se os releve y que nadie haga mal a los niños, ni permitáis la entrada a otro que no sea Yron o una de sus mujeres. Estad siempre alerta por si se presentaran los guypals. No olvidéis que habéis tenido mucha suerte en entrar al servicio de tan excelsa persona como el noble Yron.

Luego se marchó con los mismos movimientos acuáticos. Kandar y yo nos dirigimos hacia el estanque donde patrullaban otros tres esclavos. Uno de éstos reconoció en seguida a Kandar y le saludó con el mayor respeto.

—No me reconoces, ¿verdad? —le dijo—. Yo era guerrero de la guardia particular de Cantor, el jong de Japal, tu padre. Me llamo Artol y de veras lamento ver aquí a un príncipe de Japal. Al igual que serví a tu padre te serviré a ti en todo lo que pueda.

—En este lugar hemos perdido los dos la condición de guerreros y yo la de príncipe —repuso Kandar—; no somos más que tres esclavos: Carson, Artol y Kandar. Nos serviremos mutuamente.

—Como quieras —replicó Artol—; pero tú sigues siendo mi príncipe.

Kandar sonrió y se encogió de hombros.

—¿Cómo llegaste aquí? —le preguntó. Y Artol contó su historia.

—Éramos veinte —dijo—; veinte guerreros de la guardia personal del jong. Íbamos en un gran navío birreme, servido por un centenar de esclavos, y con una gran vela para los vientos favorables, que transportaba un importante cargamento de mercancías a Torlac, a quinientos klookob al Oeste del Noellat-gerloo.

“Sabíamos que el cargamento era de importancia, porque éramos veinte los que lo guardábamos; veinte guerreros de la guardia personal del jong, todos elegidos entre los mejores hombres de Japal.

“Era una larga navegación; doscientos klookob desde el gran lago de Japal; quinientos klookob a lo largo de la costa, desde Noellat-gerloo a Torlac.

Noellat-gerloo, es el nombre que se le da al océano, quiere decir “agua poderosa”. Ellat es fuerza, poder, y el prefijo “no” es igual que el prefino inglés y, así, Noellat quiere decir poderoso. Gerloo es agua.

—Pero se redujo a una navegación cortísima —comentó Kandar—; no pasasteis de Mypos.

—Al contrario, príncipe; completamos el viaje a Torlac, pero no sin incidentes. Cuando dejábamos el lago de Japal para meternos en el canal que desemboca en el Noellat-gerloo fuimos atacados por un barco de guerra myposiano: cinco hileras de remos y un centenar de guerreros.

“Se dispusieron al abordaje, echándose sobre nosotros. Fue una gran batalla, príncipe. Veinte contra ciento; los esclavos apenas si nos sirvieron para nada; con el resto de la marinería pasaba igual.

“Nuestro oficial pereció en el primer choque y yo me hice cargo del mando. El capitán del barco se escondió, dominado por el miedo, y, en consecuencia, yo me hice responsable del mando. Luchamos como los guerreros de la guardia personal de nuestro jong saben hacerlo; pero cinco contra uno es una proporción adversa. Incluso llegaron a armar a sus esclavos, arrojándolos contra nosotros en la lucha.

“Seguimos resistiendo. La cubierta estaba empapada en sangre. Según rechazábamos a los unos, otros se precipitaban sobre nosotros. Aniquilamos a la mitad de nuestros atacantes, y, por fin, vi que la marea había cambiado y comenzaba la corriente del océano.

“Hasta entonces habíamos conseguido defender la escotilla que desde la cubierta conducía a los bancales donde los esclavos remaban, y envié allí a un hombre de confianza para comunicar mis órdenes; luego, con mis propias manos, levé anclas, di orden de remar, y salté a la caña del timón.

“La nave viró en redondo y enfiló hacia el océano, arrastrando a un barco enemigo. Una de las dos naves tenía que irse a pique; probablemente ambas. Por eso los myposianos, para salvar la suya, se apresuraron a desprenderse de la nuestra y,

una vez libres, nos vimos envueltos por la corriente de las aguas que se precipitaban desde el lago hasta el océano.

“Se oía el chasquido de los látigos sobre las espaldas de los esclavos a los que sus guardas alentaban para que se superasen en sus esfuerzos, ya que sólo gracias a éstos la nave podía mantener su proa enhiesta y abrirse paso en medio de aquel torrente.

“Yo soy soldado, no marino; pero conseguí guiar el barco a través del canal, en medio de la oscuridad de la noche, hasta que lo vi flotar, al fin, en pleno océano. Fue entonces cuando salió el capitán de su escondite y se hizo cargo del mando. En vez de darme las gracias por haber salvado el barco, me amonestó por haber levado anclas.

“Tuvimos un altercado y le dije que cuando volviéramos a Japal informaría al jong de que se había escondido durante el desarrollo de la batalla en vez de permanecer en cubierta para defender la nave. Por eso estoy aquí.

—No acabo de entender —objetó Kandar.

—Espera un momento y lo comprenderás en seguida. Al terminar la lucha, me di cuenta de que sólo quedábamos diez de nosotros y cinco estaban heridos. Habíamos hecho once prisioneros myposianos, que no habían conseguido volver a la cubierta de su barco, antes de que las dos naves se desprendieran. Los prisioneros fueron enviados a los banales de los esclavos remeros para que les ayudaran en su trabajo.

“Llegamos a su debido tiempo a Torlac, depositamos nuestra carga y tomamos otra para Japal.

“En nuestra travesía de vuelta no sufrimos ningún incidente, hasta que entramos en el lago de Japal. Nos quedamos en el extremo más bajo del lago para poderlo atravesar cerca de Mypos, cuando anoheciera, según costumbre. Al llegar la hora oportuna, avanzamos suavemente y en silencio, sin que brillara ninguna luz en el barco.

“La oscuridad era absoluta y era difícil distinguir los rostros en cubierta. Llegamos frente a Mypos y las luces de la ciudad se hicieron completamente ostensibles.

“Alguien dijo: “¿Qué es eso... hacia estribor, a la derecha?” Entonces, yo y los guerreros avanzamos hacia aquella dirección. Aún no había alcanzado yo la borda cuando alguien me cogió por la cintura y saltó conmigo sobre la barandilla, y, de allí, al lago.

“¡Era un myposiano! Ya sabes cómo nadan esos individuos. Me mantenía entre las aguas, medio ahogado, y por último me arrastró hacia la costa de Mypos, más muerto que vivo. Cuando recobré el conocimiento me hallé en un tinglado de esclavos, donde también habían ido a parar todos mis hombres. Más tarde supe lo ocurrido.

“Temeroso el capitán de que yo comunicara a nuestro jong su conducta, había puesto en libertad a los myposianos, pactando con ellos que nos hicieran prisioneros.

En realidad, les dijo que nos hicieran perecer ahogados; pero la tentación de llevarnos a la ciudad, prisioneros, para vendernos como esclavos, les hizo cambiar de propósito, con lo cual salvamos nuestras vidas.

“Ya sabes, príncipe, cómo me convertí en un esclavo de Mypos, viviendo ahora con el solo pensamiento de poder volver a Japal y hacer pagar con la vida la traición de aquel cobarde que entregó diez guerreros de la guardia personal de nuestro jong a un mercado de esclavos.

—¿Cómo se llamaba el capitán? —preguntó Kandar.

—Gangor.

—Lo conozco de sobre —dijo Kandar—; poco bueno cabe esperar de él. Hasta mí había llegado el rumor de que estaba mezclado en el grupo de conspiradores que hace tiempo intentó destronar a mi padre.

En aquellos momentos aquel nombre tenía poca significación para mí; pero no fue lo mismo más tarde.

Mientras hablábamos, el mayordomo se acercó sigilosamente con más aspecto de animal acuático que nunca.

—Os pasáis el tiempo charlando, esclavos, y habéis de vigilar a los guypals —nos amonestó—; tenéis que luchar contra ellos. Separaos y patrullad cerca del estanque. Si a algún niño le ocurriera alguna desgracia, todos vosotros moriríais de un modo poco apetecible.

Nos pusimos a rondar alrededor del estanque con los otros dos guardas y atisbando siempre alguno de nosotros el horizonte, aunque yo no tenía la menor idea de por qué lo hacíamos.

Así que el mayordomo se hubo marchado, me acerqué a Kandar.

—¿Qué son los guypals? —le pregunté.

—Grandes aves de rapiña, realmente muy peligrosas —me contestó—. Si no fuera por los guardas, descenderían para llevarse a los niños; pero con guardas y todo, nunca se está seguro de si se atreven o no a bajar. De hacerlo, puedes estar seguro que alguno de nosotros va a perecer. Son pájaros terriblemente agresivos y no tienen temor de ninguna clase.

Me pareció una sarta de fantasías todo aquello de proteger a unos niños contra ciertos pájaros, sin ver a los niños ni a los pájaros, porque hasta entonces yo no había visto a ninguno. Hubiera resultado mucho más humanitario que se nos permitiera sentarnos hasta que aparecieran los bebés.

Como tales aves de rapiña no vuelan por la noche, se nos relevó al oscurecer y volvimos al recinto donde habitaban los esclavos, dándonos de comer una pitanza nauseabunda y hacinándonos para dormir sobre miserables esteras de paja. Los esclavos de Yron no recibían un trato muy halagüeño.

Me puse a pensar en Duare; ¿la tratarían bien? ¿Estaría a salvo? ¿Volvería a verla? Por fin me dormí sumido en un sueño agitado.

Al día siguiente, al amanecer, y después de un mísero almuerzo, nos llevaron de nuevo a la plazoleta y se nos advirtió que vigiláramos las aves de rapiña y custodiásemos a los niños.

—Si son tan peligrosos los guypals, ¿por qué se nos dan tridentes de madera? —pregunté a Kandar—. ¿Qué podemos hacer con un trozo de madera para luchar contra aves tan feroces?

—Defendernos como podamos —me contestó—. Tienen miedo de armarnos con tridentes de metal; podríamos revolvernos contra ellos. Estos myposianos son en el fondo unos perfectos cobardes.

—En fin, espero ver hoy alguna de esas famosas aves —observé—; al menos, así se romperá esta monotonía. En cuanto a los niños, todavía no he visto ni uno y no

comprendo cómo pueden atraer a esos animales. ¿Dónde guardan a los niños?

Kandar se echó entonces a reír y señaló el estanque.

—Ahí están los niños —dijo.

Miré hacia el estanque pero no vi nada, excepto unos cuantos peces muy extraños en los que ya me había fijado el día anterior.

—Ahí no veo nada —le dije—; sólo unos cuantos peces raros.

—Pues esos son los niños —explicó Kandar.

Me quedé mirando sorprendido hasta que entendí el significado de sus palabras.

—Comprendo —le dije—; en mi mundo también existen personas así; como no tienen hijos, depositan su afecto en perros y gatos. Por lo visto, estas gentes prefieren los peces.

Kandar hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Te equivocas de medio a medio —objetó—. En primer lugar los myposianos no guardan afecto a nada y, en segundo lugar, tienen verdaderos hijos.

Al hablar así, señaló a los extraños peces que jugueteaban en el estanque.

—Veo que estás de buen humor —le dije.

—No lo creas; te hablo muy en serio. Esos seres que tienen aspecto de peces son en realidad los hijos de Yron y su mujer.

—Parece increíble.

—Pero es la pura verdad. Hay seres humanos como nosotros, que tienen descendencia, que más o menos se les parece. Igual ocurre con los animales. Algunas criaturas ponen huevos en los que se desarrolla el embrión. Las mujeres myposianas echan al mundo peces..., peces que más tarde se convierten en myposianos.

“Si te fijas con atención, observarás que en las más grandes de esas criaturas se desarrollan las manos y los pies. Más tarde, su cola irá cambiando de forma, hasta convertirse en anfibios capaces de moverse en tierra. Progresivamente, irá evolucionando tanto su cabeza como el rostro, haciéndose más humanos. Terminarán por caminar de pie, hasta convertirse en auténticos myposianos; pero conservando las agallas a la vez que los pulmones y siendo parcialmente anfibios.

Observé detenidamente uno de aquellos sorprendentes peces y vi que, en verdad, se iniciaban en él de un modo rudimentario las manos y los pies, produciendo en conjunto una impresión desconcertante y hostil.

—Discúlpame —le dije a Kandar—; creí que estabas bromeando. ¿De modo que estos son los niños que tenemos que guardar? ¡Qué monadas! Por lo visto su papá se preocupa mucho de que no les ocurra nada; pero salvo por esto ni él ni mamá les prestan gran atención.

—Los myposianos están desprovistos por completo de todo sentimiento de afecto y desconocen la palabra amor. No obstante, poseen un instinto poderoso de protección que constituye una verdadera reacción biológica contra la extinción racial

y se hallan dispuestos a proteger, aun a costa de sus vidas, a los pequeños monstruos que forman su descendencia.

—Supongo que éstos serán muy jóvenes —observé.

—Ya tienen más de un año de edad. Las hembras acuden a sus estanques para poner los huevos una vez al año y echan al mundo miles de pequeños seres que parecen peces; algunos dicen que hasta un millón. Estas criaturas se lanzan casi inmediatamente al lago, a través de canales subterráneos que ponen en comunicación todos estos estanques con el lago de Japal. Es difícil saber a dónde se dirigen, aunque es probable que lo hagan al océano, donde los que sobreviven permanecen un año. Desde luego la mayoría son devorados por otros animales acuáticos más poderosos. En lo que se refiere a la mujer de Yron, sólo tres de los hijos que tuvo el pasado año sobrevivieron.

—Y cualquiera sabe si serán suyos —sugerí.

—Desde luego que lo son —afirmó Kandar—. Por un instinto misterioso, esos bribonzuelos vuelven fatalmente al estanque donde nacieron.

—Pues no comprendo quién les pueda enseñar el camino.

—El instinto —afirmó Kandar—. Estas criaturas poseen una antipatía congénita hacia los que no son de su propia estirpe. Si alguno procedente de otro estanque se metiera en éste por error, se arrojarían sobre él y lo echarían fuera o lo matarían.

“Los padres, especialmente las hembras, poseen el mismo instinto para identificar a su prole. Algunos esclavos myposianos me han contado que a veces no vuelve ninguna de las crías, que perecen devoradas en el mar. Si por casualidad el juvenil miembro de otra familia se desliza en el estanque ajeno, la madre de éste reconoce en el acto que no es suyo y lo aniquila.

—Debe ser una previsión de la naturaleza para limitar la procreación.

—Más bien una previsión de la naturaleza para asegurarla —dijo Kandar—. Los myposianos no se casan con quien no pertenezca a su familia. Cuando hayas vivido más tiempo aquí te sorprenderá el extraordinario parentesco que existe entre las personas unidas por lazos familiares. Ya verás cuánto se parecen Yron y su mujer; y si alguna vez consigues ver reunido a todo el clan, te sorprenderán aun más las semejanzas que los unen.

Estaba a punto de formularle otras preguntas, cuando escuché un agudo graznido sobre nuestras cabezas y batir de alas.

—¡Las aves de rapiña! —grito Artol.

¡Los guypals! Eran grandes y feroces pájaros, y en conjunto, sumaban una docena. Se precipitaron sobre nosotros y sobre el estanque. Les atacamos golpeándoles con nuestros tridentes de madera; pero ellos tornaban a agredirnos.

Salió gente de la casa y, entre ella, Yron y su mujer. Todo fue alboroto y excitación. Los guerreros que llegaban ahora venían armados con tridentes de metal; pero los guypals los eludían como si supiesen que las armas de madera de los esclavos no podían hacerles mucho daño.

Los myposianos soplaban furiosamente y se les agitaban las branquias. Todo eran gritos, órdenes y advertencias. Parecía una casa de locos y armaban un ruido capaz de amedrentar a cualquiera. Nosotros, por nuestra parte, hicimos lo que pudimos manteniendo a distancia a los feroces pájaros; pero uno de ellos eludió nuestros golpes y se precipitó velozmente sobre el estanque. Parecía inminente que una de las crías de la señora Yron caería en sus garras.

La verdad es que no cabía sentirse héroe para acudir en socorro de un pez; al menos, tal me ocurrió a mí. No obstante, se me había confiado una misión y era natural que, dado mi carácter, procurara hacer cuanto estaba en mis manos para cumplirla dignamente.

Ahora tal reflexión me resulta algo absurda y creo que obré un poco mecánicamente. De haberme detenido a pensar, me habría dicho a mí mismo: “Estos podrán ser los hijos de alguien, pero para mí no son más que peces y, además, si les salvo la vida, irán creciendo hasta convertirse en tres enemigos más. Mejor será dejarles perecer”. Pero no fueron tales mis reflexiones y me imagino que lo que cruzó por mi mente en aquellos momentos e impresionó mi voluntad fue un recuerdo subconsciente de que se me había encargado la protección de aquellos seres y que todo lo demás era secundario.

Ocurrió en menos de un segundo. El pájaro se precipitó sobre el estanque y yo saqué la pistola de rayos-R y disparé contra él. Retorció el cuerpo y se precipitó sobre el estanque. Luego volví la pistola hacia los demás que revoloteaban a nuestro alrededor en espera de una oportunidad para eludirnos. Otras tres aves de rapiña cayeron, y el resto huyó a la desbandada.

Yron se me acercó. Yo creí que iba a expresarme su agradecimiento; pero no fue así. Ni siquiera me dio las gracias por haber salvado a sus pequeñuelos.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—Una pistola —repuse.

—¿Qué es una pistola? —insistió.

—Esto —repuse.

—¿Y mató a los guypals? —preguntó.

—Los mató. Pero sin mí, no podría haberlos matado, a menos... —añadí—, a menos que la hubieran tocado.

—¿Y con eso se puede matar todo? —inquirió.

—Desde luego.

—¿Y a mí también?

—A ti y a toda tu gente —le aseguré.

—¡Dámelo, esclavo! —me ordenó.

—No hay inconveniente —repliqué, ofreciéndole el arma—; pero si la tocas, morirás.

Se replegó y comenzó a soplar desahoradamente, mientras le temblaban las agallas.

—¡Tira eso! —gritó.

Era como si me hubiera pedido que me cortara la mano y la arrojara al estanque. Tenía que conservar aquella pistola para futuras eventualidades. Acaso sorprende que no la hubiera utilizado contra aquellas gentes para recobrar la libertad; pero aún no había hallado el momento propicio para poder huir con Duare y, desde luego, no tenía intención de escapar si no era con ella.

Me limité a dirigir a Yron una leve sonrisa, a la vez que hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Acaso necesite utilizarla si la gente de Mypos no nos trata bien a mí y a mi mujer.

Yron se movía de un lado para otro como una ardilla.

—¡Tira eso! —volvió a gritar—. Soy yo, Yron, un noble de Mypos, tu amo, el que te lo manda.

—Y yo, Carson de Venus, príncipe de Korva, me niego.

Con seguridad que se hubieran escuchado a mucha distancia los latidos de las agallas de Yron; soplaban como una ballena. Yo no sé si los peces tienen o no gran presión arterial; pero estoy seguro que Yron no la tenía, ya que hubiera estallado. Nunca había visto criatura humana dominada por tal furor, aun más terrible por la impotencia.

—¡Sujetadle! —gritó a varios de los esclavos que habían acudido al estanque atraídos por la alarma—. ¡Sujetadle y destruid ese objeto!

Los guerreros habían presenciado con cierto interés nuestra disputa y me oyeron decir que cualquiera que tocara la pistola perecería. Por eso avanzaron de mala gana, cediéndose los unos a los otros el privilegio de ir primero. En esto se mostraron muy corteses y ninguno trataba de apartar al otro para ser el primero en sujetarme.

—Ya os habéis acercado bastante —les advertí, apuntándoles con la pistola. Se detuvieron en seco, dando muestras de manifiesta inquietud.

—¡Dadle una lanzada! —ordenó Yron. Entonces apunté a Yron con mi pistola.

—Cuando se levante la primera lanza contra mí, morirás —le dije. Los guerreros me miraron con actitud interrogante.

—¡Esperad! —gritó Yron—. No le atacéis... todavía. Aguardad a que yo me haya marchado.

—No te irás hasta que hayas rectificado tu orden —le advertí—. Me parece que ya es hora de que discutamos este asunto para que podamos entendernos; la falta de comprensión nos lleva a veces a situaciones fatales.

—Yo no discuto con mis esclavos —replicó Yron, con altivez.

—Como quieras —le advertí, encogiéndome de hombros—; pero recuerda esto: si mi mujer, mi amigo Kandar o yo recibimos mal trato, tú morirás. Puedo matarte en el momento en que me plazca.

—¿Tu mujer? Tú no tienes mujer aquí.

—Aquí exactamente, no; pero sí en el palacio de Tyros. La adquirieron para él en el mercado de esclavos. Mejor será que le adviertas que la trate bien. De paso, procura preparar nuestra liberación y dejarnos volver al lugar donde fuimos capturados.

—¡Qué insolencia! —gritó—. Ya verás cuando se informe Tyros de lo que acabas de decir. Te mandará matar.

—No antes de que le haya matado yo. Puedes decírselo así.

Hablé de tal modo porque creí que podía aprovecharme del evidente temor que sentía por mí.

—¿Y cómo podrás acercarte a Tyros en su palacio? —me preguntó.

—Matando a todo el que intente detenerme, comenzando por ti —le dije, jugueteando con la pistola.

—No creo que puedas hacer eso. Tus palabras no pasan de una baladronada —dijo Yron.

—Pues te lo voy a demostrar —le advertí apuntándole con la pistola.

Entonces se zambulló en el estanque y desapareció. Su expresión de pánico al huir me incitó a la risa. Esclavos y guerreros me contemplaban a respetable distancia.

Esperaba verle reaparecer en la superficie para darle otro susto; pero no salió. Transcurrieron cinco minutos sin que ocurriera nada, excepto que los guerreros se fueron dispersando lentamente para retornar a sus recintos. Por último quedamos sólo los esclavos en la plazoleta.

—Yron debió perecer ahogado —dije a Kandar.

—No lo creas —replicó Kandar—. A estas horas está en el lago o en alguna gruta del fondo del estanque o acaso en su palacio.

—Pero ¿cómo? —pregunté.

—Estos individuos son anfibios —explicó Kandar—. Pueden permanecer dentro del agua durante tiempo considerable. Además, debajo del agua tienen corredores que

ponen en comunicación sus estanques con el lago y otros que conducen a estanques más pequeños, enclavados en sus palacios. A mucha profundidad de los estanques hay grutas que forman parte de ellos y donde pueden permanecer escondidos, respirando por las branquias.

Kandar me había contado ya muchas cosas sorprendentes de los myposianos, pero nada que me desconcertara tanto como la descripción de aquellos corredores trazados dentro del agua. A Kandar no le agradaban los myposianos y sentía por ellos profundo desprecio. Decía que no eran ni peces ni hombres y que su arrogante egoísmo rayaba en lo inverosímil.

—Se consideran superhombres, cuyo destino es gobernar al mundo e imponer a otras naciones lo que ellos llaman su cultura. ¡Cultura! —se burló, incapaz de seguir hablando de ellos.

—En mi mundo también tuvimos razas así —le dije—, conducidas por hombres como Gengis Kan y Atila, el huno, que destruyó la cultura y la civilización de su época y retrotrajo al mundo a muchas centurias atrás. Creo que aún tendremos a otros por el estilo.

—¿Y qué ocurrió después de ellos? —preguntó Kandar.

—La civilización se debatió en el lodo en que se había hundido y floreció de nuevo lentamente, como creo que ha de ocurrir siempre después de tales catástrofes; pero resulta difícil avizorar qué altura hubiera alcanzado la civilización de no haber vivido sus agresores.

Amaneció el siguiente día como cualquier otro. La intensa luz del sol, filtrándose a través de las dos capas de nubes, producía un brillo comparable a una mañana de abril en nuestro hemisferio Norte, cuando el cielo se ve levemente empañado por ligeras nubes; mas para mí aquel día no iba a ser vulgar, sino que debía marcar un cambio definitivo y drástico en mi suerte.

Al igual que otros esclavos, me hallaba vigilando aquellas hórridas criaturillas del estanque. No cesaba de soñar en Duare y recordaba los momentos más lúcidos que habíamos pasado juntos en nuestra vida. Mientras tanto, concebía y trazaba planes fantásticos para huir; pero, a fin de cuentas, continuaba en la esclavitud.

El mayordomo se presentó en la plazoleta acompañado de cuatro guerreros. Iban éstos ataviados de modo distinto de los que había visto en el palacio de Yron o en otros lugares del país. Sus galas eran de mayor ornamento. Kandar patrullaba a mi lado y me dijo:

—Pertenece a la guardia del jong. ¿Qué vendrán a hacer?

Pronto habíamos de saberlo. Se nos acercaron conducidos por el mayordomo y éste se enfrentó conmigo. Observé que sus agallas palpitaban suavemente y jadeaba un poco, pero adoptando la actitud de quien se dirige a un humilde esclavo.

—Esclavo, tienes que acompañar a estos guerreros.

—¿Por qué? —le pregunté.

Entonces sus agallas comenzaron a agitarse y sopló con fuerza.

—Porque lo digo yo.

—Eso no es bastante —observé—. No me gusta este lugar, pero no pienso ir a ningún otro que pueda ser peor.

—¡Basta de palabrerías! —protestó uno de los guerreros del jong—. ¡Vamos, esclavo! ¡Vivo o muerto te hemos de llevar! —y avanzó hacia mí. Saqué la pistola y el mayordomo cogió al guerrero por el brazo.

—¡Cuidado! —le avisó—. ¡Con eso puede matarte, si quiere!

—¿Se atreve a amenazar a un soldado de la guardia del jong? —preguntó el guerrero al mayordomo.

—Sí que lo hago —tercié—. Puedo amenazarles y matarlos a todos. Pregunta a cualquiera de los de casa de Yron si no digo verdad.

—¿Por qué no le arrebatasteis ese objeto? —preguntó el guerrero.

—Porque cualquiera que lo toque, morirá —repuso el mayordomo.

—Decidme a dónde me lleváis y para qué, y acaso no me vea obligado a matar a nadie.

El mayordomo y los guerreros se apartaron y se pusieron a hablar en voz baja. Luego, el primero me dijo:

—No hay razón para que no lo sepas. El noble Yron, en prueba de lealtad y alta estima, ha hecho a nuestro amado jong el regalo de tu persona.

¡Ya! El noble Yron se deshacía de un sirviente peligroso e indeseable, regalándolo a su príncipe. ¡El leal Yron! Tuve que sonreír. Si el Kaiser de Alemania hubiera regalado a Trotsky, armado con una bomba, al zar de Rusia, el acto hubiera sido muy análogo.

—¿De qué sonríes? —preguntó el guerrero que me había hablado.

—Estoy muy complacido —dije—. Me encanta la idea de ir al palacio de Tyros y lo haré de buen grado, pero con una condición.

—Los esclavos no ponen condiciones —saltó el guerrero.

—Yo soy una excepción —objeté—; nunca habéis visto esclavos como yo —y, al hablar así, me puse a jugar con la pistola.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres ahora? —preguntó el mayordomo.

—Me parece que Yron debe regalar también a Kandar a su jong. Kandar es un esclavo mucho más valioso que yo, y si Yron desea realmente demostrar su lealtad y alta estima a su jong, debería hacer un verdadero regalo regio. Dos príncipes en lugar de uno; el príncipe de la corona real de Japal y el príncipe de la corona real de Korva —. Desde luego, no dije príncipe de la corona real, sino tanjong.

Puse aquella condición no solamente porque había tomado gran afecto a Kandar, sino porque estaba seguro de que me sería muy útil para rescatar a Duare y, eventualmente, poder escapar de allí los tres.

—Me parece una idea excelente —dijo el guerrero.

—Pero Yron sólo mencionó al esclavo Carson —observó el mayordomo.

—Si vuelvo al palacio de Tyros sólo con un esclavo y le informo de que Yron rehusó regalarle dos, el jong acaso se enfade seriamente —sugirió el guerrero.

El mayordomo se encontraba en un callejón sin salida, como le ocurría a Yron.

—Consultaré con mi amo —dijo el primero.

—Aquí esperamos —dijo el guerrero, y el mayordomo desapareció en el interior del palacio.

—Espero que no te importará venir conmigo —le dije a Kandar—. Me parece que podremos trabajar mejor juntos; pero no tuve ocasión de tratar del asunto contigo.

—Quedé encantado al oír tu proposición —repuso—. Lo que me gustaría es que pudiera acompañarnos Artol.

—A mí también; pero me parece que he ido bastante lejos con mi proposición. Tyros puede abrigar alguna sospecha si se informa de que ha adquirido tres esclavos unidos por lazos de amistad y que uno de ellos probó sobradamente su insubordinación.

El mayordomo volvió a la plazuela con su peculiar aspecto de pequeño cetáceo. Movía las agallas suavemente y aspiraba el aire con fruición al hablar al guerrero.

—El noble Yron se muestra encantado de tener la oportunidad de regalar dos esclavos al poderoso Tyros. Aun más, se halla dispuesto a regalarle tres.

—Es un rasgo generoso —dije—; y si este guerrero de la guardia del jong desea escoger un esclavo excepcionalmente útil, le recomiendo éste, que me impresionó favorablemente desde que puso los pies en el palacio de Yron.

Al hablar así señalé a Artol.

El mayordomo me miró fijamente, se agitaron un poco más sus agallas y respiró con ruido. Artol era uno de los esclavos más valiosos de Yron. El guerrero lo examinó, probó su musculatura y observó sus dientes.

—Excelente ejemplar —dijo—. Estoy seguro de que nuestro jong quedará muy complacido con este regalo.

También Artol mostróse satisfecho, ya que así no tenía que separarse de su amado tanjong. Yo no lo estaba menos y Kandar mostrábase contento; igualmente lo estaba el guerrero del jong. No así el mayordomo, aunque se hallaba seguro de que Yron había de congratularse de poder deshacerse de mí a cualquier precio, ya que así podría salir a la plazoleta sin temor de perder la vida. Acaso consiguiera yo inspirar tal zozobra en Tyros que nos diera a todos la libertad.

El jefe de la guardia me estaba observando y parecía dudar. Sospeché que recelaba que yo pudiera formular otras demandas si intentaba llevarse y mostrábase indeciso de poner en tela de juicio su autoridad, sometiéndola a alguna otra prueba embarazosa.

Kandar, Artol y yo estábamos juntos. Los otros esclavos, los guerreros y el mayordomo, observaban en actitud expectante a los guardias del jong. La situación se iba haciendo tirante y difícil; estaba yo a punto de resolverla proponiendo que partiésemos hacia el palacio de Tyros, cuando un ruido de alas y un graznido estridente atrajo nuestra atención.

—¡Un guypal! —gritó alguien.

Efectivamente: un enorme guypal se abatía veloz hacia el estanque. Los guerreros, con sus tridentes de metal, y los esclavos, utilizando los suyos de madera, se precipitaron hacia allí frenéticamente, gritando y armando tal alboroto que debiera haber sido capaz de aterrar a un batallón de tales ave-chuchos; pero que no consiguió intimidar a aquel. Seguía descendiendo recto hacia el centro del estanque, alejado del alcance de los tridentes. Le arrojaron un buen número de éstos, pero todos fallaron.

Aunque un poco largo de contarle, lo acontecido ocurrió en breves segundos y en tales breves segundos saqué yo la pistola y en el momento en que el pájaro rozaba la superficie del estanque, lancé un haz de rayos-R contra él. Se hundió en el agua, manchándola de rojo, y luego flotó sobre la superficie, muerto.

Los guerreros se me quedaron mirando con la boca abierta, muy atónitos, y el mayordomo asintió con la cabeza.

—Ya lo veis —dijo a los guerreros—; lo que os advertí es la pura verdad. Se trata de un hombre muy peligroso.

—¿Y es Yron quien se lo regala a Tyros? —exclamó el jefe de la guardia del jong.

—No comprendes bien —rectificó el mayordomo—. Éste es el esclavo más valioso de Yron. Sólo él puede guardar las criaturas contra los guypals. Lo ha probado dos veces. Yron creyó que Tyros estaría muy satisfecho de disponer de tal protección para sus reales hijos.

—Acaso —gruñó el guerrero.

—Bueno —le dije yo al jefe de la guardia—; ¿por qué no nos conducen ya al palacio de Tyros, en lugar de perder el tiempo escuchando a este hombrecito?

El mayordomo no podía pronunciar palabra alguna de tanto jadear.

—Perfectamente —replicó el guerrero—. ¡Vamos, esclavos!

Y al fin, partimos en dirección al palacio de Tyros, Kandar, Artol y yo.

Creí que ahora podría ver a Duare, a menudo; pero me esperaba un gran desengaño. El palacio de Tyros se extendía sobre muchos acres de terreno y el tinglado donde se cobijaban los esclavos se hallaba enclavado bastante lejos de los edificios de la real familia, donde, como supe poco después de llegar, estaba sirviendo Duare.

Las moradas de los esclavos formaban un cuadrilátero, en el centro del cual estaba el estanque. En tal cuadrilátero no había vegetación alguna, sino la tierra llana, endurecida por las sandalias. Dormíamos sobre esteras. El estanque comunicaba con el lago a través de un conducto demasiado pequeño para permitir la huida; se renovaba constantemente por el agua que suministraba un arroyuelo que descendía desde lejanas montañas, por lo cual siempre era limpia y fresca. El edificio destinado a los esclavos estaba muy pulcro y las raciones de alimento eran mucho mejor y más abundantes que las que hasta entonces había yo conocido. Lo que hacía más intolerable la vida de los esclavos era la arrogancia y brutalidad de los guardas.

Mi reputación acompañóme en mi llegada, lo que pude comprobar por las miradas que los guardas me dirigían a mí y a mi pistola. Tal popularidad se extendió pronto a los esclavos, lo que dio como consecuencia que me convirtiera en el centro de atención. Kandar y Artol hubieron de contar infinidad de veces la historia de mis choques con Yron y su mayordomo, y tales fueron las carcajadas que los guardas acudieron armados de látigos y los descargaron sobre más de una espalda. Atraje a Kandar y Artol a mi lado y cuando se nos acercaron los guardas, dirigí yo la mano a la culata de mi pistola y pasaron de largo.

Entre los esclavos había un myposiano muy amable que se llamaba Plin. No me eran muy simpáticos los myposianos; pero no dejaba de ser interesante encontrar uno con ánimo amistoso; por eso, aunque no cultivé constantemente el trato de Plin, tampoco procuré impedir los progresos de su amistad.

Se mostraba muy interesado por mi pistola y me formulaba muchas preguntas. Me dijo que estaba sorprendido de que no me hubieran asesinado mientras dormía, ya que un esclavo provisto de un arma como la mía era persona muy peligrosa para cualquier amo. Le advertí que Kandar, Artol y yo nos turnábamos en la vigilancia cada noche, precisamente para evitar aquello.

—¿Y de veras sería capaz de matar a cualquiera que la tocara? —preguntó.

—¡Ya lo creo! —contesté.

Plin hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Acaso sean verdad todas las otras cosas que me has contado, pero no me creo que muera nadie porque toque ese objeto. De ser así, tú hubieras sido el primero en perecer.

—¿Quieres tocarla y ensayar tu teoría? —le pregunté.

—Desde luego que sí —repuso—. No tengo miedo de esa arma. Déjamela.

—No —repliqué—; no voy a permitir que muera un amigo mío.

—Eres muy inteligente —observó, haciendo un pequeño gesto.

La verdad es que a mí también me parecía él inteligente. Era el único myposiano que había poseído la suficiente imaginación para sospechar de mi treta. Me alegraba poder contar con su amistad y confiaba que sabría mantener oculta su sospecha.

Con el fin de cambiar de tema, que me resultaba ya desagradable, le pregunté la causa de verse sumido en la esclavitud.

—Era guerrero de un noble —me explicó—, y un día me sorprendió haciendo el amor a una de sus concubinas; me vendió como esclavo y me adquirió el agente de Tyros.

—¿Y continuarás en la esclavitud el resto de tu vida? —le pregunté.

—Si consigo captarme la simpatía de Tyros, no —repuso—. Entonces recobraría la libertad y, probablemente, se me permitiría entrar al servicio de Tyros como guerrero.

—¿Y crees que podrá ocurrir eso? —pregunté.

—Hay algo que me dice que va a ocurrir muy pronto —repliqué.

—¿Hace bastante tiempo que estás como esclavo en el palacio de Tyros? —inquirí.

—Sí.

—Entonces, acaso podrás proporcionarme alguna información que me interesa extraordinariamente.

—Con mucho gusto —me aseguró—. ¿De qué se trata?

—El agente de Tyros compró a Duare, mi mujer. ¿La has visto? ¿Sabes cómo está?

—La he visto —repuso Plin—. Es muy hermosa y lo pasa muy bien. Sirve a la vadjong

Skabra, la esposa de Tyros, la reina, precisamente por su belleza.

—No comprendo —observé.

—Verás, Tyros tiene muchas concubinas, alguna de las cuales ha sido esclava; pero ninguna es hermosa. Skabra procura que ocurra así. Le deja que tenga algunas concubinas poco agraciadas; pero cuando se presenta una mujer hermosa como la tuya, Skabra la toma a su servicio.

—¿Entonces mi esposa está a salvo?

—Mientras se halle al servicio de Skabra, estará a salvo.

La vida en los recintos de los esclavos del jong de Mypos era bastante monótona. Los guardas nos ocupaban en servicios muy diversos; pero por lo general eran demasiado perezosos, incluso para manejar los látigos contra los pobres e indefensos

seres allí cobijados. Nos dejaron a Kandar, Artol y a mí tranquilos, gracias a mi pistola, y Plin, que recibía dinero de fuera, se captó su inmunidad y favores mediante el soborno. Siempre estaba rondando a mi alrededor, halagándome, y terminé por sentirme hastiado de su actitud.

Vegetaba yo en aquella forzosa inactividad, que no me ofrecía el menor vestigio de esperanza de escapar. Me hubiera gustado que me dieran más trabajo para ocupar las horas.

—Ya verás cuando te envíen a los barcos —observó uno de mis compañeros de esclavitud—; entonces sí que tendrás trabajo de sobra.

Seguían pasando los días y yo continuaba soñando en Duare y en la libertad. Comencé a fraguar planes fantásticos e irrealizables para la huida. Constituían una verdadera obsesión en mí. No se los comunicaba ni a Kandar ni a nadie, porque, afortunadamente, me di cuenta de lo ingenuo que era. Tuve mucha suerte al obrar así.

Al fin, un día me llamó Tyros. ¡El gran jong preguntaba por un esclavo! En todos nuestros recintos cundió la excitación. Yo no tenía la menor idea de cuál fuera la razón de un honor semejante. Las murmuraciones de los esclavos y guardas habían llegado a oídos de Tyros, despertando en éste la curiosidad de ver aquel esclavo extranjero, de cabello rubio, que se había atrevido a desafiar a nobles y a guerreros.

Dice el adagio que la curiosidad mató al gato; pero llegué a temer que en este caso la frase se invirtiera. No obstante, aquella llamada constituía un aliciente en mi monótona existencia y una ocasión de enfrentarme con Tyros el Sanguinario. Además, me llevaría al interior del palacio por primera vez y hacía tiempo que lo deseaba con ansiedad, a fin de conocerlo un poco, en espera del día de intentar mi huida con Duare.

En consecuencia, una fuerte escolta de guerreros me condujo al palacio del jong de los myposianos.

El sentido estético de los myposianos es escaso o nulo, como si estuvieran ciegos para la forma y para la línea. Sus calles son tortuosas, al igual que sus casas, y la única armonía que abunda es la desarmonía. El palacio de Tyros no era una excepción. El salón del trono era una estancia desigual y poliangular, situada en el centro del palacio. En algunos sitios, el techo tenía veinte pies de altura y en otros no más de cuatro. Se apoyaba en columnas de diferentes tamaños y a espacios muy irregulares. Podría haber sido trazado por un arquitecto superrealista y beodo, atacado de una especie de infantil demencia, lo cual no sería normal, ya que los arquitectos superrealistas no están siempre borrachos.

Tyros se hallaba sentado en un banco de madera, fijo en un estrado que parecía más bien una caja gigantesca que hubiese permanecido en el sitio donde cayó. Lógicamente nadie podía haberlo colocado allí, ya que la mayor parte de la estancia estaba detrás, y Tyros se hallaba de espaldas a la puerta principal. Dimos la vuelta alrededor de aquel dado enorme, hasta llegar frente a Tyros, y pude verle por primera vez. No era una figura muy agradable. Era muy gordo, y el único myposiano que había visto cuyo rostro no resultaba gracioso. Tenía ancha boca, ojos saltones y tan apartados uno de otro que producían un estrabismo extraño. Sus grandes branquias aparecían terriblemente inflamadas, como si padeciera una enfermedad.

El salón estaba lleno de nobles y guerreros y entre ellos al primero que vi fue a Yron. Le temblaban las agallas y soplaba suavemente. Por tales signos comprendí que estaba muy inquieto. Cuando fijó los ojos en mí, las branquias se agitaron de un modo aún más desagradable.

—¿Cómo se encuentra el noble Yron? —pregunté.

—¡Silencio, esclavo! —ordenó uno de mis guardianes.

—Pero si es que Yron es un antiguo amigo mío —objeté—. Estoy seguro de que estará muy contento de verme.

Yron estaba allí sin hacer otra cosa sino aletear y soplar. Vi que algunos de los nobles que estaban cerca de él aspiraban el aire a través de los dientes y deduje que se estarían riendo de su fracaso, porque esto es lo que más se acerca en ellos a la risa.

Vi también allí a Vomer. Casi lo había olvidado. Me miraba con sus mortecinos ojos de pez. También él me odiaba. En toda aquella estancia llena de gente no contaba con un solo amigo.

Cuando hicieron detenerme bajo el estrado, Tyros fijó en mí su mirada.

—¡Pelo amarillo! —dijo, como comentario—. ¡Qué bicho más raro! Yron dice que es un esclavo muy valioso. ¿Por qué será tan valioso? ¿Por su pelo amarillo? He oído contar muchas cosas de ti, esclavo. Me he enterado de que eres insubordinado e irrespetuoso y de que llevas un arma que mata a las personas sólo apuntándolas. ¿Qué

tontería es ésa? Me han mentido, ¿verdad?

—Sí; Yron probablemente te ha mentido —dije—. ¿Fue él quien te dijo que yo era un esclavo muy valioso?

—¡Silencio! —exclamó un noble, a mi lado—. Los esclavos no hacen preguntas al gran jong.

Tyros ordenó silencio al hombre con un ademán.

—Déjale que hable. Yo le hice una pregunta y su respuesta me interesa. Sí, esclavo, Yron dijo que eras muy valioso.

—¿Te dijo lo que él había pagado por mí? —pregunté.

—Una cantidad muy respetable. No recuerdo que la hubiese precisado exactamente, pero sé que me dio la impresión de haberle costado una verdadera fortuna.

—Pues pagó por mí diez kloovol, ni más ni menos —dije—. No le costé mucho porque tenía miedo de mí; éste fue el motivo de que me regalara a ti.

—¿Y por qué tenía miedo de ti? —preguntó Tyros.

—Porque sabía que podía matarle cuando quisiese; por eso se ha desprendido de mí. Acaso quisiera Yron que te matase.

Todas las branquias de los presentes palpitaron al unísono y los resoplidos fueron generales. Las miradas volviéronse hacia Yron.

—¡Vamos! —gritó éste—; te lo regalé, Tyros, para que guardara a tus hijos. Dos veces salvó a los míos de los guypals.

—¿Pero sólo te costó diez kloovol? —le preguntó Tyros.

—Fue una verdadera ganga y...

—Pero sólo te costó diez kloovol y le tenías miedo; por eso me lo diste —vociferó Tyros interrumpiéndole. De pronto enfocó sus saltones ojos sobre mí como si tuviera un pensamiento repentino—. ¿Y cómo sabré que, efectivamente, esa arma puede matar a cualquiera?

—Ya ves que es el propio Yron el que te lo dice —le recordé.

—El noble Yron es un mentiroso e hijo de otro mentiroso —saltó Tyros—. Trae un esclavo —gritó al guerrero que estaba a su lado.

Mientras esperaba que le trajeran el esclavo, volvió a fijarse en el desdichado Yron, poniéndose a vilipendiarle e insultarle a él y a sus antepasados hasta tres generaciones atrás; luego hizo lo propio con la mujer de Yron, sus ascendientes y su prole, sin que enmudeciera, hasta que le trajeron el esclavo.

—Dejadlo ahí de espaldas a la columna —ordenó, para volverse hacia mí y decirme— ahora mátale, si puedes.

—¿Y por qué he de matar a un esclavo, cuando tienes tantos enemigos alrededor tuyo?

—¡Haz lo que te digo! —ordenó Tyros.

—Yo sólo mato en defensa propia —le dije—. No mataré a ese hombre.

—Porque no puedes; ésa es la razón —burlóse Tyros—. Ese objeto es incapaz de matar a nadie. Eres un gran farsante y no has hecho otra cosa que asustar a la gente con tus mentiras, pero no vas a amedrentar a Tyros.

—Pero puedo probar muy fácilmente que esto puede matar —dije— sin tener que matar a ese hombre indefenso.

—¿Cómo? —preguntó el jong.

—Matándote a ti —le dije.

Metafóricamente Tyros dio un brinco hasta el techo. Sus branquias aletearon furiosamente y se puso a soplar tan fuerte que durante un minuto no pudo hablar.

—¡Cogedle! —gritó a los miembros de su guardia personal—. ¡Cogedle y quitadle ese objeto!

—¡Alto! —le ordené, apuntándole con la pistola—, si alguien se me acerca o me amenaza, te mato, Tyros. Puedo matar a todos los que se hallan en esta estancia, si así me place. Y no quiero matar a nadie a menos que me vea obligado a ello. Todo lo que pido es que dejes en libertad a Duare, a mí mismo y a mis dos amigos, Kandar y Artol. Si así lo haces nos iremos y tú quedarás a salvo. Mientras yo esté en Mypos no está nadie seguro. ¿Qué dices a esto, Tyros?

Sus guerreros vacilaban, y estaban pendientes de él. Tyros se encontraba ante un dilema: si demostraba que me temía, perdía prestigio, y si insistía en que sus guardias ejecutaran su orden podía perder la vida. Decidió salirse por la tangente, y volviéndose hacia Yron le chilló:

—¡Traidor! ¡Asesino! ¡Has enviado aquí a este hombre para que me mate! Y como que se ha negado a ejecutar tus órdenes, yo le perdono lo que me ha dicho. Después de todo no se trata sino de una criatura ignorante, perteneciente a un orden inferior. No tiene modales. ¡Pero tú, bellaco, morirás! Te condeno a muerte por alta traición, y este hombre será tu verdugo... Volved ese otro esclavo a su morada y ponedme a Yron en la columna en su lugar —ordenó; y luego, volviéndose hacia mí—: Vamos a ver lo que puedes hacer con ese objeto tuyo. ¡Mata a Yron!

—Ya te dije antes que sólo mato en defensa propia. Si quieres ver cómo se mata a alguien, ven y atácame tú mismo.

Como la mayoría de los déspotas y tiranos, Tyros estaba medio loco. Tenía poco o ningún dominio de su carácter irascible, y ahora estaba positivamente frenético. Rugía, chillaba y aleteaba; resollaba y se mesaba la barba; pero percibí claramente que me temía, porque no hizo el menor intento de atacarme él en persona ni de ordenar que me atacaran los demás.

—Escucha —le dije, gritando para hacerme oír en medio de su vocerío—, ponnos en libertad, como te advertí, y déjanos marchar en paz. De no hacerlo, me veré obligado a matarte para facilitar nuestra huida.

—Lo mejor es que te deshagas de él a cualquier precio —le aconsejó uno de los nobles.

Aquel consejo es lo que estaba deseando Tyros para salir del atolladero.

—Si ése es el deseo de mi pueblo —dijo—, lo estudiaré. Mientras tanto, que lleven a este esclavo a su recinto y que no se le vuelva a traer a mi presencia.

Cuando volví a nuestro recinto, me encontré con que el esclavo al que no quise matar había hecho correr la noticia de mi disputa con Tyros y, como ocurre en tales casos, estuvo muy lejos de aminorar la proeza al relatarla. Los otros esclavos me contemplaban como pudieran hacerlo los que mirasen a quien hubiera salido de la tumba, o, acaso con más propiedad, como se contempla al que está en el umbral de la muerte. Me rodearon y me hicieron mil preguntas, y algunos se contentaban sólo con tocar al que había acorralado al león en su guarida. Plin exageraba sus alabanzas; pero Kandar parecía disgustado, pues creía que había decretado mi destino. En cuanto a Artol, sentíase orgulloso de mí y, con la reacción propia de un guerrero, juzgaba que no importaba la muerte ante actitud tan digna como la mía. Las alabanzas de Plin dejaban traslucir cierta nota de envidia. Después de todo, era un myposiano. Finalmente Kandar, Artol y yo, nos apartamos de todos y nos sentamos sobre el duro suelo para charlar. Ambos estaban muy agradecidos al haberles incluido en mi reclamación de libertad; pero ninguno de ellos tenía esperanza alguna de que Tyros la concediera.

—Hallará el medio de aniquilarte —dijo Kandar—. Es muy difícil que un hombre solo pueda vencer a toda una ciudad llena de enemigos.

—No pretendo vencer a una ciudad llena de enemigos —repliqué—; pero no cabe duda que puede escaparse de una ciudad llena de enemigos.

—¿Cómo? —preguntó Artol—. ¿Tienes algún plan?

—¡Silencio! —susurró Kandar—; ¡Aquí viene Plin!

Comprendí que Kandar desconfiaba del myposiano, lo cual no me causó sorpresa. Aquel individuo era demasiado untuoso y sus protestas de amistad resultaban exageradas.

Kandar, Artol y yo habíamos montado una especie de rotación nocturna para vigilar y uno de nosotros tenía que permanecer siempre despierto. Desgraciadamente debimos dormirnos todos por la noche, ya que a la mañana siguiente mi pistola había desaparecido. La robaron mientras dormía. Descubrí la pérdida casi inmediatamente después de despertarme y cuando se lo dije a los otros, Kandar preguntó:

—¿Dónde está Plin?

Plin no estaba en el recinto de los esclavos. ¿Cómo se había atrevido a robar el arma? La esperanza del premio o la amenaza del castigo debieron ser demasiado grandes para que pudiera resistir la tentación. Todos estábamos convencidos de que era cosa de Plin. Supuse que me condenarían a muerte en seguida; pero surgió una circunstancia que me salvó momentáneamente. Fue una conmemoración regia. A uno de los hijos de Tyros se le habían desarrollado los brazos, las piernas y los pulmones, y estaba a punto de salir del estanque. Era el futuro jong de Mypos. Tal fiesta exigía

la cooperación de muchos esclavos y se nos llevó a todos a la gran plazoleta, en el centro de la cual se hallaba enclavado el estanque del jong, donde el pequeño monstruo había ido creciendo.

La plaza estaba atestada de nobles, guerreros, mujeres y esclavos. Vi a Plin e intenté acercarme a él; pero se alejó prestamente hacia la parte del jardín reservada a los hombres libres. Aquélla había sido la recompensa de Plin. Naturalmente no pude seguirle, ya que me lo impidieron los guerreros.

Uno de los esclavos del palacio observó el pequeño drama cuando Plin eludía mi entrevista y los guerreros me obligaban a retroceder con brusquedad.

Entonces yo corrí tras él. Nadie se fijó en mí. Todos estaban demasiado interesados en los movimientos de aquel regio triunvirato, ya que Skabra había partido también en su persecución. Corrió Tyros hacia el estanque, llevándose a Duare. Llegó al borde del agua y ante mis horrorizados ojos, se zambulló dentro, arrastrando a Duare bajo la superficie.

Un guerrero trató de interceptarme el paso al precipitarme yo hacia el estanque. Le propiné un puñetazo en la barbilla y se desplomó. Un tridente silbó en mis oídos, rozándome casi la cabeza cuando me zambullía, y otro hendió el agua junto a mí al sumergirme; pero nadie me siguió. Acaso creyeran que Tyros estaba a salvo en su propio elemento y no necesitaba protección; acaso les preocupara muy poco lo que pudiera ocurrirle a Tyros, ya que todos le temían y le odiaban.

El estanque era profundo, muy profundo. Veía yo las figuras de Tyros y Duare, según ahondaban más y más en el agua. ¿Conseguiría alcanzarles antes de que Duare pereciese ahogada? ¿Sobreviviría alguno después de aquella lucha con el rey anfibio?

¿Podría yo volver a la superficie? Me acosaban tales preguntas mientras yo seguía nadando.

Cuando llegué al fondo, vi como se deslizaba Tyros por un agujero oscuro, practicado en el muro del estanque, y mientras le seguía, mis pulmones parecían estar a punto de estallar. Fue entonces cuando descubrí algo que yacía en el fondo. Era mi pistola; se encontraba en el mismo lugar en que la había arrojado Plin. No tuve más que alargar el brazo para apoderarme de ella. Luego me hallé en un oscuro corredor, luchando para conservar mi vida y la de Duare.

Llegué a pensar que aquel corredor no tenía fin y acaso pudiera acabar en una caverna submarina de la que ni Duare ni yo podríamos escapar. Lo único que alentaba mi esperanza era lo que me había contado Kandar respecto a aquellos estanques y sus submarinos pasillos. Rogué al cielo que aquel corredor nos condujese a otro estanque. Así fue. De pronto vi luz frente a mí y sobre mí. Casi inconsciente, medio ahogado, me icé hacia la superficie. Lo hice a tiempo; un segundo más y creo honradamente que habría perecido.

Vi cómo Tyros sacaba a Duare del estanque; estaba inerte y parecía muerta, sin ningún género de dudas. De haber estado seguro de ello, habría disparado en el acto contra Tyros; pero dudé, y aquel breve instante de indecisión sirvió para que se la llevara a través de una puerta y desapareciesen.

Me sentía completamente exhausto. Intenté saltar fuera del estanque y casi me encontré sin fuerzas para conseguirlo. Mientras me encaramaba al borde, miré a mi alrededor y comprobé que me hallaba en una pequeña estancia o patio ocupado casi completamente por el estanque. Estaba desprovisto de techo y había varias puertas y una pequeña ventana. Fui recobrando las fuerzas rápidamente y me arrastré hasta conseguir salir del agua cruzando la puerta por la que habían desaparecido Tyros y Duare. Me encontré allí con un verdadero laberinto de corredores. ¿Qué camino habría seguido Tyros? No había rastro alguno. Los momentos eran críticos. Si vivía Duare tenía que rescatarla; si había muerto, había que vengarla. La alternativa

resultaba terrible.

De pronto escuché una voz y seguí aquella dirección. Pronto la reconocí. Era la voz de Tyros que daba órdenes en su borrachera. Al fin le había encontrado. Estaba inclinado sobre el cuerpo de Duare y le ordenaba que se levantase para seguirle, advirtiéndole que ya estaba cansado de llevarla. Por lo visto no se había dado cuenta de que estaba muerta. Cuando me vio y observó que le apuntaba con mi pistola, lanzó un grito; luego levantó el cuerpo de Duare y se lo puso delante a modo de escudo, mientras me arrojó su tridente. Era escasa su puntería y falló. Avancé hacia él lentamente; saboreando mi venganza.

Tyros gritaba sin cesar, pidiendo auxilio, pero a mí me preocupaba muy poco que vinieran en su ayuda; podría matarle antes de que los demás me matasen a mí. Estaba convencido de que iba a morir en aquella estancia y no me entristecía, ya que la vida sin Duare nada me importaba.

Cuando vio Tyros que me acercaba más a él, trató de sacar la espada; pero se lo impedía el cuerpo de Duare. Por último la dejó en el suelo y gritando siempre avanzó hacia mí. En aquel momento se abrió una puerta e irrumpió en la estancia una docena de guerreros.

Primero me las entendí con Tyros el Sanguinario, quien cayó inerte dando un brinco; después me revolví contra los guerreros que avanzaban hacia mí. Casi me alcanzaron, ya que aquello fue una verdadera lluvia de tridentes que rasgaron el aire persiguiendo mi cuerpo medio desnudo. Precisamente por su multiplicidad me salvé. Como chocaban los unos contra los otros, perdían dirección y no me fue difícil eludir los golpes. Lo demás fue sencillo. Aquellos guerreros armados de espada poco podían contra mí. Aniquilé a diez de ellos y los otros dos salieron huyendo.

Al fin me hallaba a solas con el cuerpo de mi esposa. Me volví hacia ella. Duare estaba sentada en el suelo y me contemplaba atónita.

—Pero, ¿cómo conseguiste esto, Carson? —preguntóme— ¿Cómo lo conseguiste?

—Por ti sería capaz de cosas mucho mayores —le dije mientras la recogía entre mis brazos.

Me dirigí hacia el estanque del que habíamos salido. A través de la pequeña ventana pude ver el gran lago que se extendía a un centenar de yardas. Estaba seguro de que algún corredor debía poner en comunicación el estanque y el lago.

—¿Podrías nadar otras cien yardas bajo el agua? —le pregunté.

—Probaré —me dijo.

—Espera que me cerciore de que existe un corredor que comunica con el lago.

Me zambullí en el estanque y hallé en el fondo, a uno de los lados, una abertura que comunicaba con el lago; comprendí que estaba en lo cierto y que debía conducir a un corredor que nos llevaría fuera de la ciudad de Mypos. El único inconveniente

de aquel plan era que tendríamos que nadar por el lago, atravesando los muelles de Mypos, en plena luz del día. No parecía probable que consiguiéramos escapar sin que nos detuvieran.

Cuando volví a la superficie del estanque después de haber localizado aquel corredor, susurróme Duare que oía pasos que se acercaban. Escuché. Sí, pude oír perfectamente el ruido de pies provistos de sandalias, y gritos humanos que se acercaban cada vez más.

—¡Vamos, Duare! —la animé, y ella se zambulló.

La conduje a la boca del túnel y entré tras ella. Debí sufrir un error en el cálculo de la distancia que mediaba hasta el lago. Era mucho más de cien yardas. La presencia de espíritu de Duare me asombró. Yo estaba materialmente agotado. En aquel momento vi brillar la luz sobre nosotros. Casi simultáneamente brincamos a la superficie asomando las cabezas a la vez. Duare me dirigió una sonrisa de aliento. ¡Qué muchacha! Así, en dos palabras. Sería imposible hallar otra parecida en el universo.

Nos encontramos en un pequeño estanque circular, situado en el fondo de una especie de torre descubierta y sin ventanas, circundado por un pretil de unos cuantos pies. Nos encaramamos allí para descansar y hacer nuestro plan, decidiendo quedarnos en aquel lugar hasta que anocheciera y luego alcanzar el lago. Caso de que nos siguieran hasta el pozo, me sería fácil deshacerme de mis perseguidores según fueran asomando la cabeza a la superficie. ¡Cómo di gracias al Cielo por haber recuperado mi pistola!

Al fin, cuando oscureció, nadamos por el resto del pasaje que conducía al lago y seguimos la costa, hasta llegar más allá de la ciudad. La terrible y odiosa impresión de los peligros que habíamos conseguido eludir resultaba inolvidable, pero todos los sobrepujamos. Más por intuición que por otra cosa, me dirigí hacia el punto donde habíamos abandonado el avión. Temblábamos de emoción mientras proseguíamos la búsqueda. La noche era oscura y hasta la extraña y peculiar luminosidad de Venus parecía menos intensa que de habitual. Al fin renunciamos descorazonados y nos tumbamos sobre la blanda hierba para descansar.

Debimos quedarnos los dos dormidos en el acto, ya que de lo único que puedo acordarme es que me desperté con la luz del día. Me senté y miré a mi alrededor. Duare dormía a mi lado y a un centenar de yardas, al principio del bosque, se hallaba el anotar, nuestro avión.

Nunca olvidaré con cuánta reverencia manifesté mi agradecimiento a Dios y cuál fue la sensación de alivio que produjo en nosotros ver erguirse el avión como un refugio contra las terribles amenazas de país tan inhospitalario.

La única nota triste en nuestra alegría era el pensamiento de que Kandar y Artol continuaban todavía prisioneros de los myposianos.

Por fortuna, todos conservamos en nuestra mente el indeleble recuerdo de momentos dichosos. Siempre estará en mi memoria el instante en que el anotar despegó del suelo aquel día, comprobando así que Duare y yo estábamos juntos y ella a salvo.

¡A salvo! Era una palabra indecisa. La seguridad es siempre relativa. En relación con los últimos acontecimientos, Duare estaba a salvo; pero aún nos hallábamos a miles de millas de Korva, con sólo una muy vaga idea de la dirección que habíamos de seguir.

Disponíamos de suficiente combustible concentrado capaz de alimentar el avión, probablemente durante cincuenta años; pero tendríamos que realizar aterrizajes ocasionales en busca de alimento y agua, y parecía como si siempre que aterrizábamos estuviésemos condenados a enfrentarnos con nuevas penalidades. Pero Venus es así. Si uno se ve obligado a realizar un aterrizaje en Kansas, Maine, u Oregón, el único problema que se plantea es el del propio aterrizaje; pero al descender en Venus, nunca se sabe qué le espera a uno. Unas veces son los kloonobargan, los cabelludos salvajes antropófagos; o el tharban, aquel carnívoro terrible que se parece al león; o el basto, la bestia feroz que semeja vagamente al bisonte americano; o, acaso, lo peor de todo, seres humanos como nosotros, pero con una evaluación de la vida mucho más baja.

La verdad es que no me sentía demasiado inquieto por tales consideraciones, ya que me dominaba el pensamiento de la suerte que podía esperarles a Kandar y a Artol. Eran dos compañeros inestimables y la idea de que hubieran de continuar indefinidamente esclavos en Mypos me resultaba odiosa. Sin duda alguna, Duare debía haber estado escudriñando mi rostro, ya que me dijo:

—¿Qué te inquieta, Carson? Pareces preocupado.

—Estaba pensando en Kandar y Artol —repliqué—. Habíamos tenido la esperanza de poder escapar juntos.

—¿Quién es Artol? —preguntó—. No recuerdo ningún esclavo con ese nombre.

—Le conocí después que te llevaron al palacio de Yron —le expliqué—. Era un guerrero de la guardia de Jantor, el jong de Japal, el padre de Kandar.

—Deberíamos ayudarles a huir —dijo Duare.

—No puedo arriesgar tu seguridad otra vez —advertí.

—Son nuestros amigos —me dijo ella—; y no podemos abandonarles sin hacer un esfuerzo para salvarles.

Así era Duare.

—Bueno —acepté—; podríamos volar sobre la ciudad y ver si hay medio de hacer algo en su favor. Tengo un plan. Acaso salga bien, y acaso no; eso depende de

Kandar y Artol, más que de nosotros. Toma un momento el mando del avión.

Mientras el aparato volaba volviendo hacia Mypos, yo encontré en uno de los cajones material para escribir y redacté una nota para Kandar. Se la mostré a Duare y ella la leyó, haciendo un gesto de asentimiento.

—Podemos realizar perfectamente la parte que a nosotros nos corresponde; espero que ellos sabrán cumplir la suya.

Até la nota a una manivela y de nuevo me hice cargo de la dirección del aparato. Ahora nos encontrábamos a unos mil pies sobre Mypos e inicié una amplia espiral descendiendo hacia la población y apuntando hacia el palacio de Tyros.

Según nos íbamos acercando más, divisé a mucha gente, que nos contemplaba desde las calles y recintos del palacio.

Algunos huían en busca de refugio. Desde luego, ninguno había visto hasta entonces un avión, ya que el nuestro era el único que existía en Venus, al menos que yo supiera. Los guerreros de Mypos que nos capturaron contaron a todo el mundo la prodigiosa novedad, pero nadie les creyó.

Dirigí el aparato hacia los recintos de los esclavos situados en los terrenos del palacio y volando muy bajo a fin de descubrir a Kandar o a Artol. Al fin, los reconocimos a los dos; estaban de pie juntos y contemplando nuestro aparato. Aunque yo le había dado a Kandar algunas explicaciones sobre el avión, lo miraba como si no acabase de creer lo que estaban viendo sus ojos.

Mientras yo planeaba cada vez más bajo, algunos guerreros corrieron hacia el tinglado y comenzaron a arrojarnos sus armas, los tridentes armados de tres púas. Naturalmente tales ataques no podían alcanzarnos y en cambio los tridentes caían de nuevo sobre ellos; y como uno hirió a un guerrero, terminaron por desistir.

No quería yo que los guerreros permanecieran cerca del recinto de los esclavos para que no vieran cómo arrojaba la nota destinada a Kandar; pero ¿cómo deshacerme de ellos? Finalmente se me ocurrió una idea. La dificultad estribaba en que mi plan podía alejar a Kandar de aquel sitio; pero era necesario ensayarlo.

Nos elevamos a un millar de pies y luego comencé a descender hacia el tinglado donde vivían los esclavos. Era cosa de ver cómo huían éstos y los guerreros para salvarse; pero Kandar y Artol no se movieron. Si no hubiera existido allí el estanque podría haber aterrizado y volver a remontarnos con Kandar y Artol antes de que los aterrados guerreros se dieran cuenta de lo que hacía.

Duare dejó escapar una pequeña exclamación cuando, al descender, casi rocé la cornisa de uno de los edificios del palacio. Torné a hacer la misma operación y esta vez conseguí arrojar la nota a los pies de Kandar. Luego volvimos a elevarnos y planeamos encima del edificio de los esclavos. Vi cómo recogía Kandar la nota y la leía. Inmediatamente levantó el brazo izquierdo y me hizo un signo con la mano. Aquélla era la señal que yo había escrito para que él me la hiciera si estaba dispuesto

a intentar la huida que le proponía. Antes de alejarnos de allí, observé cómo rompía el papel.

Subimos muy alto y nos dirigimos hacia el interior. Deseaba hacer creer a los myposianos que nos marchábamos definitivamente. Cuando perdimos de vista la ciudad, volvimos hacia el norte y, gradualmente, planeamos en dirección al lago donde se halla situado Mypos. A bastante distancia de la población, y sin peligro de que nos vieran, descendimos a poca distancia de la costa, en un lugar bastante recogido. Allí aguardamos hasta el anochecer.

La ensenada en que nos hallábamos era de aguas tranquilas. Allí no podíamos ni siquiera sentirnos amenazados por alguna de las terribles bestias que suelen poblar los lagos y mares de Venus. Estábamos al abrigo de cualquier ataque. La única nota desagradable era el hambre que nos acuciaba. Veíamos desde nuestro aparato frutas, nueces y bayas que crecían cerca de la costa; pero también descubrimos a los feroces kloonobargans que nos espiaban detrás de los árboles y entre el ramaje. Por fortuna, nos hallábamos en un lago de agua dulce, así que no sufrimos sed. Nos sentíamos tan felices de vernos juntos de nuevo y transitoriamente a salvo que casi no nos preocupó la falta de alimentos. Cuando hubo anochecido, volvimos a partir, dirigiéndonos hacia Mypos. El motor de nuestro avión era silencioso y resultaba improbable que nos descubrieran. Me dirigí a través del lago hasta llegar a cosa de una milla de distancia sobre la ciudad y entonces comencé a descender lentamente, eludiendo las embarcaciones que se hallaban ancladas en los muelles de la ciudad.

Venus no tiene luna y no se divisa ninguna estrella en las tinieblas de la noche. Sólo una leve luz misteriosa alivia lo tenebroso de sus noches e impide que las tinieblas sean completas, permitiendo ver algo a poca distancia.

Llegamos, por fin, a unas cien yardas del palacio y allí esperamos. La noche se cerraba y podíamos divisar la espectral silueta de los barcos bajo nosotros y alguna que otra luz en ellos. Podíamos también escuchar las voces humanas de la gente que iba en las naves, y las que se hallaban en la costa, y en ésta había muchas luces.

—Temo que hayan fracasado —dije.

—Yo también —replicó Duare—; pero no debemos marcharnos antes de que amanezca. Aún pueden llegar.

De pronto escuché gritos en la costa y distinguimos vagamente la silueta de una barca. Luego encendieron una antorcha y observé que la barca estaba llena de guerreros. No venía directamente hacia donde nosotros nos hallábamos, sino haciendo escarceos. Pude escuchar gritos de hombres que estaban en la costa y que decían:

—¡Por ahí no! ¡Id todo recto!

—Deben haber escapado —dijo Duare—. Esos hombres les estarán buscando.

—Y ahora se dirigen hacia aquí —observé yo, al ver que la barca había cambiado de dirección, siguiendo la que le daban desde la costa.

Escudriñé la superficie del agua para ver si descubría rastro de Kandar o Artol, pero no pude verles. La barca venía ahora recta hacia donde nos encontrábamos, aunque no muy de prisa. Evidentemente, se movían con cautela a fin de no perder la pista de los fugitivos en la oscuridad.

De pronto, escuché un silbido suave; era la señal prevista y parecía haber sido

hecha delante de nosotros. El avión estaba frente a la costa y la barca cargada de guerreros se acercaba hacia estribor.

Respondí a la señal y puse en funcionamiento el motor. Avanzamos lentamente en la dirección de donde procediera el silbido. Aún no descubrí rastro alguno de Kandar ni Artol. Alguien gritó desde la barca cercana:

—¡Ahí están! —y al mismo tiempo, vi dos cabezas que se asomaban en el agua, a pocas yardas de nosotros.

Lo comprendí todo; habían estado nadando bajo el agua para que no les descubrieran, asomándose para hacer la señal y volviendo a hundirse así que oyeron la respuesta. Ahora nadaban vigorosamente hacia nosotros; pero la barca se acercaba con presteza, impelida por veinte remos. Parecía como si hubieran de alcanzarnos casi al mismo tiempo que Kandar y Artol. Entonces grité:

—¡Cuando cruce cerca, agarraos al avión y quedad colgados! ¡Os podremos sacar, si conseguimos que la barca se encuentre a bastante distancia para no impedirlo!

—¡Adelante! —gritó Kandar—. ¡Estamos preparados!

Maniobré en consonancia y descendimos hacia ellos. Los myposianos estaban muy cerca. Debieron quedar sorprendidos al ver el avión en el agua, pero persistieron en la persecución. Uno de los individuos que estaban en la proa, levantó el tridente y nos ordenó que nos detuviéramos.

—¡Toma el volante, Duare! —le dije.

Ella sabía lo que tenía que hacer. Duare siempre obraba oportunamente. Para ser una muchacha que había llevado una vida casi claustral en el palacio de su padre, poseía un aplomo y una iniciativa verdaderamente maravillosos.

Entonces enfoqué hacia la barca en el preciso momento en que el individuo que estaba en la proa nos arrojó su tridente, el cual nos pasó rozando, silbando el arma entre la cabeza de Duare y la mía. Otros dos guerreros se habían levantado y se disponían a hacer lo mismo. Entonces yo les di lo merecido. Mi pistola no les avisó con estallido alguno, pero casi simultáneamente se desplomaron: dos de ellos cayeron en el agua junto al bote.

Kandar y Artol se habían asido al avión y Duare dio al aparato más velocidad. Se nos arrojaron dos tridentes más, que también fallaron. Estábamos ya acentuando la marcha, cuando Duare vio otra barca cargada de guerreros frente a nosotros. Sin duda alguna, debía haber sido lanzada desde uno de los barcos anclados en el lago. Duare obró con presteza. Aminoró la marcha y dijo a los fugitivos:

—¡Saltad dentro!

Siguieron los dos las instrucciones en seguida, y entonces, Duare aceleró la velocidad y enfocó, recto, hacia el segundo bote. Pudimos escuchar los alaridos de la tripulación y sus vanos esfuerzos para desviarse de nuestra ruta. A tiempo, Duare hizo

que se levantara la proa del hidroavión y nos lanzamos ágilmente sobre ellos.

—¡Excelente maniobra! —exclamé.

—¡Magnífica! —confirmó Kandar.

Artol enmudeció un momento. Era su primer vuelo y el primer avión que había visto.

—¿Por qué no nos caemos? —preguntó, de pronto.

Kandar se mostraba muy excitado. Me había oído hablar del avión, pero me imagino que lo había tomado todo por pura fantasía. Ahora apenas si podía dar crédito a sus ojos. Comencé a maniobrar para conducir a Kandar y a Artol a Japal, de donde el padre de Kandar, que se llamaba Jantor, era jong. Este país se encuentra situado en el extremo más alto del lago de Japal; a cosa de quinientas millas de Mypos, y como no deseábamos llegar allí antes del amanecer, determiné aterrizar y pasar la noche en tierra firme.

No había viento y la superficie del lago parecía un espejo; por eso nos fue fácil hacer el aterrizaje y nos dispusimos a descansar allí hasta la mañana siguiente. Nos acomodamos en lugares recogidos, satisfechos de dejar transcurrir así la noche.

Pregunté a Kandar si les había costado mucho trabajo huir.

—No fue cosa fácil —me dijo—. Como sabes, la comunicación que existe entre el estanque de los esclavos y el lago es demasiado pequeña para que pueda pasar por allí el hombre más delgado; por eso tuvimos que meternos en uno de los estanques del palacio.

“Después de perecer Tyros en tus manos, la situación se hizo caótica. Skabra, su esposa, se proclamó gobernante única; pero la odian tanto que surgieron en seguida varias facciones, pretendiendo imponer un candidato para el puesto de jong. Eran tantos los pretendientes que su propósito quedó frustrado y triunfó Skabra; pero la disciplina de la guardia palaciega ha quedado malparada. Naturalmente, procuran ayudar al que creen que tiene más probabilidades de llegar a ser jong, y como sospechan que no será Skabra la afortunada, no se muestran muy leales con ella. Se pasan el tiempo en reuniones secretas y haciendo planes; por eso la guardia del palacio es poco severa.

“Artol y yo comprendimos que podíamos sacar partido de tal situación, y decidimos realizar una audaz tentativa. Sabíamos que el estanque del palacio comunicaba con el lago; de eso estábamos seguros y comprendimos que aquel estanque del palacio era el único que podíamos utilizar.

“El terreno donde se hallan enclavados los recintos de los esclavos suele estar muy bien guardado, pero anoche fue una excepción y sólo había un guerrero de guardia en la puerta que comunica con los departamentos del palacio. No teníamos arma alguna; ni siquiera el tridente de madera que se nos entregó cuando nos pusieron a vigilar el estanque. Sólo disponíamos de nuestras manos.

—Y un deseo tremendo de escapar —añadió Artol.

—Sí —admitió Kandar—; ésa era nuestra arma más poderosa: la voluntad de huir. Pues, como digo, avanzamos furtivamente hacia el guardia, que era un individuo alto y barbudo que se había mostrado muy cruel con todos nosotros.

—Eso fue lo que facilitó nuestra acción —dijo Artol.

—Fuera por lo que fuera, la verdad es que a Artol no le resultó muy difícil —observó Kandar, haciendo un guiño—. Cuando nos acercamos a él, el guardia nos preguntó qué hacíamos allí y nos mandó que nos volviéramos a nuestros cobijos, acompañando la orden con una amenaza de su tridente. Aquello era lo que esperábamos. Yo le cogí el tridente y Artol saltó sobre el individuo y lo agarró por la garganta.

“No puedes figurarte lo vigoroso que es Artol y cuánta es su presteza en el ataque. Al guardia no le quedó tiempo de gritar antes de exhalar el último suspiro. Yo me apoderé de su tridente. Sabía lo que tenía que hacer con él.

“También le quitamos la espada y, abandonando el cuerpo donde se hallaba, entramos en los terrenos del palacio. Aquella parte no está muy bien iluminada y nos acercamos al muro que rodea el estanque sin que nos descubrieran. Allí había otro guardia. Nuestra tarea resultó más fácil, ya que ahora disponíamos de una espada y el tridente.

“Abandonamos el cadáver y entramos en el recinto donde se halla el estanque real. Estaba éste bien iluminado, y al otro lado del jardín paseaban varias personas. Al acercarnos al estanque, una de ellas, vino hacia nosotros. Era Plin.

—Se trata de un esclavo que nos traicionó, robando mi pistola —expliqué a Duare.

—¡Ah! Por cierto, ¿cómo la recuperaste? —preguntó Kandar.

—La arrojó Plin al estanque —repuse—, y cuando me zambullí en él, persiguiendo a Tyros y a Duare, la hallé en el fondo... Pero continúa, ¿qué ocurrió después?

—Plin gritó para que viniera un guardia —siguió Kandar—. Ya no esperamos más y nos zambullimos en el estanque, confiando en poder hallar el corredor que comunica con el lago sin perecer ahogados antes de cruzarlo.

—Mi trabajo nos costó conseguirlo —terció Artol—. Creí, más de una vez, perecer ahogado antes de que mi cabeza pudiera asomarse a la superficie. Cuando lo conseguí me hallaba prácticamente agotado y, de no haberme sostenido Kandar un par de minutos, me hubiera hundido para siempre.

—Claro; luego se precipitarían en vuestra búsqueda, acuciados por Plin —observé. Kandar hizo un gesto de asentimiento.

—Exacto —repuse—; lo único que siento al haber salido de Mypos es haberlo hecho sin matar a Plin.

—Podríamos volver —propuse. Kandar hizo un guiño significativo.

—No, gracias —repuso—; no soy tan loco como eso. Un amigo como tú vale más que Plin y todos los otros enemigos. No sé cómo agradecerte a ti y a Duare lo que habéis hecho por nosotros. Desde luego, no puedo hacerlo con palabras, porque no existen las adecuadas para expresar mi gratitud.

—Yo soy sólo un guerrero —intervino Artol—; y mi palabra no es muy elocuente, pero después de mi jong, es a ti a quien debo toda mi lealtad.

Al acercarse el alba, partimos en dirección a Japal. Kandar creía que sería preferible dejar el avión fuera de la ciudad y que él y Artol se presentaran ante una de las puertas de la misma para darse a conocer.

—Temo —dijo— que si ven esta máquina volando, sobre la ciudad, disparen contra ella.

—¿Con qué? —inquirí—. Creí que me habías dicho que no teníais armas de fuego.

—No las tenemos —repuso—; pero disponemos de máquinas que arrojan piedras y antorchas encendidas a cientos de pies de altura. Se hallan enclavadas sobre los muros de la ciudad y en los muelles de la costa donde están anclados los barcos. Si uno de esos proyectiles da en el avión lo abatiría.

—Podemos aterrizar en las afueras de la ciudad —asentí.

Así lo hicimos, Japal es una población de mucho mejor aspecto que Mypos, y bastante mayor. Se encuentra en medio de una gran llanura y aterrizamos allí, a cosa de cien yardas de una de las puertas de la ciudad. Pudimos observar la consternación que produjo nuestra aparición al soldado que estaba de guardia. Varios guerreros que se hallaban de pie, afuera, se precipitaron dentro, apresurándose a cerrar las puertas. Otros se agolparon ante las barbacanas y comenzaron a gesticular.

Kandar y Artol saltaron a tierra y avanzaron hacia la puerta. Les vimos cómo se ponían a hablar con los hombres que estaban en la barbacana; luego se volvieron y señalaron hacia donde estábamos nosotros. Inmediatamente se abrieron las puertas y salieron en tropel varios guerreros; luego Kandar y Artol comenzaron a correr y los guerreros les persiguieron.

Comprendí que ocurría algo anormal. El príncipe heredero de una nación no huye ante los soldados de su país, a no ser que ocurra algo extraordinario. Me di cuenta de que los guerreros iban a alcanzar a Kandar y a Artol antes de que pudieran llegar al aeroplano o, al menos, les abatirían con las armas que llevaban.

Desde luego no podía adivinar lo que ocurría; pero resultaba evidente que Kandar y Artol corrían un peligro inminente. Realmente, siempre percibimos tales sentimientos respecto a nuestros amigos. Al menos, a mí me ocurre así. Por eso decidí hacer algo. Mi mejor arma en aquellos momentos era el avión. Lo puse en marcha y avanzamos hacia los que corrían; luego lo hice elevarse un poco sobre el suelo, lo suficiente para eludir las cabezas de Kandar y Artol; por último, volví a descender hacia los guerreros, a fin de amedrentarles, tornando luego hacia Kandar y Artol, para aterrizar junto a ellos y recogerlos en el avión.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté a Kandar mientras partíamos.

—Ha estallado una revolución acaudillada por un individuo que se llama Gangor

—repuso—. Mi padre consiguió escapar, eso es todo lo que sé. Uno de los guerreros que estaba a la puerta me lo contó. Me hubiera revelado más cosas de no haberse presentado un oficial de Gangor para tratar de arrestarnos.

—¿No fue ese Gangor el que tramó tu captura por los myposianos, Artol? —inquirí.

—Sí —repuso éste—. Ahora, la causa de mi venganza será doble. Me hubiera gustado haberme podido meter en la ciudad, porque, si no, nunca podré vengarme de lo que hizo conmigo.

—Acaso lo consigas algún día —dijo Kandar.

—No —repuso Artol tristemente—; sólo tiene una vida y primero tengo que vengar a mi jong.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunté a Kandar—. Podemos ir a dónde quieras, antes de comenzar a buscar a Korva.

—Sólo se me ocurre un sitio donde mi padre haya podido ir —dijo Kandar—. Bastante lejos de aquí, entre las montañas, hay una tribu de salvajes aborígenes que se llaman timáis. En cierta ocasión, mi padre trabó amistad con Yat, su jefe; aquellas gentes son muy leales a mi padre y a los habitantes de Japal, aunque rehúsan rendir vasallaje a ningún soberano que no sea su rústico jefe. Me gustaría mucho ir a Timal para ver si está allí mi padre.

La travesía se hizo sin incidente. Cruzamos sobre maravillosas zonas de caza y atravesamos varias cadenas de montañas, hasta que, finalmente, llegamos al territorio de Timal, constituido por una gran planicie rodeada de altos picos, que formaba un país inaccesible y fácil de defender contra los invasores.

Kandar señaló un pueblo enclavado en un cañón que se abría en la meseta y entonces comenzamos a descender planeando. No parecieron sentir pánico alguno. Su aspecto era muy singular; pero parecían seres humanos. Al principio no pude darme cuenta exacta; mas según íbamos descendiendo, observé que tenían breves colas y cuernos. Iban armados con espadas y cuchillos y algunos de los hombres hacían signos amenazadores. Kandar divisó a su padre y le llamó.

—Mi hermano Doran está también ahí —me dijo Kandar—. Se halla al lado de mi padre.

—Pregunta a tu padre si podemos aterrizar sin peligro —le aconsejé. Lo hizo así y recibió una respuesta negativa.

—Dice Yat que tú puedes entrar en el pueblo; pero los extranjeros, no —nos gritó Jantor

—Me es imposible entrar si no se nos permite que aterrice el anotar —observó Kandar—. Di a Yat que los que me acompañan son amigos. Uno es Artol, un antiguo miembro de la guardia; el otro es Carson de Venus y su mujer, Duare de Vepaja. Me libertaron de Gangor. Persuade a Yat para que les permita bajar.

Vimos entonces cómo se volvía Jantor y se ponía a hablar con un salvaje muy alto; pero éste no cesaba de hacer signos negativos con la cabeza. Jantor nos llamó cuando volábamos bastante bajo sobre el pueblo.

—Yat dice que a los extranjeros no se les permite entrar en Timal; sólo yo y los miembros de mi familia pueden hacerlo; además, no le gusta el aspecto de ese aparato que vuela en el aire. Dice que no es natural, y que la gente que va dentro tampoco puede ser natural, pudiendo acarrear desgracias a su pueblo. Comprendo sus sentimientos, ya que es la primera vez que ha visto volar a un ser humano. ¿Estás seguro de que Carson de Venus y su mujer son seres humanos?

—Son tan humanos como tú y como yo —replicó Kandar—. Di a Yat que debe permitir bajar a este aparato para que pueda examinarlo. Nadie ha visto hasta ahora en Amtor cosa parecida.

Por fin, Yat nos dio permiso para que aterrizáramos. Lo hice junto al pueblo y conduje al aparato hasta el extremo de su única calle. Estoy seguro de que aquellos ignorantes salvajes debieron sentirse aterrados al ver avanzar hacia ellos el avión; pero ninguno se inmutó ni dio un paso atrás. Paramos a pocas yardas de donde se hallaban Jantor y Yat, e inmediatamente nos vimos rodeados por hombres armados de espadas. Momentáneamente, su actitud parecía poco tranquilizadora. Los habitantes de Timal tienen un aspecto feroz; ostentan en el rostro terribles tatuajes de muchos colores y los cuernos aumentan la ferocidad de su aspecto.

Yat avanzó audazmente hasta llegar junto al avión y me examinó a mí y a Duare. Le acompañaban Jantor y Doran. Kandar los presentó, y el viejo jefe de Timal nos miró atentamente. Por último, volvióse hacia Jantor.

—Es un hombre como tú y como yo —dijo, señalándome—. ¿Quieres que trabemos amistad con él y su mujer?

—Me gustaría —repuso Jantor—, porque son amigos de mi hijo.

Entonces Yat se enfrentó conmigo.

—¿Quieres ser amigo de los habitantes de Timal y estar entre nosotros pacíficamente? —preguntó.

—Sí —repuse.

—Entonces debes bajar de esa extraña máquina —me invitó—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, como amigo mío y de mi pueblo. Ya he dicho lo que tenía que decir y mi pueblo lo escuchó.

Saltamos al suelo, contentos de estirar las piernas de nuevo. Los habitantes de Timal nos rodearon, pero a respetable distancia, y se pusieron a observarnos y a examinar el avión para quedarse pedazos como recuerdo, arrancándonos, además, los vestidos.

—Te reciben como amigos —dijo Jantor—; verás que son amables y hospitalarios. Es un pueblo altivo, con una idea sagrada del honor. Mientras te hagas

acredor a su amistad, serán leales contigo; pero si no la merecieras, te aniquilarían.
—Pues trataremos de merecerla —afirmé.

El viejo Yat se manifestó enormemente interesado en el avión. Se puso a dar vueltas alrededor del aparato y, de vez en cuando, lo tocaba con el dedo.

—No tiene vida —dijo a Jantor—; pero vuela como un pájaro.

—¿Te gustaría subir y ver como lo conduzco? —le pregunté.

A modo de respuesta saltó dentro del aparato. Yo hice lo mismo y me puse a su lado, explicándole el funcionamiento. Me formuló algunas preguntas, todas ellas muy inteligentes. Comprobé que, a pesar de su cola y sus cuernos, Yat era un tipo humano muy sensato.

—¿Te gustaría volar? —le pregunté.

—Sí.

—Entonces, di a tu gente que se aparte y no se acerque por aquí hasta que nos hayamos elevado.

Lo hizo así y puse en movimiento el avión desde el pequeño valle hasta la planicie. El viento soplaba recto por el cañón, así es que nos deslizamos de prisa hacia el poblado antes de despegar. Lo hicimos sobre las cabezas de los que nos contemplaban, y entonces nos remontamos velozmente. Volví la mirada a Yat. No daba muestras de inquietud alguna y seguía sentado como una estatua, dirigiendo la vista a su alrededor, y asomándose sobre el aparato para contemplar el paisaje.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Mucho —repuso.

—Ya me dirás cuándo quieres que volvamos al pueblo.

—Vamos allí —me dijo, señalando hacia una dirección. Volamos entre dos montes, como me había indicado. Bajo nosotros se extendía el gran valle.

—Vamos allí —volvió a repetir, indicándome la dirección—. Ahora hacia abajo —añadió momentos más tarde; casi simultáneamente descubrí un pueblo a nuestros pies—. Cruza por encima de ese pueblo.

Volamos bajo, por encima de un pueblo modesto. Mujeres y niños comenzaron a chillar y corrieron al interior de sus chozas. Unos cuantos guerreros se mantuvieron firmes y nos amenazaron con sus espadas. Yat asomó mucho el cuerpo mientras yo iba planeando para cumplir sus deseos. De pronto oí a un guerrero que gritaba:

—¡Es Yat, el de Timal!

Yat parecía tan orgulloso como un niño con traje nuevo.

—Ahora volvamos a casa —me dijo—. Esas gentes son enemigas de mi pueblo —añadió, después de un momento de silencio—. Ahora sabrán qué gran hombre es Yat de Timal.

Los habitantes de Timal esperaban en masa nuestro retorno.

—Me alegra de veras que hayáis vuelto ya —dijo Kandar—. Estos amigos

comenzaban a ponerse nerviosos y algunos llegaban a creer que habías raptado a Yat.

Los guerreros rodearon a su jefe.

—He visto un mundo nuevo —dijo Yat—. He volado como un pájaro sobre el pueblo de la gente del Valle. Me vieron y me conocieron. Ahora se darán cuenta de la grandeza del pueblo de Timal.

—¿Que volaste sobre el pueblo de la gente del Valle? —exclamó un guerrero—. ¡Pero si hay dos largas jornadas hasta allí!

—Volamos muy de prisa —explicó Yat.

—Me gustaría subir en ese aparato que parece un pájaro —dijo un subjefe, confirmándose en el mismo deseo una docena de voces.

—No —objetó Yat—; eso es sólo para los jefes. Acababa de hacer algo que no había realizado ningún otro hombre de su mundo. Con ello se apartaba aún más de todos y le convertía en un caudillo aún más excelso de lo que había sido hasta entonces.

Simpatizamos mucho con los habitantes de Timal. Se mostraban corteses con Duare y, especialmente las mujeres, se desviaban de su camino para acudir a mostrarse amables con ella. Nunca se hubiera podido imaginar cosa semejante en salvajes primitivos.

Descansamos allí durante varios días, y luego volvimos a volar llevando a Jantor, Kandar y Doran a Japal, en viaje de reconocimiento. Como el avión no podía transportar confortablemente más que a cuatro personas, dejé a Duare y a Artol en el poblado. Yo estaba seguro de que se hallaría a salvo entre los habitantes de Timal y esperaba volver antes de que anocheciera.

Estuvimos volando sobre Japal y produciendo una gran conmoción en las calles. Jantor esperaba poder ponerse en contacto de algún modo con alguno de sus amigos para informarse de lo que ocurría en la ciudad. Siempre cabía la esperanza de una contrarrevolución que pudiera devolverle el trono perdido; pero, o bien todos sus amigos habían muerto, o estaban encarcelados, o temían comunicarse con él, ya que no divisó ni a uno solo en quien pudiera confiar.

Cuando nos disponíamos a partir de vuelta a Timal, comencé yo a hacer subir el aparato en espiral, alcanzando considerable altura. Desde aquel ventajoso punto de vista, Jantor descubrió una flota un poco alejada en el lago.

—Si no fuera pedir demasiado —me dijo—, me gustaría descender hacia allí y ver qué son aquellos barcos.

Me dirigí hacia la flota, y poco después planeábamos sobre ella. Estaba formada por cincuenta barcos de guerra equipados con guerreros. Muchos de ellos eran birremes y había algunas galeras movidas por cincuenta remeros y velas. Algunos de los barcos birremes tenían cien remeros a cada lado y transportaban varios centenares de guerreros. Las naves aprovechaban la suave brisa.

—Es la flota de guerra myposiana —dijo Jantor—, y se dirige a Japal.

—Gangor se va a ver muy atareado —observó Kandar.

—Debemos avisarle —dijo Jantor.

—¡Pero si es tu enemigo! —intervino Doran.

—Japal es mi patria —replicó Jantor—. Poco importa quién sea jong ahora allí; tengo el deber de avisarle.

De vuelta a Japal, Jantor escribió un mensaje. Descendimos bastante bajo por los terrenos del palacio y Jantor se puso a hacer signos pacíficos con la mano derecha. Casi inmediatamente comenzó a salir la gente del palacio y, de pronto, Jantor reconoció a Gangor y le llamó.

—Te traigo un mensaje importante —le dijo a la vez que arrojaba la nota escrita.

La recogió un guerrero antes de que diera en tierra y se la llevó a Gangor. Éste la leyó atentamente y nos hizo signos para que bajáramos más, lo que hice yo trazando círculos alrededor de ellos.

—Aprecio tu aviso en todo lo que vale, Jantor —dijo Gangor, así que estuvimos a distancia suficiente para oírnos—. Me gustaría que bajases a tierra. Tenemos necesidad de tu ayuda y consejo en defensa de la ciudad. Te prometo que nadie te hará daño alguno.

Volví la cabeza a Jantor e igual hicieron Kandar y Doran. Todos esperábamos una contestación negativa a tal invitación.

—Es mi deber —nos dijo—. Mi país está en peligro.

—No lo hagas —le aconsejó Kandar—. Gangor no es hombre que merezca confianza.

—No se atreverá a causarme daño después de su promesa —dijo Jantor—; fueron muchos los guerreros que lo oyeron y no todos son hombres sin honor.

—Todos los que le acompañan son traidores como él —dijo Doran.

—Mi deber está ahí —insistió Jantor—. Haz el favor de bajarme.

—Si insistes, te dejaré en las afueras de la ciudad —le dije—; tienes derecho a arriesgar tu vida en manos de ese granuja de Gangor; pero yo no arriesgo mi avión y la seguridad de mi mujer.

Volví a planear sobre los que estaban abajo y Kandar exigió de Gangor la reiterada promesa de que no se haría daño alguno a su padre y podría abandonar la ciudad cuando quisiese. Gangor asintió fácil, demasiado fácilmente, pensé yo.

—Baja ese objeto con el que vuelas aquí mismo, en los terrenos del palacio —me invitó—; yo haré que lo despeje todo el mundo.

—No te molestes —repuse—; descenderé fuera de las puertas de la ciudad.

—Muy bien —asintió Gangor—. Y yo en persona saldré a tu encuentro, Jantor, y te escoltaré hasta la ciudad.

—Pero no te acerques con demasiados guerreros —le advertí—. Pienso

marcharme tan pronto como el jong haya bajado.

—Que vengan Kandar y Doran contigo, Jantor —invitó Gangor—; serán los dos bien recibidos y vuelvo a prometeros que os sentiréis perfectamente a salvo tan pronto como traspaséis los muros de Japal.

—Me parece que será mejor que te acompañemos Doran y yo —intervino Kandar, mientras nos elevábamos para buscar dónde aterrizar en la planicie, fuera de la ciudad.

—No me acompañaréis —replicó Jantor—. Tú no tienes fe en Gangor y posiblemente con razón. Si yo muero, el porvenir de mi patria queda en tus manos y en las de Doran, y no sólo el porvenir, sino nuestra dinastía. Debéis vivir los dos para dar hijos varones al mundo. Si los tres cayéramos simultáneamente en poder de Gangor, la tentación sería demasiado fuerte para que pudiera resistirla. Creo que debo ir solo y que no debe acompañarme ninguno de vosotros.

—Vamos, señor —exclamó Kandar—: debes dejar que te acompañemos.

—Sí —insistió Doran—, debes permitirnos hacerlo. Somos tus hijos. ¿Qué va a pensar de nosotros la gente de Japal al ver que permitimos a nuestro padre caer en manos del peor de nuestros enemigos?

—No me acompañaréis —repito Jantor con firmeza—. Es un mandato.

Tales palabras acabaron la polémica. Aterrizamos a trescientas o cuatrocientas yardas de la puerta de entrada y Gangor salió pronto de la ciudad, acercándose con una docena de guerreros. Se pararon a bastante distancia del avión y Jantor, que había saltado ya a tierra, avanzó hacia ellos.

—Hubiera preferido no haber venido aquí —dijo Kandar—. No puedo remediarlo. Presiento que mi padre ha cometido un gran error al confiar en Gangor.

—Parece estar muy seguro de que Gangor cumplirá su promesa —dije—. Ya le oíste cómo me rogaba que me quedase para presenciar la batalla y luego venir a recogerle cuando hubiera acabado.

—Sí —repuso Doran—; pero no participo de su buena fe. La perfidia de Gangor siempre fue notoria, aunque nadie se preocupó demasiado, porque era sólo capitán de un barco mercante y la suerte se le mostraba propicia. ¡Quién podía roñar que iba a convertirse en el jong de Japal!

Yo no podía por menos de sentir gran respeto hacia Jantor. Su gesto era valeroso y hasta temerario. Le vi avanzar hacia sus enemigos, con paso firme y la frente erguida. Era un jong de pies a cabeza.

Tan pronto como nos dejó, despegué el avión y comenzamos a planear bastante bajo. Jantor se había acercado a pocos pasos de Gangor. De pronto, éste sacó su corta y pesada espada y la hundió en el corazón del jong.

Kandar y Doran lanzaron un grito de horror. Entonces aceleré la marcha y dirigí el avión recto hacia ellos. Al verme llegar, él y sus guerreros volvieron la espalda y huyeron hacia la ciudad. Yo les perseguí, apuntándoles con la pistola. Cayeron varios, pero Gangor llegó indemne a las puertas de la ciudad.

Sin decir palabra, elevé el avión sobre la ciudad y, luego, en dirección al lago. Durante algún tiempo, ni Kandar ni Doran hablaron y la expresión de su rostro era severa, tétrica. Yo me sentí acongojado por ellos. Finalmente, Kandar me preguntó dónde íbamos.

—Voy a avisar a la flota myposiana que Japal ha sido advertido y está preparado para liquidarles.

—¿Por qué? —le pregunté. —Tu padre quería salvar la ciudad. Algún día serás tú jong de ella. ¿Es que quieres verla conquistada por los hombres peces?

—Tienes razón —me dijo.

Había avanzado la tarde cuando comenzamos a descender sobre la principal nave myposiana, que era la mayor. Evidentemente nos debieron haber visto desde lejos, ya que la cubierta estaba atestada de guerreros en actitud expectativa.

—¡Ten cuidado! —avisó Kandar—. Están preparando una catapulta, y si nos alcanzan, nos derribarán.

Yo les hice entonces el signo indicativo de paz y les grité que traía un mensaje para su comandante. Un individuo alto al que yo recordaba haber visto en el palacio de Tyros correspondió a mi signo de paz y me indicó que me acercara más.

—Di que quiten la roca de la catapulta —grité.

Asintió y dio las órdenes precisas y, después que hubieran descargado la máquina, hice descender considerablemente el aeroplano. Era éste un tipo de fácil maniobrar y podía volarse con él a velocidad muy reducida; así es que no tuve dificultad en sostener, al menos, una conversación intermitente con los que estaban en el barco.

—¿Quién manda la flota? —pregunté.

—Skabra, la vadjong —repuso.

—¿Sabe quién soy yo?

—Sí; el esclavo que mató a Tyros —replicó.

—Me gustaría hablar con Skabra, si no está demasiado enfadada conmigo —le

dije. Entonces me hizo un guiño. El rostro de aquellos seres humanos es siempre odioso, pero cuando hacen una mueca resulta aún más horrible. Su boca de pez se les estira en el rostro haciendo que se les abran las branquias y sus innumerables y afilados dientes, parecidos a los de los peces, que se hacen ostensibles entre sus enmarañadas barbas.

—Skabra no está enfadada —repuso.

—¿Cuál es su barco? —pregunté.

—Éste —contestó.

—Bueno, pues dile que Carson de Venus desea hablarle y que tengo que darle una noticia muy importante.

En el preciso momento en que terminaba la frase se presentó en cubierta la fornida dama. ¡Dios santo! Ante mis ojos tenía la belleza myposiana. Parecía un bacalao hinchado.

—¿Qué quieres? —me preguntó—. ¿Pretendes asesinarme también a mí?

—No —grité—. Tú te mostraste amable con mi mujer y no te haré daño alguno. Tengo que darte una noticia importante, pero no puedo hablar así. Toma un pequeño bote y aléjate un poco del barco. Yo descenderé, entraré en el bote y hablaré contigo.

—Me debes tomar por loca —repuso ella—. Estaría completamente a tu merced.

Me vi obligado a trazar círculos concéntricos sobre la nave, teniendo que hablar intermitentemente. No era el medio más propio para mantener una conversación.

—Perfectamente —repuse—. Lo que tenía que decirte es muy grave y te había dado mi palabra de honor de que no te haría daño alguno; pero puedes hacer lo que mejor te parezca. Yo me quedaré por aquí unos minutos más.

Les vi hablar excitados sobre la cubierta durante unos minutos y luego observé cómo bajaban un bote en el que iba Skabra. Entonces descendí yo a mi vez, a corta distancia del barco, y esperé. Pronto se presentaron, y la fornida dama me saludó amablemente, sin que dejara traslucir rencor alguno por haber matado a su marido. No me extrañó, ya que no solamente la había liberado de un marido odioso, sino que la había puesto en el trono, donde gobernaría hasta que aquel monstruo anfibio que era su hijo fuese mayor.

—Lo primero que me gustaría saber —me dijo ella— es cómo conseguiste escapar de Mypos.

—Podría caer otra vez prisionero allí —repuse haciendo un gesto negativo—; prefiero guardar el secreto.

—No deja de ser discreta la réplica —observó—; pero si volvieras allí, se te trataría bien, al menos mientras yo sea vadjong. Bueno, ¿cuál es la noticia importante que tenías que darme?

—Japal sabe que se acerca tu flota y la ciudad está debidamente preparada. Te lo aviso para que te vuelvas atrás.

—¿Y por qué haces eso?

—Por dos razones: te mostraste cariñosa con mi mujer, y los hijos de Jantor son amigos míos. No quisiera que Mypos y Japal entraran en guerra.

—Comprendo —asintió—; pero, no obstante, mantendré mi ataque contra Japal. Necesitamos más esclavos. Muchas de nuestras galeras están faltas de manos. Los esclavos se mueren como moscas en los remos.

Hablamos un poco más y, por último, comprendiendo que no podría persuadirla a abandonar su plan, me despedí y partimos. Cuando nos acercábamos a Japal comprobamos que la flota estaba debidamente preparada, aunque permanecía junto a la ciudad. Kandar mostró deseo de quedarse para presenciar el desarrollo de la batalla. Había avanzado bastante la tarde y, en consecuencia, no era probable que tuviera efecto antes del amanecer, ya que las galeras se habían de mover lentamente a fin de no agotar a los remeros, pues necesitarían toda su fuerza y energía para maniobrar durante la batalla.

—Probablemente avanzarán hasta una distancia de un kob —dijo Kandar— y aguardarán hasta el amanecer; de este modo los esclavos habrán descansado.

El kob representa unas dos millas y media. No me hacía mucha gracia la idea de esperar, ya que estaba muy impaciente de volver junto a Duare y partir de nuevo en busca de Korva; pero comprendí que aquello significaba tanto para Kandar que accedí a esperar. Sabía dónde había una caverna a corta distancia de la costa y volamos hacia allí descendiendo sobre el agua.

Al amanecer me despertó Kandar.

—La flota myposiana se ha puesto en movimiento —dijo—. Puedo oír el chasquido de los remos.

Escuché. Efectivamente, se oía algo débil el chirrido de los remos de madera al funcionar. Ni el remo mejor engrasado es completamente silencioso. Partimos en dirección a Japal y casi inmediatamente vimos a la flota myposiana que avanzaba en tres líneas de quince o dieciséis barcos cada una. La flota de Japal continuaba junto a los muros de la ciudad.

Cuando la primera línea de la flota myposiana se hallaba a un centenar de yardas de la flota enemiga, se inició el encuentro. Desde uno de los barcos de Japal se levantó una bola de fuego, describió un arco gracioso, y cayó en la cubierta de una nave myposiana. El incendiario proyectil había sido disparado con una catapulta. La lucha se generalizó casi inmediatamente. De ambos lados se lanzaban grandes piedras y bolas de fuego. Muchas caían en el agua; pero también muchas daban en el blanco. Tres barcos se incendiaron y vi cómo muchos hombres transportaban cubos de agua desde el lago para extinguir las llamas. La flota myposiana continuaba avanzando.

—Van al abordaje —dijo Doran.

Pronto comprendí por qué la flota de Japal no se movía de la costa. En aquel

momento las baterías de las murallas comenzaron a disparar. Eran éstas mucho más pesadas que las catapultas de los barcos y arrojaban bolas de fuego mucho mayores y piedras mucho más grandes. Los barcos de Japal avanzaban ahora hacia las grandes naves myposianas. Eran, los primeros, más ligeros y maniobrables. Su principal misión me pareció que era la de atacar al enemigo, acercándosele y arrojando cortas espadas a través de las troneras que comunicaban con los bancos en los que los remeros estaban encadenados; aniquilar a un número suficiente de remeros y el barco quedaría inútil. Una gruesa roca arrojada desde una catapulta costera fue a dar precisamente en el centro de uno de aquellos pequeños barcos, matando a dos o tres hombres y haciendo crujir la embarcación mientras llegaba al fondo de la nave que, inmediatamente, comenzó a llenarse de agua y se hundió. Los supervivientes que se lanzaron al agua veíanse acuchillados desde la cubierta del barco de Japal que habían atacado. Oíanse los gritos y maldiciones de los agonizantes.

—Ése fue un buen golpe —dijo Kandar. Ardían ya cuatro de las naves atacantes y sus tripulaciones eran transportadas a pequeños botes que resultaban insuficientes en número, mientras los esclavos se abrasaban en sus cadenas. Sus alaridos eran verdaderamente aterradores.

Otras naves myposianas avanzaron hacia las de Japal y se produjeron luchas cuerpo a cuerpo sobre las respectivas cubiertas resbaladizas por la sangre. Era una escena horripilante, pero fascinadora. Hice descender más el avión, a fin de obtener mejor visibilidad, ya que el humo procedente de los barcos en llamas la impedían.

Descendí demasiado. Una gran piedra, arrojada por una catapulta, alcanzó el propulsor, machacándolo, y me hallé en un trance difícil.

Cuando comprobé que el avión había sido alcanzado, mi primer pensamiento fue para Duare. Allí me encontraba, sobre una batalla, entre dos pueblos que eran mis enemigos.

¿Cómo poder volver a Timal? ¿Qué sería de Duare? Maldije mi estupidez, mientras iba planeando para aterrizar. Tenía la altura suficiente para poder hacerlo a cosa de una milla de la costa. Confiaba que en la excitación de la batalla nadie hubiera observado, desde los muros de la ciudad, el accidente ni dónde habíamos ido a parar.

Descendimos cerca de un bosque e inmediatamente hice que Kandar y Doran me ayudaran a esconder el avión entre los árboles. Al volver la mirada hacia la ciudad, vi que el humo de los barcos en llamas dificultaba la visibilidad y confié que ello habría ayudado a ocultar el lugar de mi aterrizaje. Kandar y Doran se mostraron muy condolidos, afirmándome que ellos tenían la culpa y que de no haber sido por mi deseo de ayudarles no habría ocurrido aquel accidente.

Les contesté que era inútil lamentarse sobre los hechos consumados y que lo que teníamos que hacer ahora era hallar herramientas y madera para confeccionar otra hélice. Desmonté lo que había quedado de la averiada, que era una hoja y el engarce de otra.

Me puse a explicar a Kandar las herramientas que necesitaría y la clase de madera; él se mostró muy interesado y me formuló muchas preguntas sobre la forma de construir la hélice y el modo de terminar su precisión técnica y otros detalles. Cualquiera diría que habría abrigado el propósito de construir uno para él.

La elección de la madera apropiada no fue cosa difícil, ya que en el bosque donde nos hallábamos crecían árboles de la misma especie de cuya madera habíamos construido la hélice; pero la obtención de herramientas era algo completamente diferente.

—En Japal hay muchas —dijo Kandar—. Tenemos que hallar el medio para apoderarnos de algunas. Si pudiéramos entrar en la ciudad, Doran y yo contamos con cientos de amigos.

Se pusieron a dar vueltas a la cabeza para hacer un plan, pero todo fue inútil. Por último, a Doran se le ocurrió algo que al menos ofrecía una vaga garantía de éxito.

—Conozco a un individuo que hace cuchillos —dijo—. Lo conozco muy bien, ya que tuve ocasión de encargarle muchos trabajos; además, sé que es un hombre honorable y leal. Vive cerca de la muralla y no lejos de la puerta de entrada de la ciudad. Si pudiéramos llegar a su casa, obtendríamos herramientas.

—Pero, ¿cómo podemos llegar a su casa? —preguntó Kandar.

—Saltando por el muro.

—La parte más baja tiene un ted de alto —observó riendo—. Yo no puedo saltar tanto. El ted tiene 13,20 pies terrestres.

—No es necesario saltar —explicó Doran—. Tú te apoyas sobre los hombros de Carson y yo me encaramo sobre los tuyos y alcanzo con facilidad la muralla.

—Pero, ¿si te cogen? —le pregunté—. Gangor te mandaría matar. No, no permitiré que te arriesgues.

—En realidad, no existe riesgo alguno —objetó Doran—. Podemos hacerlo de noche. Todo el mundo estará cansado, después de la batalla y, además, la vigilancia no fue nunca muy estricta.

—¿Y cómo volverías? —preguntó Kandar.

—Me parece que es correr un riesgo demasiado grande —tercié.

—No tenemos más remedio que hacer eso —insistió Doran.

Nos acercamos a la ciudad, por la noche, y Doran nos llevó a un sitio, asegurándonos que nos hallábamos frente a la casa del constructor de cuchillos. Por lo visto, vivía muy cerca, casi demasiado cerca si el centinela cumplía un poco con su deber.

Todo se desarrolló espléndidamente. Kandar se encaramó sobre mis hombros y Doran sobre los de Kandar. Estábamos a punto de realizar nuestro propósito felizmente, cuando escuchamos una voz estentórea que nos gritó:

—¡Bajad de ahí! ¡Quedáis detenidos!; ¡Somos centinelas!

Me encontraba yo en aquellos momentos inmovilizado de andar, y antes de que pudiera sacar la pistola me maniataron por detrás. Kandar y Doran perdieron el equilibrio y resbalaron sobre mí y sobre la media docena de guerreros que nos rodeaban. La mayoría caímos al suelo, pero el individuo que me había sujetado por detrás no me soltó. Cuando conseguimos levantarnos, comprobé que me habían desarmado. Uno de los guerreros lucía orgulloso mi pistola.

—Se la vi utilizar esta mañana —dijo—. De no haberle reconocido en seguida, arrebátosela, nos hubiera matado a todos.

—¡Ten cuidado! —le advertí—. También podrías matarte tú con ella.

—Ya tendré cuidado —dijo—; pienso conservarla siempre y se la enseñaré con orgullo a mis hijos.

—Tus hijos no la verán —intervino otro—. Gangor se encargará de quitártela.

Habíamos seguido hablando mientras avanzábamos hasta la puerta de entrada y la cruzamos. De nuevo estábamos prisioneros; pero di gracias al cielo de que no se encontrase Duare con nosotros. Nos hicieron penetrar en el cuerpo de guardia, situado en la barbacana, dejándonos allí hasta la mañana siguiente. Al parecer, ninguno de los guerreros reconoció a Kandar ni a Doran, y yo abrigaba la esperanza de que nadie descubriera su identidad.

Doran, que tenía bastante imaginación, inventó una fábula, contándoles que

habíamos ido a cazar, y como volvimos después de que estaban cerradas las puertas, intentamos escalar las murallas para entrar en la población e ir a casa; pero uno de los de la guardia preguntó:

—¿Pero es que ibais de caza mientras había una batalla?

—¿Una batalla? —exclamó Doran—. ¿Qué batalla? Hemos estado ausentes dos días.

—Los myposianos se presentaron con muchos barcos —explicó el guerrero—, y hubo una gran batalla, pero fueron rechazados. Cogimos muchos prisioneros y ellos ninguno.

—¡Magnífico! —comentó Kandar—. Lamento no haber estado aquí.

A media mañana se presentó un oficial y nos dijo que Gangor quería ver al hombre que volaba en el aire y que había matado a tantos de sus guerreros.

—Ése soy yo —dije, avanzando un paso.

—¿Y quiénes son los otros? —preguntó.

—No lo sé —repuse—. Volvían de una excursión de caza y me los encontré anoche, rogándome que les ayudara a subir al muro para entrar en la ciudad.

Me pareció extraño que un oficial no conociera ni a Kandar ni a Doran; pero el primero me explicó más tarde que, evidentemente, Gangor había encumbrado a muchos individuos de baja condición social, en su mayor parte marinos con los que había navegado; por eso no era extraño que no les conocieran.

—Bueno —dijo el oficial—; será mejor que os lleve también a vosotros. A Gangor le gustará probablemente ver a tus amigos.

Tan pronto como estuvimos en presencia de Gangor, éste reconoció a Kandar y a Doran.

—¡Ah! —exclamó— ¡los traidores! Ayer los vi luchando contra mis barcos.

—No pudiste ver eso —intervine.

—¡Cállate! —saltó Gangor—. Habéis sido unos locos al pretender entrar en Japal. ¿A qué veníais? ¡Ah, comprendo! Veníais a asesinarme y vais a morir. Os condeno a todos a muerte. Lleváoslos. Más tarde decidiré cómo han de ser ejecutados.

Nos llevaron al calabozo del palacio del jong, a cuyo edificio se había trasladado Gangor. Era un lugar muy insalubre y desagradable. Nos encadenaron al muro y el carcelero que lo hizo mostróse innecesariamente cruel. Llevaba las llaves del calabozo y nuestros candados colgando del cuello. Se quitó la cadena para utilizar la llave al ponernos los grilletes y nos maltrató varias veces con ella, sólo para satisfacer sus inclinaciones hacia la crueldad. No existía otra razón, ya que no ofrecimos resistencia alguna ni siquiera le dirigimos la palabra. Si alguna vez sentí el instinto del crimen en mi corazón fue en aquellos momentos, y durante mucho tiempo acaricié en mi mente la idea de poder matarle; pero fue en aquellos momentos cuando surgió por primera vez.

Después que se marchó el carcelero, observé el estado de abatimiento en que se hallaba Doran y para animarle le dije que un día u otro teníamos que morir. La verdad era que yo tampoco me sentía muy animado. Mi pensamiento no se apartaba del recuerdo de Duare. Ella no sabría nunca lo que había sido de mí, pero sospecharía que habría perecido, ya que sólo la muerte podía ser capaz de apartarme de su lado.

—¿Cómo voy a sentirme optimista, al pensar que fue mi insensato plan lo que nos trajo aquí en busca de la muerte? —lamentóse Doran.

—La culpa es tanto tuya como nuestra —observó Kandar—. Teníamos que hacer algo y lo ocurrido, más que una ligereza, ha sido un infortunio.

Permanecimos en aquel calabozo durante un par de semanas. Un esclavo nos traía comida una vez al día y no veíamos a nadie. Al fin, nuestro carcelero volvió. Venía solo y yo me encogí contra la pared al acercarse.

—He venido para advertiros que moriréis por la mañana —nos dijo—. Se os cortará la cabeza.

—A quien debían cortar la cabeza es a ti —repuse—. ¿Quién eres tú, pobre diablo?

¡Un myposiano! Kandar y Doran me miraron atónitos.

—Cierra esa boca o vas a probar de nuevo la caricia de esta cadena —gruñó el carcelero.

—Márchate de aquí —le increpé—; eres hediondo. Antes de venir a vernos, tómate un baño.

La ira del carcelero fue tal que no pudo articular palabra, pero avanzó hacia mí, como yo esperaba que iba a hacerlo; movía la cadena de un modo siniestro. Ocurrió tal y como yo había planeado, tal y como yo lo esperaba. Así que estuvo al alcance de mis manos, agarroté su garganta. Trató de gritar pidiendo auxilio, pero no pudo y me golpeaba incesantemente con la cadena. Entonces le empujé hacia Kandar.

—¡Sujétale la cadena, antes de que me asesine! —le dije.

Kandar se agarró fuertemente a la cadena, mientras yo estrangulaba a aquel bruto. Recordé los golpes crueles que nos había propinado y di el último apretón a su garganta. He tenido que matar a muchos hombres en defensa propia o bajo el imperativo del deber; en algunos casos no sentí tristeza alguna; pero por lo general siempre me produjo dolor tener que arrebatarse a un hombre la vida. Esto no ocurrió en aquellos momentos y saboreé hasta el último instante, hasta que el cuerpo quedó inerte entre mis manos.

Descolgué la cadena que llevaba colgada y que cayó al suelo; luego abrí mi candado y me liberté. Hice lo propio con Kandar y Doran, felizmente.

—Al principio, no podía comprender la razón que te impulsaba a enfurecer a ese bruto para que nos propinara otra paliza; pero cuando le vi abalanzarse sobre ti, sospeché lo que pretendías. Fue una treta muy hábil.

—Sí. Pero, ahora, ¿qué hacemos? —pregunté.

—¿Acaso no sabemos dónde estamos? —preguntó Kandar—. Los dos hemos nacido en este palacio y sabemos más de sus rincones que mi propio padre.

—Más que ningún ciudadano de Japal —añadió Doran—. Ya sabes cómo son los chiquillos. De niños exploramos hasta el último rincón del palacio.

—¿Y sabéis cómo se sale de aquí? —pregunté.

—Sí; pero hay una dificultad —dijo Kandar.

—¿Cuál es? —pregunté.

—Existe un pasaje secreto que conduce fuera del palacio. Acaba en una pared cerca de la muralla. En la bodega, a la que corresponde esa pared, hay otro pasaje que conduce a las afueras de la ciudad.

—Pero, ¿cuál es la dificultad? —persistí yo.

—La dificultad estriba en que ese pasaje se halla en la estancia que Gangor ocupa en la actualidad.

—¿Podremos llegar allí sin que nos prendan? —pregunté.

—Esperaremos hasta que salga —propuso Doran.

—Probaremos —replicó Kandar—. Me parece que podemos intentarlo cuando anochezca.

—Ya ha anochecido —observé.

—Entonces, partamos —propuso Doran.

—Y que nos acompañe la buena suerte —añadió Kandar.

Kandar abrió la marcha a lo largo de un oscuro corredor; luego, subimos unos cuantos peldaños de escalera al final de los cuales se detuvo cautelosamente, abriendo una puerta con cuidado, y asomándose al interior de una estancia.

—Perfectamente —murmuró—. ¡Adelante!

Nos condujo a la cocina del palacio, y después de cruzar por diversas despensas, fuimos a parar a un amplio comedor. Los jongs de Japal sabían vivir bien. Seguimos a

Kandar hasta el extremo de la estancia, al otro lado de la principal puerta de entrada y allí nos mostró una puertecita oculta tras unos cortinones.

—Por aquí se escabulle el jong cuando se siente aburrido —explicó. La puertecilla daba a un angosto corredor.

—¡Andad despacio! —nos avisó Kandar—. Este pasillo comunica con el dormitorio del jong. Atisbaremos dentro para ver si se halla aquí.

Nos deslizamos silenciosamente por el pequeño y oscuro corredor, hasta que Kandar se detuvo ante una puerta. Nos agolpamos tras él cuando la abrió furtivamente. La estancia estaba en tinieblas.

—Gangor estará emborrachándose probablemente con algunos compinches —susurró Kandar—, y aún no se ha ido a acostar. Estamos de suerte. Vamos, amigos, seguidme; pero no hagáis ruido.

Cruzamos la oscura estancia. Doran iba muy junto a Kandar para no perder contacto, y yo lo mismo tras Doran. Me pareció una sala enormemente amplia, y como la atravesábamos en plena oscuridad, perdí el equilibrio y di un paso en falso. Al tratar de recobrar el equilibrio puse el pie en un lugar importuno y di un golpe a una mesa o cosa parecida, derribándola en tierra. Cayó el objeto produciendo un ruido capaz de despertar a un muerto. Casi en el acto se oyó un grito y se encendió la luz.

Nos encontramos frente al propio Gangor que se había sentado en el lecho y pedía socorro. A su lado, sobre la mesa contigua a la cama, estaba mi pistola que Gangor había arrebatado al guardia. Más le hubiera valido que no se hubiese encontrado allí el arma.

A la vez que yo brincaba sobre la pistola apoderándome de ella, irrumpió una docena de guerreros en la estancia.

—¡Por aquí! —me gritó Kandar; y los tres avanzamos hacia la entrada secreta del corredor que comunicaba con el palacio. Al menos, tal creí yo; pero no era así, ya que, como me dijo más tarde, no había querido revelar el secreto a Gangor y a sus guerreros.

Yo me puse a amenazar a los guardias con la pistola.

—¡Deteneos! —les grité—. ¡No os acerquéis si no queréis morir todos!

—¡Matadles a todos! —gritó a su vez Gangor.

Un guerrero se precipitó hacia mí. Apreté el botón de la pistola; pero sin resultado. Por primera vez desde que poseía el arma, el rayo-R había fallado, y falló precisamente en el momento en que su eficacia era cuestión de vida o muerte; más aun, cuando de la pistola dependía la posibilidad de volver a reunirme con Duare.

Pero a pesar de mi indefensión quedaban otras armas al alcance de la mano. Acaso no fueran tan eficaces instrumentos de muerte, pero sí útiles para mi finalidad. Agarré un banco y se lo arrojé al guerrero más cercano, el cual se desplomó. Kandar

y Doran me imitaron inmediatamente, utilizando todos los muebles aptos para tal fin y que estaban más al alcance de la mano.

Sobre la pared descubrimos una panoplia de espadas colocadas allí como elemento ornamental. Las arranqué prestamente. Ahora ya estábamos armados, pero la proporción nos era adversa; doce contra tres, o más bien, once, ya que el hombre al que había agredido yo con el banco yacía inmóvil en el mismo sitio y Gangor se limitaba a seguir chillando desde su lecho para que acudieran más guerreros. Vi cómo Kandar se precipitaba hacia él, y Doran y yo le seguimos, defendiéndonos de espaldas a la pared.

La esgrima con espada es un deporte muy interesante y, en circunstancias como aquélla, no dejaba tiempo para dormirse. La espada que me había tocado en suerte era ligera y larga, lo cual me proporcionaba una ventaja de la que me di cuenta en seguida y de la que supe aprovecharme. Observé que, mientras me era difícil parar las estocadas con una mano, podía pinchar perfectamente y, en consecuencia, agarré una mesita ligera para usarla como escudo y me las arreglé tan bien que atravesé el corazón de uno de mis contrincantes con la misma facilidad con que paré sus golpes.

Doran y Kandar habían matado a un guerrero cada uno y el resto de ellos parecían ahora menos audaces en sus ataques. Kandar había ido deslizándose hasta llegar junto a la cama de Gangor y, arrancando la espada del cadáver de un guerrero, la hundió en el cuerpo del jong.

Gangor no murió instantáneamente. Quedó tendido sobre la cama, vomitando sangre y profiriendo gritos de agonía, en medio de su paroxismo. Jantor, el jong de Japal, había sido vengado.

En aquel momento se precipitaron en la estancia nuevos guerreros y la situación comenzó a ponérsenos comprometida para los tres; pero, de pronto, resonó en nuestros oídos el estruendo de gongs y trompetas, y, como por obra de magia, cesó la pelea.

En medio del ruido de gongs y trompetas pudimos escuchar gritos humanos.

—¡Llaman a todo el mundo a las armas! —gritó un guerrero—. ¡La ciudad ha sido atacada!

—¡Los myposianos han vuelto! —dijo otro—. ¿Quién va a conducirnos? ¡No tenemos jong!

—Sí que tenéis jong —grité—. Seguid a Kandar. El es vuestro verdadero jong.

Dudaron un momento; pero pronto repuso uno de ellos:

—¡Kandar es nuestro jong! Yo le sigo. ¿Quién se adhiere?

Kandar supo sacar partido de aquel instante de indecisión y saltó hacia la puerta; Doran y yo le seguimos.

—¡Vamos! —ordenó Kandar—. ¡A las calles! ¡A defender a Japal!

Y le siguieron como corderitos.

Cuando llegamos fuera del palacio y vieron los guerreros que Kandar y Doran acaudillaban a algunos de sus compañeros, comenzaron a dar vivas; entonces, Kandar se hizo cargo del mando al frente de un nutrido grupo y todos nos lanzamos por las calles, en las que ya se luchaba denodadamente.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no eran los myposianos los que habían atacado a Japal, sino guerreros de aspecto repulsivo, de un hórrido color verdoso y completamente desprovistos de cabellera. No tenían cabello ni en la cabeza, ni ostentaban patillas, ni siquiera pestañas, y encima de la cabeza, exactamente en medio, ostentaban un cogollo de carne. Peleaban con espadas y ganchos provistos de largos mangos que llevaban en la mano izquierda. Con tales ganchos atrapaban a sus contrincantes, atrayéndolos, y luego les daban un tajo con la espada. A veces bastaba el gancho, si alcanzaban con él la base del cráneo. Eran armas terribles.

De haber podido utilizar yo la pistola poco me hubieran preocupado; pero disponiendo sólo de una espada mi situación era de franca inferioridad. No había tenido tiempo de examinar la pistola desde que la recuperé; pero en aquellos momentos, antes de comenzar la lucha, me detuve a examinarla cuidadosamente. Sin duda alguna, alguien había estado hurgando en ella, probablemente para descubrir su funcionamiento, y comprobé con gran alivio que sólo habían cambiado el ajuste de una pieza. En breves segundos la pequeña avería quedó arreglada y, al desviar la cabeza, vi que lo había hecho a tiempo o casi a tiempo. De ello no estaba muy seguro, pues uno de aquellos demonios verdes me había arrojado su terrible gancho.

Me hallaba en una situación poco ventajosa ya que había abandonado mi espada bajo el brazo izquierdo, mientras trabajaba en arreglar la pistola, y el gancho ya había pasado sobre mi hombro para agarrarme por la nuca. Era cuestión de un segundo el que me viera atrapado.

Hice, probablemente, lo mejor que podía hacer, y lo realicé mecánicamente, ya que no quedaba tiempo para un frío razonamiento. Me lancé contra mi agresor. Si hubiera saltado hacia atrás el gancho me hubiera arrastrado, pero al abalanzarme hacia él nuestros dos cuerpos se confundieron. Al mismo tiempo, aparté su espada con la mano izquierda y le lancé al corazón una ráfaga de rayos-R. Desplomóse en el acto.

Kandar y Doran se hallaban en medio de la dura refriega, frente a donde yo me hallaba. Kandar estaba algo más cerca y peleaba duramente con uno de nuestros agresores. A su vez, tampoco disponía de otra cosa para defenderse que la espada y corrí en su ayuda. Hasta entonces había conseguido eludir los golpes de gancho cada vez que su contrincante intentó alcanzarle; pero en seguida había de pensar en escapar del consiguiente sablazo, de modo que no tenía ocasión alguna de emplear la espada como arma ofensiva. Siempre estaba a la defensiva y los duelos no se ganan nunca así. Acudí en su ayuda en el preciso momento en que le atacaba otro enemigo. Los rayos-R fluyeron de la boca de mi pistola y los dos agresores de Kandar cayeron muertos. A continuación me revolví sobre la masa de enemigos y esparcí los rayos-R a derecha e izquierda, abriendo un boquete de muerte. Me sentía gloriosamente a mis anchas, como si estuviera ganando yo solo una guerra.

De súbito me percaté de que aquellas gentes se estaban mofando de mí. Miré a mis espaldas. No vi nada, de no ser a aquellos repugnantes guerreros. Me habían rodeado totalmente y, ahora, me veía arrastrado por ellos. De golpe, me derribaron; y ya en el suelo, me arrebataron la pistola de las manos y me siguieron arrastrando.

Luego de atravesar las estrechas calles de Japal, y yo siempre a rastras, pasamos las puertas de la población; pero tampoco allí acabó la retirada; los soldados de Japal siguieron persiguiendo a la derrotada hueste por el llano, produciéndoles bajas constantemente. Ya era muy oscuro cuando abandonaron la persecución y regresaron a la ciudad. Fue entonces cuando me convencí de que Kandar ignoraba que yo hubiese sido hecho prisionero. De haberlo sabido no hubiese dado por terminada la persecución sin haberme rescatado antes.

Dos guerreros me habían llevado a rastras durante todo este tiempo; pero ahora que la persecución había terminado, alguien dio el alto. Durante el descanso, para sujetarme, me rodearon el cuello con una cuerda; y cuando reemprendimos la marcha, empezaron a tirar de mí, llevándome como se lleva un buey al matadero.

Vi que uno de los guerreros llevaba al cinto mi pistola, y, a partir de este instante, procuré no apartar mis ojos de aquel individuo, con la esperanza de que se me presentara la oportunidad para rescatarla. Sabía que, sin embargo, esa oportunidad se me presentaría muy difícilmente, porque eran tantos mis secuestradores que, aunque pudiera deshacerme de alguno de ellos, me reducirían fácilmente los demás.

Me sentí muy deprimido. La mala fortuna seguía mis pasos. No tenía mayor

explicación el que yo hubiese intervenido en una lucha en la que nadie me llamaba. En el mismo umbral de la libertad que me habría permitido reunirme inmediatamente con Duare, mi temeraria impetuosidad me había sumido en un trance probablemente tan erizado de peligros como el que más con que me hubiese nunca encontrado. ¿Por qué intenté combatir prácticamente solo? No lo sé. Seguramente porque confío en demasía en mis propias proezas, pero tengo motivos para ello. He pasado por varias aventuras espeluznantes y me he escapado de centenares de peligros.

¿A dónde me llevarían aquellos individuos tan extraños y silenciosos? ¿Qué me iba a deparar el destino? No les había oído ni una sola palabra desde que los vi por vez primera. Me pregunté si serían alalos, carentes de órganos vocales.

Uno de aquellos individuos se me acercó al reanudar la marcha. Llevaba tres brazaletes de oro y el mango de su garfio estaba adornado con tres anillos de oro también.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó en el idioma universal de Amtor. Comprobé, pues, que no eran mudos.

—Carson de Venus —repliqué.

—¿De dónde vienes?

—De los Estados Unidos de América.

—No he oído hablar nunca de ese país —repuso—. ¿A qué distancia está de Brokol?

—No he oído hablar nunca de Brokol —contesté a mi vez—. ¿Dónde se encuentra?

Pareció disgustarle mi respuesta.

—Todo el mundo ha oído hablar de Brokol —dijo—. Es el imperio más poderoso de Amtor. Se encuentra a cuarenta kobs de aquí, al otro lado de esas montañas.

La distancia mencionada debía ser cosa de unas cien millas. No sólo tenía que sufrir la penalidad del cautiverio, sino la de caminar cien millas.

—Pues mi patria se halla a diez millones cuatrocientos mil kobs de Brokol —le dije, haciendo un ligero cálculo mental.

—No existe nada tan lejos como eso —objetó con petulancia—. Me estás mintiendo y así no conseguirás más que empeorar tu situación.

—No miento —protesté—. Ésa es la distancia más corta que hay entre mi patria y Brokol; pero podría estar aun más lejos, según desde donde se calcule.

—Eres el farsante más grande que he conocido —observó—. ¿Cuántos habitantes hay en tu país?

—Si te lo digo, no vas a creerme.

—Dímelo de todos modos. Probablemente será una nación pequeñita. ¿Sabes los habitantes que tiene Brokol?

—Desde luego que no. Me sería difícil calcularlos.

—Claro que te sería difícil. En Brokol viven cincuenta mil personas.

Creo que esperaba verme desfallecer.

—¿De veras? —le dije.

—Sí, cincuenta mil, y no te estoy mintiendo. Ahora dime cuántos habitantes tiene tu país.

—Alrededor de unos ciento treinta millones.

—Te advertí que no me mintieras. Ni en todo Amtor hay tantos habitantes.

—Pero mi país no está en Amtor.

Creí que iba a estallar; tan iracundo se puso.

—¿Pretendes burlarte de mí? —me preguntó volviéndose de un verde oscuro.

—Ni mucho menos —le aseguré—; no sé por qué iba a burlarme. Mi patria se halla en otro mundo. Si Amtor no estuviera rodeada de nubes, la verías brillar como una bola de fuego.

—Te dije que eras el farsante mayor que había conocido. Ahora afirmo que eres el mentiroso más grande del mundo.

No me agradaba verme llamar mentiroso; pero, ¿qué podía hacer yo? De todos modos, observé en él cierto temor y respeto al formular su insulto, lo que daba a éste, en cierto modo, un aire de alabanza.

—No sé por qué tienes que dudar de mi palabra —le advertí—. Fíjate; ni siquiera has oído hablar de Vepaja ni de Havatoo, o Korva y, no obstante, esos países existen.

—¿Dónde están? —inquirió.

—En el mismo Amtor.

—Si puedes llevarnos a países desconocidos por nosotros, probablemente no se te sacrificará a Loto-El-Ho-Ganja; pero te aconsejo que, cuando hables con ella o con Duma, no mientas.

La traducción literal de Loto-El-Ho-Ganja es: eminentísima mujer. Ninguno de los pueblos de Amtor con los que me había puesto en contacto poseían religión alguna; pero aquel nombre y la mención de sacrificios humanos daban a entender que existía una diosa.

—¿Es Loto-El-Ho-Ganja vuestra vadjong? —le pregunté, teniendo en cuenta que vadjong quiere decir reina.

—No —repuso—, no es una mujer; es más que una mujer. Ni nació de mujer ni estuvo pendiente de ninguna rama de árbol.

—¿Pero se parece a una mujer?

—Sí. Mas su belleza es tan extraordinaria que las mujeres mortales, a su lado, se convierten en seres vulgarísimos —contestó.

—¿Y Duma? ¿Quién es Duma? —persistí.

—Nuestro jong. El jong más rico y poderoso de Amtor. Probablemente tendrás ocasión de verle, cuando llegemos a Brokol; y acaso también veas a Loto-El-Ho-

Ganja. Me parece que le gustará conocer a un farsante tan grande como tú, que hasta engaña con el color del pelo y de los ojos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Que no pueden existir hombres con el cabello amarillo y los ojos grises.

—Tu razonamiento es de una fuerza persuasiva —murmuré. Hizo un gesto de asentimiento y luego añadió:

—Ya he hablado bastante —y alejóse. Si entre los habitantes de Brokol existe algo digno de alabanza es que no son charlatanes. Sólo hablan cuando tienen algo que decir; si no, permanecen callados. En esto se diferencian ciertamente de muchos de mis congéneres. Siempre me causó sorpresa, aunque no siempre me divirtió, la algarabía de femeniles voces que se produce así que cae el telón en un teatro para dar tiempo a un entreacto. Parece mentira que en la vida existan cosas tan fútilmente trascendentales que justifiquen tales exuberancias de palabras.

Debo confesar que, después de aquella conversación con aquel individuo, cuyo nombre, según supe después, era Ka-at, sentí curiosidad por llegar a Brokol y conocer a una mujer tan bella que, al decir de las gentes, a su lado las demás mujeres se convertían en seres vulgarísimos. De una manera u otra se tiene que morir uno, a pesar del suero de la longevidad que me habían inoculado; de no mediar Duare, me hubiera atraído tal mujer con todos los riesgos y azares de una aventura.

Durante las jornadas de viaje hacia Brokol nadie me volvió a dirigir la palabra. Se comunicaban conmigo y entre ellos por signos. A veces me parecía imposible que su órgano bucal no se atrofiase. Tuve mucho tiempo para meditar y, desde luego, la mayoría de mis pensamientos radicaban en Duare, aunque también me hicieron cavilar las extrañas sugerencias que Ka-at había sembrado en mi mente. No acababa de comprender el significado de las palabras del guerrero, al afirmar que Loto-El-Ho-Ganja nunca había colgado de planta alguna. ¿Qué querría decir aquello de colgar de una planta? No creo que a los ladrones de caballos que solían linchar en nuestros viejos días del Oeste les gustara colgar de un árbol o cosa parecida.

Los guerreros de Brokol sólo llevaban encima sus lanzas, espadas, y un saquito para las provisiones. Comíamos gracias a lo que nos ofrecía la naturaleza a nuestro paso, y las jornadas eran cortas. Al quinto día, por la mañana, remontamos una montaña y, desde la cumbre, divisé una ciudad enclavada en una planicie bien regada que se extendía abajo. Las huestes se detuvieron en la cumbre y, mirando hacia la ciudad, hicieron tres reverencias. Estábamos bastante apiñados y ello me proporcionó la ansiada oportunidad. Me hallaba yo detrás del guerrero que llevaba mi pistola, muy cerca de él. En el momento en que se inclinó para realizar la reverencia, me acerqué aun más a él y cuando irguió el cuerpo ya no guardaba la pistola. Estaba escondida entre mi vestido.

No sabía cuándo podría presentármela la oportunidad de usarla. Comprendí que no podría escapar fácilmente de una ciudad en la que todos eran enemigos; pero al menos me quedaba el recurso de vender cara la vida. La idea de poseer de nuevo el arma me alegraba y me inspiraba un sentimiento de seguridad y superioridad que no tenía sin ella, a pesar de que antes de llegar a Venus no había llevado arma de ninguna clase.

Más tarde supe que aquellas reverencias desde la cumbre de la montaña eran una especie de rito religioso, ya que consideraban a Brokol ciudad sagrada. En ella estaba enclavado el templo de Loto-El-Ho-Ganja y allí acudían las gentes de otros poblados para orar y hacer sus sacrificios.

Continuamos la marcha inmediatamente y pronto nos hallamos a las puertas de Brokol. No deseo hacer fatigoso el relajo de nuestra entrada en la ciudad; pero, desde

luego, no fue precisamente triunfal para Ka-at. Este había sido derrotado y no traía botín, habiendo hecho sólo mi prisionero. Ka-at era un yorkokor, o sea un comandante que tenía bajo sus órdenes a un millar de soldados. La palabra yorkokor significa mil lanceros y viene a ser algo parecido, en términos militares, a nuestro coronel. Los tres aretes de oro que se engarzaban en el mango de su pancho bélico eran las insignias de su rango.

Me llevaron a una especie de plazoleta situada en una parte humilde de la ciudad y me encerraron en una jaula.

Existían varias jaulas como aquélla, pero sólo otra guardaba un prisionero como yo. Su jaula se hallaba contigua a la mía. No estábamos allí precisamente a modo de exhibición; pero el paso a la plazoleta era libre y acudían muchos habitantes de Brokol para contemplarnos. Algunos nos pinchaban con bastones y otros nos arrojaban piedras; la mayoría, no obstante, se limitaban a mirarnos y hacían breves comentarios que a veces se reducían a una sola frase. Indudablemente, no eran dados a la locuacidad. Uno de ellos me miró y dijo a su acompañante:

—¡Qué raro!

—Tiene el pelo amarillo —comentó el otro.

—Y los ojos grises —dijo el primero. Aquello era demasiada locuacidad para ellos.

—Habláis demasiado —vociferó el que estaba en la otra.

Entonces uno de los que dialogaban le arrojó una piedra, y los dos se alejaron.

—Les irrita que les diga que hablan demasiado —murmuró mi compañero de cautiverio.

Hice un signo de asentimiento. De pronto sentíme sobrecogido por una gran depresión moral. El trágico pensamiento de Duare me restaba deseos de hablar. El que estaba encerrado en la otra jaula movió la cabeza tristemente.

—No pareces un nativo de Brokol —me dijo—; pero en asunto de locuacidad te pareces a ellos. Lo siento. Cuando te vi venir supuse que iba a contar con alguien para conversar. Hay momentos que creo voy a olvidarme del don de la palabra.

—Perdona —repuse—; hablaré contigo muy a gusto.

—Me llamo Jonda —dijo más animado.

—Y yo Carson.

—Yo procedo de Tonglap, ¿y tú?

—De Korva —repuse.

Creí inútil explanarme en fútiles explicaciones sobre dónde se hallaban los Estados Unidos de América. Ningún habitante de Venus hubiera sido capaz de entenderme.

—Nunca he oído hablar de Korva —me dijo—; Tonglap se halla a bastante distancia, en aquella dirección. —Señaló hacia el norte—. Soy vookor del ejército de

Tonglap.

Vookor quiere decir realmente lancero; pero es también el título que se da a un oficial que tiene bajo su mando a cien soldados; una especie de capitán. Tonglap significa tierra grande.

Los días fueron transcurriendo lentamente y yo me sentía muy deprimido. Allí me encontraba metido en una jaula, en un país extraño y prisionero de hombres raros y de exiguos rasgos humanos. Mi avión reposaba inútil en Japal, y Duare se hallaba en Timal, bien lejos de mí. ¿Cuánto duraría el trato amistoso de aquellas gentes salvajes con ella? Comencé a perder las esperanzas, ya que parecía imposible que volviéramos a reunirnos, y que llegáramos juntos a Korva.

Jonda me había dicho que, en cualquier momento, uno de nosotros podía ser escogido para servir de sacrificio humano a Loto-El-Ho-Ganja.

—Por ciertas cosas que he oído decir, o bien se bebe la sangre de sus víctimas o se baña en ella —me explicó.

—Creo que es muy hermosa —observé—. ¿La has visto alguna vez?

—No, ni quiero. Tengo entendido que no resulta bueno para la salud que Loto-El-Ho-Ganja se interese por alguno de nosotros. ¡Ojalá no se acuerde de que existimos!

Al cabo de un par de semanas, a Jonda y a mí nos sacaron de nuestras respectivas jaulas y nos pusieron a trabajar en la limpieza de un campo de forma ovalada, circundado de hileras de bancos. Eran éstos altos y las hierbas más bajas alcanzaban unos diez pies de altura. Constituían un conjunto que recordaba mucho a una plaza de toros. Había dos puertas principales y otras más pequeñas, abiertas en la empalizada de madera circundante.

Le hice observar a Jonda mi extrañeza al no ver más esclavos que nosotros en la ciudad.

—Yo nunca vi ninguno más —repuso—. Duma, el jong, envió la expedición dirigida por Ka-at para obtener esclavos; pero no salió muy airoso en su empresa. Probablemente le habrán decapitado.

—¡Silencio! —gritó uno de los guerreros que nos vigilaban—. Habláis demasiado. Trabajad, y no charléis.

Mientras trabajábamos penetraron en el circo unos cuantos guerreros y se acercaron a nuestro guardián.

—El jong reclama a estos dos —dijo el que parecía mandar el grupo. Uno de nuestros guardianes asintió, y preguntó:

—¿Y nosotros?

El que dirigía las fuerzas se limitó a asentir con la cabeza. Evidentemente, no les gustaba hablar más que lo preciso.

Nos condujeron a los terrenos en que se hallaba enclavado el palacio y llegamos a una especie de huerto de árboles frutales, bien cuidado. Me fijé que de las ramas

pendían unos extraños frutos; pero sólo uno o dos en cada árbol. Había muchos guardas que vigilaban.

Así que penetramos en el huerto, quedé sorprendido al comprobar que lo que yo había tomado por frutas no era otra cosa que diminutos niños que se balanceaban en el aire, colgando de cuerdas atadas a la parte alta de su cabeza. En seguida quedaron explicadas varias cosas. En primer lugar el cogollo de carne que los nativos de Brokol ostentaban en la cabeza, y, luego, la frase de Ka-at, al afirmar que Loto-El-Ho-Ganja nunca había colgado de ningún árbol.

Los pequeños súbditos de Brokol estaban perfectamente formados. La mayoría de ellos pendían reposadamente, balanceándose con la brisa, y permanecían con los ojos cerrados; pero algunos se mostraban muy inquietos y agitaban brazos y piernas, exhalando pequeñas lamentaciones. Todo recordaba los primeros movimientos de los recién nacidos, aunque produciendo una impresión casi repugnante. Los había de todos los tamaños; desde los que tenían una pulgada de largo, hasta los que alcanzaban quince.

Jonda señaló a uno de aquellos seres.

—Ya están maduritos y a punto de caer del árbol —observó.

—Silencio —le amonestó uno de los guardianes. Aquella breve palabra era cuanto, en punto a conversación, podíamos esperar de nuestros opresores.

Fuimos llevados a presencia del jong, donde tuvimos que hacer cuatro reverencias. Es digno de observar que, desde el corazón de África a la Corte de Versalles, tanto en la Tierra como en Venus, existe una semejanza en las solemnidades de ritual que rodean a los reyes.

El salón del trono de Duma era todo lo ornamental de que eran capaces los nativos de Brokol. En las paredes aparecían pintadas escenas de guerra. Sobre ventanas y puertas colgaban cortinones; los muros estaban adornados con lanzas de gancho y espadas, además de trofeos de caza.

Duma estaba sentado en un estrado cubierto de pieles. Era un individuo corpulento, tan carente de pelo y tan odioso como sus súbditos, e iba cargado de brazaletes de oro en brazos y piernas. Una mujer, la primera que había visto en Brokol, se hallaba sentada a su vera, en un banco algo más bajo. También iba cargada de ornamentos de oro. Era Dua, la vadjong. Fue más tarde cuando me enteré que a los jong de Brokol se les llamaba siempre Duma y a sus esposas Dua.

—¿Cuál es el esclavo de Japal? —preguntó Duma, añadiendo luego—: Supongo que será el del pelo amarillo y los ojos grises. Ka-at no mintió. ¿Es cierto que dijiste a Ka-at que vienes de un país que se encuentra a un millón cuatrocientos mil kobs de Brokol?

—Sí —repuse.

—¿Y le dijiste también que en ese país hay ciento treinta millones de habitantes?

—Exacto.

—Ka-at no mintió —repitió.

—Ni yo tampoco —objeté.

—¡Silencio! —exclamó Duma—; hablas demasiado. ¿Serías capaz de dirigir una expedición a ese país para conseguir botín y esclavos?

—Desde luego que no —repuse—; nunca llegaríamos. Probablemente ni yo mismo podré volver allá.

—Como muy bien afirma Ka-at, eres el mayor farsante del mundo —afirmó Duma; y luego, volviendo la mirada hacia Jonda añadió—: Y tú, ¿de dónde eres?

—De Tonglap.

—¿Cuántos habitantes hay allí?

—Nunca los conté —repuso Jonda—; pero puedo afirmar que debe de haber diez veces más que en Brotol.

—Otro farsante —protestó Duma—. Brokol es el mayor país del mundo. ¿Podrías conducir a mi ejército a Tonglap para que hiciera prisioneros y cogiera botín?

—Podría, pero no quiero —repuso Jonda—. Yo no soy un traidor.

—Silencio —gritó Duma—; hablas demasiado —y volviéndose a un oficial, le

ordenó—: Que vuelva a la jaula el de Tonglap. Loto-El-Ho-Ganja desea ver al otro. No ha visto nunca a un hombre de pelo amarillo y ojos grises. Como me pasó a mí, tampoco creyó lo que afirmaba Ka-at y dice que le gustaría oír al mayor farsante de Amtor.

Se llevaron a Jonda, y entonces varios hombres adornados con plumas en la cabeza me rodearon. Iban armados de garfios de oro y espadas cortas y muy pesadas, y ornamentada empuñadura. El que conducía al grupo dirigió a Duma una mirada y éste esbozó un signo de asentimiento, haciéndome salir de la estancia.

—Cuando te encuentres en presencia de Loto-El-Ho-Ganja, debes hacer siete reverencias —me instruyó el jefe de las fuerzas—, y no hables, salvo si se te pregunta. No preguntes tú, ni hagas observaciones inútiles.

Loto-El-Ho-Ganja tenía su salón del trono en un pabellón situado no lejos del palacio. Al acercarnos allí observé que centenares de personas llevaban sus ofrendas. Claro que no pude ver exactamente en qué consistían éstas exactamente; pero, indudablemente, se trataba de manjares, objetos ornamentales y telas. Por lo visto, rendía mucho presidir la iglesia de Brokol.

Loto-El-Ho-Ganja se hallaba sentada en un espléndido trono dorado, al lado del cual el de Duma era un asiento de menestral. Estaba rodeada de buen número de personas ataviadas de parecida manera a los que me rodeaban. Eran los sacerdotes.

Loto-El-Ho-Ganja no era una joven mal parecida. Desde luego, no se trataba de una nativa de Brokol, sino de un auténtico ser humano como yo. Tenía el cabello y los ojos negros, la tez de un color crema ligeramente aceitunado y se le notaba un poco de carmín en las mejillas. Si realmente no era una mujer hermosa, resultaba sugestiva e interesante, con cierto aire inteligente y avisado.

Así que hube realizado las siete genuflexiones se me quedó mirando desde su asiento, durante un buen rato.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó al fin.

Tenía una bella voz de contralto, y al escucharla no podía imaginarme a aquella mujer bebiendo sangre humana o bañándose en ella.

—Soy Carson Km. Amtor, tanjong Km. Korva —repliqué. Aquello quería decir Carson de Venus, príncipe de Korva.

—¿Y dónde está Korva?

—Es un país que se halla bastante lejos de aquí, hacia el Sur.

—¿A qué distancia?

—No lo sé exactamente; supongo que a varios millares de kobs.

—¿Pero no dijiste a Ka-at que tu país estaba a diez millones cuatrocientos mil kobs de Brokol? —inquirió—. ¿Es que mentías entonces o estás mintiendo ahora?

—No mentía. El país de donde realmente procedo no es Korva, y de veras se halla a diez millones cuatrocientos mil kobs de Brokol.

—¿Y cómo se llama? —persistió.

—Estados Unidos de América.

Frunció las cejas como si pensara y a sus ojos asomase una expresión de extraño asombro. Parecía como si hiciera un esfuerzo mental para husmear en lo más recóndito de su memoria; pero terminó por sacudir la cabeza con un gesto de fatiga.

—Estados Unidos de América —repitió—. ¿Quieres contarme algo de ese país? No comprendo qué puedes pretender engañándome.

—Me agradecerá de veras contarte lo que desees saber —repuse—, y puedes estar segura de que no he de engañarte.

Se levantó del trono y descendió del estrado.

—Sígueme —me invitó, y volviéndose luego hacia uno de los sacerdotes, le dijo—: Quiero examinar a este hombre a solas. Podéis retiraros.

—Pero, Loto-El-Ho-Granja —observó el aludido—; será peligroso dejarte sola con este hombre. Es un enemigo.

Se irguió altanera.

—Soy Loto-El-Ho-Ganja —repuso—. Yo sé lo que me hago. He escudriñado en los ojos de este hombre; me he asomado a su alma y sé que no intentará nada contra mí.

El sacerdote pareció dudar aún.

—Nunca ha ocurrido nada semejante —objetó.

—Ya oíste mi orden, Roo-ton —replicó ásperamente—. ¿Cómo puedes atreverte tú, el más eminente de mis sacerdotes, a discutir mi autoridad?

Entonces el sacerdote alejóse, y los demás le siguieron. Loto-El-Ho-Ganja me hizo señas de que la siguiera, saliendo de la estancia a través de una puertecita. El salón del trono de la diosa —si realmente lo era— estaba aún más recargado de ornamentos que el del propio Duma, el jong; pero la decoración de las paredes estaba formada por combinaciones de calaveras y huesos humanos, probablemente procedentes de sacrificios.

El pequeño gabinete al que me hizo pasar estaba amueblado con una mesa, varios bancos y una cama. Tanto la mesa como la cama aparecían cubiertos de cojines y pieles. Loto-El-Ho-Ganja se sentó en un banco situado detrás de la mesa.

—Siéntate —me invitó.

Yo lo hice así, en un banco que se hallaba frente a ella, y entonces comenzó a formularme las mismas preguntas que me había hecho Duma y yo le di idénticas respuestas que a éste. Luego me preguntó cómo era posible que pudiera existir otro mundo tan alejado de Venus, y yo le expliqué esquemáticamente el sistema solar.

—Soles, planetas, lunas —murmuró abstraída—; lunas y estrellas...

Yo no había mencionado las estrellas y me maravilló cómo podría conocer tal palabra.

—Antes de traerme a tu presencia me advirtieron que no hablase, salvo cuando se me preguntara, y que no te formulase ninguna pregunta —observé.

—¿Te gustaría preguntarme algo?

—Sí.

—Dime —me animó—, aunque Ro-ton y los otros sacerdotes se quedarían atónitos de esto.

—¿Por qué hablaste de las estrellas? —inquirí. Pareció sorprendida.

—¿Estrellas?; ¿Qué puedo saber yo de las estrellas? Yo soy Loto-El-Ho-Ganja. Eso debe bastarte como réplica a tu pregunta. Yo sé muchas cosas y, a veces, ni yo misma comprendo por qué. No sé cómo puedo hablar de las estrellas. En el fondo de mi mente existen innúmeros recuerdos; pero en su mayor parte son vagos y fragmentarios. A veces hago esfuerzos heroicos para asociarlos y hacerlos coherentes; pero nunca lo consigo —suspiró.

—Desde luego, tú no eres nativa de Brokol —observé—. Cuéntame cómo te encuentras aquí, convertida en una diosa, en medio de estas gentes extrañas.

—No lo sé —repuso—. Es una cosa de la que nunca puedo acordarme. Una vez me hallé sentada en el pabellón del trono y ni siquiera conocía el idioma de estas gentes. Me lo tuvieron que enseñar. Mientras lo aprendía me informé de que era una diosa y que procedía del fuego que envuelve a Amtor. Mi nombre completo es Loto-El-Ho-Ganja Kum O Raj (literalmente: Eminentísima Más que Mujer del Fuego; y en abreviatura: Diosa del Fuego); pero es demasiado largo y sólo se emplea en ciertas solemnidades de ritual. A Ro-ton y a unos pocos sacerdotes les permito que me llamen en privado simplemente Loto. Tú también puedes llamarme Loto, mientras estemos solos —añadió, cariñosa.

Me pareció agradable la idea de poder llamar a una diosa por su nombre íntimo y llegué a pensar que me estaba tomando tanta simpatía que no sentiría apetito de beberse mi sangre o bañarse en ella.

—Yo te llamaré Carson —continuó—. Igual que me ocurre con otras muchas cosas que no acabo de comprender, me sentí atraída hacia ti desde el primer momento que te miré, como si me viera vinculada a ti por lazos misteriosos. Especialmente desde que te oí hablar de los Estados Unidos de América. Este nombre pareció agitar en mi interior raras cuerdas sensibles, aunque no sé por qué. ¡Estados Unidos de América! —murmuró, pronunciando las palabras despacio y en voz reconcentrada, casi como una caricia, y con aquella mirada que se perdía a lo lejos.

Loto y yo estábamos congeniando maravillosamente, cuando llamaron con suavidad a la puerta.

—¡Adelante! —dijo la Diosa del Fuego. Abrióse la puerta y se presentó en el umbral Ro-ton, con el rostro ceñudo.

—Creí haberte advertido que nos dejarais solos —le amonestó la diosa con cierta aspereza.

—Vengo de parte de Duma —dijo Ro-ton—. Desea ofrecer un sacrificio a Loto-El-Ho-Ganja. —Y al decir esto, me miró fijamente, reflejándose en sus verdes ojos la malignidad.

—Si insiste, aceptaré el sacrificio —repuso Loto—; pero me reservo el derecho de escoger la víctima. —Y miró a su vez tan fijamente a Ro-ton que su color verdoso oscurecióse manifiestamente, tornándose en seguida en un matiz verde pálido—. Y probablemente va a ser alguno de los que me desobedecen.

Ro-ton se retiró, cerrando la puerta tras él, mientras Loto golpeaba nerviosa el pavimento con sus sandalias.

—No hace más que molestarme —me explicó—. Siempre que demuestro simpatía hacia alguien, acude a Duma para que la designe como una de sus víctimas. Me parece que cualquier día voy a perder la paciencia y escogeré al propio Ro-ton. Ello sería un gran honor para Ro-ton, aunque no estoy segura de que le alegrase demasiado.

—¿Es verdad que te bebes la sangre de los sacrificados? —le pregunté. Le flamearon los ojos de ira.

—Eres demasiado presuntuoso —exclamó—. Abusas de la amabilidad con que te he tratado para pedirme que divulgue uno de los más sagrados secretos del templo.

—Perdona —me apresuré a disculparme, levantándome—. Creo que debo marcharme.

—¡Siéntate! —ordenó—. Soy yo la que tiene que decir cuándo debes marcharte. ¿Es que no tienes modales? ¿Así son todos en tu país?

—No los tuve realmente, hasta que me cupo el honor de que me atendiera una diosa. Por eso no sé cómo debo comportarme.

—No es que te atienda una diosa; eres tú el que la atiendes a ella. Las diosas no atienden a nadie, y menos a los esclavos.

—Espero entonces haber conseguido entretenerte, Eminentísima Mujer —me disculpé.

—Sí, me entretienes. Ahora cuéntame algo de los Estados Unidos de América. ¿Hay allí muchas ciudades?

—Miles.

—¿Y es alguna de ellas tan grande como Brokol?

—La mayoría son más populosas. Una de ellas tiene cerca de siete millones de habitantes.

—¿Cómo se llama esa ciudad?

—Nueva York.

—Nueva York —repitió—; Nueva York. Me parece como si hubiera oído ese nombre antes.

De nuevo nos vimos interrumpidos por una leve llamada a la puerta. Era un sacerdote que venía para avisar que Duma, el jong, estaba camino del templo a fin de presentar sus respetos a Loto-El-Ho-Ganja. Loto enrojeció de furia, pero se limitó a decir:

—Le recibiremos. Convoca a los sacerdotes para que acudan a la habitación sagrada.

—Y cuando hubo salido el sacerdote, se volvió hacia mí para añadir—: No debo dejarte solo aquí; acompáñame.

Volvimos al salón del trono, que era lo que llamaban la habitación sagrada, y Loto me advirtió que debía quedarme un poco apartado. Luego se acomodó en su trono. Iban llegando los sacerdotes, y el propio Ro-ton se presentó. Ofrecían todos un cuadro bárbaro en aquella estancia decorada con calaveras, con su tez verde y adornados con los penachos de plumas propios de los actos solemnes.

Pronto se escuchó un repique de tambores; al principio, lejos, y luego, más próximos. De pronto, penetró Duma precedido de tamborileros y un centenar de oficiales de su ejército. Se detuvieron frente al dosel e hicieron siete reverencias. Luego, Duma subió al estrado y acomodóse en un banco bajo, contiguo a Loto-El-Ho-Ganja. Todos los demás permanecieron de pie. Podría haberse escuchado la caída de un alfiler, de tanto silencio. Procedióse a una especie de estúpido ritual. Duma se levantaba a cada breve intervalo y hacía siete reverencias. Cuando acabó la pantomima, se inició la entrevista y yo pude escuchar palabra por palabra.

—Ro-ton me comunicó que rehúsas mi sacrificio —dijo Duma—. Es algo que jamás había ocurrido.

—No lo rehusé —replicó Loto—; me limité a advertirle que escogería la víctima.

—Eso es lo mismo que rechazarlo —dijo Duma—. Quiero escoger mis ofrendas.

—Puedes hacerlo —repuso Loto—; pero yo tengo el derecho de rechazar cualquier ofrenda que no me parezca aceptable. Pareces olvidar que soy Loto-El-Ho-Ganja Kum O Raj.

—Y tú parece olvidar que yo soy el jong de Brokol —saltó Duma.

—Para una diosa, un jong no pasa de ser un hombre mortal —repuso Loto fríamente—. Y si no tienes otra cosa que decirme, mejor será que te vayas; te lo permito.

Me di cuenta de que Duma estaba furioso. Su tez se había tornado de color verde oscuro y miraba descaradamente a Loto.

—Los jongs contamos con guerreros —rugió encolerizado—. Podemos obligar a que se nos obedezca.

—¿Pretendes amenazarme? —preguntó Loto.

—Pretendo que se me permita escoger mis ofrendas —casi gritó Duma.

—Ya te dije que puedes nombrar a quien quieras —le invitó Loto.

—Perfectamente —dijo Duma—. Se trata del esclavo Carson con el que has estado encerrada a solas durante horas enteras, desafiando la tradición del templo.

—Pues me niego a aceptar tu ofrenda —replicó Loto. Duma se levantó de un salto.

—Llevaos a ese esclavo a su jaula —rugió—. Ya me ocuparé más tarde de esta mujer. Por el momento declaro que ya no es una diosa y que yo, Duma, soy un verdadero dios. Que los que me acepten me hagan las siete reverencias.

Aquello fue lo último que pude oír, ya que varios guerreros me habían maniatado y me obligaron a salir de la estancia.

Me volvieron a encerrar en la jaula. Jonda se hallaba aún en la contigua y cuando le conté lo que había ocurrido me dijo que me quedaba poco tiempo de vida.

—Eso pasa siempre que se mezcla uno con diosas y jongs —añadió.

—De todas maneras me habían de matar —le recordé—. Al menos de este modo nadie se beberá mi sangre.

—Acaso se la beba Duma —sugirió—. Ahora es él el dios y por tanto, puede escogerte como primer sacrificio.

—No estoy seguro de si la gente volverá la espalda a Loto-El-Ho-Ganja —observé.

—Cuando un jong cuenta con ejército suficiente, el pueblo se pone siempre de su parte.

—Me pareció que Loto-El-Ho-Ganja era todopoderosa —observé—. El más alto sacerdote y el propio Duma le rindieron homenaje, hasta que Duma perdió los estribos.

—Fíjate —exclamó Jonda—; ¿quién nos traen aquí? Nunca había visto a una mujer en este lugar. Volví la cabeza y quedé consternado.

—Es Loto-El-Ho-Ganja —dije.

—Se ve que Duma es ahora dios —observó Jonda. Escoltaban dos guerreros a Loto-El-Ho-Ganja; pero no se mostraban demasiado rudos con ella. Acaso recelasen que continuara siendo verdadera diosa a pesar de lo que Duma había proclamado, y nadie se decide fácilmente a enemistarse con la divinidad.

Se iban acercando a nuestras jaulas y, de pronto, se detuvieron frente a la mía, abrieron la puerta y empujaron a Loto dentro.

He pasado por muchas experiencias en mi vida; pero verme encerrado con una diosa en una jaula era verdaderamente desusado. Me imagino el golpe que representaría para ella verse arrebatada del Olimpo.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

—Que todo acabó —repuse—; gracias a Dios, todo acabó. Lo presiento.

Aunque había hablado en el lenguaje de Amtor, había pronunciado una palabra: Dios. Y en inglés. En el lenguaje de Amtor no existía nada que se le pareciese. ¿De dónde había sacado ella aquella palabra inglesa? Se lo pregunté, pero se limitó a mirarme más desconcertada que nunca y contestóme que no lo sabía.

—¿Por qué dices que todo acabó? —le pregunté.

—Me ha condenado a muerte —repuso; pero se echó a reír—. A mí, que no puedo morir; y también te ha condenado a ti, y al otro prisionero y... tú sí que puedes morir. Me gustaría poderte salvar.

—Ya trataste de conseguirlo, Loto —le recordé—. ¿Por qué lo hiciste? Te ha costado la vida.

—Porque me gustas —repuso—. Me sentí atraída hacia ti por una fuerza que no comprendo.

Así es que los tres, Loto, Jonda y yo estábamos condenados a muerte. Nos pusimos a hablar largo y tendido durante la noche. Me contaron cosas extrañas y casi increíbles sobre aquellos verdes habitantes de Brokol. Me dijeron que su sangre no era roja, sino blanca, como la de los sapos o la de algunas plantas, y que no comían carne, aunque sí se bebían la sangre caliente de los animales.

Les hablé de las pequeñas criaturas que había visto colgar de los árboles y me dijeron que las hembras de aquella raza ponían pequeños huevos, del tamaño de nueces, que se plantaban en tierra y luego se convertían en árboles. Con el transcurso de los años daban el fruto que había visto. Cuando las criaturas estaban maduras se desprendían de los árboles; entonces eran salvajes e indisciplinadas y habían de ser capturadas y educadas. Cada familia poseía generalmente su huerto de árboles y el que yo había visto era el de la familia real. Los guypals, los grandes pájaros que había conocido yo en Mypos, despachaban buen número de criaturas en estado de madurez y eso explicaba la presencia de guerreros de guardia en el huerto real. Se trataba de una raza que no sólo tenía familia arbórea, sino todo un huerto.

Cuando una mujer plantaba un huevo, hacía una pequeña señal en la tierra, para identificarlo, lo mismo que los jardineros domésticos ponen señales cada primavera en su huerto, a fin de saber después lo que son alubias y tomates.

La mortalidad infantil en Brokol es espantosamente alta, debido a los guypals y a las pestes, y no llegan al uno por mil las criaturas que alcanzan la madurez. No

obstante, como los de Brokol son polígamos y tanto la tierra como las hembras son prodigiosamente fértiles, no hay peligro de que se extinga la raza. Hay que hacer observar que no se permite la entrada de perros en los huertos.

Durante un lapso en la conversación, exclamó de pronto Loto:

—Yo no bebí nunca sangre humana. Mientras era Loto-El-Ho-Ganja no podía decírtelo; pero ahora que he sido despojada de mi rango tengo libertad para hablar.

—La verdad es que no podía creerlo —repuse—. No obstante, me alegra oírte decir personalmente.

—Los que se la bebían eran Ro-ton, Duma, y unos cuantos de los sacerdotes más favorecidos. La verdadera causa del fomento de los sacrificios humanos, es su afición a beber la sangre. La mayoría de los sacrificados eran súbditos de Brokol que habían caído en desgracia con Duma o Ro-ton. Yo ni siquiera mataba a las víctimas. Se encargaba Ro-ton. Yo me limitaba a presenciarlo y a entonar ciertos cantos; pero los sacerdotes hacían creer al pueblo que era yo la bebedora de sangre con el fin de impresionarlo más. Por lo visto las clases humildes deben temer a sus dioses si se quiere mantener el orden.

—Tú y Carson me estáis hablando de extrañas criaturas de las que no tenía noticia —observó Jonda, el hombre sin dios.

—Pues hablemos de cualquier otra cosa —repuso Loto—. Me gustaría saber algo más de los Estados Unidos de América, y de Nueva York..., Nueva York..., Nueva York... —susurró, modulando el nombre con lentitud. Parecía abismada en lejanos recuerdos. De pronto exclamó: —Betty..., Betty..., Betty... Ya lo tengo. —Estaba terriblemente excitada—. Llamo..., llamo..., Betty... Ya casi lo tengo. ¡Oh, Dios! ¡Casi lo tengo!... ¡Brooklyn...! Ahora sí que lo tengo... ¡Brooklyn! —Y se desmayó.

Traté de reanimarla; pero no reaccionaba. No tuve más remedio que dejarla descansar en el suelo, convencido de que terminaría por recobrar el conocimiento.

Sus palabras me habían desconcertado. ¿Qué podría saber aquella mujer de Brooklyn, el barrio neoyorkino? Yo le había mencionado a Nueva York, pero nunca cité a Brooklyn. No obstante, no había error, había pronunciado Brooklyn con toda claridad; ¿Y qué pretendería decir con aquel “llamo” y quién podía ser Betty? Cuando recobró el conocimiento traté de que me lo explicara. ¿Sería posible que existiera en Venus otro americano al que ella había conocido y con el que hubiese hablado? Lo mismo que había llegado yo a Venus, podría haberlo conseguido otro. Acaso había estado prisionero allí, acaso hubiera sido una víctima de los sangrientos ritos y tuvo ocasión de hablarle antes de morir. Tenía que averiguarlo. Aunque bien mirado, ¿de qué podría servirme, salvo para satisfacer mi curiosidad? ¿Acaso no iba a morir a la mañana siguiente?

Con tales pensamientos caí dormido.

Cuando me desperté, ya era de día. Me hallé solo. Loto no estaba en la jaula y la

puerta se hallaba aún perfectamente cerrada.

Desperté a Jonda; pero no me supo informar de nada, mostrándose tan desconcertado como yo. Algo me avisaba que no volvería a ver a Loto y que me llevaría aquel misterio a la tumba.

Poco antes del mediodía comenzaron las gentes de Brokol a cruzar ante nuestras jaulas. Se dirigían hacia la especie de plaza de toros que Jonda y yo habíamos estado limpiando. Muchos de ellos se detenían a mirarnos, haciendo comentarios, generalmente poco corteses, sobre nuestro aspecto y antecedentes.

De pronto, acudieron a buscarnos unos cuantos guerreros. Yo sentí la tentación de utilizar mi pistola; pero me resigné a aguardar hasta que nos viéramos en el circo para que mi matanza fuera más completa.

Los guerreros parecían bastante preocupados por la desaparición de Loto. Observaron que la cerradura de la jaula no había sido forzada y cuando me preguntaron cómo había podido escapar, lo único que pude decirles es que no lo sabía. Nos llevaron al circo que estaba lleno de gente. El ambiente allí era muy tranquilo y estaba muy lejos de recordar a una plaza de toros española o a un campo de beisbol, cuando se ven atestados de público. Las conversaciones eran escasas y no se escuchaban ni gritos ni exclamaciones.

Al entrar Duma, acompañado de su familia, el circo estaba tan silencioso como una tumba.

Jonda y yo nos hallábamos en el centro de la arena, vigilados por nuestros guardianes, y uno de éstos se acercó a Duma, Luego volvió hacia donde me encontraba y me dijo que Duma quería verme. La mitad de los guardianes me acompañaron.

—¿Qué ha sido de aquella mujer? —preguntó Duma, sin preocuparse de que yo no había hecho las cuatro reverencias de rigor, o una al menos.

—Es una pregunta bastante necia —repuse.

La tez de Durna se volvió del color del limón verde.

—Debías adivinar que aunque lo supiera no te lo hubiera revelado —continué—. De todos modos, puedo afirmarte, aunque no me creas, que no lo sé; pero lo adivino.

—¿Y qué es lo que adivinas? —inquirió.

—Que había de serte imposible mantener encerrada a una diosa entre rejas —repuse—; y supongo también que se habrá ido para preparar el castigo que tú y Ro-ton merecéis por haberla tratado como lo hicisteis. Me parece que fuisteis muy necios al tratar de ese modo a la Eminentísima Más que Mujer del Fuego.

—Tuvo la culpa Ro-ton —observó Duma.

Ro-ton estaba presente y dio muestras de manifiesta inquietud. Cuando volvió a repetir Duma que él tenía la culpa, no pudo contenerse.

—Tú quisiste ser el Eminentísimo Más que Hombre del Fuego —protestó—. La idea fue tuya y no mía. Si ella vuelve sabrá averiguar de quién fue la culpa.

—Las diosas siempre vuelven —afirmé yo—. Es imposible engañarlas.

—Llévao de aquí —grito Duma—. No me gusta verle.

—Me parece que la oigo llegar —murmuré, oteando el espacio.

Inmediatamente, tanto Duma como Ro-ton y todos los que les rodeaban, levantaron la cabeza. Fue un instante de gran tensión; pero Loto-El-Ho-Ganja Kum O Raj no apareció. No obstante, había conseguido desquiciar sus nervios y aquello era precisamente lo que yo buscaba. La verdad es que no me hubiera extrañado que una joven que se había esfumado de manera tan anormal reapareciera armada con una espada de fuego; pero no ocurrió así y, en consecuencia, me llevaron de nuevo al centro del circo.

Jonda hizo ante mí cuatro reverencias. Tenía el sentido del humor; pero los de Brokol lo desconocían. Escuchóse una especie de silbido sordo, como si miles de bocas hubieran cuchicheado a la vez.

Me pareció que era aquello lo que había ocurrido. Luego tornó el silencio.

Duma gritó algo que no pude entender; se oyó el batir de tambores y los guerreros nos dejaron en el centro del circo.

—Estamos al borde de la muerte —dijo Jonda—. A ver si nos portamos dignamente. Salieron dos soldados y nos dieron un arpón o lanza, y una espada.

—A ver si nos dais un buen espectáculo —dijo uno de ellos.

—Presenciarás uno de los más bellos espectáculos que se hayan podido dar en esta arena —les contesté.

Cuando los guerreros se hubieron retirado a lugar seguro, se abrió una de las portezuelas de las barreras dando salida a seis nobargans. Los nobargans son gentes velludas, y parecen caníbales. No llevan nada puesto, ni adornos; luchan con hondas, tirando piedras, y con arcos y flechas muy agudas.

La etimología de la palabra noborgan es posible que les interese a ustedes. En general, quiere decir salvaje; literalmente, hombres velludos. El singular es noborgan. Gan es hombre, y bar, pelo. No es contracción de not, que significa con, y se usa como prefijo en el sentido que se utiliza la y en inglés. Así, nobar significa peludo y noborgan, hombre peludo. El prefijo klo forma el plural como regla; así resulta klonoborgan.

Los nobargans se dirigieron hacia nosotros, rugiendo como bestias salvajes, pero sin acercarse demasiado. Así es que de sus flechas y sus hondas poco podíamos defendernos con nuestros arpones y espadas.

Tiré mi arpón y empuñé mi pistola en una mano y con la espada en la otra avancé hasta aquellos salvajes que ahora nos rodeaban en círculo; disparé, y puse fuera de combate a uno; seguí disparando, y siguió cayendo gente en la arena. Aparecieron

más, a tiempo de cargar sobre nosotros; pero los derribé antes de que pudieran alcanzarnos.

Siguió un profundo silencio que duró unos instantes. Luego escuché los rugidos de Duma que parecía haberse vuelto loco de rabia. Sin duda debió refocilarse de antemano ante el espectáculo que se le esperaba; pero no tuvimos enemigos y la fiesta se aguló al no haber sido asesinados. Entonces ordenó a algunos guerreros que se acercaran a nosotros y me quitaran la pistola.

Le obedecieron, pero sin manifiesto entusiasmo. Les advertí que no dieran un paso adelante o morirían como habían muerto los nobargans. Duma rugía para que le obedeciesen, y como no tenían otra alternativa, se precipitaron hacia mí, y uno tras otro cayeron como les había ocurrido a los salvajes.

Los espectadores guardaron profundo silencio. ¡Qué gente tan inmutable! Pero a Duma no le ocurría lo mismo y saltaba de ira en su asiento. Se hubiera arrancado los cabellos, de haberlos tenido. Por último, ordenó que todos los hombres armados que había en el circo penetraran en la arena y se apoderaran de mí, ofreciendo un gran premio.

—¡Magnífica idea! —dijo Jonda—. ¡Adelante! Cuando hayas despachado a todos los habitantes de Brokol, podremos marcharnos tranquilamente.

—No podría matarlos a todos —le advertí—. Son demasiados los que avanzan contra nosotros. Nos vencerán; pero a alto precio.

Miles de hombres armados habían saltado por encima de las barreras y avanzaban hacia donde nos hallábamos. La verdad es que no venían muy de prisa. Cada uno semejaba hallarse dispuesto a ceder el premio a su compañero; pero de todos modos, seguían avanzando.

En el momento en que ya se hallaban cerca, escuché sobre mi cabeza un ruido familiar. Pero era imposible que fuese cierto. Levanté la mirada. Arriba planeaba un aeroplano. Resultaba imposible; pero allí estaba. No me fue difícil identificarlo. ¡Era mi avión! ¡Mi propio avión! ¿Quién lo había reparado? ¿Quién lo conducía? ¿Quién podía ser, sino Duare, la única persona en aquel mundo capaz de saberlo manejar?

—¡Mirad! —grité, señalando hacia arriba—. ¡Ella vuelve! ¡Es Loto-El-Ho-Ganja Kum O Raj que torna para vengarse!

Todo el mundo levantó la cabeza. Luego, volvieron la mirada hacia Duma y Roton. Yo hice lo mismo. Los dos escaparon del circo tan de prisa como les permitían sus piernas, y cabe pensar que aún siguen corriendo.

El avión planeaba ahora más bajo y yo me puse a hacer señas exageradas, a fin de atraer la atención de Duare o de quien condujese el aparato. De pronto, se asomó Duare y a su vez nos hizo señas.

Grité a los guerreros que despejaran el terreno si no querían que les exterminara aquel enorme pájaro que venía pilotado por una nueva Loto-El-Ho-Ganja. Temía que

se dieran cuenta de que no se trataba de la auténtica Loto. Despejaron la arena con presteza, abandonando el circo a toda velocidad. Aterrizó Duare —un perfecto aterrizaje—, y momentos después estaba entre mis brazos. Mi gesto hubiera sido idéntico de habernos hallado en la esquina de la calle 42 y Broadway. La acompañaba Doran. Pronto hallóse Jonda dentro del aparato y yo frente a los mandos, junto a Duare. Teníamos que preguntarnos tantas cosas que parecía que íbamos a estallar de impaciencia. Presto me informé de que uno de los primeros actos de Kandar, así que se convirtió en jong de Japal, fue enviar una poderosa expedición militar a Timal para que Duare y Artol volviesen a su Corte. Luego, y siguiendo mis enseñanzas, construyó una nueva hélice para el avión.

Como se informó de que yo había sido capturado por los de Brokol, ya sabían dónde ir a buscarme, aunque les cabían pocas esperanzas de llegar a tiempo.

Ya volábamos a una altura de unos dos mil pies y volví la cabeza hacia Jonda. Miraba a todas partes con dilatados ojos y dando muestras de gran excitación.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—No puedo creerlo —repuso—. Veo que Ka-at tenía razón: eras el mayor farsante que he conocido...

Nota del autor:

Aunque no está relacionada con este relato, como ejemplo de notable coincidencia, quiero reproducir una noticia periodística que apareció en la prensa diaria recientemente:

“Brooklyn, 24 de septiembre. —El cadáver de Betty Callwell, que desapareció hace veinticinco años, fue hallado esta mañana en el paseílo situado en la parte posterior de la que fue en otro tiempo su casa. El estado de conservación del cuerpo es de veras sorprendente, ya que miss Callwell debió morir hace unos veinticinco años, como queda dicho. Diversos amigos suyos examinaron el cadáver y afirman que no aparenta ni un año más de edad de cuando desapareció. La policía teme que se trate de alguna argucia y practica las pesquisas oportunas.”

Cuando era muy joven solía soñar en una vida de aventuras y a mí me parece que tales sueños juveniles imprimen, en cierto modo, carácter a nuestra existencia. Acaso por eso me lancé a volar a edad ya madura y se me ocurrió construir aquella nave cohete para dirigirme a Marte, excursión que acabó en Venus.

Había deseado aventuras; pero la verdad era que últimamente lo único que había hallado habían sido desventuras, y, por cierto, que me iba acostumbrando a ellas. Por todo esto, cuando llegaron Duare y Doran, en el preciso momento en que Jonda y yo íbamos a hacer lo imposible en medio de aquella plaza de toros para enfrentarnos con varios millares de guerreros armados de espadas y garfios, adopté la firme decisión de no buscarme más aventuras o desventuras, determinando que nos dirigiríamos sin más dilación hacia el Sur, en busca de Korva.

En circunstancias normales me hubiera gustado llevar a Jonda a Tonglap, su patria; pero no estaba dispuesto a poner en peligro la seguridad de Duare nuevamente. Así es que cuando Doran dijo a Jonda que sería bien recibido en Japal hasta que encontrara un medio de volver a Tonglap, yo me consideré satisfecho, ya que Japal se encontraba en la misma dirección que habíamos de seguir para llegar a Korva y, en cambio, Tonglap, no.

Se nos recibió con toda pompa en Japal; repusimos el avión de agua y alimentos, y, con la mayor presteza que nos permitió el decoro, nos despedimos de nuestros amigos y partimos.

Duare y yo consideramos juntos la ruta que habíamos de seguir y llegamos a la conclusión de que si continuábamos hacia el Suroeste, iríamos a parar al territorio conocido con el nombre de Anlap o Tierra de los Pájaros, en la que se halla Korva. Esta ruta nos hizo cruzar el lago de Japal en una extensión de unas quinientas millas, y, luego, al noellat gerloo o agua potente, que viene a ser en el lenguaje amtoriano algo así como océano.

—Resulta tranquilizador vernos aquí —suspiró Duare.

—Después de lo que hemos pasado, cualquier cosa ha de pareceros sedante —repuse—. A mí casi me parece demasiado tranquilo y afortunado para que sea verdad.

—Llegué a pensar que no volvería a verte, Carson. Me contaron algunas de las horribles costumbres de los habitantes de Brokol; que bebían sangre humana y otras cosas por el estilo. Hasta que conseguí subir al anotar, atravesé días de verdadera desesperación. ¿No te parece realmente maravilloso que podamos volver a Korva donde tanto se nos ama?

—Y conseguir, por primera vez desde que nos conocimos, la paz y seguridad que necesitas. Amada mía, si es humanamente posible, me parece que no volveremos a movernos de Korva.

—¡Qué sorpresa tan deliciosa van a tener Taman y Jahata al volvernó a ver! ¡Oh, Carson, me parece mentira que podamos volver!

—Tenemos que hacer un largo vuelo —le advertí—, y después de llegar a Korva, habremos de buscar mucho, antes de localizar a Sanara. Es una población muy pequeña, y el país, muy extenso.

El océano que estábamos cruzando era enorme y solitario. En el extremo más bajo del lago de Japal divisamos algunas naves y otras más junto a la costa del océano; pero después de esto no vimos nada, salvo al vasto mar gris; un mar que nunca era azul, porque no tenía firmamento azul que reflejar en sus aguas; sólo la masa de nubes grisáceas que envuelven a Venus.

La navegación en Amtor raras veces se extiende más allá de las costas debido a que las cartas náuticas son totalmente inmanejables, pues en Amtor creen firmemente que Venus es como una especie de gran cazuela que flota en un mar de materias ígneas, y conciben el Polo más cercano como la periferia de la cazuela, y el Ecuador en el centro. Fácil es de comprender cuánto trastorna tal concepción. Por otra parte, los marinos no disponen de cuerpos celestes para guiarse. Si se alejan de la tierra, se van a pique, en lenguaje figurado, y muy cerca de estarlo de veras, literalmente hablando.

Duare y yo nos orientábamos mucho mejor, ya que yo construí una brújula en Havatoo y me había preocupado de rectificar el mapa de Amtor en líneas generales, de acuerdo con mis conocimientos sobre la configuración del planeta. Desde luego, mis mapas eran bastante imperfectos; pero al menos proporcionaban verídica orientación.

Comenzábamos a cansarnos ya del océano cuando Duare divisó tierra. Yo me hallaba convencido de que Japal se encontraba situado en el hemisferio Norte y, dada la distancia que recorrimos desde que lo abandonamos, estaba cierto de haber cruzado el Ecuador, hallándonos ahora en el hemisferio Sur, donde se encuentra Korva. El solo pensamiento nos llenaba de júbilo.

Realmente era un bello país, aunque cualquier pedernal se nos hubiera antojado hermoso, luego de la monotonía del océano inmenso que habíamos cruzado, sin ver otra cosa que agua durante toda una semana. Cuando llegamos a tierra, hice descender el aparato para poder ver mejor. Exactamente debajo de nosotros, un gran río se abría paso por una extensa llanura para desembocar en el mar. Sobre el valle se extendía la hierba de color violeta pálido característica de Amtor, respunteada aquí y allí con flores azules y carmín. De vez en cuando se observaban leves manchas de bosquecillos. Podíamos divisar sus troncos brillantes como la laca y de color azul y blanco; el fresco follaje heliotropo y violeta, acariciado por la suave brisa.

Hay algo extraordinariamente bello en el paisaje de Amtor, a la vez hermoso e irreal. Acaso sean los matices delicados que le dan más bien el aspecto de una obra de

arte que creación de la Naturaleza. Al igual que una afortunada puesta de sol en la Tierra, el paisaje de Amtor es algo que difícilmente podría reproducir hombre alguno. Muchas veces he pensado que la impotencia del hombre para reproducir las bellezas de la Naturaleza le ha arrastrado a esas abominables atrocidades que se llaman arte moderno.

—¡Oh, cuánto me agradecería bajar ahí, entre las flores! —exclamó Duare.

—Y que nos capturaran y asesinasen algunas de esas feroces criaturas que pueblan tu fantástico planeta —le dije—. No, preciosa; mientras nuestro alimento, agua y combustible no nos falten, nos mantendremos en el aire, sanos y salvos, hasta que alcancemos la ciudad de Sanara.

—¿De modo que te parece fantástico mi planeta? —protestó Duare, saliendo en defensa de su mundo como lo hubiera hecho la oficina de turismo de Honolulu o la Cámara de Comercio de Los Ángeles—. Supongo que tu planeta debe ser un dechado de perfecciones, con sus astutos políticos, sus incesantes guerras religiosas, sus gánsters y sus extraños vestidos.

Me eché a reír y la besé.

—No te debía haber dicho eso —me disculpé.

—Pero creo que hay en tu planeta algo que no está superado en ningún otro —murmuró.

—¿Qué? —inquirí.

—Tú —me devolvió el beso.

—¡Mira! —grité de pronto—: ¡Ahí hay una ciudad!

Sin ningún género de dudas, a algunas millas del curso del río, junto a éste, había una población.

—¿No puede ser Sanara, verdad? —preguntó Duare con leve esperanza. Hice un gesto negativo.

—No; no es Sanara. El río corre hacia el Este cuando pasa por Sanara y ahí se desliza hacia el Sur. Además no se parece en nada a Sanara.

—Bajemos un poco para verla mejor —sugirió Duare.

Me pareció que en ello no existía peligro alguno y, en consecuencia, planeé hacia la población. Me recordaba algo a Havatoo; pero ésta era completamente circular, mientras Havatoo es un semicírculo. Había una gran plaza central con avenidas que irradiaban de ella como los radios de una rueda. Además existían otras avenidas que formaban círculos concéntricos, equidistantes unas de otras entre la plaza central y las altas murallas que rodeaban la ciudad.

—Parece como dos Havatooos unidas —observó Duare.

—¡Ojalá fuera Havatoo! —observé yo.

—¿Por qué? —preguntó Duare—. Escapamos con vida de allí por puro milagro. A mí no me interesa volver a verla. ¡Vaya una ocurrencia! Yo, la descendiente de cien

jongs, no era digna de vivir en Havatoo y querían aniquilarme.

—Aquello fue una estupidez —admití yo.

Descendimos aún más sobre la población. En ella todo era redondo. La plaza central era redonda, al igual que la ciudad entera, y muchos edificios estaban rematados con cúpulas esféricas.

En aquellos momentos, la gente corría por las calles y por la plaza y se asomaban por encima de los tejados para contemplarnos. Muchos nos hacían signos con la mano y nosotros les correspondíamos.

—¡Qué ciudad tan interesante! —exclamó Duare—. Me hubiera gustado visitarla. La gente parece muy cordial.

—Mira, preciosa —repliqué—, te estás aficionando de veras a los desastres.

—Por nada del mundo bajaría —afirmó Duare—. Sólo dije que me gustaría visitarla. En aquel preciso momento la hélice del avión dejó de funcionar.

Era la hélice que había conseguido construir Kandar, adaptándola al avión mientras yo me hallaba prisionero en Brokol. Sin duda, no la había fijado bien.

—Presiento que vas a satisfacer tu deseo, Duare —le dije—. No tenemos suficiente altura para escapar de la ciudad; así es que temo que no tendré más remedio que aterrizar en la plaza.

Mientras planeaba yo para aterrizar, la gente se esparció por la plaza, dejándome espacio suficiente; pero tan pronto como el avión se detuvo volvió a reunirse formando un círculo a nuestro alrededor. Se pusieron a bailar en torno nuestro cantando y riendo. Otros, que estaban detrás, se destacaron trayendo muchas flores, vertiéndolas sobre nosotros. Sus canciones eran de bienvenida. Semejante recepción en una ciudad de Amtor semejaba una cosa sin precedentes, teniendo en cuenta que éramos extranjeros. Nos impresionó y sorprendió de veras y, desde luego, consiguió tranquilizarnos.

De pronto, tres de ellos se nos acercaron y cesaron los bailes y las canciones, mientras la gente nos rodeaba para escuchar. Todo eran sonrisas y, en cierto modo, me recordaban aquellas gentes a los acróbatas que había visto en los circos y cuyos gestos de halago constituían parte del secreto de sus éxitos.

Uno de los tres nos dedicó una reverencia y dijo:

—Sed bienvenidos en Voad, si llegáis pacíficamente.

Voad significa Ciudad Grande.

—Tuvimos que aterrizar a causa de un accidente de nuestro anotar —repuse—; pero somos gente de paz y agradecemos de veras vuestra cariñosa recepción.

—Me llamo Ata-voo-med-ro —añadió aquel individuo, y digo individuo, porque no hubiera podido asegurar si era hombre o mujer. Al igual que todos los otros, podría pertenecer a cualquiera de los dos sexos o a ninguno, y como Ata-voo-med-ro quiere decir “Uno de los tres de un millón”, el problema quedaba tan oscuro respecto al sexo de mi interlocutor.

—Mi compañera es Duare de Vepaja —repuse—, y yo Carson de Venus.

—Sed bienvenidos —contestó—, y espero que bajaréis de ese extraño objeto que vuela por los aires como un pájaro, y me acompañaréis a saludar a Vik-vik-vik, nuestro jong.

En aquel preciso momento vi cómo uno de los individuos se apoderaba de nuestra hélice y echaba a correr. Se lo hice observar a Ata-voo-med-ro rogándole que se nos devolviera la hélice. El que se la llevó arrojóla sobre un macizo de flores, por lo que supuse que no habría sufrido desperfectos.

—Se os devolverá cuando la necesitéis —aseguróme.

Saltamos Duare y yo del avión y seguimos a Ata-voo-med-ro y a sus compañeros

a través de la plaza, en dirección a uno de los mejores edificios, situado en lugar prominente. Nos seguía una gran multitud, y así llegamos hasta lo que parecía palacio del jong. Entre las gentes que nos seguía no había ni viejos ni niños y todos tenían el mismo aspecto regordete y blanducho. Aunque iban armados de espada y daga, no parecían raza de guerreros. Todos llevaban el mismo traje; más tarde descubrí que no era verdadero vestido, sino meramente un gran número de bolsas o bolsillos que se desperdigaban desde la cintura a las rodillas; pero tan juntos unos de otros que daban más bien la impresión de una falda plegada. Todo su cuerpo, desde la cara, veíase cortado exactamente por una línea recta, rojiza, que recorría de arriba abajo lo mismo la parte de delante que la de detrás, igual que si fuese una tara de nacimiento.

Todos sabemos que las dos mitades de nuestro rostro y cuerpo no son idénticos. Pues bien, en estas personas tal falta de identidad es más acentuada, aunque no hasta el extremo de parecer deformidad. Acaso la línea roja que les cruza acentúe las diferencias de sus dos mitades en los habitantes de Voad.

Nos llevaron a presencia de Vik-vik-vik, que traducido quiere decir 999. Nos dedicó una sonrisa benigna y nos dijo:

—Los vooyorgans os dan la bienvenida a Voad.

Que era igual a decirnos: “El gran pueblo os da la bienvenida a la gran ciudad” Luego nos hizo muchas preguntas respecto al país de donde procedíamos y nos dijo que debíamos considerarnos sus huéspedes, durante nuestra estancia en Voad. Le contesté que me agradecería apresurar la reparación de nuestro aparato, para partir lo antes posible, siempre y cuando se me devolviera la hélice.

—Ya comprenderás; hace mucho tiempo que nos hallamos ausentes de nuestra patria y estamos impacientes por volver a ella.

—Comprendo perfectamente —repuso—; pero quedaríamos muy decepcionados si no permanecieseis entre nosotros por lo menos un par de días. Esta parte de Anlap es muy desértica y no tenemos pueblos vecinos con los que mantengamos relaciones amistosas, siendo muy escasos los visitantes; por eso comprenderás que nos hacéis un gran favor quedándoos breve espacio de tiempo entre nosotros. Sabemos muy pocas cosas de Amtor.

—Si realmente nos encontramos en Anlap, acaso puedas decirnos la exacta dirección para llegar a Korva —le rogué.

—He oído hablar de Korva —repuso—; pero no sé exactamente dónde se encuentra. Bueno, ahora prometedme que os quedaréis al menos un par de días, ya que deseo organizar un banquete en vuestro honor y he de dar las precisas instrucciones.

En semejantes circunstancias la única actitud cortés que podíamos adoptar ante tan generosa hospitalidad era quedarnos. Le contesté que constituía para nosotros un gran placer aceptar su invitación. Pareció sinceramente complacido y dijo a Ata-vo-

med-ro que nos enseñara la ciudad y que no omitiera nada para que nuestra visita a Voad resultase agradable.

A continuación del palacio del jong se levantaba un vasto edificio que tendría casi unos doscientos pies de diámetro y que atrajo en seguida nuestra atención cuando salimos del palacio acompañados de Ata-voo-med-ro. El edificio estaba rematado por una gran cúpula de por lo menos cien pies de altura y dominaba a todos los que le rodeaban. Naturalmente, despertó nuestra curiosidad y le pregunté a Ata-voo-med-ro qué era.

—Antes de marcharos de Voad lo sabréis —repuso—; pero tendremos que aplazar la visita hasta el último momento de vuestra estancia aquí. Puedo aseguraros que os ha de resultar muy interesante.

Nos condujo a través de la población, mostrándonos las tiendas, las flores y la jardinería, que las había en abundancia, y nos recomendó que nos fijásemos en los adornos artísticos en que se exhibían las obras de los artistas más famosos de Voad. Aquellas gentes mostraban excepcionales aptitudes para reproducir los objetos de la Naturaleza casi con una exactitud fotográfica; pero no lucía la menor nota de originalidad creadora en ninguna de las obras que examinamos.

Aunque todo el mundo se parecía y vestía de modo semejante, observamos que algunos se dedicaban a trabajos serviles y pregunté a Ata-voo-med-ro si existían diferentes castas entre ellos.

—¡Oh, sí! —repuso—; todos los kloo-meds son siervos; los voo-meds que no tienen “du” pertenecen a la siguiente clase de rango más elevado y son los artesanos; luego vienen los voo-meds con un “du”, o sea la clase a la que yo pertenezco. Nosotros estamos exactamente detrás de los nobles que se dividen en voo-yor-yorko y voo-med. La realeza siempre se halla bajo yorko. Existen otras clasificaciones raciales, pero resultan algo complicadas y estoy seguro de que no las comprenderíais.

Aunque de escaso interés, no deja de tener alguno la traducción de lo anterior, ya que ilumina algo la razón de tales denominaciones numéricas. En resumen, lo que me dijo fue lo siguiente: que todos los 2.000.000 hacia arriba eran siervos; los 1.000.000 sin ningún prefijo “du” pertenecían a la clase artesana; la nobleza partía de 100.000 a 1.000.000; la realeza se hallaba siempre bajo 1.000. Vik-vik-vik, o sea 999, es siempre el nombre del jong o su número.

No es que tales numeraciones indiquen que existan tantos habitantes en Voad, sino simplemente un sistema patronímico que, además, me confirmó la idea de que aquellas gentes carecían de genio creador.

Duare y yo pasamos dos días francamente aburridos en Voad y en la tarde del segundo se nos invitó a asistir al banquete que daba en nuestro honor el jong. La mesa, en forma de un vasto anillo y a la que se sentaban los invitados a ambos lados, se hallaba en una estancia circular. Asistieron unos doscientos comensales, al parecer

todos del mismo sexo, ya que iban vestidos de modo semejante y se parecían extraordinariamente. Tenían abundante cabellera, pero eran imberbes. Hubo gran alboroto de charlas y risas, y en los labios de todos aparecía siempre la misma sonrisa, incluso cuando no se reían. Escuché las conversaciones, pero aunque motivaban generales carcajadas, yo no comprendía la razón de tal hilaridad.

Duare, que se hallaba sentada entre mí y Vik-vik-vik, alabó uno de los manjares que estaba comiendo y entonces Vik-vik-vik y otros muchos estallaron en grandes carcajadas. Parecían idiotas. Me gusta que la gente sea alegre, pero que sepa la razón de su alegría. La comida fue realmente deliciosa, e igual los vinos. Los comensales bebían y comían en cantidades que a mí y a Duare nos parecían enormes. Semejaban deleitarse de manera absurda comiendo y bebiendo, y algunos llegaron hasta desmayarse de placer. Todo aquello me causaba náuseas y estaba deseando ardientemente que acabase el banquete para que Duare y yo pudiéramos marcharnos. Los dos necesitábamos un buen reposo, ya que debíamos partir al siguiente día y yo tenía que montar aún la hélice... luego que me fuese devuelta. Le pregunté al jong si había dado las precisas instrucciones para que me la devolvieran en seguida.

—Se la darán con tiempo suficiente, antes de que partan —repuso, dedicándome una de sus almibaradas sonrisas.

—Nos gustaría partir mañana por la mañana, a primera hora, si fuera posible —objeté, mirando a Duare.

Adiviné en el acto, por su aspecto sorprendido y amedrentado, que algo le ocurría.

—No sé lo que me pasa, Carson —murmuró.

Traté de levantarme, pero una extraña sensación me lo impidió. No podía moverme. Sentíame paralizado de pies a cabeza.

Dirigí la mirada a los comensales. Todavía seguían riendo y charlando, y agitando brazos y cuerpos. Ellos no estaban paralizados; sólo Duare y yo. Miré a Vik-vik-vik, quien nos contemplaba fijamente.

—Aquí tienes una fruta deliciosa —me dijo, ofreciéndome algo que parecía un injerto de aguacate y banana.

Desde luego, no pude levantar el brazo para cogerla; entonces se la ofreció a Duare, a la que le ocurrió lo mismo.

Vik-vik-vik esperó un momento y por último arrojó la fruta al rostro de Duare.

—De modo que despreciáis mi hospitalidad —gritó, a la vez que se echaba a reír a grandes carcajadas, atrayendo la atención de todos los invitados—. Pues bien, a pesar de ello, a pesar de que rechazáis lo que os ofrezco, habéis de ser mis huéspedes. Y habéis de serlo para siempre. —Estallaron carcajadas por todas partes—. ¡Qué magnífica aportación para nuestro Museo de Historia Natural! Creo que no tenemos dos ejemplares que se os igualen en categoría. Desde luego, no poseemos un varón con los ojos grises y el cabello amarillo.

—Ni ninguna hembra de esta categoría, amado jong —intervino Ata-voo-med-ro.

—Tienes mucha razón —asintió Vik-vik-vik—. Poseemos una hembra nobargan, pero, evidentemente, no cabe admitir que sea de la misma raza que esta mujer.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté—. ¿Qué habéis hecho con nosotros?

—Muy pronto os daréis cuenta de lo que hemos hecho con vosotros —repuso Vik-vik-vik, riendo todavía.

—Nos habéis engañado fingiendo amistad para poder matarnos. He pasado por muchas traiciones y actos indignos; pero esto haría enrojecer de vergüenza hasta a un nobargan.

—Te equivocas —repuso el jong—: no pensamos mataros. Sois dos ejemplares inestimables. En interés de la ciencia y la educación pública os retendremos eternamente vivos siendo así más útiles de lo que seríais viviendo vuestra insípida carne mortal. —Volvióse hacia Ata-voo-med-ro, añadiendo—: ¡Que se los lleven!

Trajeron dos camillas, y ocho individuos de la casta de los 2.000.000 nos sacaron del salón. Cruzamos la plaza y nos trasladaron al edificio de la gran cúpula del que ya hablé, el mismo que Ata-voo-med-ro prometió enseñarnos en el crítico momento de nuestra visita a Voad. Cuando pensé en la pérfida hipocresía de aquel sujeto mis dientes rechinaron. Era lo único que tenía fuerzas para hacer.

Dentro de aquel edificio había un enorme salón provisto de plataformas en forma concéntrica, y allí aparecían ejemplares de las bestias y reptiles de Amtor colocados en idóneos soportes. Asimismo, colgaban de las paredes un par de centenares de seres humanos y nobargans en ingeniosos cabestrillos que acoplaban el peso de los cuerpos

diestramente.

Similares cabestrillos se nos dedicaron a Duare y a mí, colgándonos de la pared, uno al lado del otro. En los respectivos espacios habíanse colocado ya letreros, dando detalles respecto al sexo, el país de donde, procedíamos y otros varios datos que a los habitantes de Voad pudieran resultar interesantes o instructivos. Y todo aquello había sido preparado mientras se nos agasajaba como auténticos huéspedes.

Los otros ejemplares que se hallaban en condiciones de vernos observaron nuestra llegada y “montaje” con manifiesto interés. Otros estaban evidentemente dormidos, con la barbilla apoyada sobre el pecho. Por lo visto podíamos dormir. Al menos aquello era algo, habida cuenta del porvenir que nos esperaba.

Un grupo de visitantes que se hallaban en el museo se agolparon para vernos colgar en nuestros respectivos puestos; se pusieron a leer las placas en las que nos describían e hicieron superficiales comentarios. Mostraron mayor interés por Duare, que era, sin duda, el primer ejemplar de mujer que habían visto de tal raza. Observé particularmente a un individuo que no decía nada, pero que la contemplaba como sumido en un raptó de admiración por su belleza. Al mirarle detenidamente, noté sorprendido que le faltaba la línea roja peculiar en ellos y que los dos partes de su rostro eran prácticamente idénticas. Aquel ser humano debía ser lo que los biólogos llaman un capricho de la Naturaleza. Además se diferenciaba en otros aspectos; no estaba riendo, o sonriendo constantemente, ni charlaba sin cesar como los otros. Me resulta difícil dar a estas personas el sexo masculino. Se parecen tanto entre sí que es imposible determinar los varones de las hembras; pero el hecho de ir todos armados de espadas y puñales me inclina a citarles como varones.

Nos habían dejado las armas y observé que las otras personas exhibidas en el museo ostentaban las suyas, aunque si eran espadas, éstas estaban colgadas de la pared, a su lado. Tales armas, naturalmente, aumentaban el valor educativo de los ejemplares y no se corría peligro alguno al dejárselas, ya que todos nosotros teníamos el cuerpo inerte y paralizado, desde el cuello a los pies.

Los habitantes de Voad entraban constantemente en el edificio y lo recorrían para examinar la exposición. A veces se detenían para hablar con algún ejemplar; pero como generalmente era para burlarse, sólo solían obtener el silencio por respuesta.

Cuando vino la noche el edificio quedó iluminado artificialmente y muchos visitantes se acercaron a nosotros para admirarnos. A menudo se ponían a reír, haciendo observaciones poco corteses y vejatorias. Eran los mismos que se habían puesto a bailar a nuestro alrededor, cubriéndonos de flores como prueba de bienvenida.

Después de un par de horas, se desalojó el edificio y se amortiguaron las luces, permaneciendo dentro sólo unos cuantos guardianes pertenecientes a la casta de

1.000.000, con “du”, que constituían, por así decirlo, cierta clase distinguida, entre las que estaban los guerreros, si alguno de aquellos insulsos ciudadanos pudiera merecer tan título.

Aunque las luces se habían amortiguado, había la suficiente claridad para divisar perfectamente la parte de la pared en que nosotros nos hallábamos, ya que sólo las luces centrales habían quedado totalmente apagadas.

En el vasto edificio se habían quedado unos veinte guardianes, aunque no sabía para qué tantos, ya que no era probable que ninguno de nosotros pudiera rebelarse o escapar. Difícilmente puede huir nadie cuando está vivo sólo de la laringe hacia arriba.

Varios de estos guardianes cambiaban sus impresiones sobre nosotros y se deshacían en elogios sobre Vooad por haber adquirido ejemplares tan valiosos para el Museo de Historia Natural.

—Siempre había ambicionado contemplar a una mujer —observó uno de ellos—. Los otros ejemplares siempre están hablando de mujeres. ¿Es que realmente se diferencian los hombres de las mujeres? Esta tiene una figura completamente distinta; la cara es mucho más delicada que la del varón; además tiene mucho más cabello en la cabeza. En eso se parece a nosotros, los de Vooad.

—Los ojos grises y el pelo amarillo del varón constituyen un éxito para nuestro museo —observó otro.

Realmente mis ojos semejan de un color gris azulado; unas veces parecen grises y otras azules. Sería difícil afirmar de qué color son; pero mi cabello no es auténticamente amarillo, aunque los de Amtor siempre lo llaman así porque no tienen palabra para distinguir el rubio.

Uno de los guardianes que se hallaba frente a nosotros permanecía muy callado y no se reía. De pronto comenzó a temblar, como si fuera a sufrir un ataque. Por fin cayó al suelo y comenzó a revolvearse igual que si estuviera en medio de un ataque de epilepsia.

—Dan-voo-med está a punto de dividirse —dijo uno de sus compañeros.

Otros dos se quedaron mirando a D-1.000.000 y siguieron su camino como si nada.

—Mejor será que preparen un par de camillas —añadió el que había hablado primero. Dan-voo-med seguía gimiendo y retorciéndose en tierra. Un nuevo guardián le contempló y dijo:

—Ya está a punto. Dan-voo-med lo va a pasar mal. A ver si od ha de ser uno de esos desdichados que se mueren antes de reproducirse.

“Od” es un pronombre neutro, análogo a “lo”.

Las convulsiones del desgraciado iban en aumento: sus gemidos y gritos resonaban en la vasta sala, repitiéndose el eco bajo la alta bóveda. Luego vi,

horrorizado, que aquel ser humano se partía en dos, por la línea roja a la que ya aludí, desde el centro de la cabeza a lo largo de su cuerpo.

Después de una postrera convulsión, las dos mitades se desprendieron. No hubo derramamiento de sangre; cada una de ellas veíase protegida por una ligera membrana, palpitante, a través de la cual se descubrían los órganos internos. Casi en el acto aparecieron dos camillas y ambas mitades fueron depositadas en ellas llevándoselas. Era evidente que seguían viviendo, ya que observé cómo se movían.

La pobre Duare estaba tan pálida como la muerte y sentía náuseas ante el espectáculo que acababa de presenciar.

—Oh, Carson —exclamó—, ¿pero qué clase de personas tan horribles son éstas?

Antes de que pudiera responder, oí una voz que procedía del otro lado y que gritaba:

—¡Carson! ¡Carson Napier!; ¿Eres realmente tú?

Me volví a mirar. La voz procedía de un hombre que pendía de la pared, junto a mí. Le reconocí inmediatamente.

—¡Ero Shan! —exclamé.

—¡Y Duare está también aquí! —añadió—. ¡Pobres amigos! ¿Cuándo os trajeron?

—Esta tarde —le dije.

—Estaba dormido —me explicó—. Procuro dormir tanto como puedo; es un modo de matar el tiempo, colgado de una pared —comentó riendo con cierta amargura—. Pero ¿qué mala suerte os trajo hasta este lugar?

Le conté todo brevemente y, a mi vez, le dije que me explicara cómo había abandonado la bella Havatoo para caer en situación tan lastimosa.

—Después que tú y Duare escapasteis de Havatoo —comenzó— el sanjong (los gobernantes de Havatoo) me encomendó la misión de intentar construir un avión, de acuerdo con tus planos. Comprendí que alguna de las esenciales estructuras debes llevarlas en la cabeza, ya que no constaban en tus dibujos.

—¡Qué lástima! —me lamenté—; no constaban en los dibujos que dejé en Havatoo, porque tenía la costumbre de guardar en el avión los diseños finales del aparato, cuando lo estaba acabando. Realmente no sé por qué lo hice así.

—Pues verás; por último conseguí terminar el avión destinado a volar, aunque la verdad es que estuve a punto de matarme media docena de veces al intentarlo —continuó—. Algunos de los mejores técnicos de Havatoo trabajaban conmigo y, al fin, concebimos un aparato que realmente estaba en condiciones de volar. Nada en el mundo me causó una alegría como aquélla. Me gustaba estar volando siempre y alejarme más y más de Havatoo. Llevé a Nalte a Andoo para que viera a sus padres y amigos. No puedes figurarte la sensación que produjo el aparato allí.

—¡Oh, cuéntenos algo de Nalte! —exclamó Duare—. ¿Cómo se encuentra?

—Se encontraba bien y feliz la última vez que la vi —dijo Ero Shan—. Supongo que seguirá lo mismo.

—Acaso esté bien, pero no feliz con tu ausencia —dijo Duare.

—¡Y pensar que no nos volveremos a ver en la vida! —murmuró tristemente—. Pero al menos —añadió más animado—, os tengo a vosotros. Lo que constituye vuestra desgracia pasa a ser mi alegría, aunque preferiría veros lejos de aquí y a salvo.

—Continúa con tu relato —le apremié—; cuéntenos cómo viniste a parar a este museo de Historia Natural, para que te colgaran como un ejemplar de la colección.

—Pues verás —siguió—: un día volé a cierta distancia de Havatoo, llegando a un territorio desconocido, en el Sur. Me sorprendió una terrible tormenta; era tan

violenta que resulta imposible describirla y estaba acompañada de nubes muy calientes.

—La misma tormenta que nos llevó a nosotros hacia Mypos —le interrumpí—. El sol irrumpió a través de las hendeduras de la capa atmosférica, ocasionando vientos terribles y convirtiendo al océano en un hervidero.

—Debió ser la misma —asintió Ero Shan—. El hecho fue que me arrastró sobre el mar hasta llegar a este país. Cuando me hallaba cerca de Voad se me paró el motor y tuve que aterrizar. Todo el mundo acudió a la plaza...

—Y se pusieron a bailar a tu alrededor, arrojándote flores —volví a interrumpirle.

—Y me engañaron como a un niño —dijo Ero Shan—. ¿Os ofreció Vik-vik-vik un banquete? —me preguntó.

—Esta misma tarde —repuse—. Parece que llevemos la mala suerte allá donde vamos... hasta en la bella Havatoo.

—Debo advertirte que cuando escapasteis los dos, el sanjong revisó el proceso que condenó a Duare y descubrió que el fallo había sido injusto al condenarla a muerte. Ahora sois libres de volver a Havatoo.

—¡Vaya un programa! —exclamé, riendo—. ¿No podrías decírselo a Vik-vik-vik?

—Por lo menos —intervino Duare—, si conseguimos conservar el buen humor no nos sentiremos tan desdichados. No me puedo quitar de la cabeza la terrible escena que presencié mientras dormías.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Ero Shan.

—Uno de esos individuos sufrió un ataque de epilepsia y se desplomó en tierra —le expliqué—. ¿Has presenciado tú uno de esos casos?

—A menudo —dijo.

—Las dos mitades de su cuerpo parecían vivas cuando se las llevaron —observó Duare.

—Y lo estaban —replicó Ero Shan—. Estas extrañas criaturas son de sexo indefinido y su desdoblamiento es el fenómeno de su reproducción. No son ni hembras ni varones; pero periódicamente, por lo general después de una orgía, se dividen en dos como las amebas. Cada una de las partes separadas se desarrollan hasta completarse durante un período de varios meses, y el proceso continúa. Eventualmente, la parte más vieja se desgasta y termina por morir; a veces ocurre esto durante el proceso de separación, y otras, cuando aún están unidas las dos mitades, en cuyo caso la parte muerta se desprende inerte y la otra mitad restante es separada para que complete su proceso de formación. Tengo entendido que tales fenómenos de división ocurren unas nueve veces durante la vida de una de las mitades.

“Carecen de sentimientos amorosos, desconocen el de la amistad y otras de las características de un ser humano normal. Como no poseen poder fisiológico creador,

carecen de todo genio creador en arte y letras. Saben copiar minuciosamente, pero no tienen imaginación, salvo la del orden más bajo.

“El recibimiento que os dedicaron es típico en ellos. Como son débiles, rechazan todo combate físico y emplean la hipocresía a modo de arma. Sus canciones, sus danzas, sus lluvias de flores, son nuevos instrumentos de engaño. Mientras os estaban festejando, preparaban las placas para vuestra clasificación en el Museo. La duplicidad en todo es su rasgo característico.

—¿Y no habrá modo de escapar? —preguntó Duare.

—Cerca de mí hay un individuo que procede de una población llamaba Amlot, que se halla en el territorio de Anlap, y me dijo que está aquí hace unos cien años y que durante todo este tiempo nadie consiguió huir.

—Más valdría que nos hubieran matado —exclamó Duare—. Habría sido más humanitario.

—Los de Vooad carecen de sentimientos humanitarios —observó Ero Shan.

Nos quedamos dormidos. Llegó el nuevo día, aportando la eterna procesión de visitantes. El individuo que había mostrado interés por Duare se presentó temprano y se la quedó mirando fijamente. Durante varias horas estuvo haraganeando a su alrededor, sin apartar su mirada de ella, aunque no hubiera podido afirmar entonces si era movido por la admiración o la antipatía. A diferencia de los otros, no sonreía. Terminó por acercarse a ella y tocarle las piernas.

—¡Apártate de ahí! —grité.

Se retiró de un brinco y entonces se fijó en mí y me dijo:

—No le haré daño.

—¿Quién eres? —le pregunté—. ¿Por qué estás dando vueltas alrededor de mi esposa? No puede ser tuya; ninguna mujer puede serlo.

El desconocido dejó escapar un suspiro; realmente parecía desdichado.

—Me llamo Vik-yor —me dijo—. No soy como los demás. Soy diferente. No sé por qué. Yo no disfruto con lo que ellos gozan, comiendo y bebiendo hasta que terminan por rasgarse sus cuerpos. Yo nunca me dividiré como ellos. No sirvo para mí ni para los demás. Si pudiera estar siempre al lado de una mujer como ésta me sentiría feliz.

Poco después Vik-yor se marchó. Su nombre o número revelaba que pertenecía a la real familia.

—¿Qué le pasa? —pregunté a Ero Shan.

—Es un capricho de la Naturaleza —me explicó—. Se presentan a veces tales casos, especialmente en las castas más antiguas, o sea las de la real familia. Acaso ese individuo proceda de una división fisiológica de Vik-vik-vik. Al crecerle la otra mitad resultó idéntica respecto a la original y no se presentó la línea roja de demarcación entre ambas mitades. Supongo que igual que las primeras amebas debieron tener una

tendencia a desarrollarse en formas biológicas superiores, estos individuos anormales muestran la misma tendencia no sufriendo el proceso de secesión; posiblemente es un paso hacia una forma humana más parecida a nosotros.

—Creo que éste no cambia ni en millones de años —observó Duare.

—El propio hecho de sentirse atraído hacia ti —repuso Ero Shan— demuestra que en su interior hay una lucha por algo más noble y mejor que continuar siendo un ser neutro. ¿Por qué no le alientas un poco? Podrías mostrarte algo amable con él... Contar aquí con un amigo sería una gran suerte.

Duare se estremeció.

—Me resultan todos tan repulsivos... —repuso—. Siempre estoy esperando que sus cuerpos se partan en dos.

—Vik-yor no puede dividirse —le recordó Ero Shan.

—Bueno, al menos eso dice algo en su favor. Acaso me decida a seguir tu consejo, Ero Shan. Ningún mal hay en ello. Casi me siento decidida a mostrarme lo que Carson llama una vampiresa, para que Vik-yor se enamore de mí —añadió riendo.

—Me parece que ya lo está —observé yo.

—¿Celoso? —insinuó Duare.

—¿De un hombre neutro? Va a ser un poco difícil.

—A lo mejor es un neutro masculino... —burlóse Duare—. Ya ha aprendido a acariciar las piernas.

Y ocurrió que Vik-yor acudía todos los días al museo y nosotros procurábamos mostrarnos corteses con él. Su devoción por Duare rayaba en la fidelidad canina y llegó a sorprenderme cómo la alentaba ella. Me parecía imposible que Duare de Vepaja, la descendiente de mil jongs, educada para que se considerase ella misma casi una diosa, pudiera rebajarse a despertar sentimientos amorosos en un ser humano como Vik-yor.

—Si yo hubiera sido un ciudadano sin sexo definido no te hubieras burlado tanto tiempo de mi amor como lo hiciste —le dije, burlándome—. Hubieras tomado la iniciativa, haciéndome el amor.

—No digas atrocidades —protestó Duare—. Con tal de conseguir nuestra libertad sería capaz de hacer el amor hasta a un myposiano.

—¿Y crees que vamos a conseguir nuestra libertad? —le pregunté.

—Voy a intentarlo —repuso.

—¿Pero de qué va a servir la libertad a tres personas parálíticas desde el cuello a los pies?

—También puede hallarse la libertad en la muerte —me dijo.

—¿Quieres decir que vas a intentar convencer a Vik-yor de que nos mate? —pregunté.

—En último extremo, ¿acaso no sería eso preferible a seguir viviendo aquí? Ese individuo de Amlot hace que está en este museo unos cien años.

—Pero Vik-yor no te matará nunca —dijo Ero Shan.

—Es que acaso no se dé cuenta de que me mata.

—¿Cuál es tu plan? —inquirí.

—Voy a adiestrar a Vik-yor en el manejo de la pistola de los rayos-R —me explicó—, y le diré que si lo aplica contra nuestro corazón y aprieta el gatillo, podremos unirnos a él libres y huir juntos, ya que de este modo nuestros cuerpos quedarán liberados de la parálisis que actualmente atenaza la mitad de nuestra carne.

—¿Y qué te hace creer que desea huir contigo?

—He aprendido muchas cosas de los hombres, desde que salí del palacio de mi padre, en Vepaja.

—Pero Vik-yor no es un hombre —objeté.

—Está a punto de serlo —repuso Duare, con un guiño malicioso.

—No pasa de ser un asexual desdichado —gruñí yo—. No me gusta ese tipo.

Cuando se presentó al siguiente día, Duare comenzó su labor de captación.

—Me parece que debes aburrirte mucho en Voad; eres muy distinto de los otros —le dijo.

Vik-yor realmente esbozó una sonrisa.

—¿Crees de veras que soy distinto? —le preguntó.

—¡Vaya que lo creo! —confirmó Duare—. Debías vivir en el ancho mundo, en el que hay que ver tantas cosas y tanto que disfrutar; donde hay vida y acción, y mujeres hermosas.

—La mujer más hermosa del mundo está aquí —murmuró Vik-yor, audaz—. ¡Oh, Duare, eres la criatura más bella que he visto!

—Y paralítica desde el cuello hasta los pies —observó Duare—. Mira, si mi cuerpo no estuviera paralizado y nos viéramos libres, podríamos ir todos juntos por el mundo, montados en nuestro avión, y lo pasaríamos maravillosamente.

—¿Quieres decir que me llevarías contigo?

—Claro que sí.

—¿Y podría estar siempre a tu lado? —insistió. Tuvo suerte de que me hallase como me hallaba.

—Podrías estar a mi lado tanto como lo permitieran las circunstancias.

Vik-yor se la quedó mirando un rato.

—Podría devolverte la libertad —susurró muy bajo, aunque no tanto que no le oyera.

—¿Cómo? —preguntó Duare con un sentido práctico de la realidad.

—Existe un antídoto contra el veneno que paralizó tu cuerpo —explicó Vik-yor—. Es necesario mantenerlo a buen recaudo, ya que cuando mis congéneres se emborrachan con exceso, bebiendo demasiado vino, cometen el error de ingerir ese veneno para recobrar sus energías. Una sola gota depositada en la lengua neutraliza los efectos del tóxico paralizador, actuando en el centro nervioso.

—¿Y cuándo podrás traerlo? —le acosó Duare—. ¿Cuándo crees que nos lo podrás proporcionar para libertarnos sin que los guardianes se enteren?

—Vendré por la noche y traeré vino envenenado para los guardianes —explicó Vik-yor—; luego podré libertarte y huiremos juntos de la ciudad.

—Todos te quedaremos muy agradecidos —le dijo Duare— y te llevaremos con nosotros.

—Sólo te libertaré a ti —observó Vik-yor—; con esos otros yo no tengo nada que ver; además, no quiero ver libre a tu marido.

Para ser un fenómeno de la Naturaleza, Vik-yor se expresaba muy bien en punto a rivalidades matrimoniales. Resultaba un verdadero truhán. No podía adivinar lo que iba a depararle el destino. Si al menos hubiera podido moverme, le habría dado un susto. El muy granuja no quería libertarme.

Duare hizo un gesto negativo ante tal proposición.

—No me iré sin Carson de Venus y Ero Shan —le advirtió.

—Pues a ellos no les devolveré la libertad —persistió Vik-yor—. Ése no me gusta —añadió señalándome—. Me parece que tiene ganas de matarme y me da miedo.

—¿Matarías a Vik-yor si estuvieras libre, Carson?

—Desde luego que no, si se porta dignamente —contesté.

—¡Lo ves! —exclamó Duare—. Carson dice que no te matará si te portas dignamente.

—Pues no le libentaré —insistió Vik-yor, testarudo; evidentemente no pensaba comportarse dignamente.

—Perfectamente; entonces no hemos de hablar más del asunto; pero si no te crees capaz de hacer esto por mí, abstente de acercarte y dirigirme la palabra. Ya puedes marcharte.

Vik-yor estuvo rondando un rato por allí para tratar de trabar conversación con Duare, pero ésta no le dirigía la palabra, y, finalmente, se marchó, saliendo del museo.

—Eso es todo —observé yo—; nuestro plan se vino abajo. Tu amiguito se largó y no le volveremos a ver más.

—No conoces bien a nuestro neutro camarada —replicó Duare—. Volverá.

—Tengo un plan, Duare —murmuré—. Sería mejor que uno de nosotros consiguiera escapar en vez de quedarnos todos aquí para toda la eternidad. Se te presenta la ocasión y no veo por qué Ero Shan y yo hemos de ser un obstáculo para que puedas aprovecharla.

—¡Eso nunca! —protestó Duare—. No me marcharé de aquí sin ti y Ero Shan.

—Escucha —objeté—; deja que Vik-yor te liberte y podrás apoderarte de mi pistola. Creo que ya sabes bastante sobre la construcción de aviones para reponer la hélice, ayudada por Vik-yor. Si no puedes deshacerte de él de otro modo, utilizas la pistola para eliminarlo si es necesario. Vuelas a Sanara; estoy seguro de que se encuentra al Sur de donde estamos. Una vez allí, no me cabe duda de que Taman enviará una expedición para rescatarnos a Ero Shan y a mí.

—Opino que ése es el mejor plan —intervino Ero Shan.

—No me gusta la idea de marcharme dejándoos a los dos —objetó Duare.

—Es el único recurso que nos queda —le advertí—; pero si Vik-yor no vuelve ni en eso podemos confiar.

—Vik-yor volverá —afirmó Duare.

Es maravilloso cómo conocen las mujeres a los hombres, aunque sean tan ambiguos como Vik-yor. Efectivamente, volvió. Ocurrió un par de días más tarde, dos días de agónica incertidumbre. Le hubiera abrazado al verle dirigirse hacia nosotros, aunque aparentando especial interés en el examen de otros ejemplares del museo. Cuando hablo de él, no comprendo por qué le aplico el sexo masculino; la verdad es que, cuando un ser humano manifiesta haberse enamorado de la mujer de uno, no cabe otro recurso que pensar en un hombre.

Por fin, llegó hasta nosotros. Ni se fijó en Ero Shan ni en mí; pero titubeó un

instante ante Duare.

—¡Oh, Vik-yor! ¡Volviste! —exclamó ella—. Me agrada verte aquí. ¿Cambiaste de pensamiento? ¿Te decides a devolvernos a todos la libertad y a acompañarnos a ese maravilloso mundo del que te hablé?

—No —repuso Vik-yor—. Sólo te quiero a ti; no me interesan los otros, y como no me acompañes voluntariamente, envenenaré a esos dos a la vez que a los guardianes. Así no tendrás más remedio que acompañarme o morir, ya que cuando Vik-yor se entere de que los efectos del veneno han sido neutralizados, te mandará ejecutar.

—Vete con él, Duare, y no te preocupes de nosotros —intervine. Vik-yor me miró sorprendido.

—Acaso me haya equivocado al juzgarte —observó.

—¡Claro que sí! —terció Duare—. Carson es muy bueno y nos vendría muy bien tenerlo a nuestro lado, por si nos ocurría algún contratiempo. Es un gran luchador.

—No —saltó Vik-yor—. Ya sé para qué quieres tenerlo al lado; sólo porque le prefieres a mí. Por eso pensaba envenenarle antes de que nos marchemos. Ahora he cambiado de pensamiento.

—Me parece muy bien, porque si le haces algún daño soy capaz de matarte. ¿Lo entiendes? Me iré contigo sólo a condición de que a Carson de Venus y a Ero Shan no les ocurra nada.

—Perfectamente —asintió Vik-yor—. Quiero que me tomes simpatía y por eso estoy dispuesto a hacer todo lo que te agrade..., excepto que nos acompañen esos dos.

—¿Está el anotar perfectamente? —preguntóle—. ¿No le ha causado la gente ningún desperfecto?

—Está perfectamente —repuso Vik-yor—; se halla en la plaza, en el mismo sitio en que lo dejasteis.

—¿Y sabes dónde ha ido a parar la pieza que se cayó?

—Sí, y puedo recogerla en cualquier momento. Lo único que me resta hacer es llevar vino envenenado a casa del individuo que se apoderó de esa pieza.

—¿Y cuándo vendrás a buscarme?

—Esta noche —repuso Vik-yor.

—Tu amiguito es el Médicis de Voad —dije a Duare, así que Vik-yor desapareció.

—Es realmente horrible —exclamó ella—. Siento impulsos homicidas.

—Si lo matas después, tu culpabilidad será doble —me burlé.

—No estoy para bromas —protestó ella.

—Perdona —me disculpé—; pero la verdad es que para mí esos seres no son verdaderas personas. Los envenenaría con la misma indiferencia con que echaría petróleo en un pantano para aniquilar larvas de mosquitos.

—Opino lo mismo —añadió Ero Shan—. No tengas escrúpulos y piensa en lo que han hecho con nosotros. No merecen ni consideración ni piedad.

—Comprendo que tenéis razón; pero de todos modos, con ella y sin ella, estoy dispuesto a seguir adelante en mi propósito.

El resto del día transcurrió como una pesadilla. Cuando ni los visitantes ni los guardianes se hallaban cerca de nosotros, tornábamos una y mil veces a comentar nuestro plan. Recomendé especialmente a Duare que intentara hacer al menos un esbozo de plano del territorio que había de recorrer en busca de Sanara. Podría calcular las distancias con bastante exactitud, observando la velocidad del avión, y la brújula le daría la dirección en todo momento. Si anotaba las más destacadas señales topográficas del camino, podría luego estar en condiciones de llevar a Taman datos preciosos para la expedición de rescate.

Desde luego, no teníamos la menor idea de la distancia que nos separaba de Sanara. Anlap, el territorio en que se encontraba, podría ser lo mismo una pequeña isla que un continente. Yo me inclinaba a creer lo último. Sanara debía hallarse a unas tres o cinco mil millas de Voad; pero aunque estuviera más cerca, le costaría a Duare mucho tiempo localizarla, ya que en Amtor no se puede aterrizar donde se quiere para orientarse preguntando direcciones. Duare tendría que encontrar a Sanara y reconocerla antes de atreverse a aterrizar. Acaso le ocupara esto todo un año y bien pudiera ser que jamás la encontrara. Como no tendrá más remedio que aterrizar de vez en cuando en busca de agua y alimentos, correría siempre el riesgo de que la capturen o la maten. Y luego... Vik-yor. Iba a tener yo motivo de preocupaciones serias, acaso durante años enteros; acaso por el resto de mi vida veríame sumido en el tedio y la tristeza.

Llegó la noche al cabo. Transcurrían las horas y Vik-yor no aparecía. En el museo se habían quedado sólo los guardianes y los cadáveres vivientes... Se oyó un mugido.

¿Cómo demonio habrían conseguido atrapar algunas de las enormes bestias que se exhibían en el museo? El que había mugido era un basto, cierta bestia que medía de altura seis pies y pesaría unas doscientas libras o más. Danzar a su alrededor, con

canciones y flores, sólo serviría para ganarse alguno una cornada y, además, tales bestias serían capaces de devorar a cualquiera.

El mugido del basto despertó al resto de los animales, incluyendo a los nobargans, que se pusieron a bramar como auténticos animales. Durante una hora larga sufrimos aquel concierto salvaje; luego enmudecieron del mismo modo que habían comenzado.

—A tu amiguito se le han debido enfriar los pies —observé, dirigiéndome a Duare.

—¿Y por qué le había de impedir venir el que se le enfriasen los pies? —preguntó ella.

—Se me había olvidado que tú no procedes de la tierra de los hombres libres y del hogar del valor.

—¿Dónde está eso? —inquirió Ero Shan.

—Al Norte limita con el Canadá, al Sur con Río Grande, al Este con el Océano Atlántico y al Oeste con el Pacífico.

—Eso debe de estar en el fondo de Strabol, porque nunca oí hablar de ninguno de esos lugares —comentó Ero Shan.

—¡Aquí viene Vik-yor! —exclamó Duare, excitada.

—Por fin acude tu gigoló —murmuré yo, no de muy buen talante.

—¿Qué es un gigoló? —preguntó Duare.

—Un ser más despreciable casi que uno de estos hombres neutros.

—Me parece que no te es simpático Vik-yor, queridito —susurró Duare.

—Celebro que hayas puesto una coma en la frase —le dije.

—¡No seas tonto! —rióse ella.

Me inclino a creer que cualquiera que estuviera enamorado de Duare igual que yo, había de comportarse como un tonto, de vez en cuando. Claro que estaba seguro de que Duare me amaba y que podía confiar en ella hasta el final del mundo; pero... Este pero es el interrogante más curioso que existe en cuestiones de amor. El hecho de que aquel insípido sujeto estuviera enamorado de ella hasta el límite en que tal cosa podía ocurrir, y que iba a permanecer a su lado por un tiempo indefinido, mientras yo colgaba de una pared, me volvía loco. El que esté enamorado y sea un verdadero hombre comprenderá mi situación.

Vik-yor traía un jarro. Sabía lo que contenía aquel jarro, y aunque mi posición no era propicia para sensaciones, la verdad es que no pude evitar un sentimiento de disgusto ante la idea de que aquel individuo iba a arrebatarse la vida de sus congéneres. Se acercó a Duare.

—¿Está todo preparado? —le preguntó ella—. ¿Y el anotar y la hélice?

—Todo está listo —repuso—. Hemos tenido suerte. Vik-vik-vik está dando un banquete y todo el mundo se emborrachará de tal manera que podremos huir sin que

nos descubran.

—¿Tienes el antídoto?

Extrajo de uno de los bolsillos un pequeño frasquito y se lo enseñó.

—¡Dame un poco en seguida! —rogóle Duare.

—Todavía no; antes tengo que deshacerme de los guardianes.

Se llevó el jarro a los labios e hizo como si bebía. Uno de los guardianes se aproximó.

—¡Ah, eres Vik-yor! —dijo el guardián—. Creí que había entrado alguien sin permiso. Nos agrada que los de la familia real se interesen por los ejemplares de nuestro museo.

—¿Quieres un poco de vino? —le invitó Vik-yor.

—Con mucho gusto —repuso el guardián.

—Llama a tus compañeros —añadió Vik-yor— y beberemos todos juntos.

Pronto estuvieron todos los guardianes reunidos y se pusieron a beber del jarro de Vik-yor. Fue una experiencia horrible presenciar aquel asesinato colgados en la pared. Procuré tranquilizar mi conciencia con el pensamiento de las bajas astucias que habían puesto en juego para condenarnos a un destino peor aun que la muerte. Por otra parte, iban a tener un final grato, ya que instantes después estaban todos borrachos perdidos y se pusieron a bailar y cantar. Luego, uno tras otro fueron cayendo muertos. En total sumaban veinte y murieron prácticamente a nuestros pies.

Vik-yor estaba más orgulloso que un pavo real.

—¿Verdad que soy listo? —preguntó a Duare—. Poco podían pensar que les estaba envenenando. Ni el propio Vik-vik-vik lo hubiera hecho mejor.

—Has sido muy hábil —dijo Duare—; ahora dame el antídoto.

Vik-yor hurgó primero en un bolsillo, luego en otro.

—¿Pero dónde lo he puesto? —repetía quejumbroso. Duare comenzó a asustarse y a ponerse nerviosa.

—¿Es que no lo trajiste? —le preguntó—. ¿Acaso no me lo enseñaste antes?

—Sí —repuso Vik-yor—; ¿pero dónde diantre lo habré puesto?

Por mi mente cruzó la idea de que no pudiera encontrarlo y no sentí verdadera consternación. Me resultaba doloroso separarme de Duare en semejantes circunstancias. Tenía el presentimiento de que si se iba con Vik-yor, ya no volvería a verla.

—Mira en el bolsillo de atrás —le aconsejó Duare—; ya miraste en todos los otros.

Vik-yor se levantó el cinturón hasta alcanzar la bolsa que se había caído hacia atrás y que pendía de él.

—Ya lo tengo —exclamó—; se me debió deslizar el cinturón mientras bailaba con los guardianes. Ya sabía yo que lo tenía, porque te lo había enseñado; pero no

sabía dónde había ido a parar.

—¡De prisa! ¡Dame un poco! —ordenóle Duare.

Vik-yor puso el frasquito boca abajo y lo agitó; luego quitó el tapón y dijo a Duare que sacara la lengua, rodándosela varias veces con el tapón. Yo observaba con ansiedad todas aquellas maniobras. Ero Shan levantaba la cabeza para poder ver mejor a Duare.

—¡Ya está! —murmuró de pronto—. Siento que la vida vuelve a todo mi cuerpo. ¡Oh, Carson, si pudieras venir conmigo!

Vik-yor observaba a Duare fijamente. Parecía como un enorme gato vigilando a un ratón; sí, un gato repugnante. De pronto avanzó hacia ella y la descolgó. Tuvo que sostenerla un momento; la vi entre sus brazos y me pareció como si fuera a desmayarse. Casi en seguida pudo sostenerse en pie por sí misma y entonces se apartó de él y se me acercó. No pudo alcanzar mis labios; estaba yo colgado demasiado alto, pero besó mis manos una y otra vez. Bajando los ojos, observaba yo tales manifestaciones de cariño, mas no podía sentir las materialmente.

Vik-yor corrió tras ella, gritándole:

—¡Déjale!

Duare se puso de puntillas y se apoderó de mi pistola. Creí que iba a emplearla contra Vik-yor, pero no fue así.

—¿Por qué no lo haces? —le pregunté, mirando con odio a Vik-yor.

—Todavía no —repuso.

—¡Vámonos! —ordenó Vik-yor.

—Mejor será que te lleves también la funda de la pistola —dije a Duare.

La recogió, y de nuevo se apoderó de mi mano, cubriéndola de besos. Entonces Vik-yor la apartó rudamente.

—Aunque no lo creas, Vik-yor —le advertí—, algún día vas a morir a causa de lo que pretendes hacer, de lo que has hecho ya y de lo que nunca conseguirás hacer; soy yo el que te ha de matar.

Aquel odioso personaje se echó a reír, mientras arrastraba a Duare afuera. Ésta volvía incesantemente la cabeza hacia mí.

—¡Adiós, amado mío! —me gritó. Vik-yor habló también.

—No volverás a verla nunca —burlóse—. Es mía. Completamente mía.

—No le creas —gritó Duare, añadiendo—: ¡Adiós, amado mío! ¡Hasta que vuelva a buscarte!

—¡Adiós! —grité a mi vez.

Desapareció tras un enorme gantor, esa bestia de la familia de los elefantes que ya había visto en Korva.

Volví la mirada hacía Ero Shan. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

Vik-yor y Duare no debían haber tenido tiempo de salir del museo cuando escuchóse en la entrada un gran griterío, risas y conversaciones en vez alta, acompañadas de fuertes y numerosas pisadas. Repentinamente, vi aparecer por lo menos un centenar de personas. Eran Vik-vik-vik y los invitados al banquete; la mayoría estaban borrachos.

Al descubrir a los guardias esparcidos sobre el suelo, Vik-vik-vik se enfureció.

—¡Habrás visto los holgazanes! —gritó el jong, comenzando a propinarles puntapiés y dándose cuenta de que eran cadáveres.

—Todos están muertos —dijo uno de sus acompañantes—. ¿Quién les habrá matado?

—Poco importa eso ahora —dijo Vik-vik-vik—; ya lo averiguaré más tarde. Lo que quiero es apoderarme de la mujer. ¡Vamos, Ata-voo-med-ro! ¿Dónde está el antídoto? Quiero devolverle la vida y llevarla al banquete. Vivirá en el palacio con Vik-vik-vik. Otros jongs tienen vadjong, ¿por qué no he de tenerla yo?

—Debes tenerla —gritó uno de sus aduladores. Vik-vik-vik y Ata-voo-med-ro buscaron en el muro donde había estado Duare.

—¡Ha desaparecido! —exclamó el último. El jong se dirigió a mí para preguntarme:

—¿Dónde está la mujer?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —repuse—. Ha desaparecido hace tiempo.

—¿Y cómo se marchó? ¿Quién se la llevo? —preguntó Vik-vik-vik.

—No lo sé —de dije—. Me dormí, y cuando me desperté ya no estaba.

Vik-vik-vik volvióse hacia sus invitados.

—¡Buscadla por todas partes! ¡Registrad la ciudad entera! ¡De prisa! —Luego volvióse hacia Ata-voo-med-ro—. Reúne a todos los que estuvieron de guardia hoy aquí.

Ata-voo-med-ro salió del museo siguiendo a los demás. El jong miró escudriñadoramente a Ero Shan.

—¿La viste tú?

—Sí —repuso Ero Shan.

—¿Quién se la llevo?

—Un hombre.

—¿Qué hombre? —preguntó el jong.

—No puede ser ninguno a quien tú conozcas, porque los únicos hombres que hay en Voad cuelgan de estas paredes.

—¿Quién era?

—Fue la primera vez que le vi —repuso Ero Shan—. Tenía alas como un angan;

pero no era un angan, sino un hombre, un verdadero hombre. Entró volando, miró a los guardianes y todos cayeron muertos, luego descolgó a la mujer y huyó con ella. Le oí decir que presto volvería para ocuparse de ti y del resto de los habitantes de Voad; así es que pronto moriréis todos, a menos que deis la libertad a los seres humanos que hay aquí dentro. Eso fue lo que le oí decir.

—¡Tonterías! —repuso Vik-vik-vik—. Me estás mintiendo.

No obstante su réplica, pareció preocupado.

En aquel preciso momento escuché el zumbido de la pistola de los rayos-R, que procedía de la plazoleta, seguido de gritos y lamentaciones.

—¿Qué es eso? —preguntó el jong.

—Me parece que debe ser el que se llevó la mujer —dijo Ero Shan—. Cuando pensaba, su cerebro hacía un ruido parecido y creo que fue ese ruido lo que mató a los guardianes. Vik-vik-vik salió corriendo, probablemente en dirección a su palacio.

—Es Duare —dije a Ero Shan—. La debieron coger; no tendrá tiempo para huir.

—Aun no la han cogido —dijo Ero Shan, mientras el zumbido de la pistola llegaba de nuevo a nuestros oídos, mezclado con los gritos y lamentaciones de la gente.

—Todos los habitantes de la población deben de estar allí, a juzgar por el ruido que hacen. Dudo que Duare pueda enfrentarse con todos.

—No son muy hábiles en la lucha —replicó Ero Shan—, y me parece que se le presenta una buena oportunidad si no consiguen estropear el avión.

Continuaba el clamor en la plaza, el cual duró algún tiempo. De vez en cuando se oía el zumbido de la pistola y, al escucharlo, comprendía que Duare aún seguía viviendo; pero en los intervalos me volvía loco de zozobra.

Al cabo de un rato, cesó el clamor y el zumbido de la pistola de los rayos-R. ¿Qué había ocurrido? ¿Cuál había sido el final de aquellos heroicos esfuerzos de Duare en pos de la libertad? ¿La habían vuelto a capturar? ¿Habían huido? ¿Llegaría yo a obtener respuesta a alguna de tales preguntas?

Ero Shan me habló, interrumpiendo el hilo de mis fantasmagorías.

—Acaso no debíamos haberla dejado marchar —dijo.

—Yo prefiero que lo hiciera —repuse—. Es mejor presentirla muerta a verla condenada eternamente a esta odiosa existencia.

—Además —sugirió Ero Shan, juzgando la situación con cierto optimismo—, siempre cabe la esperanza de que triunfe y de que algún día tu amigo Taman, el jong de Korva, se presente en Voad para liberarnos.

—Pero incluso suponiendo que venga Taman —objeté yo pesimista, bajo la triste impresión de la suerte de Duare—, ¿de qué nos podrá servir? Continuaremos con nuestros cuerpos paralizados.

—¡Vamos, hombre! ¡No seas tan pesimista! —exclamó Ero Shan—. Si Taman se

apodera de Voad obligará al jong a proporcionarnos el antídoto.

—Hablas como si fuera un hecho consumado —observé sonriendo—; pero tienes razón; así es como debemos comportarnos. Perdona que me mostrara tan deprimido. De ahora en adelante me animaré más. Hablando de otra cosa: ¿qué finalidad perseguías al contar aquella fábula a Vik-vik-vik, sobre el hombre que se presentó volando y se marchó con Duare?

Ero Shan se echó a reír.

—Si consigues infiltrar el temor en el corazón de tu enemigo obtienes una ventaja sobre él, particularmente cuando es el temor de lo sobrenatural. Es algo difícil de combatir. Nada conseguirá matándote, ya que se acrecientan sus temores. Por otra parte, yo quería apartar de su pensamiento toda sospecha de que hubiéramos participado de algún modo en la huida. De haber sospechado que éramos culpables, lógicamente nos habría hecho aniquilar, lo mismo a nosotros que a cualquier otra persona.

No pude conciliar apenas el sueño durante toda la noche, divagando sobre la suerte de Duare. Traté de averiguar algo sondeando a los guardianes, así que se presentaron al relevo; pero se limitaron a hacerme callar y se mantuvieron tan alejados de mí y de Ero Shan como les fue posible, una vez retiraron los cadáveres de sus compañeros.

Luego transcurrieron los días, uno tras otro, sin poder obtener el menor indicio sobre el paradero de Duare. Los guardianes no nos dirigían la palabra y lo mismo ocurría con los visitantes del museo. Resultaba evidente que habían recibido órdenes terminantes del propio jong.

¿Había conseguido escapar Duare? De ser así, se hallaría ya lejos, al lado de Vik-yor, y aquello no añadía ningún consuelo a mis zozobras. Mentalmente, maté a Vik-yor de maneras muy diversas y repetidas, consolándome así, durante aquellas largas horas. También maté a Ata-vo-med-ro y a Vik-vik-vik del mismo simbólico modo. Y no paré en esto, sino que me sumí en una verdadera orgía criminal, lo que constituía en el fondo la vana y caprichosa manifestación de mi propia impotencia. De todos modos, tales divagaciones vengativas constituían en mí un verdadero deleite y pocos eran los placeres que cabía esperar, colgados como estábamos en un muro y con el cuerpo insensible desde el cuello a los pies.

Vik-yor y Duare no habían alcanzado aún la salida cuando Vik-vik-vik y sus invitados presentáronse en el museo.

—¡Escondámonos de prisa! —susurró Vik-yor, arrastrando a Duare tras el gantor—. ¡Malditos borrachos! —murmuró—. Han desbaratado todos mis planes; ahora no podremos escapar.

—Ya cruzaron —observó Duare, poco después—; ahora podemos salir.

Vik-yor pareció dudar.

—Pueden volver —dijo.

—Si descubren que he desaparecido, comenzarán a buscar —observó Duare—, y entonces sí que te cogerán.

—Para matarme —añadió Vik-yor temblando—. No quiero que me maten. No me quedará aquí; aunque te encuentren, no sabrán que yo he intervenido en el asunto. Quédate aquí, mientras yo voy a buscarles como si también hubiera asistido al banquete.

—Eso sí que no —protestó Duare—; lo que vas a hacer es venir conmigo a la plaza y ayudarme a preparar el avión.

—No lo haré —persistió Vik-yor—. Vik-vik-vik me mandará matar si sabe que he intervenido en tu fuga.

—Si no huyes conmigo, lo sabrá todo —le advirtió Duare.

—¿Y cómo va a saberlo?

—Porque se lo diré yo.

—No lo harás —rugió Vik-yor, sacando la daga. Duare extrajo a su vez la pistola de los rayos-R.

—Guarda esa daga o te mato aquí mismo —le amenazó.

Vik-yor dudó. No tenía noticias de lo que era una pistola de rayos-R, pero era fundamentalmente cobarde y sólo el tono de Duare era suficiente para amedrentarle. Envainó la daga en seguida.

—No, dámela —le ordenó Duare—, y tu espada también; no eres persona digna de confianza.

Vik-yor le entregó a regañadientes ambas armas.

—¿Y si nos atacan ahora? —preguntó.

—Te escondes detrás de mí —le aconsejó Duare—. ¡Vamos, de prisa! ¡A la plaza!

No tuvo más remedio que aplicar la boca de la pistola en la espalda de aquel pobre diablo, para obligarle a dirigirse hacia la salida. Instantes más tarde se hallaban en la plaza. A aquella hora de la noche estaba desierta y llegaron hasta el avión sin incidente.

La hélice se hallaba debajo del aparato y, previo un rápido examen, cercioróse de

que no había sufrido deterioro alguno. Procedió al repaso del avión. Examinó la pestaña; allí estaban los tornillos intactos, y las tuercas debieron aflojarse y saltar simultáneamente, porque Kandar cometería la negligencia de no utilizar la llave inglesa para ajustarlas. Encontró tales herramientas en el cajón del anotar, e, igualmente, las necesarias tuercas. Encaramándose en uno de los costados, ordenó a Vik-yor que le diera la hélice y luego que subiera a su vez para sostenerla. Ajustaron entre los dos la hélice con los tornillos y Duare los apretó con la mano, empleando después la gruesa llave que apenas si podía manejar de tan pesada, trabajando como lo estaba haciendo en posición tan embarazosa.

Ya había apretado dos de los tornillos, cuando salieron corriendo los invitados que entraron en el museo buscándola.

—¡Allí está! —gritó uno, descubriéndola casi en el acto y precipitándose todos hacia el avión.

Vik-yor se escondió en seguida dentro del aparato, mientras Duare abandonaba la llave inglesa para sacar la pistola.

—¡Marchad de aquí o vais a ver lo que os espera! —les amenazó.

Como no sabían lo que les iba a ocurrir, siguieron avanzando. Los rayos-R comenzaron a zumbar y los primeros asaltantes se abatieron al suelo. Aquello contuvo a los demás, al menos por el momento, y Duare siguió ajustando los tornillos de la hélice.

Vik-yor salió de su escondite; vio los cadáveres en tierra y escuchó los gritos de los heridos. Aquello le animó y acercóse a Duare para ayudarla. Ésta trabajaba febrilmente. Lo había planeado todo anticipadamente, acaso mejor que lo hubieran podido hacer el propio Carson y Ero Shan. Aunque el hecho de haber sido descubiertos hacía las cosas más difíciles de lo que había concebido, sentíase dispuesta a seguir adelante en su propósito de no partir de Voad sin llevarse a Carson y a Ero Shan.

Su primer plan consistía, una vez reparado el avión, en obligar a Vik-yor a entregarle el antídoto, aunque para conseguirlo tuviera que matarle, y luego volver al museo para libertar a Carson y a Ero Shan. El verse descubierta, lo había complicado todo; pero Duare no renunciaba a consumir su plan.

Seguía irrumpiendo la gente en la plaza y el avión estaba materialmente rodeado. Duare tuvo que interrumpir de nuevo su trabajo para hacer funcionar los rayos-R contra los más audaces que se habían acercado al aparato. De nuevo retrocedieron los otros. Esta vez Vik-yor no se escondió. Al sentirse seguro bajo la protección de Duare observó los estragos que ocasionaba la pistola entre sus conciudadanos. La escena le intrigó y se le ocurrió una idea que puso en práctica tan pronto como Duare cesó de utilizar el arma para tornar al manejo de la llave inglesa a fin de ajustar el último tornillo. Mientras la atención de la joven estaba concentrada en su trabajo, Vik-yor se

deslizó tras la joven y extrajo furtivamente la pistola de la funda.

La primera noticia que tuvo Duare del hecho fue el repentino zumbido de los rayos-R. Se volvió asombrada y vio cómo Vik-yor distribuía pródigamente los rayos mortíferos sobre la multitud que rodeaba el avión. Muchos eran los muertos y heridos, y los demás huyeron a buscar refugio en los edificios.

—¡Dame! —le gritó Duare.

—Termina tu trabajo —repuso Vik-yor tornando el arma contra ella—. Quiero salir pronto de aquí.

—No seas loco —le amonestó Duare—; apunta hacia otro lado. Si me matas, no conseguirás escapar nunca. ¡Devuélvemela!

—No —repuso Vik-yor—; me la guardaré. Si quieres escapar no tienes más remedio que hacer lo que te digo. ¿Crees que te la voy a devolver para que me mates? No soy tan tonto.

Duare volvió a su trabajo, esperando mejor oportunidad. Dio la última vuelta al postrer tornillo y volvióse hacia Vik-yor.

—Acomódate —le dijo—, ya estamos listos.

Vik-yor se encaramó en el asiento y Duare sentóse ante los controles de dirección. El motor se puso en marcha. Vibró la hélice y movióse el avión. Duare dirigió el aparato hacia el extremo de la plaza; luego tomó altura. Centenares de ojos la observaban desde ventanas y puertas, pero nadie se aventuró a salir para detenerla. Vik-yor había aprendido pródigamente el manejo de la pistola.

El avión aceleró la velocidad y elevóse majestuosamente en el espacio; por último, volviendo hacia el sur, desapareció en las tinieblas de la noche.

Vik-yor estaba aterrado y temblaba sumido en un frenesí de miedo.

—¡Vamos a caer! —gimió—. ¡Vamos a caer!

—¡Cállate! —le amonestó la joven.

—¡Bájame! ¡Déjame salir de aquí!

Gustosa hubiera accedido Duare de haber estado en posesión del frasquito de antídoto y la pistola. No contestó; limitóse a hacer elevar la parte delantera del aparato y éste subió aún más. Vik-yor gemía a su lado, cubriéndose los ojos con las manos.

—¿Vas a bajar? —preguntó a la joven.

—Espera un momento —dijo Duare—; ahora no mires.

Subieron a una altura de cinco mil pies. Cúmulos de nubes envolvían las alas del aparato; en la fantasmagórica luz de la noche antoriana, el suelo, apenas visible, parecía mucho más alejado de lo que en realidad estaba.

Duare paró el motor y se dispuso a rizar el rizo.

—Ahora puedes salir, si gustas —le dijo.

Vik-yor se apartó las manos de los ojos y se asomó hacia fuera; pero lanzó un alarido y se desplomó de nuevo en su asiento. Temblaba de tal manera que no podía

ni hablar. Miró hacia arriba y vio las nubes tan cerca que creyó poderlas tocar con las manos y lanzó otro grito.

—Basta de chillidos —le ordenó Duare.

—Pudiste matarme —consiguió balbucear al fin Vik-yor—; pudiste precipitarme al espacio.

—Dame el antídoto y la pistola y te bajaré para que puedas marcharte —le propuso Duare.

Vik-yor volvió a asomar la cabeza, esta vez durante más tiempo.

—No nos caemos —dijo, recobrando lentamente la serenidad, ya que no el valor, al observar que el aparato conservaba el equilibrio.

—Mira —persistió Duare—, si quieres bajar y marcharte, dame el frasquito y la pistola.

—Bájame primero y te daré las dos cosas —repuso Vik-yor.

—¿Y cómo vas a obligarme a bajar? —preguntó Duare.

—Con esto —repuso Vik-yor, aplicando la pistola en la espalda de la joven—: baja o te mato.

Duare se echó a reír.

—¿Y qué será de ti luego? ¿Es que crees que este aparato funciona solo? Si abandono estos instrumentos de control durante un minuto, el anotar se precipitará al suelo a tal velocidad que se enterrará contigo.

—Me estás mintiendo —observó Vik-yor—. Bajaría por sí mismo.

—Eso es precisamente lo que te decía yo; bajaría por sí mismo, pero ni del avión ni de nosotros quedaría rastro. ¿No lo crees?

—No; estás mintiendo.

—Perfectamente; te lo voy a demostrar.

Y con tales palabras hizo entrar el avión en barrena.

Sobre el zumbido del viento se elevaron los alaridos de Vik-yor. Duare levantó de nuevo el aparato cuando estaban a quinientos pies.

—¿Lo crees ahora o estaba mintiendo? —le preguntó.

Su voz era firme y serena, sin dejar traslucir rastro alguno del terror que había experimentado durante el descenso de los dos mil metros últimos. Solamente había rizado el rizo dos veces, pero teniendo al lado a Carson que atendía los otros instrumentos de control. Pero ahora llegó a pensar que no iba a conseguir dominar el avión en los últimos momentos.

—No vuelvas a hacer eso —gimió Vik-yor—. Podíamos habernos matado.

—¿Me darás el frasquito y la pistola?

—No —repuso él, testarudo.

Al fin llegó la mañana y Vik-yor pudo mirar hacia abajo y contemplar el mundo que se ofrecía ante sus ojos. Se habían alejado buena parte de los temores que hiciera nacer en él la extraña situación en que se hallaba. Ahora tenía en Duare una confianza plena respecto a su habilidad para mantener en el aire aquel objeto misterioso, y con el retorno de la confianza volvían otros pensamientos distintos de tan azaroso vuelo.

—Le apretaste las manos con tus labios —dijo a la joven—. ¿Por qué lo hiciste? Las ideas de Duare estaban bien lejos en aquellos momentos.

—¿Eh? —preguntó—. ¡Ah, pues porque le amo!

—¿Qué es amar?

—No podría entenderlo ni se puede explicar a quien no es capaz de amar. Es lo que se siente hacia el esposo o hacia la esposa.

—¿Y le agradaba a él que le apretaras las manos con tus labios?

—Estoy segura de que sí.

Entonces Vik-yor le tendió la mano.

—Haz lo mismo conmigo —ordenó a la muchacha. Duare apartó la mano y se estremeció.

—Me das asco —le dijo.

—Tú me perteneces —persistió Vik-yor—, y vas a enseñarme a amar.

—No me hables de amor; en tus labios esa palabra es un sacrilegio.

—¿Por qué no te gusto?

—No sólo porque no eres un verdadero ser humano —replicóle—, ya que he sentido amor por muchos pobres animales. Me repugnas porque eres cruel y cobarde; porque me obligaste a partir abandonando a mi esposo en aquel terrible lugar; porque careces de cualquiera de las delicadas condiciones morales de un hombre; porque no eres un hombre de veras. ¿Te satisfizo mi respuesta?

—Bueno —repuso Vik-yor, encogiéndose de hombros—; poco importa que me ames o no. Lo importante es que a mí me gustas. Tus gustos y tus antipatías son cosa de tu incumbencia, no de la mía. Desde luego, si te hubiera gustado yo, me habría resultado más agradable. Sea como sea, lo importante es que me perteneces. Puedo mirarte y tocarte. Mientras vivas estarás siempre a mi lado. Hasta ahora nadie me había atraído como tú. Ni siquiera sabía lo que era sentir simpatía por otra persona. Los de Voad no la sienten por nadie ni tampoco antipatía. Las personas están hoy con nosotros y mañana se van; nos es lo mismo. Antes de que se iniciara mi cambio, solía dividirse mi cuerpo como les ocurre a los demás. Pues bien, a pesar de haber convivido con mi otra mitad durante años, no la eché en falta cuando mi cuerpo se dividió, separándose de mí. Tampoco sentí nada por la otra mitad que la substituyó. En otro tiempo, yo fui mitad de Vik-vik-vik, el jong; la izquierda. La que conserva el

nombre y la identidad es la mitad derecha. Hasta ahora siempre fui mitad izquierda; pero hoy mi cuerpo forma un todo. Soy como Carson y Ero Shan. Soy un hombre... Después de estudiar nuestros sabios otras formas de vida, sostienen que nuestra mitad derecha es análoga a la hembra en otras especies, y la mitad izquierda al varón. Como ves, yo siempre fui varón.

—No me interesa lo que me cuentas —observó Duare.

—Pero a mí, sí —insistió Vik-yor—. Poco importa que te interese o no, si me interesa a mí. Me gusta hablar de mí mismo.

—Casi estoy por creer que eres un hombre de veras.

Vik-yor guardó silencio un instante, mientras contemplaba aquel mundo nuevo sobre el que volaba como un pájaro. Entretanto, Duare cavilaba sobre el modo de apoderarse del frasquito y la pistola. Su vida entera dependía de aquel deseo.

—Tengo hambre —dijo Vik-yor.

—Yo también —asintió Duare—; pero no me atrevo a aterrizar, si no me devuelves la pistola. Podrían atacarnos.

—Ya sé matar con esto —observó Vik-yor—. ¿No pudiste cerciorarte anoche? Debí matar lo menos cincuenta.

—Disparar sobre una multitud no es lo mismo que disparar contra un basto enfurecido —dijo Duare—. Entonces había mucha gente y no podías fallar.

—Acaso tengas razón; pero guardaré la pistola. Si la recuperases me matarías. ¿Qué haces? —Duare estaba planeando hacia un amplio lago—. ¡Eh, nos vamos a ahogar si caemos en el agua!

—Muy bien; es preferible morir ahogados que perecer de hambre. ¿Me darás la pistola?

—No —repuso Vik-yor—; preferiría morir ahogado.

Estaba seguro de que aquello era una nueva astucia de la joven para amedrentarle y obligarle a devolver la pistola. Vik-yor estaba muy lejos de ser un simple. No obstante, mostró gran pánico al ver que Duare no hacía remontar el avión de nuevo, sino que lo dejó reposar sobre la superficie del lago, ya que Vik-yor no sabía nadar.

Duare tomó un jarro de uno de los estantes y encaramándose en uno de los costados del aparato, cogió un poco de agua. Bebió amplia y reposadamente. Luego, tendióse sobre el ala y se lavó las manos y la cara.

—Dame un poco de agua —le ordenó Vik-yor, así que la joven se hubo levantado. Duare arrojó el resto del líquido y volvió a su puesto.

—¿Es que no me has oído? —persistió él—. Te dije que me dieras un poco de agua.

—Ya te oí —repuso Duare, poniendo en marcha el motor.

—Pues ve a buscarme un poco —volvió a ordenar a la joven.

—Cuando me des la pistola —replicó Duare, dispuesta a despegar.

—No te la daré.

—Perfectamente —repuso ella, mientras hendía la superficie del lago para levantar el vuelo—. Te advierto que era un agua deliciosa y acaso no volvamos a encontrar en muchos días.

Vik-yor no dijo nada; pero sin duda estaba cavilando sobre muchas cosas; acaso pensara que, después de todo, el tener mujer no era tan atractivo como creyera. Si pudiera aprender a manejar el avión, podría matarla y... y..., ¿entonces? Los pensamientos de Vik-yor se tornaron graves. No podía volver a Voad después de lo que había hecho, ya que Vik-vik-vik le mandaría matar; pero tampoco podía vivir en medio de aquel mundo salvaje poblado de animales feroces y de hombres. No era Vik-yor el primero que se apodera de una cosa y no se decide a desprenderse de ella; pero en punto a terquedad era un arquetipo entre sus congéneres de Amtor.

Duare continuó volando hacia el Sur, aplazando llevar adelante su plan para cuando recuperara la pistola de los rayos-R. Mientras tanto, podía buscar la población de Sanara, donde hallaría amigos que se encargarían de arrebatarle a Vik-yor el arma. De pronto, se irguió ante ellos un obstáculo que interceptaba su camino hacia el Sur. Era un bosque que le produjo a Duare cierta nostalgia. Sólo en Vepaja, su país natal, había visto otro bosque semejante. Las copas de sus árboles se perdían en la capa de nubes, a cinco mil pies de altura. Los enormes troncos de algunos de aquellos gigantes tenían mil pies de diámetro. En Vepaja los hogares del pueblo estaban tallados en árboles, a mil pies sobre tierra. Era imposible volar por encima de tales bosques, y abrirse paso por en medio de sus laberintos resultaba azaroso en extremo. Carson acaso se hubiera aventurado, en caso de necesidad; pero Duare, no. En consecuencia, viró hacia el Este para bordear el obstáculo.

Comenzaba a sentir verdadero hambre, pero aquel inmenso bosque ostentaba sus frutos a gran altura. Se extendía a través de unas cien millas, acabando al pie de una cadena montañosa que ofrecía los mismos obstáculos para ser traspasada, ya que sus elevados picos se perdían en la eternidad de las nubes. Por sus cañadas rugían los torrentes, alimentados por las lluvias perpetuas que caían sobre las cumbres. Los torrentes reuníanse hasta formar ríos que cortaban las planicies que se extendían hacia el Este, hasta el alcance de la vista, y tales ríos se unían para formar un enorme canal que se abría paso, perdiéndose en el horizonte en busca de un mar desconocido.

Duare no había visto rastro alguno de vida humana en aquellas vastas soledades; pero existían animales de pastoreo y carnívoros temibles, divisándose además bosquecillos de árboles pequeños en los que debían de abundar las frutas y las nueces.

No hubiera estado de más tratar de rendir a Vik-yor por hambre, pero Duare no podía hacerlo sin perecer ella del mismo mal. Por eso, el ciudadano de Voad consiguió moralmente una victoria y Duare buscó lugar seguro para aterrizar cerca de

un bosquecillo. Un rebaño de ganado huyó galopando cuando descendía el avión trazando círculos en el espacio, a fin de explorar el terreno antes del aterrizaje. Como no viera rastro alguno de animales peligrosos, Duare bajó cerca del bosquecillo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Vik-yor.

—Buscar algo para comer —repuso Duare.

—Tráeme también algo para mí —le ordenó él.

—Si quieres comer, vete a buscarlo —observó Duare.

—No quiero ir al bosquecillo; puede haber animales peligrosos y me acometerían.

—Entonces tendrás que conformarte con pasar hambre.

—Tengo muchas ganas de comer —dijo Vik-yor.

Duare saltó de su asiento al suelo. Se hubiera sentido más segura de haber llevado la pistola, pero comprendía que era inútil pedírsela.

—¡Espérame! —gritó Vik-yor. El hambre había vencido a su cobardía y se dispuso a bajar del aparato. Duare no le esperó, sino que continuó hacia el bosquecillo. Vik-yor corrió tras ella y cuando la alcanzó, casi no podía respirar—. ¿Por qué no me esperaste? —le preguntó—; me perteneces y deberías hacer lo que te mando.

—Yo pertenezco a un hombre —le dijo, mirándole con desprecio.

—También yo soy hombre —observó Vik-yor.

—No podrías llegar a ser hombre ni en treinta millones de años; me parece que no tendrías nervio ni siquiera para saltar de un pantano como un animalillo.

Habían entrado ya en el bosquecillo, y Duare revisaba los árboles buscando alimento, cuando, de pronto, Vik-yor se destacó y subió prestamente a un árbol. En aquel preciso momento un horrible rugido quebró el silencio del bosque. Duare lanzó una mirada a su alrededor. Un tharban avanzaba hacia ella. Vik-yor lo había visto y huyó sin avisarla. Ahora se hallaba a salvo.

Podría describirse el tharban como el león de Amtor, aunque en realidad no tiene mucha semejanza con el *Felis leo*, salvo por su ferocidad. Es mucho mayor: su oscura piel aparece surcada en toda su extensión por manchas de color marrón; sus enormes mandíbulas, que cubren casi la mitad de su cabeza, están armadas con diecisiete o dieciocho grandes colmillos, y las garras con tres pesadas pezuñas; su melena es negra y se parece mucho a la de un oso; tiene las orejas largas y puntiagudas, y la cola del león. Su instinto es sanguinario, y su apetito, insaciable.

La situación de Duare no era muy halagüeña. Aunque estaba rodeada de árboles, no podía pensar en encaramarse en alguno antes de ser alcanzada por la feroz bestia.

—¡Dispara contra él! —gritó a Vik-yor.

Éste sacó la pistola; pero le temblaba tanto la mano que no podía asegurar la puntería, y los rayos-R zumbaban inútilmente en diversas direcciones, menos en la precisa.

—¡Fíjate en lo que haces! —le gritó Duare—. Me vas a matar a mí.

Parecía como si el tharban estuviera disfrutando de la situación, ya que continuaba deslizándose furtivamente sobre la presa que sabía no iba a poder escapar.

—¡Arrójame la pistola! —volvió a gritar Duare.

—¡No! —vociferó Vik-yor—; no quiero dártela... Ya te dije que no quiero.

—Eres un idiota —exclamó Duare.

Tuvo que hacer frente al terrible animal disponiendo sólo de una espada; sus efectos defensivos no habían de ser mayores que los de un silbato de hojalata. La muerte la acosaba y Carson nunca lo sabría. Seguiría colgado en aquel muro del museo, hasta que la muerte le liberara, siendo el suero de la longevidad que le inocularan en Vepaja más bien una maldición que una ventura.

De pronto el tharban paróse y lanzó un estruendoso rugido; semejaba como si el suelo retemblase con su eco. A Duare le pareció que el terrible animal buscara algo, pues lanzaba rápidas miradas en ambas direcciones. Los ojos de Duare se dilataron por el terror ante la visión que se le ofrecía. Avanzando hacia ella, surgió una bestia tan grande y terrible como el tharban. Su cuerpo recordaba bastante el del tigre de Bengala y en el centro de la frente tenía un solo ojo que se destacaba en una corta antena; del lomo, poco antes de las patas delanteras, le salían dos grandes tenazas, semejantes a las de un enorme crustáceo, y poseía mandíbulas tan terriblemente armadas como las del tharban. Duare conocía sobradamente aquella bestia feroz, ya que asolaba los bosques de Vepaja, encaramándose desde tierra a las más altas ramas en que la vida humana podía cobijarse. La aparición del horrible animal sólo cambiaba la situación de Duare en un aspecto: cuál de las dos bestias tenía más probabilidades de alcanzar antes la presa. Se encontraban a igual distancia.

El tongzan respondió con otro rugido al tharban y éste saltó sobre su presa, temiendo que se la hurtasen. El mismo temor debió sentir el tongzan, ya que saltó a su vez. Y Duare, entre aquellas dos moles destructoras, estaba a punto de perecer hecha trizas. Mientras tanto, Vik-yor, seguro en su refugio, contemplaba la escena pensando sólo en sí mismo. Si perecía Duare, no podría continuar viajando en el avión; veríase esclavo del suelo y sería probable víctima de alguna de aquellas horribles bestias que iban a devorar a la joven.

Vik-yor sintióse compungido y maldijo la hora en que se le ocurrió fijar los ojos en una mujer y creerse capaz de emular a un hombre.

Al arrojarse las dos bestias sobre Duare, ésta se tiró al suelo y ambas fieras chocaron por encima de su cuerpo. Sintió sobre su carne las garras y pezuñas, y en sus oídos resonaban los rugidos bélicos. De pronto, una de las fieras retrocedió unos pasos y Duare se deslizó cautelosa a un lado. Ahora podía contemplar a las dos. Tan engolfadas estaban en su propio duelo, que se habían olvidado de la presa. Pronto perdió el tongzan su único ojo y buena parte de la cabeza; pero consiguió atrapar al tharban con una de sus poderosas antenas, atrayéndolo a sus terribles mandíbulas, mientras con la otra antena desgarraba y cortaba.

Duare se acercó cautelosamente a un árbol próximo y trepó en busca de seguridad; había escogido un árbol pequeño, por si se presentaba la pareja del tongzan, ya que estos animales no pueden trepar a árboles de diámetro reducido. Desde la paz de aquel santuario, presenció el duelo sangriento que se desarrollaba abajo. El tharban había infligido duro castigo al tongzan, que materialmente estaba destrozado; pero el tharban no se hallaba en mejor estado. También él se debatía despedazado y sangrante; un tijeretazo de antena había seccionado completamente una de sus pezuñas y la destructora tenaza amenazaba ahora la garganta de su contrincante, mientras con la otra oprimía su cuerpo como un garfio.

El ciego tongzan y el horrible tharban rugían a una y el bosquecillo temblaba con el eco. Vik-yor se hallaba aún acurrucado en su rama, temblando de pánico. Duare, desde el contiguo árbol, le miró despectivamente. ¡Y aquel ser pretendía ser un hombre...! Volvió los ojos hacia los contendientes carnívoros. El tongzan estaba convirtiendo al tharban en jirones, pisoteándolo con sus garras, y la ciega antena buscaba ávida la garganta. Al fin consiguió alcanzar su objetivo y entonces aquellas potentes tenazas se cerraron, y la cabeza del tharban rodó a tierra, cercenada limpiamente como por una guillotina.

El triunfador quedó un instante inmóvil ante el vencido y luego comenzó a devorarlo, a pesar de estar él ciego y terriblemente mutilado. De sus innúmeras heridas manaba la sangre a torrentes; pero seguía devorando y devorando, hasta que se desplomó sin vida sobre los restos sanguinolentos que habían constiuído su yantar... Quedó muerto por la pérdida de sangre.

Duare descubrió encima de su cabeza un racimo de cierta fruta que se parecía a las uvas y presto comenzó a saciar el hambre, mientras Vik-yor la contemplaba con envidia.

—Dame un poco de eso —le dijo.

—Cógelo tú —le aconsejó Duare.

—En este árbol no hay frutas.

Duare dejó de prestarle atención y, mirando a su alrededor, descubrió un árbol cubierto de nueces deliciosas y nutritivas. Descendió del árbol en que se hallaba y se encaramó al otro, poniéndose a coger nueces y a comerlas. Luego se llenó los bolsillos y bajó al suelo.

—Me marchó —gritó a Vik-yor—. Si quieres venir conmigo, mejor será que bajes del árbol.

A gusto se hubiera marchado abandonándole allí, a no ser por la pistola que debía recuperar para llevar su plan a buen fin.

—Tengo miedo —gritó Vik-yor—; puede presentarse otro animal como éstos.

Duare continuó su marcha hacia el avión; pero se paró repentinamente y gritó a Vik-yor:

—¡Quédate donde estás! ¡Escóndete! ¡Ya volveré a buscarte más tarde..., si no te cogen!

Acababa de descubrir a una docena de hombres que corrían hacia el avión. Eran bajos, rechonchos y provistos de larga cabellera, e iban armados con espadas. Duare comenzó a correr velozmente e igual hicieron los otros; era una carrera que tenía por meta el avión. Duare les llevaba ligera ventaja, ya que estaba más cerca del aparato y sus pies eran más ágiles. Uno de aquellos hombres se destacó de los otros; pero Duare alcanzó el avión antes que él y saltó en su puesto de mando en el preciso momento en que llegaba su perseguidor. Cuando saltaba sobre el ala, persiguiéndola, el motor se puso en marcha. El avión comenzó a deslizarse sobre el áspero suelo y el asaltante tuvo que hacer grandes esfuerzos para no verse violentamente arrojado. El aparato comenzó a elevarse y el hombre se agarró fuertemente al borde mirando hacia abajo en actitud de brincar, como si su experiencia hubiera sido suficiente; pero cuando vio que el suelo estaba tan lejos, cerró los ojos y se agarró fuertemente con ambas manos.

Duare ladeó el avión y el hombre, aún tendido sobre el ala, apretó frenéticamente el borde, lanzando gritos. Duare volvió a maniobrar sobre el aparato, acentuando el balanceo, a fin de sacudir al intruso; pero éste se aferraba con la tenacidad de quien ve la muerte cercana; por último se deslizó y cayó al espacio contiguo a donde se hallaba sentada la joven.

Se acomodó a su lado, jadeando, atemorizado en demasía para atreverse a mover. Duare se ajustó el cinturón de seguridad y se dispuso a maniobrar con el avión. El

hombre que estaba a su lado extrajo una daga y aplicó la punta contra la espalda de Duare.

—Bájame —le ordenó con voz amenazadora y gutural—. Si no lo haces, te mato.

—Y este aparato se caerá y tú perecerás con él —avisóle Duare—. Si quieres que te baje, lo mejor que puedes hacer es retirar esa daga.

Vik-yor apartó unas pulgadas el arma.

—¡De prisa! ¡Bájame de aquí! —volvió a conminarla.

—¿Me prometes dejarme marchar si te bajo? —le preguntó la joven.

—No; tú me perteneces y te llevaré al pueblo.

—Te equivocas —objetó Duare—. Si me prometes dejarme ir, te bajaré; pero, si no...

—¿Qué? —inquirió él—. Repito que me perteneces. ¿Qué harás si no te prometo dejarte marchar?

—Vas a verlo —repuso Duare con tono significativamente amenazador—. Tú lo has querido.

—¿Y qué es lo que he querido?

—Esto —repuso Duare, a la vez que ponía el avión boca abajo.

El hombre lanzó un grito y se precipitó en el espacio. Cayó no lejos de donde se encontraban sus compañeros, los cuales se acercaron para examinar el agujero que había hecho en tierra su cuerpo.

—Poco ha quedado de Djup —observó uno.

—Ese objeto volador vuelve hacia aquí —dijo otro, atisbando el horizonte.

—Si se acerca podemos matarlo con nuestras armas —objetó un tercero—. Ya hemos matado pájaros más grandes.

—A ese no podemos matarlo —observó el primero—; no es un ser vivo. Yo me vuelvo al bosque donde no podrá seguirnos—. Y al hablar así echó a correr hacia el bosquecillo y los demás le siguieron.

Duare trató de alcanzarles; pero el terror les daba fuerzas y sin volver la cabeza siguieron corriendo hasta penetrar en el bosque por el mismo sitio por donde había salido Duare. Descubrieron los cuerpos del tharban y del tongzan, y se sentaron, comenzando a devorarlo. Comían como bestias, arrancando la carne de las carcajas a grandes trozos y gruñendo incesantemente.

Vik-yor continuaba sentado en el árbol, sobre ellos, inmóvil por el terror. ¡Oh! ¿Por qué habría salido de Voad? ¿Qué le habría inducido a pensar que necesitaba una mujer? Ahora la odiaba. Ella tenía la culpa de todo. Vik-yor no lo sabía, pero comenzaba a enterarse de que siempre hay una mujer en el fondo de todas las cosas..., especialmente cuando se trata de disgustos.

Uno de los hombres que estaban abajo levantó la cabeza señalando hacia el árbol.

—¿Qué es eso? —preguntó a sus compañeros. Era el pie de Vik-yor, que, por

descuido, había dejado al descubierto bajo el follaje.

—Es un pie —dijo otro.

—Debe tratarse de un hombre.

—O de una mujer. Voy a averiguarlo.

Las sacudidas del árbol obligaron a Vik-yor a mirar hacia abajo. Cuando vio que uno de los individuos estaba trepando hacia él, comenzó a gritar y a subir hacia la copa. El individuo le persiguió y, como sabía trepar mejor que Vik-yor, le alcanzó pronto. Vik-yor olvidóse de la pistola que llevaba escondida en uno de sus bolsillos y con la que hubiera podido aniquilar a cincuenta de aquellos cabelludos salvajes. Su perseguidor atrapó a Vik-yor por uno de sus tobillos y tiró hacia abajo. Vik-yor hubiera caído al suelo de no haberle sostenido el otro. El salvaje descendió arrastrando al cautivo por el pelo.

Duare llegó hasta el borde del bosque, esperando a que los salvajes o Vik-yor salieran de allí. Por nada del mundo estaba dispuesta a abandonar la pistola; pero de haber visto lo ocurrido en el bosque, sus esperanzas se habrían desvanecido.

Vik-yor, temblando hasta casi no poderse sostener, estaba rodeado de sus perseguidores, los cuales iniciaron una polémica sobre su persona.

—Ya hemos comido bastante —dijo uno—; podíamos llevárnoslo para las mujeres y los niños. —Al hablar así, dio un pellizco a Vik-yor—. Está tiernecito. Acaso sería mejor que a las mujeres y a los chicos les proporcionáramos otra cosa. A mí me gustaría comerme algo de éste hoy por la noche.

—¿Y por qué no comérmolo ya ahora? —terció otro—. Las mujeres y los niños van a armar un alboroto si no les damos parte.

—Es mío —intervino el que había subido al árbol para capturar a Vik-yor—. Me lo voy a llevar al pueblo.

Ató a Vik-yor con una tira de cuero que anudó a su garganta y comenzó a tirar de él. Los demás le siguieron.

Cuando salieron del bosque, Duare los vio y voló más cerca. Allí iba Vik-yor. ¿Sería posible que la joven consiguiera recobrar la pistola? Los salvajes miraron hacia arriba y se pusieron a discutir sobre la aparición del aparato. Algunos opinaron que lo mejor sería volver al bosque; pero al ver que Duare se limitaba a trazar círculos encima, sin indicación alguna de que pretendía precipitarse sobre ellos, perdieron el temor y siguieron la marcha hacia el pueblo.

Éste se hallaba enclavado a la orilla de un río, no lejos de donde habían capturado a Vik-yor. No era fácil divisar el pueblo desde las alturas, ya que lo formaban unas cuantas miserables chozas de apenas tres pies de altura, cubiertas de ramas. Se ocultaba entre las hierbas que crecían alrededor.

Antes de llegar allí, Duare comenzó a planear muy bajo, acercándose mucho al grupo y aconsejando a Vik-yor que arrojara la pistola, con la esperanza de poder aterrizar, ocasionando el terror de los salvajes antes de que pudieran recuperarla; pero Vik-yor, con la testarudez de la ignorancia, negóse a aceptar el consejo. Al fin llegaron al pueblo donde un par de docenas de andrajosas mujeres y mozalbetes salieron a recibirles. Presto quisieron poner las manos encima de Vik-yor y comenzaron a lanzar gritos pidiendo carne. Duare fue trazando círculos en el aire cada vez más bajos y pudo oír aquellos gritos, comprendiendo que pronto iba a perder a Vik-yor y la pistola.

Entonces se lanzó hacia abajo a la vez que gritaba.

—¡Atención! ¡Voy a bajar para mataros a todos!

Y diciendo estas palabras dirigió el avión hacia el suelo. Sabía que corría grandes

riesgos, ya que arrojarían sus lanzas sobre el aparato y alguna de certera puntería podía serle fatal. No obstante, tenía que recuperar la pistola.

En medio de una lluvia de lanzas se precipitó sobre ellos, después de haber bajado la escalerilla del avión para que les barriera al cruzar sobre ellos. Aquello fue demasiado; dieron media vuelta y echaron a correr, al igual que Vik-yor, cuya vida corría el mismo peligro que la de los demás. Afortunadamente, Vik-yor marchó en dirección opuesta a la de los salvajes y Duare aterrizó a su lado.

—¡Entra! —le ordenó, perentoria—. ¡De prisa! ¡Que ya vienen!

Así era. Todos volvieron sobre sus pasos para recobrar su pitanza presididos por una docena de mujeres; pero no con la suficiente presteza. Duare se alejó fácilmente y, momentos después, el aparato elevóse de nuevo volando en el espacio.

—Si hubiera tenido la pistola —le dijo Duare—, nada de esto hubiera ocurrido. Devuélvemela ahora mismo para que no volvamos a tener que sufrir lance parecido.

—¡No! —repuso Vik-yor con terquedad.

—Me parece que preferirías que te devorara una fiera o que te comieran los salvajes, antes que devolverme la pistola con la que podríamos obtener verdadera protección.

—Ni me devorarán las fieras ni se me comerán los salvajes —repuso Vik-yor—. Pienso volverme a Voad. Nada de lo que piense hacerme Vik-vik-vik puede ser peor de lo que he sufrido. Llévame en seguida a Voad.

—Para que me vuelvan a colgar en un museo. ¿Crees que estoy loca? Voy a decirte lo que pienso hacer. Si me entregas el frasquito y la pistola te llevaré a tu ciudad y le diré a Vik-vik-vik que yo te obligué a escapar conmigo.

Vik-yor hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No —repuso—. Con esta pistola que mata tan fácilmente haré entrar en razón a Vik-vik-vik. Si volviera sin ella, me mandaría matar. Me he estado fijando en cómo manejas este aparato y yo también puedo hacerlo volar. Si no quieres llevarme a Voad, te mataré y lo manejaré yo solo. Después de todo, acaso sería ésta la mejor solución. ¡Fíjate! ¡Qué impresión produciría verme volver volando a Voad! Hasta podría matar a Vik-vik-vik y declararme jong. Cuanto más pienso en ello, mejor me parece. ¿Qué opinas?

—No se me antoja una idea luminosa —contestó Duare—. En primer lugar no me hace gracia el pensamiento de que me maten; en segundo lugar, tú no podrías hacer volar al avión. Lo que sí conseguirías es estrellarlo contra el suelo y tú con él. Claro que te matarías; pero esto no me compensa la pérdida del aparato.

—Tratas de desalentarme —objetó Vik-yor—, pero no me puedes engañar—. Al decir esto, apoyó el cañón de la pistola en la espalda de la joven—. Ya estás bajando en el acto a tierra —le ordenó.

Duare presintió que aquel insensato era capaz de asesinarla y tan pronto

aterrizaran, intentaría volar por su cuenta. El único recurso que le quedaba para impedirlo era mantener el avión en el aire.

—Te he dicho que bajes esto al suelo —gritó Vik-yor, así que se dio cuenta de que el aparato no perdía altura.

—Si lo hago, me matas —le dijo Duare.

—Y si no lo haces, también —replicó él—. Ya conozco todas estas cosas que tú llamas controles. No tengo más que disparar contra ti y ponerme en tu lugar. Lo único que me induce a incitarte a bajar es la idea de hacerte salir y practicar yo solo un poco. Si veo que no me gusta, entonces te dejaré que vuelvas a subir.

—No creo que quede nada de este aparato después que tú hayas practicado unos minutos.

—No vale la pena que intentes hacerme cambiar de opinión metiéndome miedo —dijo Vik-yor—. Lo tengo decidido, y cuando yo he decidido una cosa...

—Sí —dijo Duare—. Ya lo he notado. Muy bien —añadió—, aparta esta pistola de mis costillas y te dejaré en tierra.

Vik-yor volvió a meterse la pistola en una de sus bolsas, vigilando todos los movimientos de Duare al hacer aterrizar al avión.

—Ahora sal de ahí —dijo Vik-yor.

—Vas contra el viento —dijo Duare—. Sigue en línea recta y no intentes elevarte demasiado aprisa.

Dicho esto, saltó al ala y de allí al suelo.

Vik-yor abrió por completo la válvula de paso y el avión dio un brinco hacia adelante, torciendo a la derecha. Duare contuvo el aliento al ver que el avión iba pegando saltos y brincos del modo más errático; se quedó boquiabierto al ver que el extremo de un ala rozaba el suelo; luego, en seguida, el avión se elevó de un salto en el aire. Duare pudo oír los alaridos proferidos por Vik-yor, que casi compensaban la pérdida del avión.

El ente aquél había conseguido ponerse horizontal, pero el avión giraba primero a un lado y después a otro; describía círculos; y empezó a descender en picado; luego la proa se enderezó súbitamente y el avión se elevó a gran velocidad y a un ángulo empinadísimo. Finalmente dio una vuelta completa, y se vio a Vik-yor volando al revés, llenando con sus alaridos el firmamento con un estruendo horribísimo.

A cada instante Duare esperaba ver estrellarse el avión, cosa que no la habría sorprendido. Lo que la sorprendió fue ver que Vik-yor completaba el rizo recobrando la horizontal a pocos metros del suelo. El avión se dirigió directamente al río, cerca del sitio de donde había partido. En su terror, el vooyorgan se agarraba a todo lo que sobresalía del tablero de mandos, al interruptor de ignición inclusive..., y el motor se paró.

El avión siguió volando graciosamente río arriba, a pocos metros de la superficie

del agua, hasta que, perdiendo velocidad, aterrizó suavemente con toda seguridad, mientras su piloto pendía semiinconsciente de su cinturón-salvavidas. Duare casi se resistía a creer que aquel vuelo de locura no hubiese terminado en tragedia, y de que el avión estuviese aún intacto; y, sin embargo, allí estaba, flotando serenamente río abajo, como si no acabase de salir de la más horripilante aventura que acontecerle pudiera a un avión de buena familia durante su vida.

La joven corrió hacia la orilla, rogando que la corriente no arrastrara al aparato a lugar peligroso. Al cerciorarse Vik-yor de que no había perecido, casi sufrió un ataque de histérica alegría, agitándose y parlotando como un chiquillo.

—¿No te dije que no podrías volar solo? —le gritó.

Un golpe de corriente arrastraba ahora al avión hacia el centro del río y pronto cruzaría ante los ojos de Duare. Miró ésta la profundidad de las movibles aguas. ¿Qué horribles monstruos podrían cobijarse bajo su plácida corriente? La pérdida del avión significaba renunciar totalmente a su vida y a Carson. Fue tal pensamiento lo que la indujo a precipitarse en medio de los ocultos peligros de las aguas. Nadó con poderosas brazadas hacia el avión. Un cuerpo viscoso rozó su pierna y presintió que unas mandíbulas horribles iban a clavarse en sus carnes, pero nada ocurrió. Llegó junto al aparato; se agarró al juanete y brincó sobre un costado. Estaba a salvo.

Vik-yor había encontrado su provisión de nueces y se puso a devorarlas ansioso. Duare no se preocupó de aquello. En lo único que pensaba era en que el avión estaba intacto y ella se hallaba a bordo.

Puso en marcha el motor para poder controlar el aparato; pero dejó a éste discurrir por la corriente. Por último, halló lo que estaba buscando: una islita con un pequeño remanso en un extremo. Llevó el avión hacia aquellas quietas aguas y arrojó el áncora.

Vik-yor no prestaba atención alguna a lo que hacía ella; continuaba ingiriendo nueces como una ardilla. Duare se le acercó en busca de una nuez, pero él la apartó bruscamente y retiró las nueces del alcance de su mano. Duare le miró sorprendida. Apenas si tenía tiempo de masticar las nueces ni casi para respirar. De pronto, se puso a reír, y sólo cesaba en sus risas para cantar, continuando de este modo incesantemente.

—¡Vino! —gritó—. ¡Si tuviera vino! ¡Pero sólo hay agua! —Miró a su alrededor observando que el avión se iba acercando suavemente a la orilla.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó.

—Pernoctaremos —repuso Duare—. Estoy cansada.

—Yo me voy a la ribera —objetó Vik-yor—. No creo que te decidas a marcharte, dejándome aquí. Tengo el frasquito y la pistola.

Comenzó a reír y a cantar de nuevo, y luego de recoger todas las nueces que quedaban, se fue a tierra firme, tumbándose boca abajo y poniéndose a beber agua del río.

Siguió comiendo y bebiendo indefinidamente. A Duare le parecía imposible que no reventase. Cuanto más comía y bebía, más histérico se mostraba. Terminó por revolcarse en el suelo, sumido en completo éxtasis, gritando y riendo. Luego quedó inmóvil, jadeante. Permaneció así unos quince minutos, para levantarse, al fin, completamente enervado.

Dio unos pasos hacia el avión. Tenía los ojos vidriosos y saltones. Acabó por abatirse al suelo con un estremecimiento, y comenzó a retorcerse y agitarse en medio de terribles convulsiones, mientras gritaba:

—¡Voy a dividirme! ¡Voy a dividirme y no puedo!

Duare le contempló sumido en sus inútiles convulsiones hasta verlo agonizar. Entonces se dirigió a donde se hallaba y sacó el frasquito y la pistola que llevaba ocultos en el bolsillo; volvió al avión, levó anclas y puso el motor en marcha. El aparato elevóse como un enorme pájaro, bajo la dirección de Duare. La suave penumbra de la noche que comenzaba ofrecía cierta visibilidad; a media noche la oscuridad sería más intensa, ya que el sol alumbraría la otra parte de la capa de nubes y el reflejo luminoso llegaría a su mínima intensidad. Pero a media noche ya estaría Duare en Voad.

Tomó rumbo hacia el Norte. La gran cadena montañosa quedaba a su izquierda,

misteriosa y un poco terrorífica en la penumbra. Luego, vino el enorme bosque, tenebroso y prohibido. ¡Qué mundo tan distinto era éste sin Carson! Ahora estaba solitario y lleno de amenazas; era un mundo tétrico y aterrador. Con Carson la oscuridad habría sido la misma, mas la escena, sugestiva y atrayente.

Pero, al fin, iba en busca suya. ¿Le encontraría vivo? ¿Se vería coronado por el éxito su audaz plan de rescate? Aquéllas eran las preguntas cuyas réplicas se escondían en las largas horas de la noche.

Despertó Ero Shan y miró a su alrededor. El Museo de Historia Natural estaba desierto, excepto los escasos y adormecidos guardianes, y los tristes y desesperados ejemplares humanos que se exhibían allí.

—¿Estás despierto, Carson? —preguntó.

—Sí —repuse—; he dormido muy poco. No puedo apartar de pensamiento el temor de que algo terrible le ha debido ocurrir a Duare. Resulta doloroso pensar que ella anda en la oscuridad de la noche, a solas con esa criatura a la que no puede llamarse humana y que conserva la pistola. Oí decir a los guardianes que Vik-yor mató a muchos de sus compañeros con mi pistola. Debí arrebatársela a Duare y era el único medio de defensa que tenía ella para su seguridad.

—No te tortures —le consoló Ero Shan—; de nada te serviría. ¿No crees en el valor profético de los sueños?

—No.

Ero Shan se echó a reír.

—Ni yo tampoco; pero tuve un sueño agradable. Puede no ser profetice, pero resultaba alentador. Soñé que estábamos todos de vuelta en Havatoo y que Nalte daba una maravillosa cena en nuestro honor. Todos los miembros del Sanjong se hallaban presentes y no hacían más que alabar a Duare.

—Yo también tuve un sueño —dije—. Vi cómo se estrellaba el avión y que el cadáver de Duare yacía a su lado.

—Es preferible que no creas en los sueños —aconsejó Ero Shan.

—No creo en ellos —casi grité—; pero ¿por qué habré soñado cosa semejante?

Se acercó un guardián que llevaba un pequeño látigo con el que me golpeó el rostro.

—¡Silencio! —nos amonestó, y en aquel preciso instante escuché detrás del gantor que se hallaba a mi izquierda el silbido de la pistola de los rayos-R, y el guardián que me había castigado se desplomó en el suelo.

Otros guardianes aparecieron corriendo, a la vez que surgió una figura detrás del gantor.

—¡Duare! —grité.

Los guardianes se arrojaron sobre ella; pero les hizo frente y los mortíferos rayos zumbaron al salir por la boca del arma. Cuando cuatro o cinco de sus atacantes cayeron muertos, los otros huyeron lanzando gritos de alarma.

Duare se precipitó hacia mí, con el frasco en la mano. Rápidamente me rozó la lengua varias veces con el tapón y luego hizo lo mismo con Ero Shan. Antes de que hubiera producido el antídoto sus completos efectos, nos descolgó a los dos.

Sentí que la vida retornaba a mi cuerpo; podía mover las piernas y los brazos.

Muchos guerreros comenzaban a irrumpir en el edificio, alarmados por los gritos de los guardianes. Duare se volvió hacia ellos para hacerles frente, mientras Ero Shan y yo procurábamos mantenernos en pie. Apenas se dio cuenta Duare de que podíamos seguirla avanzó hacia la puerta. Ero Shan y yo íbamos a su lado con las espadas en la mano. Los guerreros caían bajo los efectos de aquellos rayos de la muerte, igual que el trigo segado por la hoz. Nos arrojaron lanzas; pero afortunadamente fallaban la puntería y, al fin, nos hallamos en la plaza, donde vimos una multitud que se dirigía hacia el avión; una multitud iracunda y ansiosa de destruirlo.

—¡De prisa! —exclamó Duare—. ¡Al avión! Era aquélla una invitación que no necesitábamos que se nos hiciera. La multitud ya había asaltado el anotar cuando llegamos nosotros y no podíamos asegurar si no habría sufrido desperfectos irreparables. Mostrábase más agresivos de lo que esperábamos; pero eran una pobre masa humana ante las duras espadas de Ero Shan y mía, y, sobre todo, ante la pistola de los rayos-R que manejaba Duare con auténtica maestría. Pronto huyeron los supervivientes para guarecerse en los edificios cercanos y quedamos dueños de la situación.

—Dame el frasquito, Duare —le dije.

—¿Qué quieres hacer con él? —me preguntó a la vez que me lo entregaba.

—Pienso en esos otros desgraciados de ahí dentro —repuse, señalando al museo.

—Tienes razón —asintió—. Pensaba libertarlos también; pero la resistencia de estas gentes me impidió disponer del tiempo preciso, especialmente con los peligros que amenazaban a nuestro avión. Pero ¿cómo podrás poner en práctica tu propósito? No podemos separarnos ni dejar el avión abandonado.

—Llévemolo hasta la puerta del museo —sugerí—, de tal modo que intercepte la entrada. Tú con la pistola y Ero Shan con la espada podéis defender la posición hasta que yo los liberte a todos.

Me costó una hora larga libertar a aquellos infelices. Todos eran guerreros, disponían de sus armas, y estaban sedientos de venganza. Los que liberté primero me ayudaron a bajar a los otros y presto nos reunimos un par de centenares de guerreros armados, listos para irrumpir en la plaza.

Sería difícil reflejar toda la gratitud de sus corazones. Algunos, que eran hombres curtidos en cien batallas, cubiertos su rostro y cuerpo de cicatrices, se arrodillaron sollozantes. Estaban dispuestos a seguirme al fin del mundo, si así lo deseaba y si el avión hubiera tenido la suficiente capacidad para recogerlos. Me hubiera gustado llevármelos, pues con ellos me veía capaz de conquistar el mundo.

Apartamos el avión de la entrada y les dejamos salir. Cuando comprendieron que no podían venir conmigo, se despidieron y se lanzaron hacia el palacio de Vik-vik-vik. Mientras levantábamos el vuelo silenciosamente sobre Voad, oímos clamor de gritos y juramentos que procedían del vasto edificio.

Pregunté a Duare qué había sido de Vik-yor y me dijo:

—El desdichado no sólo no podía tener sucesión, sino que ni siquiera pudo dividirse como los otros.

Poco después Ero Shan señaló hacia atrás. El cielo estaba rojo por las llamas. Los guerreros liberados habían incendiado la ciudad.

—Ya no volverán a dar la bienvenida a los visitantes dedicándoles flores y canciones —observó Ero Shan.

—Y Vik-vik-vik no dará más suntuosos banquetes —añadió Duare.

Volamos hacia el Sur, en medio de la noche. De nuevo nos hallábamos Duare y yo juntos y a salvo. De nuevo iniciábamos la búsqueda de la ciudad de Sanara que está en el Imperio de Korva, en el país de Anlap.

Anlap es una considerable porción de terreno que se extiende en el hemisferio Sur de Venus. Una parte se halla en la zona meridional, de clima templado; pero se alarga hacia el Norte hasta adentrarse en Strabol, la zona tórrida. Prácticamente, toda esta parte de Anlap se halla totalmente inexplorada y carece de cartas geográficas. Su frontera Norte se indica en los mapas de Amtor por líneas punteadas.

Cuando Duare, Ero Shan y yo escapamos de Voad en el avión, volamos directamente hacia el Sur, ya que suponía que hacia aquella parte se hallaba Korva, el Imperio regido por mi amigo Taman.

No teníamos la menor idea de la distancia a que se encontraba Sanara, el puerto de Korva, del que Taman había hecho la capital del Imperio, desde el levantamiento de los revolucionarios de Zani. Duare había recorrido buena parte de aquel territorio, mientras preparaba el rescate de Ero Shan y mío, y me contó que el avance hacia el Sur veíase bloqueado por bosques de tremenda altura y una gran cadena montañosa; las cumbres de estos bosques y montañas aparecían siempre ocultas entre las dos impenetrables capas de nubes que rodean a Venus y que la protegen de los terribles calores del sol. Más tarde pudimos informarnos de que Anlap queda dividida en tres partes por esta gran cordillera, existiendo otra más hacia el Sur. Ambas altas cordilleras cruzan de Este a Oeste y en medio hay una enorme meseta, bien regada, con amplias llanuras casi sin accidentes naturales.

Me hubiera gustado poder llevar a Ero Shan a Havatoo, su ciudad natal, de no haber sido la seguridad de Duare mi principal y casi única preocupación. Además, yo también ambicionaba la paz y la seguridad que parecía podernos ofrecer Sanara y que yo había disfrutado sólo en breves intervalos, desde aquel día fatal en que mi avión cohete partió de las soledades de Guadalupe en mi proyectado viaje a Marte que terminó en Venus.

Ero Shan y yo habíamos tratado ya del asunto y fue él quien más insistió en que debíamos dirigirnos primero a Sanara para asegurar la tranquilidad de Duare, antes de pensar en volver a Havatoo; pero yo le aseguré que una vez allí, le ayudaría a construir otro avión para que pudiese volver a casa.

Cuando llegamos ante el macizo montañoso, volví hacia el Este en busca de alguna brecha por la que poder continuar nuestro viaje hacia el Sur, ya que hubiera sido un intento suicida tratar de volar a través de la capa más baja de nubes, sin tener la menor idea de la altura que alcanzaban las montañas. Pero resultaría tedioso cansar al lector con el relato de tan laboriosa búsqueda. Baste decir que la capa de nubes más baja no se mantiene siempre a la misma altura, sino que oscila hacia arriba y abajo con un desnivel que alcanza, a veces los cinco mil pies, y fue en una de las ocasiones en que llegaba a su máxima altura cuando vislumbré las cumbres de algunos picos

relativamente bajos, más allá de los cuales parecía descubrirse espacio despejado.

En aquel momento volábamos bajo la capa de nubes mencionada y viré inmediatamente hacia el Sur, a toda marcha, cruzando aquellos picos agudos que ningún ser humano había contemplado hasta entonces, desde la creación del Universo.

La velocidad era un problema fundamental, pues debíamos atravesar aquellas montañas antes de que la capa de nubes descendiera y nos envolviese.

—Bueno —dijo Duare, dejando escapar un suspiro de alivio, al divisar la vasta llanura que mencioné antes—; conseguimos cruzar y esto es un buen augurio para el futuro. Pero esto no se parece mucho a la comarca que rodea a Sanara, ¿no crees?

—No se parece en nada —repuse—, y el mar no se atisba por ninguna parte.

—No se parecerá a Korva —intervino Ero Shan—; pero se trata sin duda de un país muy bello.

Y, efectivamente, lo era. Hasta donde la vista se perdía por todas direcciones, la llanura era casi perfectamente lisa, sólo cortada por unas cuantas colinas, bosques y ríos que rompían la monotonía de la vasta superficie de matizados colores.

—¡Fíjate! —observó Duare—. ¡Algo se mueve allí! Pude ver a lo lejos algo que parecía una procesión de pequeñas manchas que avanzaban paralelamente a un río.

—Acaso sean animales de caza —observó Ero Shan— y podríamos proveernos de comida.

Fuera lo que fuese, se movía con tal marcial precisión que dudé que se tratase de animales; no obstante, decidí volar sobre aquel sitio, descender y averiguar de qué se trataba. Cuando llegamos más cerca y pudimos observar con exactitud, resultó ser la escena más sorprendente que habíamos visto. Eran cosa de unos veinte enormes vehículos semejantes a barcos de guerra que funcionasen en tierra, sobre la llanura. Frente a ellos, a ambos flancos y a la retaguardia, iba un buen número de barcos más pequeños, reproducción reducida de los otros monstruos.

—Pero ¿qué es eso? —preguntó Duare.

—Me da la impresión de una batalla naval, pero... en tierra firme —repuse—. Es la cosa más sorprendente que he presenciado en mi vida. Voy a descender un poco para que podamos observar mejor.

—¡Ten cuidado! —me advirtió Duare—. No olvides eso que tú llamas mala estrella y que nos viene persiguiendo hace tanto tiempo.

—Tienes mucha razón, preciosa —repuse—: no me acercaré demasiado, pero me gustaría ver de cerca esa escena.

Comencé a trazar círculos descendentes sobre la caravana hasta llegar a unos mil pies sobre ella. Al observarla de cerca comprobé que estaba formada por unidades mucho más maravillosas y extraordinarias de lo que parecían a distancia. Las unidades mayores debían tener entre setecientos y ochocientos pies de largo con una

manga de unos cien pies; alcanzaban una altura de unos treinta pies sobre el suelo y estaban provistas de estructuras superpuestas, que se alzaban unos treinta pies o más, sobre lo que no tengo más remedio que llamar la cubierta superior, ya que se parecían extraordinariamente a los dreadnaughts. Sobre las partes altas ondeaban banderas y pendones, al igual que en popa y en proa; todos ellos relumbraban de armamentos.

Las unidades más pequeñas eran de tipo distinto y podían compararse a los cruceros y destructores; mientras que las mayores se parecían de veras a dreadnaughts, o, más bien, a superdreadnaughts. Tanto la cubierta como las torrecillas estaban atestadas de hombres que miraban hacia arriba. Nos observaron un momento y, de pronto, desaparecieron; comprendí en el acto que estaban acudiendo a sus puestos de batalla.

Tal actitud me produjo recelo y me dispuse a elevarme tan rápidamente como me fuera posible; simultáneamente escuchamos el zumbido de los rayos-T. Nos estaban disparando con aquella arma mortífera, peculiar de Amtor, que destruye toda la materia.

Puse a toda marcha el motor y ascendí haciendo zig-zag, intentando eludir los disparos y acusándome yo mismo de idiotez por haber corrido un peligro innecesario. Instantes más tarde, cuando ya me congratulaba de haber conseguido escapar, saltó el extremo delantero del anotar, junto con la hélice.

—La mala estrella sigue persiguiéndonos —dijo Duare.

Mientras descendía el avión planeando suavemente, cesó el fuego y un par de destructores se destacaron de la columna, avanzando sobre la llanura hacia nosotros a aterradora velocidad. Cuando aterrizamos, ya se encontraban allí, apuntándonos con los cañones. Yo me levanté de mi asiento e hice con la mano señales de paz. Abrióse una puerta lateral de uno de los destructores y saltaron al suelo seis individuos, avanzando hacia nosotros. Todos ellos, menos uno, iban armados con pistolas y rifles de rayos-R. El que no iba provisto de tal arma debía ser evidentemente el oficial. Usaban el típico traje amtoriano, sandalias y yelmos, constituyendo éstos la única prenda que los distinguía del atavío casi universal en Amtor. Tenían un aspecto bastante sombrío, fuertes mandíbulas y rostros serios. A su manera constituían bellos tipos, pero algo siniestros. Se acercaron y paráronse junto al avión, levantando la mirada hacia nosotros.

—Bajad —dijo el oficial.

Ero Shan y yo saltamos al suelo y ayudé a descender a Duare.

—¿Por qué disparasteis contra nosotros? —pregunté.

—Acaso te conteste Danlot, el lotokor —repuso el oficial—; os voy a llevar a su presencia.

Nos trasladaron al interior de aquella extraña máquina guerrera de donde habían salido. Debía haber unos dos o trescientos hombres, a bordo de aquel neolantar, como supe más tarde que los llamaban, de trescientos pies. En aquella parte de lo que pudiéramos llamar barco se hallaban los camarotes, la cocina y los comedores, así como cuartos para almacenes de provisiones y municiones. En otra cubierta interior había baterías de cañones que podían disparar a través de orificios y que se alineaban a ambos lados, al igual que a popa y a proa. Por último, la cubierta superior, a la que nos llevaron finalmente, estaba también poderosamente armada y provista de torrecillas giratorias con cañones y otras torrecillas más ligeras defendidas en la cúspide con cañones pequeños; existían asimismo baterías a popa y a proa, sobre los que podían disparar los cañones de la torrecilla. Las estructuras superpuestas se levantaban en el centro de esta cubierta superior y cabría llamarla el puente; mientras debajo se alineaban las cabinas de los oficiales.

Esta especie de barcos se llamaban lantares, que es una contracción de las dos palabras “lap” y “notar”; “lap” significa suelo y “notar” nave. A los grandes dreadnaughts los llaman tonglantars o grandes navíos; al destructor lo llaman neolantar, o sea pequeño navío. Yo los denomino superdreadnaughts, cruceros y destructores, porque se parecen a nuestros navíos de la Tierra.

Nos trasladaron a uno de los superdreadnaughts, que resultó ser el barco almirante. Era realmente tremendo; tenía setecientos cincuenta pies de largo, y manga

de ciento diez y siete. La cubierta superior se alzaba a treinta pies sobre el suelo y las construcciones superpuestas a treinta pies de altura. Estaba adornado con banderas y pendones; pero, por lo demás, tenía un aspecto muy tétrico y semejaba una máquina guerrera muy eficaz. Sobre cubierta había un grupo de oficiales y fue allí donde nos escoltaron.

Danlot, el lotokor que mandaba la flota, era un hombre de aspecto severo y rudo.

—¿Quiénes sois y qué hacíais volando sobre la flota de Falsa con ese objeto? —preguntó, mientras nos escudriñaba con una mirada intensa y recelosa.

—Hace meses que estamos perdidos y tratamos de hallar la ruta para volver a nuestra patria.

—¿Dónde se encuentra? —me volvió a preguntar.

—En Korva.

—Nunca oí hablar de ese país —objetó Danlot—. ¿En dónde está?

—No puedo decirlo con seguridad —contesté—; pero se halla al Sur de aquí, en la costa meridional de Anlap.

—Esto es Anlap —replicó—; pero el mar está al Este y no hay ninguna Korva por allí. Hacia el Sur existen montes que no se pueden cruzar. ¿Qué es ese objeto con el que volabais, y cómo se sostiene en el aire?

—Es un anotar —le dije, y le expliqué sus principios mecánicos brevemente.

—¿Quién lo ha construido? —inquirió.

—Yo.

—¿De dónde partisteis en vuestro último vuelo?

—De una ciudad que se llama Voad, al norte de las montañas —repuse.

—Nunca oí hablar de ella —objetó Danlot—. Me estás mintiendo y eres un pobre farsante. Afirmas venir de un lugar del que nadie oyó hablar nunca. ¿Piensas que voy a creerte? Voy a decirte lo que sois: espías pangans.

Yo me eché a reír.

—¿Por qué te ríes? —me preguntó.

—Porque tu afirmación es completamente ridícula y los propios hechos la desvirtúan —contesté—. Si fuéramos espías no hubiéramos descendido para exponernos a vuestros disparos.

—Todos los pangans son idiotas —saltó Danlot.

—No tengo más remedio en coincidir contigo en que lo soy un poco, pero no pangán —observé—. Jamás he oído hablar de ese pueblo y no tengo la menor idea de dónde me encuentro en estos momentos.

—Insisto en que sois espías —persistió— y se os aniquilará como a tales.

—Mi esposa fue la janjong de Vepaja —le advertí, señalando a Duare—; mi amigo Ero Shan, un soldado-biólogo de Havatoo, y yo, Carson de Venus, tanjong de Korva. Si sois ciudadanos civilizados, debéis tratarnos como se merece nuestro

rango.

—He oído hablar de Havatoo —dijo Danlot—. Está a unas tres mil millas al Este, cruzando el océano. Hace muchos años naufragó un barco en la costa de Falsa. Era una nave que procedía de un país llamado Thora y, a bordo iba un hombre de Havatoo, prisionero de los thoristas. Esos thoristas son mala gente y los matamos a todos. Pero el hombre de Havatoo es un hombre listo. Vive todavía en Onar. Acaso no os mande matar hasta que llegemos a Onar.

—¿Cómo se llama ese individuo de Havatoo? —preguntó Ero Shan.

—Korgan Kantum Ambat —replicó Danlot.

—Le conozco perfectamente —asintió Ero Shan—. Desapareció de un modo misterioso hace muchos años. Era hombre muy culto y soldado-físico.

—Me dijo que se cayó una noche de la cubierta del barco al río —explicó Danlot— y la corriente le arrastró hacia una cascada que hay cerca de la ciudad, salvando la vida milagrosamente gracias a que consiguió encaramarse a un tronco flotante que fue a parar al mar, en donde le capturaron los thoristas. Como no había medio de poder retornar a Havatoo, se quedó aquí.

Después de tal cambio de impresiones la actitud de Danlot se hizo más suave. Me dijo que iban camino de la ciudad de Hor, que era pangana. No le agradaba la idea de mezclarnos en la batalla, ya que no serviríamos más que de estorbo, especialmente Duare.

—Si pudiera disponer de algún vehículo —observó—, os enviaría a Onar. Aquí no hay sitio para mujeres.

—Podría yo dormir en el camarote con mi klookor —terció el oficial que nos había traído—, y la mujer dispondría de mi cabina—. Klookor quiere decir lugarteniente.

—Muy bien, Vantor —aceptó Danlot—; puedes llevarte a la mujer.

Aquello no me hizo gracia y se lo expresé así; pero Vantor insistió en que no había lugar para mí en el barco y Danlot me interrumpió bruscamente, advirtiéndome que éramos prisioneros. Observé la sombra de una sonrisa sarcástica en los labios de Vantor cuando se llevó a Duare, y tuve tristes presentimientos al verla abandonar el barco almirante para entrar en el destructor. Inmediatamente después, la flota se puso en movimiento.

Danlot me hizo ocupar la cabina de un lugarteniente, y con Ero Shan hizo lo propio, con la advertencia de que debíamos dormir mientras los respectivos lugartenientes estaban de servicio y dejarles la habitación así que volvieran. Por otra parte, podíamos recorrer libremente la nave, cosa que me sorprendió, pero comprendí que Danlot ya no nos creía espías.

Una hora después divisamos algo que avanzaba hacia nosotros a velocidad aterradora y, cuando estuvo lo suficiente cerca, vi que era un diminuto lantar. Se puso

al lado del barco almirante que seguía su marcha sin aminorar la velocidad, y un oficial pasó a bordo dirigiéndose en seguida hacia Danlot. Casi inmediatamente después se arriaron las banderas y pendones de todos los barcos con la sola excepción de la bandera nacional, izándose otra bajo ella y en la punta de la pértiga que remataba las estructuras superpuestas en la cubierta. Era una bandera roja con espadas negras que la cruzaban: la bandera de guerra de Falsa. Ahora la flota se desplegó en forma de abanico, llevando los destructores a la cabeza, en tres líneas; luego seguían los cruceros y los barcos pesados a la retaguardia, pero en el extremo del triángulo. Del frente y flancos respectivos se destacaron pequeños barcos exploradores colocándose a los lados de las naves a que estaban destinados.

Toda la tripulación del barco almirante se hallaba en su puesto y la gran flota avanzó firme, en perfecto orden. Era la clásica formación de guerra. Ya sabía por experiencia que tales maniobras son siempre imponentes, pero el caso era que no se veía enemigo alguno, y como nadie se preocupaba de mí, subí al puente para dominar mejor la perspectiva de lo que iba a pasar y ver si podía descubrir a nuestros contrincantes. Había allí oficiales y expertos en el lenguaje de señales, enviando y recibiendo mensajes. En el puente existían cuatro cañones de rayos-T, dotados cada uno de tres soldados; de manera que el puente, aunque amplio, se hallaba bien concurrido y no era el puesto más oportuno para un curioso como yo. Estaba sorprendido de que se me permitiese estar allí, pero más tarde averigüé que Danlot había dado órdenes de que se me dejase mover libremente, con la idea de que si era espía, terminaría por delatarme algún acto indiscreto.

—¿Has asistido alguna vez a una batalla de lantares? —me preguntó un oficial.

—No —repuse—; hasta hoy nunca había visto un lantar.

—Yo de ti me marcharía abajo —me advirtió—. Éste es el lugar más peligroso del barco y, probablemente, más de la mitad de todos nosotros moriremos antes de que acabe la batalla.

En el momento en que acababa de hablar, oí un silbido que se fue convirtiendo en un murmullo estridente, hasta terminar en una detonación terrible, a la vez que estallaba una bomba a unas doscientas yardas, delante del barco almirante.

En el acto respondieron a una los gruesos cañones de la nave.

La batalla había comenzado.

Los cañones mayores de nuestros barcos arrojaban obuses que pesaban mil libras a una distancia de unas quince millas; mientras otros más pequeños lanzaban bombas de quinientas libras a distancia de veinte a veinticinco millas. Tales cañones se emplean cuando el enemigo está fuera de la línea visual, ya que los rayos-T y los rayos-R no describen curva alguna en su trayectoria. Como se mueven siempre en línea recta, el que dispara tiene que ver el objetivo.

Nuestros destructores y cruceros habían desaparecido de la vista, a la caza del enemigo e impaciente de atacarle con rayos-T. Las bombas del enemigo llovían a nuestro alrededor y nuestros barcos descargaban sus cañones una y otra vez.

Repentinamente las bélicas naves aceleraron la marcha hacia adelante, balanceándose sobre la desigual llanura, de tal modo que la sensación era muy semejante a la de hallarse uno sobre la cubierta de un barco, en alta mar. El fuego era incesante.

Un proyectil dio de lleno en la torre del barco contiguo a nosotros. Todos los soldados que iban allí debieron perecer en el acto. Aunque daba la impresión de un monstruo sin ojos, manteníase la nave en su puesto y continuaba disparando. Su comandante y demás jefes superiores seguían mandando el barco desde una cámara acorazada, en el interior del mismo, recibiendo la información radiada que se les trasmitía desde el barco almirante. Aunque con un serio desperfecto, continuaba en la liza.

—¿Te das cuenta de lo que te dije? —observó el oficial que me había aconsejado bajar, a la vez que señalaba la parte destruida del barco.

—Me doy cuenta; pero resulta más interesante permanecer aquí que estar abajo —repuse.

—Pues aún te resultará mucho más interesante cuando estemos cerca del enemigo.

Ahora ya podíamos divisar a nuestros cruceros y algunos de los destructores que iban en vanguardia. Estaban en contacto con las naves enemigas, y, en último término, casi en la línea del horizonte, se divisaban, avanzando, otros grandes navíos; en media hora habíamos establecido también contacto con ellos. Los pequeños navíos de exploración lanzaban un zumbido como de mosquitos, y, con los destructores, disparaban ininterrumpidamente torpedos contra las naves contrarias, mientras éstas nos atacaban en forma semejante.

Al disparo de los grandes cañones siguió el de los rayos-T, capaces de destruir todo cuanto se le pusiera de por medio.

Estos navíos tienen dos clases de protección: una fuerte armadura forrando el casco y, sobre ella, una fina lámina protectora contra la cual nada pueden los terribles

rayos-T, pero que, utilizando cierto producto químico, puede disolverse. Cuando las dos escuadras se encontraban en cerrado contacto, entró en acción otro tipo de arma que, al disparar, lanzaba granadas que contenían este ácido. Al producirse el impacto, podía observarse una gran mancha en el lugar en que la materia protectora de los rayos-T desaparecía, quedando al descubierto la coraza interior. Inmediatamente el buque se convertía en cosa vulnerable, y contra aquella mancha dirigían su tiro los cañones que los disparaban; así es que la estrategia de los navíos manchados con el disolvente consistía en maniobrar constantemente para no ofrecer al enemigo su parte vulnerable.

Al acercarnos al vórtice de la batalla descubrí que una de sus fases más interesantes se centraba en torno a los pequeños torpedos rodantes. Montados sobre una especie de triciclo, dotados de autopropulsión, la misión de estos barquitos exploradores es destruir los torpedos, a la vez que arroja los suyos, lo que hace utilizando pequeños cañones de rayos-T. A mí me parecieron los barcos más interesantes para pilotar. Son extraordinariamente veloces y fáciles de maniobrar. Lanzar uno de aquellos torpedos constituye el trabajo más activo que yo he visto; se avanza en zig-zag, a velocidad inverosímil, para eludir los disparos de los rayos-T, o ir a la caza de un torpedo enemigo y destruirlo.

El barco almirante se hallaba ahora en la zona donde la batalla era más encarnizada, y pronto presencié cosas más interesantes que los citados barquitos. Acabábamos de comenzar un duelo, con los hombres que teníamos a cargo, contra la torrecilla de una nave enemiga que se hallaba a estribor. Seis de nuestros soldados habían perecido ya y uno de nuestros cañones estaba fuera de combate. Una bomba química había alcanzado la coraza de nuestra nave; en el lugar del impacto quedó destruida la capa protectora y expuesta a los efectos mortíferos de los rayos-T. Estos abrieron una gran brecha en la plancha protectora y los soldados que atendían los cañones fueron cayendo uno tras otro. Dos de nuestros hombres se pusieron a montar otra plancha para proteger a nuestro cañón y yo les ayudé. La levantamos frente a nosotros, a fin de guarecernos contra el fuego enemigo; pero al colocarla en adecuada posición, mis compañeros descubrieron el cuerpo y perecieron ambos.

Miré a mi alrededor para ver si acudía alguien a hacerse cargo del cañón; pero me encontré con que todos los del puente habían perecido, a excepción de los que atendían los otros cañones, uno de los cuales tenía que ser manejado por el único oficial que quedaba. En consecuencia, ocupé mi puesto ante el cañón y apliqué el ojo al pequeño periscopio que apenas se asomaba sobre la plancha de protección. Ahora me hallaba guarecido contra cualquier clase de disparos, excepto de los grandes obuses, hasta que otra bomba química alcanzase la coraza que me cobijaba.

A través del periscopio podía ver perfectamente el puente del barco enemigo y observé que no había salido mucho mejor parado que nosotros. La cubierta estaba

llena de cadáveres y parecía evidente que dos de sus cañones habían quedado inutilizados. A mis pies, los dos navíos se lanzaban bombas químicas y rayos-T contra los respectivos cascos. El barco enemigo ostentaba un gran agujero, pero nuestros rayos-T no habían conseguido impactar aún en un objetivo vital.

Dirigí de nuevo el periscopio hacia el puente enemigo, y descubrí un pie que se asomaba bajo la coraza protectora del cañón, precisamente enfrente de mí. Apunté al pie y disparé. En seguida oí los gritos del herido y vi cómo quedaba tendido. Tuvo poco cuidado, ya que su cabeza quedó al descubierto y segundos más tarde esta parte de su cuerpo corrió la misma suerte que el pie. No obstante, el cañón siguió disparando. Debía haber más soldados detrás de la coraza.

Los rayos-T salen en un chorro no mucho mayor que el diámetro de un lapicero ordinario. Los dos disparos que lancé con el cañón, me convencieron de que se trataba de un arma de gran precisión. Naturalmente, los balanceos de ambas naves, mientras se debatían una frente a la otra, convertía la eficacia de los disparos casi en un problema de casualidad; pero a pesar de lo mucho que se mueva una nave, existe un momento en que se mantiene en una posición estática y fue aprovechando tal instante cuando yo disparé dos veces. Quise volver a intentar otro golpe afortunado para ver si podía dar en el pequeño orificio del cañón enemigo que estaba apuntando hacia mí. Si conseguía alcanzar tan reducido blanco, el arma quedaría definitivamente inutilizada. La persecución de tan pequeño blanco constituyó para mi vista y para mis nervios una verdadera prueba. Disparé una docena de veces sin conseguir nada, y al fin, durante una fracción de segundo, las dos naves parecieron quedarse inmóviles simultáneamente. Miré fijamente al orificio redondo del cañón enemigo y apreté el botón que liberaba los rayos-T. Vi cómo el cañón temblaba al penetrar los mencionados rayos a través de él. Comprendí que había dado en el blanco y que ya no volvería a funcionar jamás.

Sobre el puente enemigo sólo quedaba un cañón útil y comprobé que dos de los que lo habían estado sirviendo yacían muertos junto a la coraza; por eso me hallaba seguro de que el arma estaba sólo gobernada por un superviviente y que el que servía a los que servían a la pieza que acababa de destruir yo, tratarían de llegar hasta el otro cañón para seguir disparando. En consecuencia, volví el mío en dirección al espacio que mediaba entre los dos cañones y esperé. Efectivamente, ambos soldados saltaron simultáneamente con la intención de cruzar y les atrapé a los dos.

Dirigí la mirada a mi alrededor para ver qué nuevos triunfos podía conseguir. Volví el periscopio hacia otras partes del barco enemigo. Había sido muy castigado, pero la mayor parte de sus cañones funcionaban. Me fijé en un punto de la parte baja del casco donde había estallado una bomba química. Era en la parte reforzada que protegía los engranajes de tracción. Apunté con mi pieza hacia el objetivo y apreté el botón. Resultaba difícil acertar constantemente, a causa de las sacudidas de los dos

barcos; pero tuve la satisfacción de ver aparecer un agujero en la plancha y seguí disparando hasta que el orificio fue del tamaño de una cabeza humana, dejando al descubierto el grueso engranaje de metal sobre el que marchaba el monstruo. El engranaje movíase tan de prisa que los rayos-T se esparcían en una considerable superficie, sin que pudiera obtenerse un resultado inmediato; pero, de pronto, vi cómo se contraía bajo las ruedas, terminando por aplastarse. Casi en el acto, la nave se abalanzó contra nosotros, ya que a pesar de que tenía inutilizada una rueda, la de estribor aún funcionaba. Nos desviamos a toda marcha, en el preciso momento, y conseguimos evitar una colisión. Entonces, como el barco quedó inmóvil, lo dejamos a merced de los destructores y barcos exploradores, que cayeron sobre él como hienas y chacales.

Por primera vez desde que me había hecho cargo del cañón, tuve la oportunidad de observar bien la escena y comprobé que la flota enemiga movíase en franca retirada, con el consiguiente castigo de nuestros destructores y cruceros. La llanura aparecía, en todo el espacio que la vista dominaba, cubierta de barcos desmantelados y presencié la lucha cuerpo a cuerpo, mientras los de Falsa hacían prisioneros.

Caía la noche y el barco almirante hacía las señales de rigor para que la flota volviera a formación. Juzgué que la batalla había acabado y, al mirar a mi alrededor, comprendí por qué me aconsejó el oficial que bajara de allí. Él, dos soldados más y yo éramos los únicos supervivientes del equipo. Mientras yo examinaba la horrible matanza, el oficial se me acercó a hablarme.

—Manejaste bien el cañón —me dijo.

—No precisamente como un espía pangano, ¿eh? —repuse sonriendo.

—No, ni tampoco como quien no hubiera visto antes un lantar —comentó.

—He visto otra clase de barcos y he luchado en ellos también; pero navegaban en océanos y no en el suelo.

—Mañana tendrás ocasión de más lucha —observó—. Llegaremos a Hor a primera hora de la tarde y entonces sí que habrá pelea.

—¿Y cuál es el motivo de la guerra? —le pregunté.

—Cuestión de tierras de pasto para el ganado —repuso—. Los pánganos la quieren toda y hace diez años que venimos luchando. Los de Hangor les han robado casi todo su ganado y los de Maltor nos han robado casi todo el nuestro.

—¿Y no se ha producido por ninguna de las dos partes alguna batalla decisiva? —inquirí.

—Nuestra flota siempre les derrota —contestó—; pero hasta ahora no hemos podido tomar la ciudad de Hor. Eso sería lo que pondría fin a la guerra.

—Y luego, ¿qué? —volví a inquirir. Encogióse de hombros.

—Para contestar a esa pregunta no sé mucho más que tú —dijo—. Lo único que puedo asegurar es que estamos en guerra con Maltor para recuperar el ganado que

nos robaron.

Después de la batalla acudieron un par de barcos hospitales y otro de transporte, procedente de la retaguardia. El de transporte traía refuerzos y el buque hospital se llevó a bordo a los heridos. La mayor parte de la noche destinóse a hacer reparaciones y se durmió poco.

Al amanecer aparecieron dos nuevos barcos; eran de lo más extraño que había visto en mi vida. Iban terriblemente acorazados y constituían verdaderos monstruos, con proas cónicas que se alzaban a quince pies sobre el suelo. Cada uno de ellos iba armado con cuatro grandes cañones que apuntaban rectos en la misma dirección que las proas cónicas. Las bocas de los cañones estaban camufladas y los propios cañones ocultábanse en el interior del casco. Había uno a cada lado; otro encima y otro bajo la proa. Asimismo iban provistos de cañones ligeros de rayos-T, que podían disparar a través de ventanas laterales y por la porta de popa. Los cascos eran de forma cilíndrica y el conjunto de la nave se parecía a un enorme torpedo. No podía imaginarme su finalidad, ya que, evidentemente, debían ser muy pesados en las maniobras.

Apenas se inició la luz del día, nos pusimos en marcha y, poco después, me mandó llamar Danlot.

—Me han informado de tu conducta durante la acción de ayer —me dijo—. Tu comportamiento fue altamente eficaz y me gustaría demostrarte mi agradecimiento de algún modo.

—Puedes hacerlo fácilmente —repuse—; permitiendo que me reúna con mi esposa.

—Ése es otro asunto del que quería hablarte —me dijo—. Tu mujer ha desaparecido.

—¡Que ha desaparecido! —exclamé—. ¿Qué quieres decir? ¿Es que pereció durante la acción de ayer?

—No —repuso—. Esta mañana se ha descubierto el cadáver de Vantor en su cabina. Tenía una daga clavada en el corazón y tu mujer no se hallaba en el barco cuando se pusieron a buscarla.

¡Duare desaparecida! ¡Otra vez sola, a pie, en aquel extraño país!

—Debías dejarme marchar en su busca —le dije. Danlot hizo un gesto negativo.

—No conseguirías nada —objetó—. He enviado barcos exploradores para que recorran la comarca buscándola.

—Te lo agradezco de veras —contesté. Me miró sorprendido.

—Evidentemente no acabas de entender —observó—. Tu mujer ha asesinado a uno de mis oficiales, o al menos los indicios así lo indican, y tendrá que presentarse ante un tribunal de justicia.

Yo quedé consternado.

—Eso sería absurdo —exclamé—. Resulta obvia la razón que la indujo a matarle. Es evidente que debió merecerlo.

—Nosotros no consideramos las cosas de ese modo —replicó Danlot—. Vantor era un joven oficial, con muchos años de práctica, y extraordinariamente útil para Falsa; mucho más valioso que cuarenta mujeres. Volviendo a lo de antes —añadió como si no cupiera hablar más del asunto—, ¿qué puedo hacer en tu favor para demostrarte mi aprecio por lo que realizaste ayer?

Tuve que recurrir a toda la fuerza de voluntad que poseía para no decirle lo que pensaba de su justicia y del valor que daba a Duare; pero comprendí que, si quería ayudarla, no debía enemistarme con él. Cruzó por mi mente una idea.

—A Ero Shan y a mí nos gustaría servir en uno de esos veloces barquitos exploradores —le dije—. Me parece que ofrecen un campo de acción mucho mayor que ninguno de los otros.

Me miró un momento antes de contestar y por fin dijo:

—Te gusta pelear, ¿no es cierto?

—Cuando hay un motivo que lo justifique —repuse.

—¿Y qué te indujo a pelear aquí? —me preguntó—. Tú no eres de Falsa ni tienes enemistad particular con los pánganos, si es verdad lo que me dijiste, ya que hasta ayer no habías oído hablar nunca de ellos.

—Me gustaría tener la oportunidad de captarme, hasta cierto límite, la confianza y gratitud de Falsa —repuse—. Serviría para atenuar la severidad del tribunal ante el que ha de comparecer mi esposa.

—En tu país debéis tener en gran estima a las mujeres —observó.

—Efectivamente, en la mayor estima —contesté—. Para nosotros el honor de una mujer bien vale la vida de veinte Vantor.

—Nosotros somos distintos —me explicó—. Consideramos a las mujeres como un mal necesario, y no mucho más que eso. He pagado más por un buen zorat que por todas mis mujeres. Pero volviendo a tu ruego, accedo. Como tú y tu amigo habéis de

residir aquí por el resto de vuestra vida, debéis aprender los dos a servir de un modo útil a Falsa.

—¿Por qué dices que habremos de permanecer aquí el resto de nuestra vida?

—Porque no tendréis más remedio. Es absolutamente imposible cruzar los montes que rodean a Anlap de Norte a Sur. Al Este hay un océano y no disponéis de barco. Al Oeste se encuentra un país desconocido que ningún hombre ha explorado. Además, no creo que se os permita partir. Os informaréis de demasiados secretos militares, y si por casualidad fuerais a parar a algún país enemigo podrían sus habitantes emplear nuestras armas contra nosotros y ya tenemos bastantes disgustos con los pánganos para permitir que gentes de otras tierras nos vengán a hacer la guerra.

Cuando acabé la entrevista con Danlot, me puse a buscar a Ero Shan.

—Aunque no lo sabes, te advierto que tienes que venir conmigo, para servir en uno de esos pequeños barcos exploradores —le dije, al hallarle.

—No sé de qué me estás hablando —contestó.

—Me doy cuenta, ya que acabo de obtener el permiso necesario. El propio Danlot nos da licencia, a ti y a mí, para servir en uno de esos barquitos.

—No tengo inconveniente —observó—; pero lo que no comprendo es lo que persigues con ello.

Le conté entonces todo lo sucedido y le hice ver que el estar de servicio en uno de los pequeños barcos exploradores nos permitiría movernos a mayor velocidad que el resto de la flota y acaso consiguiéramos hallar a Duare, lo que resultaría prácticamente imposible yendo en uno de los grandes barcos.

—¿Y qué piensas hacer luego? —me preguntó—. El oficial que mande el barco se encargará de custodiar a Duare para entregarla a los tribunales y tú no podrías hacer nada.

—Creo que sí que podría hacer algo. Habríamos aprendido ya a manejar nuestro barco; disponemos de la pistola de los rayos-R y la dotación está formada sólo por cinco hombres...

Ero Shan comprendió.

—Tu idea no me parece descabellada —asintió sonriendo.

Mientras estábamos conversando, se nos acercó un oficial para informarnos que se nos había destinado a bordo del Athgan 975, el cual se hallaba al lado del buque. Inmediatamente descendimos a la parte inferior de éste y, a través de una puerta, hallamos al Athgan 975 que nos estaba aguardando. La palabra athgan significa explorador y está compuesta de “ath” que significa mirar, y “gan” que quiere decir hombre. O sea, “hombre que mira”, explorador.

El comandante del 975 era un rokor o subteniente llamado Ganjo. No pareció muy alegre al ver en su barco a dos neófitos. Nos preguntó qué sabíamos hacer y le

dije que los dos éramos artilleros. Destinó a Ero Shan a uno de los cañones de popa, y a mí a otro de proa, lo cual me satisfizo, ya que me permitiría estar al lado del que conducía el barco; como no sé cómo llamarle, me parece oportuno denominarle piloto.

A bordo había siete hombres además del rokor: el piloto, cuatro artilleros y dos lanzadores de torpedos. Cada uno de los que servían cañones tenían dos de éstos provistos de doble juego; uno para los rayos-T y otro para bombas químicas. El primero se hallaba encima del segundo, en estricta línea recta; de modo que con una sola mirada bastaba. Los cañones destacábanse del casco del buque unas tres cuartas partes de su largura y funcionaban alcanzando cuarenta y cinco grados en cualquier dirección. Los cañones de babor, estribor y popa tenían las mismas características. A cada uno de los lados había sendos tubos lanza torpedos. Así, contando con la gran velocidad que podíamos desplegar y la holgura maniobrera, constituíamos un arma peligrosa. Desde que partimos me puse a observar las manipulaciones del piloto y pronto me sentí seguro de poder pilotar el 975, cosa que ambicionaba ardientemente.

La escuadrilla a que había sido destinado el 975 iba muy a la vanguardia del resto de la flota y pronto comprendí por qué usaban yelmo aquellos soldados. A pesar de que estábamos sujetos a nuestros asientos por medio de cinturones de seguridad, íbamos dando tumbos constantemente, ya que estos barquitos corren a una velocidad inverosímil sobre toda suerte de terreno.

Antes de mediodía, llegamos a la vista de una gran población que, según nos dijeron, era Hor. Hasta aquel momento no habíamos visto ni rastro de la flota enemiga; pero entonces sus exploradores y destructores salieron por una de las puertas de la ciudad. Nos superaban en número, y como nosotros constituíamos sólo una avanzadilla, se nos ordenó la retirada. Nos mantuvimos, no obstante, a prudente distancia y un athgan se destacó para alcanzar al grueso de las fuerzas e informar a Danlot. Hicimos alto para esperar que se presentara el grueso de las fuerzas enemigas; pero no daban señal de vida, y al comenzar la tarde nuestra flota se puso en movimiento, anunciándose previamente con una lluvia de bombas que cruzaron sobre nosotros para estallar dentro de la ciudad. Los grandes cañones de ésta contestaron desde las murallas.

Hor semejaba una urbe de gran extensión, con elevados edificios que se alzaban soberbios sobre orgullosas murallas. Constituía una vasta fortaleza, al parecer inexpugnable. Los de Falsa no habían conseguido rendirla en diez años.

Mientras estábamos observando los efectos del bombardeo vi cómo un obús de mil libras alcanzaba directamente a uno de los más altos edificios. Escuchóse un horrible estruendo y la construcción se derrumbó totalmente. El eco de la catástrofe se extendió por toda la llanura y nubes de polvo alzáronse sobre las murallas. Los pánganos respondieron con un fuego infernal que demolió dos de nuestros

dreadnaughts.

Ahora la flota se iba acercando, y como avanzaban aquellos dos monstruos mecánicos, pregunté al punto qué iban a hacer.

—Algo nuevo que no se ha empleado nunca —repuso—; si responde su funcionamiento, los pánganos van a tener la mayor sorpresa de su vida.

En aquel preciso momento se abrieron tres puertas y toda la flota pangana salió haciendo fuego. A mí me pareció aquélla una maniobra estúpida, puesto que estaban todos hacinados ante las puertas y ofrecían un espléndido objetivo para nuestros cañones. Así se lo dije al piloto.

—Nunca puede saber uno lo que van a hacer los pánganos —me explicó—. A lo mejor, su jong se ha vuelto loco de furia al enterarse de la destrucción del edificio y ordenó a toda la flota que saliera para castigarnos. Ayer sólo pusieron en formación la mitad de su escuadra, así es que vamos a tener gresca de lo lindo. Aquí llegan los gantors —exclamó—. Ahora los veremos entrar en liza.

Los dos enormes barcos de forma de torpedo avanzaban a considerable velocidad, protegidos por un haz de destructores a cada lado. Un gran barco pangano les salió al encuentro, disparando todos los cañones de que disponía; pero los gantors —como los llamaban, en recuerdo de la elefantina bestia de carga peculiar de Amtor— seguían su marcha rugiendo. Comprendiendo el barco de guerra enemigo que iba a ser aplastado, trató de retroceder y tercióse en el camino del gantor cercano, el cual saltó repentinamente a velocidad inusitada, acometiéndolo.

No había salvación para el barco de guerra. La aguda, acorazada y mortífera punta del gantor le dio en medio del casco, a unos quince pies del suelo y clavó la arista con una profundidad de cincuenta pies, comenzando a disparar sus cañones de proa, de babor y estribor, demoliendo todo el interior de la nave.

Mientras ultimaban su labor destructora, el otro gantor adelantóse y no hay que decir que el resto de la flota pangana le dejó el campo libre. Como no se presentara barco alguno contrario, dirigióse recto hacia la ciudad.

El primer gantor se despegó, mientras tanto, de la nave destrozada, y siguió a su compañero, al parecer incólume. Observé que cada uno se dirigía hacia una de las puertas, y en el acto adiviné la verdadera finalidad para que fueron construidos. Les seguimos de cerca, acompañados de otros exploradores. Detrás avanzaba una columna de barcos poderosos.

—Si conseguimos entrar en la ciudad, tenemos que tomar la primera avenida a la izquierda —nos instruyó nuestro rokor—. Conduce a los cuarteles. Ése es el objetivo de nuestra escuadrilla. Disparad contra cualquiera que ofrezca resistencia.

Las puertas de Hor eran de madera, reforzadas con coraza metálica; pero cuando el gantor acometió a una de ellas, crujió, demoliéndose hacia el interior, ocurriendo lo mismo con la otra. Los gantors irrumpieron, y nosotros, detrás, tomamos la primera

avenida a la izquierda.

Por las indefensas aberturas avanzaban los grandes barcos de guerra, dirigiéndose al interior de la ciudad. El estruendo de la batalla que tenía efecto en Hor resonaba en nuestros oídos, mientras marchábamos hacia los cuarteles.

Este edificio, o serie de edificios, se elevaban a lo largo de una amplia planicie. Evidentemente, los pánganos no estaban preparados para aquella eventualidad. Ni un solo cañón se hallaba listo para recibirnos y los soldados que salieron a nuestro encuentro sólo iban armados de pistolas de rayos-R y rifles, que eran completamente inútiles contra nuestras corazas.

La batalla continuó en la ciudad hasta casi anochecer. Los athgans de Falsa assolaban las avenidas, sembrando el terror en los corazones de todo el mundo, mientras los grandes barcos de guerra, reunidos en la enorme plaza, ante el palacio del jong, producían los mismos estragos de muerte, hasta que el jong se rindió. Pero, mientras tanto, el grueso de la escuadra pangana había huido por las puertas traseras de la ciudad. No obstante. Hor había sido tomada y cabía pensar que aquella guerra de diez años estaba terminada.

Durante la lucha en la ciudad habíamos sufrido tres bajas en el 975. El piloto murió casualmente, por un disparo de rayos-R que le alcanzó a través de un portillo abierto, al igual que nuestro rokor y el que atendía el cañón de babor. Pasé yo a ocupar el puesto del piloto, y como éste es el superior jerárquico que sigue al rokor, yo asumí el mando del barco. El único título que me amparaba era que no había en la nave oficial capaz de mandarla, y los tres falsanos sobrevivientes eran simples soldados al que cualquiera, con iniciativa, podía dirigir.

Esperé en la plaza durante algún tiempo, aguardando órdenes del comandante de mi escuadrilla; pero no las recibí. Muchos pánganos, particularmente muchachas, se movían libremente por la plaza, y de pronto vi a un grupo de soldados de Falsa mezclados con ellas. No cabía duda que los guerreros habían bebido. Tres jóvenes panganas se nos acercaron al 975 y nos ofrecieron licores en jarros. Ero Shan y yo rehusamos; pero los tres soldados de Falsa que venían con nosotros aceptaron la invitación con manifiesto entusiasmo y, a poco de beber unos cuantos tragos, se pusieron excitadísimos, y recordando que los despojos pertenecen a los vencedores, abandonaron el barco y marcháronse del brazo con las muchachas panganas.

Ero Shan y yo quedamos solos en el 975 y nos pusimos a considerar nuestra situación y qué deberíamos hacer en tales circunstancias.

—Ahora que somos amos y señores del 975 —le dije—, podríamos aprovecharnos para ir en busca de Duare.

—Tenemos una probabilidad contra un millón de encontrarla —repuso—; pero me quedo con la millonésima parte de probabilidad, si a ti te parece bien.

—Desde luego que no vamos a hallarla en la ciudad de Hor —observé—; por eso debemos salir al campo libre para recorrer la comarca, por los contornos en que desapareció.

—Supongo que te darás cuenta de la penalidad que nos espera por robar un barco y desertar, si nos cogen.

—¡Oh, no! No es que desertemos. Es que vamos a buscar al comandante de nuestra escuadrilla.

Ero Shan se echó a reír.

—Si la idea te gusta, la acepto —asintió.

Dirigí el 975 a lo largo de la avenida, siguiendo la misma dirección que habíamos recorrido desde la puerta, al entrar en la ciudad. En todo el camino encontramos grupos de soldados beodos, cantando y bailando con las muchachas panganas.

—Por lo visto los pánganos deben de ser gente muy hospitalaria —observó Ero Shan.

—Los de Falsa sostienen que son tontos —objeté—; pero temo que los tontos son ahora ellos.

Cuando llegamos a la puerta, cuya hoja aun estaba tendida donde el gran gantor la arrojara, la hallamos fuertemente vigilada por soldados que nos dieron el alto. Allí no había muchachas y los guerreros no estaban beodos. Un oficial se nos acercó para preguntarnos dónde íbamos.

—Busco al comandante de mi escuadrilla —repliqué—. No puedo encontrarle en la ciudad y muy bien pudiera ser que la escuadrilla esté formada en las afueras de

Hor.

—Probablemente lo encontrarás por la plaza central —dijo el oficial—. La mayor parte de las unidades de nuestra flota están allí; no hay ninguna fuera de la ciudad.

Volví decepcionado y avancé por la avenida principal que desembocaba en el centro de la ciudad, donde se encontraba el palacio del jong; mientras íbamos avanzando, multiplicábase las pruebas de la hospitalidad de los pánganos, cuyos efectos visibles habían degenerado en nada menos que en una orgía de borrachos. Un detalle digno de atención era la ausencia de hombres pánganos en las calles y el hecho de que muy pocas, si no ninguna, de las muchachas panganas parecían sufrir los efectos de los licores.

En la plaza central, ante el palacio del jong, reinaba un verdadero delirio. Una gran parte de las unidades de nuestra flota se hallaba allí, sin guardar orden militar alguno, y las cubiertas estaban llenas de muchachas panganas y guerreros de Falsa borrachos.

A fin de simular de veras que buscaba al comandante de mi escuadrilla, pregunté a un guerrero que estaba de servicio en el barco almirante; sabía que me conocía y se acordaba de mí.

—¿El comandante de la escuadrilla? —repitió—. Probablemente está en la plaza. El jong da un banquete en honor de los oficiales de nuestra flota —me alargó un jarro—. Echa un trago —me invitó—. Es un licor muy bueno; el mejor que he bebido. Los pánganos son realmente gente maravillosa, tratándonos como nos tratan después de diez años de guerra y de haber conquistado Hor. ¡Echa un trago!

—No, gracias —repuse—. Tengo que ir al palacio para encontrar al comandante de mi escuadrilla.

Entonces nos dirigimos hacia las grandes puertas del palacio del jong.

—¿Es que realmente pretendes entrar allí? —me preguntó Ero Shan.

—¡Desde luego! —contesté—. Es preciso que Danlot sepa que todos sus soldados están borrachos. Entra conmigo, Ero Shan. Ocurra lo que ocurra, no debemos separarnos.

La guardia del palacio nos detuvo.

—Traigo un mensaje importante para el lotokor Danlot —le dije.

El que estaba de guardia nos miró de arriba a abajo. Con la excepción de los yelmos, no llevábamos las prendas características del uniforme de Falsa. Pareció dudar y, por último, llamó a un oficial al que repetí mis palabras.

—Muy bien —asintió—; puedes entrar. Encontrarás a tu comandante en el salón del banquete.

Tanto los pasillos del palacio como las salas que cruzamos al dirigirnos adonde se celebraba el banquete, estaban llenos de oficiales de Falsa, borrachos, mientras los pánganos se mantenían serenos. Al entrar en el salón del banquete se nos detuvo de

nuevo y tuve que repetir que traía un mensaje para Danlot. Mientras aguardábamos a que apareciera un oficial que había mandado a buscar el centinela, tuvimos ocasión de observar la escena que tenía efecto en el salón. La estancia estaba llena de mesas, ante las cuales se hallaban sentados todos los oficiales de la flota de Falsa; prácticamente todos ellos sufrían los efectos de la bebida. Al lado de cada falsano borracho había un pangano sereno. Sobre una plataforma un poco elevada, al extremo del salón, sentábase Hajan, jong de Panga, ante una mesa más pequeña y acompañado de las altas jerarquías de su ejército, de su gobierno y los oficiales más distinguidos de la flota falsana. Danlot se hallaba sentado a la derecha del jong, hundido en su asiento y con el mentón apoyado en el pecho. Parecía dormido.

—No me gusta nada de esto —susurré a Ero Shan.

—Ni a mí tampoco —repuso—. Me parece que mejor sería que saliéramos de aquí. Es perder el tiempo que intentes avisar a Danlot.

—Sí; me parece que es demasiado tarde —advertí.

Apenas había acabado de hablar y aún no habíamos apartado la mirada del salón del banquete, cuando el jong Hajan se levantó y sacó su espada. Evidentemente, era la señal convenida, porque, simultáneamente, todos los oficiales pánganos siguieron el ejemplo de su jong y todas las espadas apuntaron al pecho de cada falsano. Sonaron trompetas; y otras repitieron la llamada a las armas por todos los pasillos del palacio, hasta extenderse por la ciudad entera.

Arrebaté el yelmo a Ero Shan y lo arrojé con el mío al suelo. Me miró sorprendido y terminó por sonreír al comprender que ahora no podrían identificarnos como falsanos y que, por el momento, pasaríamos inadvertidos, acaso el tiempo suficiente para conseguir escapar.

Unos cuantos oficiales falsanos trataron de resistir y fueron asesinados; pero la mayoría quedaron desarmados y convertidos en prisioneros. En la confusión que se produjo, salimos del palacio mezclados con oficiales pánganos.

Al llegar a la plaza, vimos a las tropas panganas esparcidas por todas las avenidas, mientras las muchachas panganas salían de las naves huyendo.

La lucha en la plaza acabó presto, al igual que en otras partes de la población, ya que los falsanos borrachos y desorganizados podían ofrecer escasa resistencia y, además, en su mayor parte habían sido desarmados astutamente por las jóvenes.

Al cabo de una hora los falsanos fueron concentrados en la plaza, como un gran rebaño, ante los cuarteles, y quedaron allí bajo vigilancia. La mayoría estaban dormidos bajo el estupor de la borrachera. Unos cuantos que habían quedado de guardia ante la puerta, consiguieron escapar a pie, al amparo de la noche. Los pánganos hicieron miles de prisioneros y se apoderaron de toda la flota enemiga. También en esta ocasión me pareció que la guerra de los diez años había llegado a su fin.

—Después de todo, los pánganos no eran tan tontos como se les suponía —dije a Ero Shan.

Nos encontrábamos en aquel momento cerca del 975 y lo mirábamos intensamente, cavilando sobre cómo podríamos apoderarnos de él y salir de la ciudad, cuando se nos acercó un oficial y nos dio un golpecito en el hombro.

—¿Quiénes sois vosotros dos? —me preguntó, al volver yo la cabeza.

—Estábamos prisioneros de los falsanos —repuse—; pero como nuestro guardián se emborrachó, conseguimos escapar. —Luego tuve una inspiración—: Los dos somos artilleros y yo piloto. Nos gustaría alistarnos en el ejército de vuestro jong.

El oficial se rascó la cabeza.

—No tenéis aspecto de falsanos —admitió—; pero no sois pánganos, así es que os arrestaré hasta mañana, y luego las autoridades competentes decidirán lo que se ha de hacer con vosotros.

Llamó a algunos soldados y les advirtió que nos vigilasen hasta el día siguiente y que entonces nos llevaran al cuartel general. Por su insignia comprendí que ostentaba un rango parecido al de coronel. Desde que llegué yo a Venus no observé diferencias entre Ejército y Armada. Por eso los nombres dados a los jefes de la Armada pueden aplicarse lo mismo a los del Ejército. Me gusta el sistema, ya que, evidentemente, significa una simplificación de procedencia y rango, muy útil para unificar las fuerzas de combate, incluyendo ambas ramas de servicio.

Ero Shan y yo fuimos llevados a un calabozo y allí terminó aquel día tan agitado y tan lleno de contrastes; y con todo ello se desvanecieron mis esperanzas de apoderarnos del 975 para iniciar la búsqueda de Duare.

A la mañana siguiente nadie acudió para llevarnos a presencia del oficial que nos había arrestado; pero al mediodía vinieron a buscarnos y nos condujeron a través de la ciudad. Vimos cómo las columnas de los derrotados falsanos cruzaban las puertas de Hor para salir a la llanura. Nuestro guardián nos dijo que Danlot y varios otros oficiales de alta graduación quedarían retenidos como rehenes hasta que se firmase un tratado de paz satisfactorio para Panga. Mientras tanto, al resto de los falsanos se les permitió volver a su patria llevándose dos barcos cargados de provisiones. Se verían obligados a una marcha de dos mil millas, humillados y quejumbrosos. Ayer era la flota victoriosa; hoy, la derrotada y desarmada, en manos de sus enemigos.

—No envidio la suerte de la próxima muchacha que se atreva a ofrecer un trago a uno de éstos —observó Ero Shan.

Llegamos al cuartel general de Banat. El yorkokor que nos había arrestado, el cual nos acompañó a presencia de un oficial de graduación aún más alta; era un lotokor o general, a menos que el lector sea un hombre de mar, en cuyo caso le llamaría almirante. Banat explicó las circunstancias de nuestro arresto y repitió lo que yo le dije entonces.

—¿Y de dónde sois si no procedéis de Falsa? —preguntó el general—. ¿Acaso sois de Hangor o de Maltor?

—Ero Shan es de Havatoo —le expliqué—, y yo, de Korva, que se encuentra más allá de la cordillera que se extiende por el Sur.

—Detrás de aquellos montes no hay nada —dijo el general—. Es el final del mundo. Si cruzarais esos montes, iríais a parar al mar de materias ígneas sobre el que flota Amtor.

—Existen muchos países más allá de esas montañas —repliqué—, y yo he vivido en varios de ellos desde mi primera llegada a Amtor.

—¿Desde tu primera llegada a Amtor? —exclamó el general—. ¿Qué quieres decir? Tienes que haber nacido en Amtor. No es posible que hayas vivido en otra parte antes de haber nacido.

—Yo no nací en Amtor —repuse—; nací en un mundo cuya parte más cercana a Amtor se encuentra a veintiséis millones de millas de aquí.

—Este hombre está loco —dijo el general—. No existe más mundo que Amtor.

—No estoy loco —contesté—; pero aparte de eso, sé manejar un cañón y pilotar un barco, y me gustaría servir en la flota pangana hasta que pueda comenzar a buscar de nuevo a mi esposa.

—¿A tu esposa? ¿Dónde se encuentra?

—También ella fue capturada por los falsanos cuando derribaron a nuestro anotar; pero consiguió escapar de noche, antes de que atacaran a Hor.

—¿Qué es un anotar? —preguntó.

—Un aparato que vuela por el aire —repuse—. Ero Shan, mi esposa y yo tratábamos de llegar con él a Korva, cuando los falsanos dispararon sobre nosotros.

—¡Un aparato que vuela por el aire! —burlóse el general—. Primero me dices que procedes de otro mundo y ahora que viajabas en un aparato que vuela por el aire. ¿Es que me crees imbécil?

—Posiblemente sea verdad lo último que ha dicho el prisionero —observó Banat—. Anoche estaba conversando yo con algunos oficiales falsanos, en el banquete del jong, y me hablaron de esa maravillosa invención contra la que dispararon y en la que viajaban por el aire dos hombres y una mujer.

—Estaban borrachos —objetó el general.

—Me lo dijeron antes de comenzar a beber —repuso Banat—. Estoy seguro de que en este aspecto este hombre dice la verdad.

—Bueno, si te haces tú responsable de ellos —contestó el general—, puedes destinarles al puesto que desees.

Después de abandonar al general, le advertí a Banat que yo estaba más familiarizado con los pequeños barcos exploradores que con los otros y que había permanecido prisionero en el 975, que se hallaba en la plaza, ante el palacio, y que me sentía perfectamente capaz de pilotar aquella nave.

Banat nos llevó a su casa, cosa que me extrañó mucho, hasta que me di cuenta de lo interesado que estaba sobre lo que yo había dicho respecto la existencia de otro mundo distinto a Amtor. Por último terminó por formularme preguntas y mostróse inteligente en la apreciación de las explicaciones que le di sobre nuestro sistema solar.

—¿De modo que crees que Amtor en una bola que da vueltas alrededor de una cosa que llamas Sol? —me preguntó—. ¿Y que no cesa de dar vueltas? ¿Y por qué no nos caemos cuando estamos hacia abajo? Ahí tienes una pregunta, amigo mío, que difícilmente podrás contestar.

Entonces tuve que explicarle lo que era el principio de la gravedad y creo que consiguió obtener una idea vaga de ella; pero, desde luego, le impresionó sobremanera mi cultura y admitió que lo que acababa de decirle explicaba muchas cosas que hasta entonces le habían desconcertado; lo que más le impresionó fueron mis explicaciones sobre el tránsito de la noche al día que producíase regularmente cada tantas horas.

—Otra cosa que también me intrigaba siempre —añadió— es cómo puede flotar Amtor en un mar de materias ígneas sin fundirse.

Como resultado de nuestra conversación quedó tan bien impresionado de mi experiencia y erudición que consintió en que pilotara el 975, acompañado de Ero Shan, éste al servicio de uno de los cañones.

Ero Shan y yo dedicamos unos pocos días a poner el 975 en condiciones intachables, borrando de él todo rastro de la batalla en que había intervenido. A tal fin, Banat puso a nuestra disposición unos cuantos mecánicos pánganos, y como no había designado oficial para el 975, fui yo el que dirigí los trabajos.

Unos diez días después de nuestra llegada a Hor, Banat me dijo que teníamos que salir con una flota que partiría al día siguiente contra la ciudad de Hangor, cuyos habitantes habían realizado incursiones hostiles para robar el ganado de los pánganos durante la guerra con Falsa. Iba a ser una expedición de castigo y se emplearía la flota capturada a Falsa. Me explicó que Hangor se hallaba en la costa, a cosa de unas quinientas millas al Este de Hor y que fue fundada por forajidos procedentes de Hor y Onar, la capital de Falsa, hace muchos siglos, convirtiéndose en vulgares bandidos. Me dijo que era muy mala gente y que, ahora que la guerra con Falsa había acabado, los pánganos se consagrarían a la destrucción de Hangor. Designó a seis hombres para completar la tripulación del 975 y de nuevo se le olvidó nombrar capitán y, en consecuencia, me encargué yo del mando. Parecía una simple negligencia; pero más tarde pude comprobar que era el punto flaco de los pánganos. No constituyen un pueblo militar y obran a menudo por impulsos y sin meditar.

Mientras avanzábamos hacia Hangor observé que no estaba todo sincronizado con la eficiencia demostrada cuando la flota estaba en manos de los de Falsa. Los barcos debían haberse desplegado a una distancia de veinte millas. No se destacaron barcos exploradores y no existían las formaciones de flanco. Incluso cuando la flota estaba a cincuenta millas de Hangor, aún no se hallaba en línea de combate ni estaban en sus puestos las dotaciones de las naves.

Cruzábamos una hilera de pequeñas colinas cuando, de pronto, salió de una cañada una flota de cruceros y barcos exploradores, y antes de que el comandante de la flota pangana se diera cuenta, ésta vióse cortada en dos. Las bombas químicas y los rayos-T castigaban a los grandes barcos por todas partes y los barquitos exploradores lanzaban los torpedos provistos de ruedas, recorriendo todas nuestras líneas casi sin oposición.

La táctica de los Hangor era totalmente distinta, en algunos aspectos, de la de los falsanos. Sus cruceros rápidos se adelantaban hasta ponerse junto a nuestros grandes barcos. Cuando éstos ocupaban la posición propicia, salían de su interior los guerreros que los llenaban y subían a cubierta; luego saltaban sobre nuestra cubierta y con rifles de rayos-R y espadas caían sobre nuestras tripulaciones, recorriendo los puentes y el interior de las naves, mientras sus peligrosos barquitos exploradores sembraban la destrucción.

Yo entré en liza con tres de ellos y me defendía perfectamente cuando uno de sus torpedos nos alcanzó a estribor. Ya no pude continuar luchando y, al comprender que estábamos fuera de combate, nos abandonaron para continuar atacando el resto de la

flota.

Al cabo de media hora de aquel primer ataque, muchos de nuestros barcos aparecían desmantelados y los que quedaron huían velozmente, perseguidos varios de ellos por cruceros rápidos y barquitos exploradores.

—Me parece que vamos a tener que cambiar de navío —dijo Ero Shan.

—Poco me importa si nos vemos obligados a servir en los de ellos —repliqué—; cualquier navío será mejor que los de estos pánganos; en mi vida vi una inepticia y una estupidez tan manifiestas.

—No es extraño que los de Falsa dijeran que eran idiotas —observó Ero Shan.

—Ahora que nadie se fija en nosotros —dije a Ero Shan—, dirijámonos hacia aquellas colinas.

—Excelente idea —asintió; y volviéndose hacia el resto de nuestra tripulación preguntóles—: ¿Qué os parece?

—Nos cazarían —observó uno de ellos— y mandarían que nos matasen por intento de fuga.

—Como queráis —repliqué—; haced lo que os plazca. Vamos, Ero Shan.

Saltamos del 975 y nos dirigimos hacia las colinas.

Llegamos hasta las colinas sin que, al parecer, fuéramos observados, y después de caminar breve trecho por la cañada trepamos hasta alcanzar una cúspide desde donde dominábamos la llanura. Divisamos el 975 y, al lado, la tripulación pangana esperando que la apresaran. Los barcos pánganos huían en todas direcciones y los cruceros rápidos y los barcos exploradores de Hangor les perseguían sin cesar. Muchos barcos pánganos estaban inutilizados y a otros los capturaron en la batalla. Era una derrota completa y decisiva y pensé que los de Hangor continuarían robando indefinidamente el ganado a los pánganos. Permanecimos allí hasta que la flota victoriosa partió hacia Hangor con el botín y los prisioneros. Los barcos desmantelados que podían ser objeto de tracción eran arrastrados por las naves panganas que podían funcionar.

Seguros ahora de que no nos habían descubierto, volvimos a bajar a la cañada y nos dirigimos de nuevo al 975, donde sabíamos que podíamos hallar alimento y agua en sus despensas.

Antes de que oscureciera demasiado, examinamos los desperfectos producidos en el barquito explorador y vimos que con una jornada de trabajo podíamos ponerlo en condiciones de funcionar, ya que a bordo había las necesarias herramientas y piezas de recambio.

Nos pusimos a trabajar inmediatamente; pero, al oscurecer, tuvimos que interrumpirlo. Después de cenar, discutimos nuestro plan y decidimos intentar llegar a Onar, capital de Falsa, donde suponíamos que estaría Duare prisionera. Pensamos que si bordeábamos el pie de la cordillera septentrional nos mantendríamos bastante alejados de cualquier población y de la zona de lucha, no corriendo peligro alguno de que nos descubrieran. Una vez en Onar, estábamos seguros de que nos recibirían bien, puesto que luchamos en favor de la flota de Falsa y nadie sabía que habíamos servido también en la de los pánganos. Planeámoslo todo sobre estas bases y nos dormimos al fin, seguros del éxito de nuestro proyecto.

Nos levantamos a la mañana siguiente antes del amanecer, desayunamos y reanudamos el trabajo apenas hubo luz suficiente.

Trabajamos como esclavos de galeras bajo la amenaza del látigo y, a mitad de la tarde, nuestra obra estaba acabada.

—Y ahora —dije, mientras saltábamos del 975— en un santiamén estaremos en camino.

Pero de pronto Ero Shan desvió la mirada; por la expresión lastimera de su rostro comprendí que había visto algo desagradable.

Me volví en redondo lentamente. Casi a nuestro lado se hallaban unos cincuenta hombres de aspecto salvaje, montados en zorats, esos extraños animales que los

amtorianos emplean para cabalgar, pero que no se merecen dignamente la denominación de caballos.

Son del tamaño de un caballo pequeño, con largas y delgadas patas que revelan su agilidad; carecen de pezuñas y en su sustitución tienen talones muy callosos. Sus cuartillas, casi verticales, parecen dar a entender que debían ser animales difíciles de montar; pero no es así, ya que el fémur y el húmero, casi horizontales, eliminan las sacudidas y hacen del zorat un animal fácil de cabalgar; sobre el lomo tienen de dos pequeñas jorobas que forman una perfecta silla de montar con naturales apoyos. Su cabeza es corta y ancha, con ojos grandes, parecidos a dos platos, y colgantes orejas. Poseen los dientes de un herbívoro; pero pueden usarlos también como armas eficientes, cuando se les excita su fácil irritabilidad, aunque su principal elemento de defensa es la velocidad.

Los hombres que nos rodeaban en aquellos momentos iban armados de rifles y pistolas de rayos-R, además de espadas. Llevaban ostentosos trajes de colorines y turbantes del mismo estilo que se ataban alrededor de la cabeza, dejando suelto un extremo de una yarda de largo, el cual les colgaba sobre el hombro izquierdo. Su rostro era hosco y duro como el granito.

—¿Qué hacéis aquí, pánganos? —preguntó uno de ellos.

—No somos pánganos —repuse—, y tratábamos de reparar este barco para llegar a Hangor y obtener información con que abandonar este país sin que nos volvieran a capturar los pánganos.

—¿Erais prisioneros de los pánganos? —inquirió.

—Sí —contesté—. Nos trajeron con ellos cuando vinieron a atacar a Hangor, ayer.

—¿Funciona este barco? —volvió a preguntar el mismo.

—No —repliqué—; ni podrá funcionar nunca. Es imposible repararlo.

—Si no sois pánganos, deberéis ser de Maltor o de Falsa. ¿De dónde sois?

—De ninguno de esos sitios —contesté.

—Tratas de engañarme —protestó—. No existen más ciudades en Anlap.

—Nosotros no somos de Anlap —le dije.

—¿De dónde sois, entonces?

—De California —repuse—. Es un pequeño país que no se encuentra en guerra con nadie y, desde luego, no mantiene relaciones hostiles con Hangor.

Hizo descabalar a dos de sus hombres y nos desarmaron. Luego nos obligó a montar detrás de dos de ellos y partimos en dirección a Hangor.

Los zorats eran muy veloces y, al parecer, incansables, ya que debimos recorrer quince o veinte millas antes de llegar a un campamento, cuando estaba a punto de anochecer.

El campamento se hallaba en un bosque, al borde de un riachuelo, en la boca de

una cañada, y allí descubrimos gran cantidad de ganado procedente de Panga.

Entre aquellos pastores, que eran también guerreros, había buen número de mujeres; pero niños, no; y cuando llegamos, las mujeres estaban condimentando la cena. Digo que condimentaban la cena, pero más bien cabría afirmar que parte de ella, puesto que hervían verdura en hogares individuales. El resto de la comida consistía en carne que ingerían cruda; las mujeres la ofrecían en grandes bandejas y los hombres cortábanla a tiras, uno tras otro.

Eran gente muy ruda y durante el yantar, y al final, hubo varios sangrientos altercados, particularmente por cosas de mujeres. Uno de ellos salió malparado porque miraba demasiado a una mujer. Aunque se peleaban fácilmente, por la más leve provocación y, a veces, sin que mediara ninguna, no usaban armas, sino exclusivamente las manos, pies y dientes para causar daño a sus enemigos. Es una cuestión de honor entre ellos no matarse; y si uno viola esta ley establecida por la costumbre, los demás caen sobre él y lo aniquilan.

Se planteó una pequeña discusión sobre Ero Shan y sobre mí, y respecto a dónde se podía hallar California.

—Es un pequeño país que no está en guerra con nosotros —explicó uno de los del grupo que nos había capturado—; y marchaban a Hangor para que les informaran del modo de salir de esta comarca para volverse a su país: California.

Entonces todos se echaron a reír.

—Tan pronto como llegues a Hangor —dijo uno—, pregunta a cualquiera que te diga el camino para volver a California.

Volvieron a echarse a reír todos.

—¿Qué es lo que os hace tanta gracia? —le pregunté a uno de ellos.

—También a ti te haría gracia si conocieras a Jeft —repuso.

—¿Quién es Jeft?

—Nuestro jong, y vaya que es un jong de veras. Desde que Jeft se hizo jong de Hangor ningún esclavo consiguió escapar de allí.

—¿De modo que nos lleváis a Hangor para hacernos esclavos? —pregunté.

—¡Naturalmente! —contestó el que nos había capturado.

—¿Habéis sido esclavos alguna vez? —terció otro.

—Sí —repuse.

—Bueno, pues no sabrás lo que es la esclavitud hasta después de haber sido esclavo de Jeft. Entonces sí que podrás vanagloriarte, si es que sobrevives.

Al cabo de un rato nos dijeron que nos podíamos ir a dormir y entonces nos acurrucamos en el suelo, a un lado del campamento.

—Ese Jeft debe de ser un tipo muy agradable —observó Ero Shan, humorista.

—Los myposianos no eran gente muy agradable —observé—, ni tampoco los de Brokol ni los vooyorgans; pero yo conservé la vida en el cautiverio, y conseguí

escapar.

—¡Ojalá no te abandone la suerte aquí! —dijo Ero Shan, pesimista, mientras se dormía.

A la mañana siguiente, temprano, nos hicieron montar en sendos zorats y nos enviaron a Hangor, bajo la custodia de cinco guardianes.

Llegamos a la ciudad al atardecer de aquel mismo día. Hangor es una pequeña población amurallada; tiene calles estrechas, retorcidas y sucias, con chozas que no merecen el nombre de casas. Mujeres andrajosas aparecían sentadas a la puerta y harapientos chiquillos jugueteaban en el arroyo.

La casa del jong, a donde nos llevaron inmediatamente, era mayor, pero no más atractiva que las otras. Jeft estaba sentado en un patio descubierto situado en el centro de su casa. Era un individuo de aspecto grosero y brutal. Su vestido hacía mucho tiempo que debió ser nuevo y su turbante no tenía mucho mejor aspecto. Bebía un líquido indefinible, con un gran jarro, y una buena parte de la bebida se derramaba por su mentón y por su pecho.

—¿Qué me traéis aquí? —bramó cuando estuvimos en su presencia.

—Dos hombres de California que escaparon de los pánganos, aprovechándose de la batalla de ayer —explicó uno de los que nos habían escoltado.

—De California, ¿eh? —comentó Jeft—. Precisamente estaba deseando echar la mano encima de uno de esos bandoleros de California.

—¡Ah! —exclamé yo— ¿estás familiarizado con las cosas de California?

—¡Claro que estoy familiarizado con las cosas de California! —gritó con alegre desenvoltura— ¿Quién se atreve a negarlo? ¿Me tomas acaso por un mentiroso? ¿A qué vienes a mi país para tratarme de mentiroso?

—No te he tratado de mentiroso —observé—. Me limitaba a mostrarme complacido al ver que California te era familiar.

—Ya vuelves a decirme que miento. Si yo te digo que me llamaste mentiroso, es que me lo llamaste.

—De todos modos me alegra saber que tienes noticias de California —persistí.

—Ni crees que he oído hablar de California ni que yo haya estado nunca allí. Dudas de que he estado en California y yo te digo que he estado. ¿Es que has venido aquí para buscarte disgustos?

No contesté nada e, inmediatamente, sufrió otro ataque de furor.

—¿Por qué no contestas? —me preguntó.

—¿De qué va a servirme contestarte, si sabes de antemano lo que voy a preguntar? Hasta conoces un país del que no has oído hablar nunca y que se halla en otro mundo, a veintiséis millones de millas de Amtor. Eres un pellejo hinchado de aire, Jeft; y si antes no te había llamado realmente mentiroso, ahora sí que te lo llamo.

Comprendí que no podíamos esperar misericordia de aquel hombre y que nada

que pudiera decirle mejoraría ni empeoraría nuestra situación. Era un solemne ignorante, una bestia degradada. Mis palabras produjeron un efecto totalmente inesperado. Como si realmente fuera un pellejo hinchado de aire, como le había llamado, se desinfló, igual que si hubiese sufrido un pinchazo. Echó un gran trago del jarro, para ocultar probablemente su confusión, y ordenó a los hombres que nos habían traído:

—Lleváoslos y entregadlos a Stalar, y decidle que les haga trabajar de firme.

Se nos llevó por calles tortuosas, algunas de ellas sumidas en inmundicia, y llegamos a lo que parecía límite extremo de la población. Una vez allí, nos hicieron entrar en un cuarto inmundo, junto a las murallas, y nos entregaron a Stalar. Era un individuo alto, de labios finos y crueles, y ojos poco separados. Llevaba dos pistolas de rayos-R y, frente a él, sobre la mesa, aparecía un látigo.

—¿De dónde sois? —preguntó.

—De California —repuse.

Entonces se levantó y cogió el látigo.

—¡No me mientas! —gritó—. ¡Sois pánganos!

Me encogí de hombros.

—Perfectamente, como quieras —le dije—. Poco me importa lo que tú ni el resto de tu gentuza pueda creer de mí.

Al oír mis palabras, dio la vuelta a la mesa con el látigo en la mano.

—Lo que tú necesitas es una buena lección, esclavo —bramó. Le miré fijamente a los ojos.

—Si me golpeas con eso, te mato —le advertí—; y si crees que no soy capaz de hacerlo, pruébalo.

Aquella bestia humana se achicó.

—¿Y quién dijo que te iba a pegar? —preguntó—. Lo que te dije fue que te iba a dar una lección, y así va a ser; pero ahora no puedo perder el tiempo contigo. Entrad los dos en el recinto de los esclavos.

Abrió una puerta adosada al muro y nos hallamos en una gran estancia atestada de hombres, en su mayor parte prisioneros hechos a la flota pangana.

Uno de los primeros a quienes vi fue a Banat, el oficial pangano que nos había tratado amistosamente. Parecía muy deprimido; pero cuando nos divisó se nos acercó a hablarnos.

—Creí que habíais huido —me dijo.

—Nosotros también lo creíamos —repliqué.

—Los soldados de tu barco nos dijeron que habíais conseguido ponerlos a salvo en las colinas.

—Así fue; pero volvimos al 975 en busca de alimento, y fuimos capturados por una banda de pastores hangorianos. ¿Cómo te tratan aquí?

Volvió la espalda para enseñarme una docena de franjas rojas.

—Así es cómo nos tratan —dijo—. Están haciendo en la ciudad edificaciones adicionales y procuran activar las obras a latigazos.

—No sé si podré sufrirlo —observé.

—Pues es mejor que lo sufras —repuso—. Vi ayer a dos que resistieron y los

mataron allí mismo.

—Acaso fuera eso lo mejor —contesté.

—Yo también pensé eso al principio; pero uno le tiene apego a la vida. Siempre cabe una esperanza.

—Puede que Carson sepa desenvolverse —dijo Ero Shan—; acaba de salvar milagrosamente la vida discutiendo con el jong y con ese tipo llamado Stalar. Los dos se echaron atrás.

—Alguno de esos guardianes de esclavos no se echarán atrás —advirtió Banat—; tienen la mentalidad de un nobargan.

Al cabo de un rato, entraron unas cuantas mujeres trayéndonos comida. Era una masa nauseabunda, metida en no menos nauseabundas vasijas y que no era suficiente para proporcionar media ración a cada uno.

—¿Quiénes son esas mujeres? —pregunté a Banat.

—Esclavas que han capturado en razias; su suerte es aún mucho peor que la nuestra.

—Ya me doy cuenta —asentí, pensando en aquellos bestiales seres humanos que pasaban por hombres en Hangor.

A la mañana siguiente nos trajeron otra ración de comida similar y nos llevaron a trabajar. ¡Vaya un trabajo! Nos ordenaron que cortásemos y transportáramos los bloques de piedra granítica con la que construían las obras que estaban edificando. Nos vigilaban veinticinco o treinta guardas provistos de pistolas de rayos-R y látigos; cuando veían a algún esclavo que se detenía en la faena, aunque fuese para enjugarse el sudor, le golpeaban.

A mí me encargaron cortar piedra a cierta distancia de la nueva muralla. Vi que allí había mujeres mezcladas con esclavos y que ponían la argamasa sobre la que se habían de colocar las piedras. Al cabo de un rato, se nos acercó Stalar. Parecía buscar a alguien y yo presentí que se trataba de mí. Al fin me encontró.

—¿Cómo trabaja este esclavo? —preguntó al guarda que nos vigilaba.

—Va bien por ahora —repuso el guarda—; es hombre fuerte y puede transportar fácilmente bloques que sólo consiguen mover dos esclavos.

—Vigílalo —dijo Stalar— y golpéalo hasta que pida clemencia a gritos, si se muestra negligente o te molesta en algo. Te advierto que es muy pendenciero.

Luego se marchó.

—¿Qué tiene Stalar contra ti? —me preguntó el guarda, así que el jefe se hubo marchado.

—No tengo la menor idea —repuse—, a no ser que recele que soy un pangano.

—¿Y no lo eres? —volvió a inquirir el guarda.

—No —contesté.

Procuré no cesar de trabajar diligentemente, por temor de que aquel hombre

hallara un pretexto para golpearme con el látigo. Comprendí que era necio tratar de enemistarse con ellos hasta el punto de exponerme a que me matasen, ya que siempre había alguna esperanza de escapar y reunirme de nuevo con Duare, si aún vivía.

—Stalar es una mala persona —comentó el guarda.

—¿De veras? —repuse—. Pues a mí nunca me ha hecho mal alguno.

—Espera, que ya te lo hará. Por la forma de hablar, he adivinado que te tiene ojeriza.

—Y por lo visto pretende que tú también me la tengas —añadí.

—Eso parece —asintió el guardia—; pero continúa trabajando así y no te molestaré en lo más mínimo. Yo no disfruto martirizando a los esclavos, como les pasa a otros.

—Veo que eres un hombre decente —le dije.

Después que hube cortado cierto número de bloques, de acuerdo con las medidas necesarias, el guardián me ordenó que los llevara a las murallas. El guarda que estaba allí me dijo que los dejara en tal sitio y yo lo hice así, junto a una esclava que estaba poniendo argamasa. En aquel momento se volvió la mujer y me miró. Mi corazón parecía que quería saltar de mi pecho. Era Duare...

Estaba a punto de hablar cuando ella me hizo un signo de silencio, llevándose el dedo a los labios, y luego murmuró con la comisura de la boca:

—Si hablamos, nos golpearán a los dos.

En aquel instante sentí un golpe de látigo en la espalda y, al volverme, me hallé con el guarda que vigilaba el trabajo en aquella parte de la muralla.

—¿Qué es eso de holgazanear por aquí? —me increpó.

Mi primer impulso fue matarle; pero pensé en Duare. Tenía que sufrir para conservar la vida. Me volví y aléjeme para transportar más piedra; pero antes de que pudiera hacerlo, tornó a golpearme con el látigo que me cruzó el cuerpo y me hizo saltar la sangre.

Cuando volví al lugar donde se hallaba la piedra, el guarda vio las marcas sangrientas de mi cuerpo.

—¿Por qué te hicieron eso? —me preguntó.

—El guarda de la muralla me dijo que estaba holgazaneando —contesté.

—¿Y era cierto?

—Bien sabes que no soy perezoso —repuse.

—Perfectamente —asintió—; en la próxima carga te acompañaré yo.

Cogí otros dos bloques de piedra. Ningún esclavo hubiera sido capaz de transportar ni uno solo de ellos, y me dirigí otra vez a la muralla, acompañado de mi guardián.

Al depositar los bloques junto a Duare, me incliné un poco para rozar su cuerpo.

—Valor —murmuró—; yo conseguiré hallar un medio de huir.

Al erguirme, el guarda del muro se abalanzó hacia mí con el látigo en la mano.

—¿Otra vez haciendo el holgazán? —bramó, blandiendo el látigo.

—No estaba haciendo el holgazán —objetó mi guardia—. Déjalo tranquilo; este esclavo es de mi incumbencia.

—Puedo castigar a todo esclavo perezoso que se me ocurra —objetó el otro—; y a ti también, si me place.

Y entonces se revolvió contra mi guarda dispuesto a golpearle con el látigo. Di yo un brinco y le agarré el látigo. Fue un impulso insensato, pero estaba fuera de mí. Se lo arrebaté con la misma facilidad que si se hubiera tratado de un niño, y cuando sacó la pistola de los rayos-R se la quité también.

Se presentó Stalar furioso.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Este esclavo trató de matarme —repuso el guarda de la muralla—; debe morir en el acto.

Duare nos miraba con terror en los ojos, presintiendo lo que iba a ocurrir. La verdad era que yo también lo presentía, ya que por la breve experiencia que tenía del sadismo de aquella gente, cabía esperar que Stalar ordenase que se cumpliera la sugerencia de su subordinado. Pero entonces mi guarda intervino.

—Stalar, yo, de ti, no haría eso —le aconsejó—. Ese guarda me había agredido y el esclavo trató de defenderme. Lo único que hizo fue desarmarle, sin causarle daño alguno.

Observé que Stalar estaba furioso, pero se limitó a decir:

—A trabajar todos y que esto no vuelva a repetirse. —Sus ojos cayeron sobre Duare—. A trabajar tú también, esclava. —Y levantó el látigo para golpearla. Me interpuse entre los dos.

—¡Eso, no! —grité.

Stalar titubeó. No pudo imaginarse cuán cerca había estado de la muerte, pero en el fondo era cobarde y me tenía miedo.

—¡A trabajar! —tornó a repetir, girando sobre sus talones y alejándose. Volví a mis piedras junto al guarda que me había defendido.

—Lo que has hecho te honra —le dije—; pero ¿no crees que te ocasionará disgustos?

—No, porque Jleft, el jong, es tío mío —replicó. Le miré sorprendido.

—Pues la verdad es que en nada os parecéis —me atreví a comentar, sin darme cuenta.

—Mi madre era una esclava pangana —explicó— y creo que a quien me parezco es a ella. Los pánganos no son gente cruel.

Aquel guarda se había comportado tan generosamente que creí poder pedirle un favor. Se llamaba Omat, y cuando me disponía a expansionarme con él, me facilitó

espontáneamente el camino.

—¿Por qué arriesgaste la vida protegiendo a esa esclava que iba a castigar Stalar?
—me preguntó—. Me parece que ya tenías bastantes disgustos para buscarte otros.

—Es mi esposa —confesé—. Nos capturaron los de Falsa y tuvimos que separarnos. No tenía la menor idea de lo que había sido de ella hasta que la vi poniendo argamasa en la muralla. Me gustaría poder hablar con ella.

Meditó un instante y luego repuso:

—Acaso lo pueda arreglar yo. Eres un buen trabajador y no creo que me des un disgusto por dejaros a los dos solos. Me has hecho un trabajo de dos hombres y lo hiciste sin protestas.

Aquella tarde, cuando las esclavas nos trajeron la cena, observé que Omat era el encargado de vigilarlas. Me llamó en voz alta y yo respondí adelantándome hacia él. Duare estaba a su lado. No me había dado cuenta hasta entonces porque permaneció oculta entre otras esclavas.

—Aquí tienes a tu esposa —me dijo Omat—; le permito quedarse aquí, mientras cenas. No tenéis por qué apresuraros.

Estreché entre las mías la mano de Duare y nos apartamos a un rincón, un poco alejados de los demás, sentándonos juntos en el suelo. Al principio, ninguno de los dos hablábamos, limitándonos a mantener entrelazadas nuestras manos. De pronto, Duare dijo:

—Ya creí que nunca te volvería a ver. ¿Qué extraño designio nos atrajo a Hangor?

—La Providencia se ha mostrado tantas veces bondadosa con nosotros que cabe esperar lo mismo ahora —murmuré—. Pero cuéntame lo que te ocurrió y cómo te encuentras aquí.

—No es una historia muy agradable.

—Comprendo, querida; pero cuéntame lo que hiciste después de matar a Vantor... porque, desde luego, fuiste tú quien le mató.

Asintió Duare.

—Sí; ocurrió a media noche. Todos dormían en el barco, incluso el centinela de la puerta, que había quedado abierta. Sólo tuve que salir; nada más fácil. Lo difícil era qué rumbo iba a seguir. Mi único pensamiento fue huir a cualquier parte y esconderme, ya que estaba segura de que si me cogían me mandarían matar por lo que había hecho. Por la mañana me tumbé en la hierba y me quedé dormida. Cuando me desperté vi que la flota de Falsa se dirigía hacia el Este. Sabía que tú ibas con ella, y aunque no esperaba volverte a ver seguí la misma dirección para estar cerca de ti.

“Poco después llegué a un riachuelo y bebí agua, descansando un poco. Una vez repuesta, seguí la marcha; pero la flota había desaparecido ya de mi vista. Mediada la tarde vi que venía hacia mí uno de aquellos barquitos exploradores y traté de ocultarme; pero indudablemente me habían descubierto, ya que fueron directamente a donde me ocultaba.

“Media docena de esos horribles salvajes de Hangor saltaron del barco y me apresaron. Hubiera sido tan inútil como insensato tratar de escapar de ellos.

“Pronto me di cuenta de que había caído en manos de gente feroz y que sería inútil esperar de ellos ni compasión ni buen trato. Respondiendo a su fama de bandidos, andaban merodeando para apoderarse de cualquier botín que pudieran encontrar. Suelen enviar a menudo esos barcos para que realicen merodeos, especialmente después de una batalla con los de Falsa y con los pánganos; con sus

numerosos barcos caen sobre las naves desmanteladas, saqueándolas y apoderándose de prisioneros.

—El barco al que fui a parar estaba cumpliendo su misión de explorador en la batalla que juzgaban inminente; pero, de paso, iba a la caza de todo lo que pudiera atrapar. Continuaron su marcha hacia el Oeste y, de pronto, descubrieron nuestro averiado avión. Al principio no pudieron averiguar lo que era y cuando se lo expliqué yo se pusieron furiosos porque creyeron que les estaba engañando. A veces me parece que muchos de estos hombres están verdaderamente locos.

—Yo estoy seguro de que es así —asentí—. Ningún ser normal puede mostrarse tan cruel y estulto como algunos de ellos. Pero continúa tu relato.

—No tengo que contar mucho más —repuso—. Robaron todo lo que pudieron del anotar, desmontaron los instrumentos y el motor y, por último, se volvieron a Hangor. Y aquí estoy y aquí estás tú.

—Al menos, nos hallamos juntos de nuevo —observé—, y esto ya es algo, puesto que ahora trataremos de hacer un plan de huida.

—Siempre te muestras optimista —me recordó ella.

—Ya he escapado muchas otras veces —le recordé.

—Lo sé —asintió—; pero nuestra situación actual es mucho más desesperada. Aunque consiguiéramos huir de Hangor, no podríamos salir de esta comarca. Nuestro querido anotar está destruido y, por lo que he oído decir, hacia el Sur las montañas son inaccesibles y todo el país está lleno de enemigos.

—Yo no me resigno a renunciar —insistí.

—¿Y qué ha sido del pobre Ero Shan? —me preguntó, después de un momento de silencio.

—También está aquí —contesté—, y cuento con otro amigo; cierto oficial pangano que se llama Banat. Entre los cuatro, malo será que no consigamos tramar algún plan de huida. Hablando de otra cosa, ¿dónde resides?

—Al otro lado de la muralla —repuso—. Los tinglados de esclavos y esclavas están contiguos. Me dijeron que antes solían hacinarlos juntos, pero se producían muchas reyertas y murieron tantos esclavos que decidieron separarnos.

Mientras hablábamos, los esclavos acabaron su cena y las esclavas volvieron para llevarse las vasijas vacías. Se presentó con ellas Omat e hizo una seña a Duare. Nos incorporamos y la retuve un instante entre mis brazos; luego se marchó. Constituyó para mí un gran consuelo haberla tenido a mi lado, aunque fuese tan breves momentos, y me sentía ahora mucho más confiado de lo que había estado desde que nos capturaron, aunque tenía que admitir que mis esperanzas se basaban en frágil fundamento.

Cuando hubo marchado Duare, me senté junto a Ero Shan y Banat.

—¿Por qué no te acercaste a hablar con Duare? —pregunté a Ero Shan.

—Disponíais de tan poco tiempo para estar juntos que no quise robaros ni un instante —me dijo.

—Me preguntó por ti —le dije—, y le expliqué que te encontrabas aquí y que contábamos con otro amigo: Banat, y que entre los cuatros podríamos elaborar un plan para huir.

—Fuera el que fuese, puedes contar conmigo —asintió Banat—. Antes preferiría morir a quedarme en este sitio para que me mataran a golpes.

Al día siguiente Stalar me asignó otro trabajo. Me enviaron en compañía de media docena de esclavos que, por una u otra razón habían caído en desgracia con él, y a los que detestaba de un modo especial, a una corraliza en la que había encerrado cierto número de zorats. Estaba tan atestada de estiércol que los animales se hundían en la suciedad hasta los ijares y sólo conseguían moverse haciendo grandes esfuerzos.

Aunque el trabajo era nauseabundo y hostil en extremo, ofrecía una ventaja: los guardas no se hallaban muy cerca de nosotros para castigarnos con el látigo, y como no se decidían a revolverse entre el cieno, limitábanse a sentarse en la empalizada dirigiéndonos improperios.

Aquello iba bien mientras estábamos cargando los carros, pero teníamos que transportarlos a una milla de distancia fuera de la ciudad, para arrojar el cieno a un lugar donde se aprovechaba para fertilizar los campos en que crecían hortalizas y granos para los zorats. Mientras empujábamos los carros era cuando se aprovechaban los guardas, tomándose el desquite del tiempo perdido en sus crueldades. Uno de los guardas se dio cuenta pronto de que yo era mucho más fuerte y activo que ningún otro esclavo y me tomó bajo su servicio para obtener ganancias conmigo. Apostó con uno de sus compañeros a que yo podía cargar más de prisa y arrastrar el cieno antes que ningún otro, y para animarme me golpeó con el látigo.

Lo sufrí porque había encontrado a Duare y no quería que me ocurriera nada en tales circunstancias.

El otro guarda escogió un esclavo corpulento, apostando por él, y se puso a hostigarle brutalmente a latigazos, para que fuera más de prisa. La apuesta se basaba en cierto número de cargas que teníamos que transportar durante el resto del día, y había de pagarse una cantidad de dinero por cada carga de ventaja.

Indudablemente estaba yo destinado a hacer ganar dinero a mi guarda; pero éste, ansioso de ganar cuanto más mejor, me cubría de latigazos, hasta tener todo el cuerpo marcado de tiras rojas, corriendo la sangre por mi espalda y costados.

A pesar de mi ira y mis sufrimientos, conseguí dominar mis impulsos hasta el límite de lo inaguantable. En uno de los viajes llegué al lugar de descarga, luego que los otros habían depositado el estiércol, volviendo a la corraliza. Mi guardián y yo quedamos solos en el estercolero, a una milla de la ciudad y sin alma humana cerca de nosotros. Aunque soy hombre fornido, me sentía casi exhausto. Estábamos a mitad

de la tarde solamente y comprendí que aquel hombre bestial me mataría si las cosas seguían así hasta la noche. Por eso, cuando llegamos al estercolero me revolví contra él, apoyándome en la forca que había estado empleando para cargar y descargar.

—Si no fueras tan insensato, no gastarías tus energías y las mías, golpeándome —le dije—. Pronto me encontraré sin fuerzas para tirar del carro, una vez lo cargue.

—¡A callar, holgazán! —gritó—. ¡Y sigue trabajando!

Vino hacia mí con el látigo levantado. Yo di un salto y se lo agarré, arrebatándoselo, y cuando trató de sacar la pistola, levanté la forca como si hubiera sido un juguete y se la clavé en el pecho.

Debí partirle el corazón, ya que murió casi en el acto. Me incliné sobre su cadáver y le quité la pistola de los rayos-R, ocultándola bajo mi ropa; luego, acerqué el cuerpo al carro y descargué el estiércol sobre él, hasta que quedó completamente cubierto, convertido en un puñado de lodo enterrado bajo un montón de fiemo.

Maté a un guarda y podía imaginarme la pena que me esperaba, pero confiaba en haber ocultado el cuerpo del delito lo suficientemente bien para que no me descubrieran en seguida. A no ser que hallaran el cadáver, no podrían formular una acusación concreta. No obstante, debo confesar que me sentía algo nervioso cuando volví solo a la corraliza y aún más cuando el otro guarda, el que había apostado, se me acercó.

—¿Dónde está tu guardián? —me preguntó.

—Regresó antes que yo —repuse—. Sospechaba que otros esclavos estaban ayudando a cargar el carro y quería sorprenderte.

—¡Eres un mentiroso! —dijo, lanzando una mirada a su alrededor—. ¿Dónde está?

—Debe de andar por aquí —contesté—, porque no se hallaba conmigo.

Y me puse a cargar el carro de nuevo. La desaparición de mi guardián hubiérase hecho misteriosa si el otro se lo hubiera contado a alguien; pero no lo hizo. Era demasiado astuto y avaricioso. En cambio, me advirtió que, como no trabajase despacio, me arrancarían el pellejo.

—Si me proteges de los otros guardas —le propuse—, trabajaré tan despacio que puedes estar seguro de ganar.

—A ver si lo haces —asintió.

Y siguiendo sus instrucciones, me cansé bien poco el resto de la tarde. A la hora del retiro, el guarda cuyo esclavo había trabajado en contra mía, mostróse muy contrariado. Había ganado la apuesta ampliamente; pero no hallaba la persona de la cual cobrar el dinero.

—¿Estás seguro de que el guarda volvió a la corraliza? —me preguntó.

—Allí me dijo que se iba cuando me dejó —contesté—. Estaba trabajando con tanta energía que no me fijé en él.

—Es muy extraño —comentó—. No puedo encontrarlo.

Cuando las esclavas nos trajeron la cena aquella tarde, Omat no vino con ellas; pero acudió Duare y me trajo la vasija con la pitanza. Ero Shan y Banat se hallaban junto a mí. Les había explicado a los dos el audaz plan que había preparado para huir y ambos se confabularon conmigo para llevarlo adelante o perecer en el intento.

Cuando se nos acercó Duare, la rodeamos procurando ocultarla de las miradas de los guardianes, y alejándonos luego a un rincón, nos pusimos en la penumbra que formaba uno de los recintos donde dormían los esclavos.

Duare sentóse en el suelo y nosotros nos pusimos delante de ella, ocultándola de la mirada de todos los que estaban en la estancia. Sólo había dos guardianes de vigilancia y estaban engolfados en su charla. Uno de ellos vino acompañando a las

esclavas y cuando éstas se marcharon salió él también, sin que tuviera que volver hasta que tornaran a entrar las mujeres para llevarse los recipientes de la cena. Los guardas solían estar dormidos durante la noche y no nos molestaban, salvo cuando se suscitaba algún alboroto entre los esclavos; para éstos era la noche el único período en el que podían escapar de sus crueldades.

Mientras comíamos, expliqué el plan a Duare, pero, de pronto, se puso a llorar.

—¿A qué vienen esas lágrimas? —le pregunté—. ¿Qué te ocurre?

—¡Tu pobre cuerpo! —balbuceó—. ¡Está cubierto de sangre! Te debieron de golpear brutalmente.

—Merecía la pena sufrirlo —le dije—. El hombre que me hizo esto ya no vive y yo guardo escondida su pistola. Gracias a estas señales rojas podremos huir al fin, porque se nos presenta la ocasión de escapar.

—Me alegra que le hayas matado —repuso—. No hubiera podido sufrir la idea de que se mantuviese vivo el que te trató tan brutalmente.

Al cabo de un rato volvieron las esclavas y se llevaron las vasijas vacías. Pasamos un momento de temor por si alguna de ellas descubría a Duare y la denunciaba; pero si alguna la vio, no dijo nada y pronto salieron todas acompañadas de los guardas.

Esperamos hasta casi media noche, poco después de que reinara un silencio completo en el tinglado y todos se hubieran dormido. El único guarda que se quedó hallábase sentado de espaldas, ante la puerta que comunicaba con el corral donde yo había estado trabajando durante el día. Otra de las puertas daba a la ciudad y la tercera comunicaba con la estancia donde dormían las esclavas; pero estas puertas últimas no requerían vigilancia, ya que ningún esclavo podía escapar por tal dirección.

Me levanté y avancé hacia el guarda, y como estaba adormecido no se dio cuenta de mi presencia hasta que estuve a su lado; entonces dio un brinco.

—¿Qué haces aquí, esclavo? —me preguntó.

—¡Silencio! —le dije—; acabo de enterarme de algo que debes saber.

—¿Qué es? —volvió a inquirir.

—No hables tan alto —susurré—; si saben que te lo voy a contar me matarían.

Se me acercó más intrigado.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Cuatro esclavos se preparan a huir esta noche —le avisé—. Uno de ellos piensa matarte antes. Ahora no digas nada, pero mira hacia la izquierda.

Y mientras él lo hacía así, saqué la pistola y aplicándosela sobre el corazón, apreté el botón. Murió sin proferir sonido alguno, cayendo al suelo de bruces.

Le levanté y le volví a colocar sentado, apoyándole contra la pared, junto a la puerta; luego le quité la pistola y al volver la cabeza vi que Duare, Ero Shan y Banat se acercaban de puntillas.

Mientras abría yo la puerta, guardamos silencio y fueron saliendo todos; yo salí detrás y cerré la puerta suavemente.

Entregué a Ero Shan la nueva pistola y les invité a seguirme a través de la corraliza donde se encontraban los zorats. Nos deslizamos furtivamente hacia aquella especie de caballos, hablándoles con cariño, ya que son muy nerviosos e irascibles. Se agitaron un poco, tratando de rehuirnos; pero acabaron por amansarse y cada uno de nosotros se apoderó de un zorat, cogiéndolo por la oreja, procedimiento para dominarlos y guiarlos.

Los condujimos hacia la puerta de la corraliza, la abrí y montamos. Con tales animales no se usan ni sillas ni bridas; se les guía o detiene tirándoles de las colgantes orejas. Un tirón a la derecha les hace volverse en tal dirección; uno a la izquierda les obliga a cambiar, y tirándoles de ambas orejas se paran. Para obligarles a marchar de prisa, hay que golpearlos con los talones, y si se les da un pequeño tirón en ambas orejas, aminoran la marcha.

Como el corral de los zorats se hallaba situado fuera de las murallas de la ciudad, estábamos libres por el momento. Así que nos hubimos alejado un trecho razonable, golpeamos a los animales con los talones y partimos veloces por la ancha llanura. A los zorats no les aguardaba reposo hasta que llegase la noche, ni a nosotros tampoco, ya que debíamos cruzar por el campamento de los pastores antes de amanecer si queríamos tener la garantía de no vernos descubiertos y perseguidos.

Fue una carrera dura; pero todos presentíamos que nos iba a acompañar la buena suerte. A nuestra izquierda, las colinas nos servían de orientación, y los grandes ojos de nuestros animales les permitían ver en la penumbra de la noche amtoriana.

Duare y yo cabalgábamos el uno al lado del otro, y, detrás, muy cerca, iban Ero Shan y Banat. Los callosos muñones que los zorats tienen en las extremidades de sus patas, les permitían galopar sin ruido, como fantasmas en las tinieblas.

De pronto, Ero Shan me alcanzó, poniéndose a mi lado.

—Nos están persiguiendo —me dijo. Volví la cabeza y descubrí un grupo de jinetes que venía detrás y ganaban terreno rápidamente.

—Da a Banat tu pistola —le instruí—, y tú, destácate con Duare. Encontraréis muchas armas y municiones a bordo del 975.

—No —protestó Duare decidida—; no te abandonaré. Nos quedaremos juntos hasta la muerte.

Comprendí por el tono de su voz que sería inútil discutir, y me limité a decirles que teníamos que galopar más de prisa.

—Estos animales no son muy atractivos; pero sí verdaderamente maravillosos en punto a correr; parecen gamos y tienen una resistencia tremenda. Desgraciadamente, hace rato que galopan como locos y no sé si los otros conseguirán alcanzarnos —observé.

Volví la cabeza hacia lo que parecía un nutrido grupo de jinetes. Sin duda alguna nos ganaban terreno.

—Presiento que no tendremos más remedio que pelear —advertí a Ero Shan.

—Antes de que nos rindan, habrán caído bastantes de ellos —me contestó.

—No quiero volver a Hangor —intervino Duare—. ¡Eso sí que no! Carson, márame antes de que me apresen. Prométeme que lo harás.

—Si yo caigo —repliqué—, debes huir hacia el 975.

Comencé entonces a explicarle cómo había de poner en marcha el motor, el cual era muy parecido al del avión que le resultaba tan familiar. El combustible que se empleaba era el mismo que usábamos en el anotar. El elemento 93 (vik-ro) se elimina por una sustancia llamada “lor” que contiene considerable proporción del elemento “yor-san” (105). La acción del vik-ro sobre el yor-san produce una absoluta descomposición del elemento “lor”, liberando toda su energía. Cuando se piensa que se libera 18.000.000 de veces más de energía por la descomposición de una tonelada de carbón que por la de su combustión, cabe darse cuenta de las posibilidades que ofrece el maravilloso descubrimiento científico de Amtor. El combustible para el funcionamiento del 975 podía llevarse en un jarro de un cuartillo.

Después de discutir un poco, conseguí hacer prometer a Duare que si yo caía en la lucha, trataría de llegar al 975 y se alejaría hacia los montes del Sur, más allá de los cuales debía encontrarse Korva. Mientras tanto, nuestros perseguidores nos habían alcanzado.

Al revolverme sobre el lomo de mi zorat, con la pistola preparada en la mano, me dispuse a vender cara la vida. Repentinamente, Ero Shan se echó a reír, e instantes después tuve que imitarle.

—¿De qué os reís? —preguntó Duare.

—¡Fíjate! —repuse—. Nuestros perseguidores son los zorats que se escaparon del corral y corrieron tras sus compañeros.

Debíamos haber pasado ya por el campamento de pastores. Estaba a punto de amanecer y, en plena mañana, descubrimos el 975 a lo lejos, en el mismo lugar en que lo dejáramos. Había estado yo preocupado ante el temor de que los pastores se nos hubiesen adelantado, causándole desperfectos; pero llegamos junto a él y vimos que se hallaba en el mismo estado en que lo abandonamos. No obstante, no soltamos a los zorats hasta que el motor estuvo en marcha y seguro yo por completo de que el 975 funcionaba perfectamente. Entonces los pusimos en libertad y volaron a reunirse con sus compañeros.

Advertí a Ero Shan y a Banat que debían estar preparados para poner en juego los cañones de babor, estribor y popa, si fuera preciso, y puse a Duare a mi lado a fin de que aprendiera a hacer funcionar el cañón de proa, caso de entrar en acción, cosa que no era inverosímil.

Banat quería volver a Hor, donde se nos haría un excelente recibimiento, pero yo no quise correr más riesgos con Duare; acaso hubiera caído Hor en manos de los de Falsa otra vez. No obstante, le prometí a Banat que nos acercaríamos a Hor después que oscureciera, y así podría llegar él a la población a pie. Comprendió que la idea era excelente.

—Me hubiera gustado demostraros la verdadera hospitalidad de Hor —nos dijo.

—Ya fuimos testigos de su hospitalidad —repuse. Banat se echó a reír.

—No somos tan necios como nos creen los de Falsa —objetó.

—¡Mirad! —exclamó Duare imprevistamente—. ¡Por allí viene un barco!

Dirigimos todos la mirada hacia allí y, efectivamente, divisamos un barco explorador que avanzaba hacia nosotros por estribor.

—El único recurso que nos queda para evitar la lucha es hacer marcha atrás y, desde luego, no estoy dispuesto a eso.

—Pues luchemos —afirmó Duare.

—¿Qué clase de nave crees que puede ser, Banat? —pregunté a éste. Lo observó fijamente y repuso:

—Se trata de uno de esos pequeños faltares que emplean los de Hangor y dudo que el 975 pueda ganarle en velocidad.

Faltar significa barco pirata y es una contracción de las dos palabras “fal”, que

significa matar, y “notar”, que quiere decir barco.

Viramos en redondo y le hicimos frente, avanzando hacia él. Tan pronto como estuvimos a tiro, Duare comenzó a disparar bombas químicas. Consiguió hacer un blanco en la proa, precisamente frente al asiento del piloto, y en seguida envió una ráfaga de rayos-T sobre el impacto. Ellos empezaron a disparar su cañón de popa; pero no con la misma suerte que nosotros; o debía ser que no disponían de tan excelente artillero, ya que fallaban sus disparos.

Habíamos aminorado la marcha a fin de afinar la puntería y nos íbamos acercando el uno al otro, cuando, de pronto, el faltar viró a la izquierda e, inmediatamente, comprendí que habíamos alcanzado al piloto, dado lo errático de sus movimientos. Ahora, su cañón de estribor nos enfilaba; pero Duare tenía como objetivo todo el costado de la nave. Varias bombas químicas nos alcanzaron y pude escuchar su estallido; pero Duare y Ero Shan, que manejaban el cañón de estribor, respondieron también con bombas químicas, seguidas inmediatamente de los mortíferos rayos-T.

Mientras tanto, Banat había metido un torpedo en el tubo de estribor y lo lanzó. Fue a parar recto al objetivo deseado, y la explosión que siguió estuvo a punto de hacer volar al faltar, que quedó completamente inutilizado.

La lucha había sido breve, y el final, feliz. Me sentí aliviado cuando pudimos reanudar nuestro viaje hacia Hor, abandonando la desmantelada nave que seguía disparando fútilmente contra nosotros.

Nos alejamos unas millas y entonces saltamos al suelo para examinar el casco del 975. En varios lugares la capa aislante contra los rayos-T estaba disuelta y la recubrimos con nueva materia aisladora, antes de continuar la marcha.

Pregunté a Banat si era cierto que nadie había conseguido cruzar la cadena de montañas que se levantaban al Sur o si tenía noticias de algún paso para atravesarlas.

—Que yo sepa, nunca fueron cruzadas —me dijo—; pero alguna vez he oído contar a nuestros pastores que cuando se levantan las nubes, lo que, como sabes, ocurre a veces, creen haber descubierto cierta zona baja en la cadena de montañas.

—¿Y tienes alguna idea de hacia dónde puede caer eso? —inquirí.

—Hacia el Sur de Hor —contestó—. Es por esa parte por donde están nuestros mejores campos de pastoreo.

—Pues Dios quiera que se levanten las nubes cuando estemos allí —repuse—; de todas maneras, se levanten o no, hemos de cruzar esas montañas.

—Os deseo buena suerte —añadió Banat—. Creo que la necesitáis, especialmente si conseguís adentraros en esa zona montañosa.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por los hombres de las nubes —replicó.

—¿Quiénes son? Nunca oí hablar de ellos.

—Viven siempre en las montañas, entre las nubes. De vez en cuando, descienden

para robar nuestro ganado; y cuando lo hacen, se cubren el cuerpo completamente con un traje hecho de pieles, que tiene sólo dos orificios para los ojos y otro para respirar. No pueden sufrir nuestra seca atmósfera. En otros tiempos la gente creía que era una raza muy velluda, hasta que nuestros pastores mataron a uno de ellos y descubrieron que tenían una piel finísima y carente de poros. Se cree que deben transpirar a través de las narices y de la boca. Cuando el cuerpo del que mataron los pastores quedó expuesto al aire, la piel se arrugó como si estuviera quemada.

—¿Y por qué hemos de temerles? —inquirí.

—Existe la leyenda de que comen carne humana —repuso Banat—. Desde luego, puede muy bien tratarse de una leyenda que no encierre nada de verdad. Yo no puedo asegurar nada.

—No creo que pudieran hacer mucho daño a nuestro 975 —dijo Ero Shan.

—Tendríais que abandonar el 975 —sugirió Banat—. Como podéis comprender, el lantar no está construido para trepar por las montañas.

Era bien entrada la noche cuando nos acercamos a Hor. Banat insistió de nuevo en que entráramos en la población, advirtiéndonos que podría averiguar en la puerta si los de Falsa ocupaban todavía la ciudad.

—Aunque mucho me gustaría, no quiero correr este riesgo —repuse—. Si los de Falsa vigilan aún vuestras puertas, podían inutilizar nuestro barco con un disparo afortunado y, como puedes comprender, no iban a dejar marcharse a un lantar extranjero sin trabar lucha con él.

—Comprendo que tienes razón —asintió.

Luego, me volvió a dar las gracias por haberle ayudado a escapar y, deseándonos buen viaje, se dirigió a pie a la población y pronto desapareció en las tinieblas. Acaso sería aquélla la última vez que volvería a ver al yorkokor Banat, el pangano.

Reanudamos nuestra marcha en el seno de la noche, hacia el Sur, sintiendo latir nuestros corazones de agradecimiento por haber podido llegar hasta allí sanos y salvos. Y nuestras mentes poblábanse de conjeturas sobre lo que se ocultaría en la rudeza de aquellas montañas que ningún hombre había cruzado; en aquellas montañas en las que vivían los hombres de las nubes, posibles antropófagos.

Cuando llegó la mañana, vimos las montañas a lo lejos, hacia el Sur. Sus cumbres se hundían en las nubes eternas. Sólo las cúspides más bajas se vislumbraban a una altura de unos cinco mil pies. Lo que había allá arriba constituía el misterio que teníamos que resolver. Según nos fuimos acercando descubrimos un rebaño de zaldars, o sea de bueyes amtorianos. Unos cuantos pastores que nos vieron llegar trataron de conducir el ganado más lejos, con el evidente deseo de ocultarlo en una cañada que estaba ante ellos y que, sin duda, juzgaban inaccesible para nuestro lantar.

El zaldar es un animal sorprendente. Tiene una cabeza muy grande, de aspecto bovino, con anchos ojos ovalados y orejas largas y puntiagudas, que mantienen siempre erguidas, como en constante actitud de alerta. Carece de cuello y su cuerpo es un conjunto de curvas acentuadas. Sus patas traseras se parecen a las del oso, y las delanteras a las del elefante, aunque, desde luego, mucho más pequeñas. Sobre su espinazo surge una sola hilera de cerdas. Carece de cola y cuello, como queda dicho, y del morro le sale un largo mechón de pelo. Su mandíbula superior está provista de dientes gruesos que sobresalen siempre de la inferior, mucho más delgada. Tiene la piel cubierta de corto pelo, de un ambiguo color malva, con grandes franjas violeta, lo que, especialmente cuando se tumba, le hace casi invisible sobre el paisaje tostado, peculiar en Amtor. Al comer, se arrodilla y arranca la yerba con sus gruesos dientes, y luego, la engulle metiéndosela en la boca con la amplia lengua. Al beber, tiene que arrodillarse también, porque, como indicamos antes, carece de cuello. A pesar de su aspecto amazacotado es muy ágil, y cuando los pastores montaron en ellos desaparecieron presto en el cañón formado por las montañas. Sin duda alguna, debieron tomarnos por merodeadores.

Me hubiera gustado poder atrapar a uno de aquellos zaldars para disponer de carne fresca; pero aunque el 975 habría podido alcanzar a los animales y me hubiera sido fácil disparar sobre alguno de ellos, no quise hacerlo, ya que comprendí que pertenecían a los pánganos.

Como el cañón al que había huido el ganado parecía muy grande y seguía la dirección Sur, creí oportuno explorarlo y conduje el 975 hacia él.

Apenas habíamos avanzado una corta distancia de la cañada, descubrimos unos cien pastores alineados en la boca del estrecho paso a donde evidentemente habían conducido el ganado. Los hombres iban todos provistos de rifles de rayos-R, y tan pronto nos divisaron, arrojáronse sobre las piedras que a modo de muralla guarecían al rebaño y les servía de parapeto para la defensa.

Viajábamos sin ostentar bandera alguna. Realmente no sabíamos cuál podríamos exhibir, y no deseábamos manifestarnos en este sentido hasta conocer la bandera de cualquier eventual enemigo, para entonces, inmediatamente, izar la misma en el

mástil que se alzaba sobre el asiento del piloto.

Como supuse que seguramente aquellos pastores eran de nacionalidad pangana y, por otra parte, no deseaba luchar con ellos ni con nadie, icé la insignia de dicho país.

Entonces se levantó uno de los hombres tras el parapeto y nos gritó:

—¿Quiénes sois?

—¡Amigos! —repuse—. Acércate; deseo hablarte

—Cualquiera puede ostentar la insignia pangana —objetó—. ¿Cómo os llamáis?

—No nos conoces —contesté—, pero somos amigos del yorkokor Banat, que acabamos de dejar en Hor.

—Lo capturaron los de Hangor —contestó.

—Ya lo sé —repliqué—, y a nosotros también. Ayer mismo escapamos con Banat.

Entonces, el pastor avanzó hacia nosotros; pero manteniendo el rifle preparado. Era un joven de aspecto agradable, de rostro bello y buen tipo.

Cuando se acercó, abrí la portezuela y salté al suelo. Apenas me vio, se detuvo en seco, en actitud recelosa.

—Tú no eres un pangano —me dijo.

—Yo no afirmé que lo fuera; pero luché con la flota pangana cuando marchó a apoderarse de Hangor y me capturaron al producirse la derrota de la escuadra.

—¿Estás seguro de que el yorkokor Banat está a salvo en Hor? —me preguntó.

—Le dejamos a las puertas de la ciudad, anoche, sano y salvo —le aseguré—; y si Hor no ha caído en manos de los de Falsa, está seguro. Fue por el temor de que la ciudad estuviera tomada por los enemigos, por lo que no nos acercamos más.

—Entonces está a salvo, porque los de Falsa quedaron derrotados y hubieron de volver a pie a su país.

—Eso ya lo sabíamos —repliqué—; pero las cosas cambian de aspecto tan pronto en estas tierras que no estábamos seguros de si habrían vuelto a conquistar a Hor. ¿Conoces a Banat?

—Yo soy hijo suyo, y éste es mi ganado. Estoy encargado de su custodia.

Duare y Ero Shan habían saltado ya al suelo y se reunieron con nosotros. El joven les miró con curiosidad.

—¿Puedo preguntaros qué es lo que hacéis en estos montes? —inquirió.

—Nuestra patria se halla a la otra parte —le expliqué—, y tratamos de buscar camino para cruzar esas montañas.

Movió la cabeza con gesto de negación.

—No existe paso alguno y, si lo hubiera, los hombres de las nubes os apresarían antes de poder cruzar.

—Tu padre nos dijo que los pastores pánganos habían descubierto a veces un lugar más bajo en esta cordillera, cuando las nubes se alzan.

—Es cierto —asintió—. Está a cosa de diez millas, marchando por el valle; pero en vuestro caso, yo me volvería. Si sois amigos de mi padre, podéis ir a Hor y vivir allí; pero si continuáis la marcha, es seguro que moriréis. Ningún hombre ha atravesado esos montes.

—No obstante, queremos intentarlo —le advertí—. Si nos convencemos de que es imposible, volveremos a Hor.

—Entonces, espero veros allí, si conserváis la vida —afirmó—, porque no conseguiréis cruzar esas montañas. Me he asomado un poco a ellas y puedo aseguraros que los precipicios y las gargantas son verdaderamente aterradores.

Sus hombres se habían acercado y nos rodeaban escuchando la conversación. Lino de los más viejos nos dijo:

—Hace unos cinco años recorrí este cañón en una distancia de diez millas. Las nubes habían ascendido más que nunca en mi vida. Divisé el horizonte entre los picos bajos. La cañada se bifurca a cosa de una milla. Si existe algún paso para cruzar, debe encontrarse por la bifurcación de la derecha. Si yo quisiera intentarlo, ésa sería la que tomase.

—Muchas gracias por la información —le agradecí—; y ahora tenemos que seguir nuestro camino. Di a tu padre que, al menos, llegamos bien hasta aquí.

—¿Cómo estáis de comida?

—Carecemos en absoluto.

Volvióse hacia uno de sus hombres.

—Ve a buscar un cuarto del zaldar que matamos ayer —le ordenó, y dirigiéndose a otro de ellos, le dijo—: Ve también tú para que le ayudes a traerlo y no te olvides de bajar un fardo de carne ahumada.

Mostré mi agradecimiento por aquella ración adicional y como no tenía dinero pangano para pagarle, le ofrecí parte de nuestras municiones. Se negó a aceptarlas, contestando que podíamos necesitarlas. Así que nos trajeron la carne, nos despedimos de ellos y partimos en busca del cañón trazado entre las montañas, que podía conducirnos a Korva, o a la muerte.

Llegamos a la entrada del gran cañón, hallándolo exactamente donde nos habían dicho y, después de recorrerlo cosa de una milla, dimos con la bifurcación y tomamos la de la derecha. Iba atardeciendo y las nubes estaban bastante bajas sobre nuestras cabezas. Decidimos detenernos allí para pasar la noche, íbamos todos armados de rifles y pistolas, y al descender del 975, lo hicimos con gran cautela para hacer provisión de leña y asar las chuletas de zaldar.

Pronto ardió un excelente fuego, y ya estaban tostándose las chuletas cuando escuchamos unos terribles rugidos que procedían de lo alto del cañón. Inmediatamente nos pusimos en actitud de alerta y con los rifles preparados, ya que había reconocido la voz del feroz tharban, un carnívoro amtoriano semejante al león. Pero no fue el tharban lo que se presentó ante nuestros ojos sino la figura más extraña que había visto en mi vida. Era un ser humano completamente envuelto en pieles que sólo disponía de orificios para los ojos y para respirar.

—Aquí tenemos a uno de los hombres de las nubes —dijo Duare.

—Me parece que pronto va a dejar de serlo —observó Ero Shan.

Cuando el hombre de las nubes nos vio, pareció dudar; pero el terrible rugido del tharban le hizo seguir adelante.

—¡Ojo con el tharban! —grité, a la vez que levantaba mi rifle.

Ero Shan y yo disparamos simultáneamente y el enorme felino dio un terrible salto a la vez que lanzaba un horrendo rugido. Duare le propinó otra ráfaga de rayos-R, cuando cayó al suelo; pero debía estar ya muerto. Mientras tanto, el hombre de las nubes se hallaba ante nosotros y nos miraba titubeando todavía.

—Escapaste de poco —le dije—; me alegra haber estado aquí para matar al tharban.

Aún guardó silencio un instante; pero al fin habló:

—¿Me vais a matar?

—¡Hombre! ¡Claro que no! ¿Y por qué íbamos a hacerlo?

—Todos los hombres del llano tratan de matarnos.

—Pues nosotros no pensamos en eso —le aseguré—; así es que eres libre de irte a donde quieras.

—¿Qué hacéis en estos montes? —preguntó—. Pertenecen a los hombres de las nubes.

—Nuestra patria está al otro lado de la cordillera —le expliqué—, y tratamos de encontrar camino para cruzar.

De nuevo guardó silencio; en esta ocasión, un minuto entero. Produce una impresión extraña hallarse delante de un ser humano camuflado de semejante manera, y no tener la menor idea de lo que ocurre en su mente, ya que conserva los ojos y

rostro ocultos.

—Me llamo Mor —dijo de pronto—; me has salvado la vida y por eso te guiaré por los Montes de las Nubes. No podéis caminar por la noche, sino de día, y yo iré con vosotros.

Y sin añadir más, volvióse y se alejó.

—Nos ha debido olvidar la mala suerte —observó Duare.

—Me parece que la enterramos entre el estiércol de Hangor —repuse—. Verdaderamente, esto es un magnífico síntoma; pero es demasiado halagüeño para que resulte cierto.

Comimos las chuletas y la verdura que había hervido Duare. Luego nos dirigimos a nuestro 975, cerramos la puerta y nos echamos a dormir completamente exhaustos.

Nos levantamos temprano por la mañana y, mientras almorzábamos, divisamos a un centenar de hombres de las nubes que descendían por el cañón hacia nosotros. Se detuvieron a un centenar de yardas y uno de ellos se destacó.

—Soy Mor —dijo—; no tengáis miedo. Hemos venido para conducirlos a través de los Montes de las Nubes.

—Ésas son las palabras más gratas que he oído hace tiempo —murmuró Duare a mi oído.

—¿Y podemos subir con el lantar? —pregunté a Mor.

—Habrá uno o dos pasos malos —explicó—; pero creo que podréis subir con él. ¿Es capaz de trepar?

—Sí que puede —contesté—; casi es capaz de subir en línea vertical.

—Seguidnos —nos invitó Mor—. Tendréis que ir muy junto a nosotros, ya que vosotros sois gente corriente y no podréis ver muy lejos entre las nubes. Algunos de mis hombres caminarán a vuestro lado para mostraros los sitios peligrosos. Prestadles mucha atención, pues cuando hayamos subido un poco, el menor descuido os puede precipitar a un abismo de miles de pies.

—Les prestaremos la debida atención —le prometí.

Mor se puso en marcha frente a nosotros y yo mantuve la cabeza del 975 casi tocándole. El cañón cortaba montes cada vez más elevados; pero era ancho y de suelo bastante regular, por lo que progresábamos sin dificultad, y al cabo de media hora, penetramos en la zona de las nubes. Una vez allí, sufrimos una de las más desconcertantes experiencias de mi vida.

Ascendíamos continuamente y Mor caminaba dando rodeos retorcidísimos, siguiendo la ruta más pavorosa que puede concebirse. Hicimos numerosos virajes difíciles, y en varias ocasiones el casco del 975 rozó el rocoso muro, mientras al otro lado no había otra cosa que ondulantes nubes, a través de las cuales y a la altura del lantar, se divisaban las copas agitadas de los árboles. Adivinaba que nos encontrábamos en una estrecha franja de terreno, no mucho más ancha que nuestro

vehículo.

Así que hubimos entrado en la zona de las nubes. Mor y los otros que le acompañaban se despojaron de las pieles, las arrollaron formando un pequeño fardo, y se lo pusieron a la espalda. Ahora estaban completamente desnudos y carentes de cabello. Tenían una piel cadavérica y delgada, y mientras seguían la ascensión, jadeaban como canes, colgándoles la lengua por un lado de la boca. Sus ojos eran muy grandes y redondos; las narices, pequeñas, recordando algo a la lechuza. Me parecieron los seres más repulsivos que cabe imaginar.

Cuando creí haber llegado a la cumbre del monte más alto que pudiera existir en cualquier planeta, nos deslizamos sobre una planicie, y al cabo de unos minutos Mor levantó la mano como señal para que nos detuviésemos.

Volvió a nosotros y dijo:

—Descansaremos aquí. Éste es nuestro pueblo.

Yo miré a mi alrededor y no vi otra cosa sino nubes, o, mejor diría, niebla, en la que la visibilidad no alcanzaba a una distancia de más de cincuenta pies y probablemente menos. Surgieron mujeres y niños y se acercaron a hablar con los hombres, dirigiendo miradas a nuestro lantar; pero parecían sentir miedo y manteníanse a respetable distancia.

—¿Cuánto tiempo nos costará cruzar la zona de nubes y descender por el otro lado? —pregunté a Mor.

—Si tenemos suerte, llegaremos a la cumbre esta noche —repuso— y mañana por la tarde comenzarán a descender de las nubes por la otra parte.

El corazón me dio un brinco. La perspectiva de pasar el resto del día y el siguiente en semejante tesitura no resultaba halagüeña. Teníamos los nervios materialmente destrozados; pero conservamos la suficiente entereza, y a la tarde siguiente bajamos de la zona de las nubes, penetrando en un bellissimo cañón.

Mor y su escolta se habían vuelto a enfundar en sus pieles y rodearon al lantar. Le dije a Ero Shan que trajera el cuarto de buey, salté al suelo y al dar a Mor las gracias le ofrecí el buey.

—¿Es que tenéis mucho? —me preguntó.

—Ya nos las arreglaremos con las provisiones que llevamos —repuse.

—No estéis tan seguros —replicó—, por esta parte no hay ganado; sólo algunos animales salvajes muy difíciles de cazar.

—Es que deseo pagarte de algún modo lo que has hecho por nosotros —observé.

—No —protestó—; nada nos debes. Tú salvaste mi vida y eso sí que no te lo podré pagar nunca. Y ahora, recordad que siempre seréis bien recibidos en el país de los Hombres de las Nubes.

Le di las gracias, nos despedimos y partimos, iniciando el descenso del cañón.

—¡Y éstas eran las infranqueables montañas...! —dije.

—¡Y éstos los comedores de carne humana que nos habían de aniquilar para devorarnos...! —añadió Duare.

—Banat quedaría asombrado si supiera lo fácilmente que conseguimos lo imposible —observó Ero Shan.

—Tenemos que dar las gracias a aquel tharban —recordé yo—. Fue una coincidencia feliz, ya que sin el agradecimiento de Mor, no habríamos conseguido cruzar las montañas. Hubiera sido imposible, sin ayuda y guía, encontrar el camino.

Bajamos, al fin, hasta la boca del cañón y surgió ante nuestros ojos un panorama de exquisita belleza. Descubrí rasgos lejanos que me recordaban un país sobre el que había volado yo muchas veces y comprendí que nos encontrábamos en Korva. Y hasta llegué a sufrir la alucinación de vislumbrar a lo lejos las torres y los tejados de Sanara.

Habíamos estado ausentes un año, casi más; habíamos sufrido espantosas tribulaciones; habíamos pasado por inverosímiles peligros; habíamos vencido obstáculos que parecían insuperables. Pero, al fin, estábamos en nuestro hogar.